# LA NOCHE SOBRE LOS DOS RÍOS

Juan Carlos Martínez Barrio

JUAN CARLOS MARTÍNEZ BARRIO

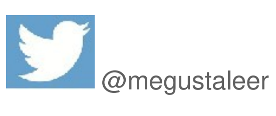
# La noche sobre los dos ríos

DEBOLS!LLO

SÍGUENOS EN

megustaleer

 @Ebooks

 @megustaleer

 @megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
—Amén.
—Cuéntame, hijo mío.
—Padre, me confieso de lo que estoy a punto de hacer.
—Hijo, ¿cómo puede ser eso? ¿Cómo me pides que te absuelva de un pecado que todavía no has cometido y del cual, por lo tanto, no has podido arrepentirte?
—Ya estoy arrepentido, padre.
—Si es así, entonces debemos pedir al Señor que te dé fuerza.
—No rece por mí, padre, yo no lo merezco. Hágalo por los demás.
—Por supuesto que sí. Tú también eres hijo de Dios.
—No; le aseguro que no lo soy, padre.

# MÚSICA RECOMENDADA

Composiciones y canciones sugeridas por el autor para acompañar y ambientar la lectura:

Prólogo Arnold Schönberg, *Noche transfigurada*
I Agalloch, *Fire above, ice below*
II Francis Poulenc, *Concierto para piano*
Diario 1 My Dying Bride, *My wine in silence*
III Edward Elgar, *Concierto para violoncello y orquesta en mi menor. Opus 85*
IV The Morningside, *The shadows of the past*
Diario 2 Erik Satie, *Trois gymnopédies*
V Agalloch, *A poem by Yeats*
VI October Falls, *Shores of fire*
VII Empyrium, *The Franconian woods in Winter's silence*
VIII Gallowbride, *Autumn I – II*
Diario 3 Hector Berlioz, *Le spectre de la rose*
IX Frédéric Chopin, *Impromptu Fantasia*
X Agalloch, *The misshapen steed*
Diario 4 Vàli, *Naar vinden graater*
XI Franz Schubert, *Winterreise*
XII Camille Saint-Saëns, *Suite para violonchelo y piano Opus 16. Prelude*
XIII Pietro Mascagni, *Caballería Rusticana: Preludio*
Diario 5 Opeth, *Burden*
XIV Franz Schubert, *Der Tod und das Mädchen*
XV Alcest, Écailles de lune
Diario 6 Coldworld, *Tortured by solitude*
XVI Alda, *Shadow of the mountain*
XVII Estatic Fear, *Chapter I*
Diario 7 Agalloch, *They escaped the weight of darkness*
XVIII Vincenzo Bellini, *Norma: Casta Diva*
XIX Erik Satie, *Six Gnossiennes*

# Prólogo

*Poza de la Sal, 26 de septiembre de 1921*

—¡Muerte en la calle Bajera! ¡Muerte en la calle Bajera!

Aquella voz destacó por encima del murmullo emitido por el gentío que abarrotaba la plaza Nueva de Poza de la Sal. Era un lunes, día de San Cosme y San Damián, la fiesta mayor, y, desde luego, no iba a resultar una jornada que pasase fácilmente al olvido.

Todo el pueblo, que estaba esperando con ansiedad la salida de la banda de música, quedó enmudecido, petrificado, tras los gritos, procedentes de la entrada de la plaza, dados por un hombre que repentinamente había hecho su aparición. Los niños dejaron de jugar, los hombres y las mujeres interrumpieron sus encendidas conversaciones. Un silencio denso y brumoso cubrió el lugar. Únicamente las palabras encendidas de aquel hombre de rostro rojizo y desencajado sobresalían de la niebla. El hombre se detuvo, jadeante, y tras tomar aire, lanzó una mirada fugaz a la gente, que, atónita, le observaba abrumada por el desconcierto y la sorpresa.

—¡Muerte en la calle Bajera! ¡Muerte en la calle Bajera! —repetía.

—¡Es Marcelino! —exclamó alguien situado en las primeras filas.

—¡Sí, sí, es él! —respondieron otras voces.

El alcalde, que estaba departiendo con un grupo de hombres en el otro extremo de la plaza, consciente de su papel, se acercó corriendo.

—Marcelino, por Dios, ¿qué estás diciendo?

—¡Es horroroso, horroroso! —repuso, y un torrente de lágrimas inundó su rostro.

Marcelino pasaba de los cincuenta años, sin embargo no pudo evitar ponerse a llorar como un crío. Era una escena inusual que podría haberse calificado como enternecedora o, incluso, tierna, de no haber sido por su clara y evidente naturaleza dramática. Era un hombre curtido por el trabajo en las salinas y, sin lugar a dudas, no era de los que se asustaban con facilidad. El conocimiento común de esta circunstancia incrementó, si cabe, la estupefacción de los presentes.

Don Severiano, el cura, hizo también su aparición, y tomando a Marcelino por los hombros, exclamó:

—¡Marcelino, qué ha ocurrido, dime!

—¡Dinos qué sucede, por lo que más quieras! —demandó el alcalde.

El círculo se iba estrechando en torno a éstos a medida que la curiosidad derrotaba a la sorpresa y al susto inicial. La gente se

acercaba, ya con escasa cautela, cada vez más. Aun temiendo que algo terrible hubiese pasado, era difícil evitar el ansia irrefrenable que en estos casos surge por enterarse de lo que sucede.

Marcelino cayó de rodillas al suelo y, tapándose la cara con las manos, quizá en un intento de ocultar sus lágrimas, quizá en un intento de tranquilizarse, alcanzó a balbucear:

—¡Dios mío, Irene, Irene!

—¿Irene? ¿Qué pasa con Irene? —preguntaba el cura.

—¿Qué Irene? ¿La de Alberto? ¿Irene la de los Altos? —insistía, nervioso, el alcalde.

Poza de la Sal era un pueblo pequeño, donde todo el mundo se conocía, y no eran muchas las Irenes que por aquel entonces poblaban la localidad. De hecho la mención a la calle Bajera reducía las opciones a una sola persona, Irene Sanz Martín, hija de Alberto Sanz, conocida como Irene la de los Altos, dado que había pasado su niñez, junto con su familia, en una casa en la parte alta del pueblo.

—Sí, Irene, Irene… —no dejaba de repetir el pobre hombre.

Marcelino había entrado en una especie de estado de trance y no parecía posible que nada pudiese hacerle reaccionar hasta que, inesperadamente, una mujer, tras abrirse paso, se abalanzó sobre él con desesperación.

—¡Qué le ha pasado a mi hija! ¡Qué le ha pasado a mi hija!

Aquello pareció hacer despertar a Marcelino y, entonces, el temor se transformó en certeza. Dejando caer los brazos, levantó la cabeza, miró a la mujer y, con una voz entrecortada y sobrecogida, dijo:

—Está muerta. Irene está muerta.

# I

El capitán de la Guardia Civil apareció por la puerta. Con un semblante extremadamente serio, acorde con la gravedad de la situación, se dirigió a los curiosos que se agolpaban, formando un semicírculo improvisado e irregular, a escasos metros de la entrada de la casa:

—Por favor, ruego se dispersen. No tienen nada que hacer aquí. Los expertos están ahora trabajando en el caso. ¡Váyanse a sus casas!

—¿Está muerta de verdad? —preguntó una voz anónima.

—¡Díganos cómo ha sucedido! —exclamaban otras.

Las preguntas, casi tantas como presentes, se solapaban unas a otras. Todo el mundo quería saber algo. Todos querían ser partícipes de los hechos, a lo mejor no tanto por simpatía con la víctima como por necesidad de alimentar el morbo hambriento y creciente. Quizá por temor. Quizá por pena. Así, las respuestas eran esperadas con impaciencia. No era tanto la naturaleza o el contenido de la respuesta, como ésta en sí misma, lo que era verdaderamente importante.

—Lo he explicado hace unos minutos, y lo repito ahora. Aún no es posible decir a ciencia cierta qué ha pasado. No podemos hacer ninguna declaración al respecto. Cuando tengamos algo, así lo haremos saber. Insisto, hagan el favor de dispersarse —respondió, con mucha calma, el capitán.

Un crepitante murmullo serpenteó entre el grupo de gente congregado delante de la puerta. Decepcionados, los asistentes comenzaron a irse, poco a poco, no fuera que el capitán cambiase de opinión. Nada más lejos de la realidad. Éste, viendo que, por lo que parecía, había convencido a los curiosos, entró otra vez en la casa cerrando tras de sí la puerta. El ruido del cerrojo retumbó desde el interior, haciendo que los más rezagados avivaran la marcha.

—¿Ya se han ido todos? —La voz de un hombre joven, procedente del piso de arriba, guió al capitán mientras subía las escaleras.

—Eso espero.

—Estupendo, porque… ya me dirá usted cómo podemos explicar esto a nadie.

Si bien el capitán había sido uno de los primeros en entrar en la casa, todavía no había logrado acostumbrarse a aquella escena. Cuando fue avisado por el alcalde, acudió presto al lugar de los hechos, la vivienda de los Sanz, en Poza de la Sal. Era ya, prácticamente, la hora de comer cuando le habían entregado el

telegrama urgente. En el preciso instante en el que se disponía a salir, uno de sus subordinados irrumpió en su despacho tras una tosca llamada solicitando permiso para entrar. El mensaje procedía del cuartel de Poza de la Sal, y el cabo de guardia solicitaba su presencia de manera urgente: se había cometido un crimen en la localidad. No sin reconocer la gravedad del asunto, se sintió ligeramente sorprendido, dado que, a pesar de no ser el primer asesinato que se registraba en la zona, nunca el texto del telegrama había sido tan explícito ni tan imperativo, máxime siendo el autor del mismo un cabo. Decidió así tomar un almuerzo frugal y partir para Poza de la Sal. Él estaba en Briviesca, a poco más de veinte kilómetros, y no tardaría, en consecuencia, mucho tiempo en llegar al lugar de los hechos. Ordenó, por lo tanto, al mismo guardia con quien estaba hablando, que le fuera preparando su caballo.

Casi anochecía cuando Antonio Rodríguez, el capitán, llegó a Poza de la Sal. En la entrada de la villa le estaba esperando uno de los guardias del acuartelamiento local. Tras recibir las novedades del mismo, le ordenó que fuera a acompañar al cura, el cual, según el relato del propio agente, en un intento de calmar a la desconsolada madre de Irene, María Martín, la había conducido a la casa parroquial, que distaba pocos metros de la entrada de la plaza Nueva, donde la pobre mujer se había desplomado tras conocer la noticia de la muerte de su hija. Al mismo tiempo, el capitán, sin más dilación, se dirigió a la casa de los Sanz.

—Esto no puede ser obra de ninguna criatura de Dios —sentenció el capitán.

—Lamentablemente, si de algo podemos estar seguros, es de que el autor, efectivamente, es una criatura de Dios —replicó Manuel, el médico local.

El doctor estaba inclinado sobre el amasijo sanguinolento que ahora era el cuerpo de Irene Sanz. Era algo increíble. Irene, una muchacha en la flor de la vida, bella y alegre, había sido convertida en algo indescriptible y horroroso. Estaba muerta, pero su luz había sido apagada con tal violencia, que las sombras que habían prevalecido consumían cualquier vestigio de brillo o chispa. Todo le había sido arrebatado, su pasado, su presente, su futuro. Su vida. Pero el ladrón no había tenido suficiente con el botín y había llegado a un grado de ensañamiento sin parangón en los anales de las crónicas negras.

—Ningún animal sería capaz de hacer esto… —añadió el cabo de la Guardia Civil quien, exhausto, estaba sentado en una silla en un rincón de la sala.

—Cierto, únicamente el hombre está habilitado para realizar este

tipo de salvajadas —aseveró el médico.

Verdaderamente el escenario era dantesco. El cadáver de Irene, o lo que quedaba de él, yacía sobre el suelo del salón de la casa, al lado de una de las paredes. Abierto en canal y eviscerado, sus miembros habían sido también separados del cuerpo. Únicamente la cabeza había sido respetada, lo cual incrementaba la crudeza y el horror de la escena, atendiendo a la expresión terrorífica, inhumana y demencial que había quedado grabada en su rostro. La única esperanza que cabía en cualquier alma terrena era que toda aquella barbaridad hubiera sido perpetrada una vez Irene hubiese exhalado su último suspiro.

—Estamos enfermos… —murmuraba el cabo.

—¿Enfermos? —preguntó el médico sin levantar la vista del cadáver.

—Nosotros, los hombres, la sociedad… ¿Cómo se puede hacer esto y seguir viviendo?

—No sabemos ni quién lo ha hecho, ni si sigue viviendo, aunque apostaría a que sí. En cualquier caso, Miguel, te sorprenderías de lo que el ser en apariencia más inocente de la Tierra podría ser capaz de hacer.

El médico continuaba estudiando el cadáver y tomando notas con un lapicero en una pequeña libreta. El capitán le observaba sin perder detalle.

—¿Cree que necesitamos ayuda?

—Creo que sería conveniente, Antonio —repuso Manuel—. ¿Podría pedir a Burgos que enviaran a alguien?

—Pondré un telegrama mañana por la mañana, a primera hora.

A través de la ventana de la estancia podía escucharse el murmullo de los curiosos más pertinaces que, habiendo regresado, parecían montar guardia en las inmediaciones de la casa. El cabo se acercó a la ventana.

—¿No se cansan nunca? ¿Es que no tienen nada que hacer?

Había una mezcla de cansancio, hastío y repulsa en su voz. Era ya demasiado tiempo el que llevaba metido en aquella casa, y lejos de amoldarse, la situación no hacía sino incrementar su ansiedad.

—¿Cansarse? —incidió el médico—. ¿Cansarse, de qué?

—De estar revoloteando como buitres en busca de carnaza. A veces no entiendo a la gente…

—Deberías incluirte a ti mismo en ese comentario. No he conocido todavía a nadie que, en mayor o menor medida, escape de ser atraído por lo morboso o truculento y, sobre todo, por la desgracia ajena. Esto, amigo mío, es como lo de que «El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra» —aseguró el médico.

Miguel se alejó de la ventana, se sentó en un taburete frente al médico, y se dispuso a liarse un cigarrillo. No le respondió, quizá

porque no le era posible, puede que porque sabía que Manuel estaba en lo cierto. El médico prosiguió con su razonamiento:

—Recuerdo que, una vez finalizados mis estudios de medicina, me dispuse a examinarme para poder optar a mi plaza de médico. Dos veces fracasé, y fue a la tercera cuando pasé, por fin, el examen. Lo curioso del caso es que cada vez que suspendía y regresaba a mi pueblo, todo el mundo me paraba diciéndome cosas como «Es una lástima, con todo lo que has estudiado», o «Qué mala suerte, seguro que era muy difícil». Sin embargo cuando aprobé, a mi regreso de Madrid, nadie, a excepción, por supuesto, de mi padre, que salió a recibirme a la entrada del pueblo, me dijo nada. Ningún comentario, ninguna felicitación. Y puedo asegurarle que mi pueblo es muy pequeño, y allí todas las noticias vuelan. Incluso, uno o dos años después de lograr la plaza, alguno de los que me habían compadecido anteriormente se acercaban a mí con un «Fíjate, no me había enterado de que habías aprobado».

—¿De qué pueblo es usted? —preguntó el capitán, incorporándose a la conversación.

—De un pueblo muy pequeñito de la provincia de Soria. De Tajahuerce.

El capitán estaba absorto. Había hecho la pregunta en un esfuerzo de volver a la realidad. Estaba apoyado en el marco de la puerta de la entrada como si dudara entre seguir en aquella habitación maldita o huir de allí.

—Lo conozco, tengo familia en Soria. Mi madre era de Almazán.

—Yo también he estado entonces en su pueblo. Allí iba con mi padre todos los años a la feria.

—¿De visita?

—¡Eso me hubiese gustado! Acompañaba a mi padre y a mi hermano mayor a llevar ganado para vender allí. En cualquier caso me gustaba mucho ir. Era una buena forma de escapar de la rutina y el trabajo cotidiano.

—Le comprendo perfectamente, eran tiempos difíciles…

—¿Eran? —planteó el médico, y obtuvo una sonrisa de resignación por parte del capitán como respuesta.

Había comenzado a llover, y las voces de los vecinos congregados frente a la casa se iban, por fin, diluyendo en el agua. El médico comenzó a recoger sus cosas.

—Bueno, yo poco más puedo hacer aquí al margen de certificar la muerte de esta pobre chica.

—Me gustaría saber lo que piensa —dijo el capitán.

—¿Mi opinión de médico?

—Su opinión —insistió el capitán.

Manuel se incorporó, dejó su maletín encima de la mesa, y tomó

asiento en una de esas sillas que, irónicamente, parecen estar reservadas para situaciones especiales, tapizada con esmero y sin señales de haber sido usada. La sala entera transmitía la misma sensación.

—Esto es tarea de un especialista. No voy a engañarle; es la primera vez que me encuentro con algo así. Aunque he visto muchos cadáveres, algunos de ellos víctimas de asesinato, nunca me había enfrentado a nada similar. No obstante le diré lo que pienso. Creo que esto es obra de una sola persona, atendiendo a la regularidad y similitud de los cortes practicados en el cuerpo de la víctima, todos ellos, además, realizados con el mismo utensilio cortante, probablemente un cuchillo de grandes dimensiones, de hoja ancha, larga y un solo filo.

—¿Cómo un cuchillo de caza? —interrumpió el cabo.

—Es posible —continuó el médico—. No entiendo mucho de armas, pero en cualquier caso no creo que sea un cuchillo de cocina. La hoja, a mi entender, sería demasiado ancha.

Manuel se levantó y se acerco al cadáver de Irene. La examinó de nuevo, en silencio, durante algunos segundos, y adoptando una suerte de pose magistral, se dirigió a sus interlocutores, reanudando su explicación:

—Esto lo ha hecho, insisto, una persona sola. Un hombre bastante corpulento. Diestro, me inclino a pensar.

El capitán estaba escuchando al médico con atención. Le escudriñaba como si fuera la primera vez que le oía hablar.

—¿En base a qué puede afirmar esto? —inquirió, dirigiéndose al médico.

—¿Afirmar? Yo no estoy afirmando nada, amigo mío. Usted me ha preguntado lo que pienso, y yo le estoy respondiendo, pero en ningún caso puedo asegurar nada. He dicho que una persona sola debido a que únicamente veo un tipo de huellas parcialmente impresas en el suelo gracias a la sangre derramada por la víctima. El tamaño de estas pisadas me hace suponer que pertenecen a un varón de cierta envergadura, y el ángulo de los cortes realizados en el cuerpo de Irene me indica que el autor es diestro. Nada más.

—Y nada menos —repuso el capitán—. A eso me refería. Por supuesto, no le estoy demandando ningún diagnóstico concluyente en este sentido, sin embargo, considero esencial la opinión de alguien con su experiencia.

—Acepto el cumplido, pero más no puedo decirle, sería elucubrar en exceso.

—Con respecto a la mutilación del cadáver… ¿Piensa que pudo realizarse después de la muerte? —quiso saber el capitán, con un tono entre temeroso y esperanzado.

—No sabría decirle ahora. Me es imposible determinarlo a ciencia cierta —respondió, seco, el médico, como intentando pasar el tema de soslayo.

—¿Alguna conclusión con respecto a la hora de la muerte?

—Hace unas ocho horas, diez a lo sumo. Todo ha ocurrido hace muy poco.

El capitán y el médico intercambiaron la mirada durante unos segundos, sin decir nada, alimentando un silencio intenso y cargado de angustia. «Eso quiere decir que, probablemente, el asesino sigue por aquí», pensó para sí Antonio. El cabo dejó caer el cigarrillo que había terminado de preparar de las manos. No levantó la vista pero permaneció quieto, sin moverse, esperando a que aquella frase abandonase la habitación, prescindiendo de su existencia.

—Hay otra cosa que me tiene intrigado, y que no acierto a comprender… —continuó el médico, tras un ligero carraspeo.

—¿Sí?

—Hay mucha menos sangre de la que debería haber.

# II

Siempre he pensado que la fortuna es como una casa sin cimientos. Y si decides refugiar tu vida en un edificio así habrías de, cuanto menos, estar preparado para que el día menos pensado, fuere la causa que fuere, todo se venga abajo. Sin embargo, lo habitual es que tendamos a pensar que podemos allí vivir para siempre, o, como mínimo, durante el tiempo necesario para permitirnos despreocuparnos. Por desgracia esto casi nunca es así. No obstante nos aferramos a tal posibilidad como si no pudiera ser de otra manera y en ningún caso aprendemos de experiencias pasadas. No hace demasiado tiempo, en una tertulia radiofónica, un grupo de expertos estaban comentando la tendencia alcista de la bolsa, la cual llevaba tres años subiendo ininterrumpidamente. Uno de ellos decía que se empezaba a hablar en los mercados de que los índices bursátiles podrían, e incluso sería probable que así fuese, seguir subiendo indefinidamente. Otro de los contertulios, recuerdo, incluso aportaba un sinfín de datos técnicos que, supuestamente, refrendaban tal teoría. Pocos meses después se produjo una de las más grandes caídas registradas en su historia por los mercados de valores, y la tendencia se invirtió. Innumerables pequeños inversores despertaban bruscamente de un sueño fantástico. Es posible que esto parezca una ingenuidad, pero el caso es que no es la primera vez que pasa, y, como no podía ser de otra manera, la historia siempre se repite.

A menudo los cambios surgen como consecuencia de hechos inesperados o, de una forma u otra, ignorados. Bien sea por temor, bien sea por inconsciencia o desidia, la realidad es que en muchas ocasiones renunciamos a plantear una salida a una situación que, aunque odiamos admitirlo, sabemos perecedera. Pero así es nuestra naturaleza y difícilmente esto será corregido.

Mi vida no era, he de admitir, convencional. La fortuna de haber nacido en el seno de una familia acomodada me había permitido vivir, hasta hacía poco, de una forma relajada y desahogada. De hecho, he de confesar, apenas había necesitado trabajar. No era algo de lo cual me sintiera especialmente orgulloso, pero tampoco hacía grandes esfuerzos en ocultarlo. Tampoco me preocupaba ni me planteaba si había sido merecedor de ello o no. El caso es que era algo que me había tocado y yo, simplemente, me había centrado en disfrutarlo. Y

es que, ya se sabe, «De buen nacido es ser agradecido», dice el refrán castellano. No sería yo quien hubiese osado menospreciar tal regalo, faltaría más. Sin embargo, ese presente era perecedero y caduco. Recientemente las cosas habían cambiado; la fortuna familiar se resquebrajaba. Y es que, al igual que con los males, perece ser que no hay bienes que cien años duren.

Cierta noche soñé que vivía en un mundo en el cual la fortuna y la desgracia estaban separadas por un simple muro. Las ciudades estaban todas divididas en dos. La gente vivía a un lado o a otro del muro y dependiendo de dónde estuvieses así era tu existencia. Ricos y pobres; elegidos y olvidados; éxtasis y agonía. En una ocasión abrieron una puerta y yo, que estaba en el lado de la abundancia, pasaba al otro lado. Era como una especie de turista. Observaba cómo malvivían aquellos que su nacimiento les había postrado en el sufrimiento perpetuo, aquellos que sin hacer nada, ni bien ni mal, les había correspondido el papel de los desheredados, de los desposeídos, de los sin nombre. Yo me compadecía. Se acercaban a mí suplicando ayuda. Yo les daba algo de dinero, calderilla, que llevaba suelto. Así paseé por muchas calles, todas ellas flanqueadas por casas inhabitables y cubiertas de suciedad pero abarrotadas de gente. Un olor nauseabundo lo impregnaba todo. Una anciana desdentada se acercaba tambaleante hacia mí cuando un sonido extraño surgió a mis espaldas. Era el chirrido metálico de los goznes de una puerta. Me volví y con estupefacción advertí que la puerta por la que había cruzado el muro se estaba cerrando. «¡Esperad! ¡Estoy todavía aquí, no cerréis! —gritaba desesperado—. «¿Es que no me veis? ¡Soy yo!» A medida que corría con todas mis fuerzas, una sensación de espanto comenzaba a devorar mis entrañas. Ya solamente quedaba una rendija abierta y yo todavía estaba lejos de alcanzar la puerta. Eran solamente unos cuantos metros los que me distanciaban, pero en realidad representaban un abismo infranqueable. Cuando alcancé el muro la puerta ya se había cerrado. Sólo perduraba el sonido ensordecedor del portazo. Yo golpeaba la puerta con mis puños, con mis piernas, gritaba hasta desgarrarme la garganta. No daba crédito a lo que estaba pasando. ¡Era yo! ¡Éste no era mi sitio! ¡Yo pertenecía al otro lado! La angustia empezaba a tensar mis nervios y la desesperación encogía mi alma. ¿Cómo podía ser que no me abriera nadie la puerta? ¡Era yo, maldita sea! De repente volvía la cabeza y advertí que unos cuantos de aquellos seres tambaleantes se me acercaban. Estaba aterrorizado, no tanto por que fueran a hacerme algo, como por el simple hecho de verme entre ellos, de estar entre ellos, pero no como aquel que está de visita, sino como quien se queda.

Afortunadamente, uno de aquellos espasmos de pánico me despertó gritando y empapado de sudor. ¡Todo había sido un sueño! Había sido

un mero espejismo. ¡Estaba a salvo! Qué gracioso, a salvo.

Aquellas vacaciones habíamos decidido ir a Suiza. Lo de «habíamos» era un decir, dado que, en realidad, yo me había limitado a acatar la sugerencia de Carmen. Una noche, a la salida del cine, me preguntó:

—Rodrigo, ¿dónde podríamos irnos de vacaciones?

—Túnez podría estar bien, me han hablado de maravilla, hay unos hoteles estupendos. Además, en esta época del año… —me apresuré a apuntar, pretendiendo recordar que estábamos a mediados de octubre.

—Yo preferiría ir a Suiza —me interrumpió.

—Ya.

Habíamos tenido que aplazar las vacaciones de verano por motivos de trabajo de Carmen. Por el suyo, que no por el mío. Mi posición de profesional liberal, economista sin, como suele decirse, reconocido prestigio, me facultaba, amén de proporcionarme algunos exiguos, si bien apreciables, recursos económicos, lo cual era nuevo para mí, el poder disponer de mi tiempo con cierta flexibilidad. Ella era diseñadora de interiores y trabajaba en un estudio de decoración del centro de Burgos, ciudad donde residíamos desde hacía unos años, por lo que debía coordinarse con sus compañeros en función del trabajo que tenían. No obstante he de admitir que fue una buena decisión. En esta ocasión he de reconocerlo así. En cualquier caso… ¿Qué otra cosa podría haberse hecho? Lo que ya me resultaba difícil era aceptar que la idea había sido mía. Esto, igualmente, tras un par de tímidos e infructuosos intentos de réplica, decidí también optar por asumirlo.

Ese día llegamos a Interlaken. Llevábamos ya una semana recorriendo Suiza y aquel nos parecía un buen lugar para finalizar nuestro viaje. El sol lucía resplandeciente desde un cielo azul brillante. Aquella mañana me había levantado pronto, antes incluso que Carmen. Salí al jardín de la casa rural, una *Ferienwohnung* la denominaban por allí, en la que nos habíamos alojado. La hierba humedecida por el rocío acariciaba mis pies descalzos. Un frescor muy agradable que vencía a la pereza y despertaba los sentidos. Hacía no mucho que había dejado de fumar, y mis pulmones cobijaban recovecos recónditos, otrora ignotos, ansiosos de albergar aire. Respiré en profundidad y dirigí mi mirada hacia el Eiger y el Jungfrau. Era capaz de reconocer aquellos picos vestidos de blanco gracias al plano que me habían facilitado en la recepción, dado que mis conocimientos de alpinismo eran más bien nulos. Tuve conocimiento de la existencia del primero de ellos como consecuencia de una conversación casual mantenida en el transcurso del banquete de la boda de uno de mis compañeros de mis tiempos de universitario

con otro de los invitados, el cual me relató con verdadero entusiasmo los pormenores de los glaciares del Eiger, uno de ellos, al parecer, en forma de araña. Y decir, por cierto, universitario es, en mi caso y con mucho, más preciso que decir estudiante, si nos atentemos a los significados exactos de ambos términos. Fui a Valladolid con el objetivo de conseguir el título de Licenciado de Económicas y regresé años después, con más años de los previstos, más kilos, una úlcera y, eso sí, una cartulina de colorines donde el Rey decía que yo era economista. Aprovecho la ocasión para hacerle a él responsable de los desmanes que, en este sentido, haya podido, o pueda, provocar.

Aun estando seguro de no estar en situación de apreciar la belleza de aquellas montañas, no podía sino admirarlas atrapado por una suerte de magnetismo que no hacía sino tirar de mí hacia ellas. En aquellos momentos me vino a la cabeza la novela de José María de Pereda *Peñas arriba*. Me veía a mí mismo acompañado por el Neluco y el Pepazos brincando de roca en roca, pisando la nieve virgen, explorando alguna cueva oscura, cruzando verdes valles.

—Buenos días.

La voz de Carmen me trajo de vuelta, dejando a mis imaginarios compañeros vagando solos por aquellos parajes, quizá acechando al oso en su caverna.

—¿Buenos días, que tal has dormido?

—No del todo bien, supongo. De otra manera no me habría levantado a esta hora que… Por cierto, ¿qué haces tú despierto?

—Ya ves… Parece que vamos a tener un buen día, ¿verdad?

Sí, esperemos que no se tuerza —sentenció Carmen.

Pocos minutos después nos encontrábamos ambos desayunando y haciendo los planes para el día. Tomaríamos un tren de cremallera por la mañana hasta la Kleine Scheidegg, donde almorzaríamos, rodeados de un enjambre de turistas japoneses devoradores de salchichas, según me habían informado, para después continuar, también en tren, hasta el famoso Jungfraujoch, la estación de tren más alta del mundo.

—¿Has llamado a tu casa? —me preguntó Carmen.

—Sí, hablé con mi madre hace tres días, el domingo pasado por la mañana.

—Eso ya lo sé, me refiero a si lo has hecho de nuevo.

—¿Otra vez?

Mi rostro dibujó una mueca de extrañeza. No estaba haciendo nada que no respondiese a mi comportamiento habitual.

—¿Cómo que otra vez? No sé si lo recordarás, pero tu padre no está bien —añadió Carmen.

—No será para tanto.

—No piensa así tu madre.

—No será para tanto —repetí.

—¡No digo nada!

Ya había dicho todo. Sin mediar palabra volví a la habitación en busca de mi teléfono móvil. Un aparato de esos de última generación que por lo visto incluso servía, pásmense, para efectuar hasta llamadas telefónicas. Cuando Carmen me vio aparecer sus ojos se abrieron desmesuradamente. Su rostro reflejaba una mezcla de incredulidad e indignación.

—¿Se puede saber que pretendes? —me preguntó.

—Pues llamar a mi casa, ¿no? —repuse mirándola fijamente.

—¡Tú no estás bien de la cabeza! Pero ¿sabes qué hora es?

—No.

—¡No son ni las siete de la mañana!

Tras unos gestos teatrales de duda opté por volver de nuevo a la habitación y dejar el teléfono. Aquella exagerada escenita me había servido para dejar de lado el tema por unos cuantos días. En cualquier caso, en mi interior, reconocía que Carmen estaba en lo cierto, si bien lo había expresado de una forma, digamos, ligeramente incisiva. Al margen de la propensión a la hipocondría que verdaderamente padecía mi padre, la verdad es que no cultivaba en exceso mis relaciones familiares, y esto desesperaba a mi novia. Mención aparte estaba el hecho de que no me hablaba con él desde hacía más de una década, siendo incapaz, además, de explicar adecuadamente la razón para ello. Sin embargo, siempre guardaba un hueco de mis espaciados e irregulares contactos para interesarme por él. Era y seguía siendo mi padre. Es más, hablaba con total naturalidad con mi madre de ello. Era como si nada hubiese ocurrido entre nosotros. De lo más curioso. Probablemente el hecho de considerar el problema como algo, en cierta manera, impuesto y desde luego, ajeno a mi voluntad, taimaba mi reacción. ¿Por qué no admitirlo? Nunca había dejado de querer a mi padre.

Carmen era una persona, de acuerdo con su propia definición, familiar, lo cual, por otro lado y según su criterio, me excluía a mí de serlo. Yo no compartía esa afirmación pero, como decía un amigo: «¿A veces te has parado a pensar si a alguien le interesa lo que tú opines?». En esta ocasión, así lo creía, quizá se había excedido dado que mi padre no tenía nada más que un gripazo tremendo originado por un brusco y repentino cambio de tiempo clásico de las tierras de Castilla, pero muchas otras veces tenía razón. No obstante, qué más explicar al respecto; la desidia es la desidia.

—¿Qué plan decías que tenemos para hoy? —pregunté, tratando de suavizar el ambiente.

Su sonrisa volvió a florecer.

—Subir en el tren de cremallera, por el túnel del Eiger, hasta el Jungfraujoch.

—Estupendo —repuse, mientras me concentraba en terminar el desayuno.

El tren estaba lleno. Teníamos dificultades para abrirnos paso de vagón en vagón mientras buscábamos un hueco libre para nosotros. «Menuda turistada», pensaba. Curiosamente, yo no me veía a mí mismo como parte conformante de tal cosa. Qué gracia, yo era uno más de aquellos que estaban en el tren, pero, por supuesto, no era parte de los que lo atestaban. Es como, recuerdo, cuando en cierta ocasión iba por Madrid en el coche de un amigo y nos vimos envueltos en un atasco gigantesco en la Castellana. Mi amigo protestaba airadamente; que si estaban todos zumbados, que si no tenían casa... En fin, toda una suerte de lindezas dirigidas a otras gentes cuya única e imperdonable falta había sido hacer lo mismo que él. La exclusividad acaba en vulgaridad molesta cuando se extiende y generaliza. Así somos.

Logramos encontrar dos asientos vacíos en uno de los últimos vagones. Nunca había montado en un tren de cremallera, por lo que me resultaba llamativo el hecho de subir una montaña como aquélla montado en un tren. A nuestra derecha un turista norteamericano se aseguraba de que sus compañeros de viaje se enterasen de que él ya había estado allí. Les hablaba del glaciar que les esperaría, una vez en la cima, ya en la estación, por debajo de ésta. De cómo la niebla descendería del cielo más rápido de lo que podrían imaginarse. De cómo podía uno perderse sin darse cuenta. Uno de sus acompañantes, un niño pequeño, le miraba aterrorizado. El otro sonreía orgulloso. Yo me debatía entre la indiferencia y el asombro insano. Al final este último pesó más. Me recordaba a cuando, en el cine, el espectador de al lado se afana en estropear la película a su novia tratando de demostrar que no solamente ya ha visto la película, sino que hasta, por increíble que parezca, es capaz de recordar el argumento, si bien, de vez en cuando, ha de utilizar un «A no, eso pasa después», lo cual hace tanta gracia al tercero en discordia que no sabe si reír o estrangular al reportero.

Las luces del vagón se encendieron. Acabábamos de entrar en el túnel del Eiger. Un cierto sentimiento de angustia se apoderó de mí. La misma sensación que en el despegue del avión. Desasosiego, desconfianza, inseguridad. ¿Y si pasaba algo? ¿Y si el tren se averiara a mitad del túnel? Carmen me miró, conoce mis temores, mis miedos. Cierta vez, de niño, me quedé atrapado en un ascensor de unos grandes almacenes en compañía de mi tío y otras diez o doce personas. Era verano y un calor asfixiante nos estrujaba. Tardaron unos pocos minutos, para mí una eternidad, en sacarnos, pero aquel

episodio quedó grabado en mi memoria infantil. Desde entonces, en ocasiones, ese recuerdo me asalta y me obliga a figurar situaciones análogas de lo más incómodo y desagradable.

—No te preocupes. Si nos pasa algo tenemos salvoconducto para el cielo —dijo, en un intento de dulcificarme el trago, Carmen, al tiempo que señalaba los asientos que estaban justo detrás de nosotros.

Me volví y pude ver a un sacerdote vestido de paisano luciendo un alzacuello inmaculado que levantó a su vez la vista sonriéndome. En sus manos reposaba, abierta, la Biblia. «Sin duda, está leyendo el Apocalipsis de San Juan», pensé. En ese punto, mi mente derivó, errabunda, hacia la canción de Iron Maiden *El número de la bestia* y sus estrofas iniciales desfilaron altivas ante mi encogida compostura. A menudo el azar, al ser guiado por el miedo, atraca en puertos sembrados de indulgencia piadosa.

—Aunque no sé qué pensar. Seguro que en cuanto te conozcan un poco nos retiran la invitación —dijo con sorna Carmen.

Mi sonrisa, armada entre ristras de nervios punzantes, fue devuelta por el cristal de la ventana. El túnel era largo. Muy largo. La pared rocosa, a escasos centímetros del vidrio, hacían de éste un espejo mate. Mi cabello recién cortado, salpicado de un gris incipiente, lucía más oscuro. «Mejor así que quedarte sin pelo a los treinta y ocho años», me había dicho unos días antes mi madre por teléfono. Las ojeras que guardaban mis ojos contrastaban con el brillo que, procedente del rostro de Carmen, escapaba de la frialdad tonal reflejada. Sus cabellos ocres se estiraban más allá de sus hombros, sin duda persiguiendo su cintura. Era más joven que yo, si bien no tanto como aparentaba. Unos cuantos años, tan largos como eficaces, solamente.

Mientras bajábamos del tren sonó el teléfono móvil de Carmen. Qué curioso, hasta allí, en pleno esplendor de los Alpes suizos, en el Top of Europe, éramos perseguidos por la cobertura dichosa, pegajosa como el almíbar. Carmen apenas habló, pero mientras escuchaba, su cara adquirió un tono blanco pálido. Algo pasaba. Tras devolver cuidadosamente el teléfono a un bolsillo de la mochila, se dirigió a mí:

—Era tu madre.

—¿Y por qué no me ha llamado a mí?

—Lo ha hecho, pero no contestabas.

Era cierto como pude comprobar: me había quedado sin batería hacía un buen rato. Mientras, a mi alrededor, repentinamente, el aire se había enrarecido. El viento aullaba arrastrando lo poco que quedaba del día. Las nubes tapaban a un sol tímido y moribundo. Una mancha gris crecía y se extendía en el cielo ahogando el brillante y

cálido azul.

—¿Bueno, y qué? ¿Cómo es que no me la has pasado?

—No ha querido. —Titubeó—: Mejor dicho, no ha podido.

—¿Qué no ha podido? No entiendo nada. ¿Se puede saber de qué va esto? —repuse, impaciente.

—Tu padre quiere hablar contigo.

—¿Y no puede esperar a que vuelva?

Menuda respuesta me salió. ¡Mi padre, un montón de años después, quería hablar conmigo y eso fue lo único que fui capaz de decir! Afortunadamente, fui yo el único que pareció escuchar tamaña estupidez.

Carmen se acercó a mí antes de responder. Sus manos tomaron las mías y mirándome con dulzura a los ojos me habló:

—No. Ha tenido un accidente. Se está muriendo.

Querida Martha:

Hoy ha sido un día triste. No ha parado de llover y el cielo ha estado teñido de un color grisáceo denso y oscuro. Impenetrable. Me ha recordado mucho a aquel sábado que nos fuimos los tres a merendar a la era de al lado del manantial que tanto gustaba a la niña. El sol había despertado espléndido y entonces Jimena, con su entusiasmo habitual, sugirió ir de excursión, como a ella le gustaba siempre decir, a la fuente, a su fuente. Por el mediodía el sol se despidió y comenzó a llover de forma suave pero impenitente. Todavía puedo vernos a los tres acurrucados bajo las ramas generosas del sauce. La lluvia sorteaba las hojas del árbol y lograba posarse en los bocadillos que con tanto cariño y esmero habías preparado y que estábamos intentando comer. Jimena se reía muchísimo, le parecía una situación de lo más divertido y, como siempre, al final, acabó por contagiarnos su alegría.

Fue nuestra última excursión.

Hoy ha sido también un día fatigoso y duro. Muy duro. Hoy ha sido un día de esos que destapan las inmundicias de nuestra mísera existencia. ¿Por qué tengo que enfrentarme a esto? Creo que únicamente tengo el valor suficiente para sufrir, nada más.

Una pobre chica ha sido asesinada. Esta vez ha ocurrido en Poza de la Sal. Pero me temo que no va a ser un caso como los que habitualmente te cuento, aquellos de los cuales siempre querías aislarte, prescindir de su existencia. No, esta vez no. Nunca había visto nada parecido. Cierto es que tenía conocimiento o noticia de sucesos de estas características por referencias lejanas y pasadas, provenientes de otros lugares, de otros países incluso. No me habría sorprendido encontrarme con algo similar entre las páginas de una novela negra, pero aquí… bajo ningún concepto lo hubiera imaginado. No voy a entrar en detalles porque sé que no te gusta. Solamente decirte que ahora creo firmemente que no todas las personas somos criaturas de Dios. No, es imposible.

Es ya muy tarde y necesito reponerme. Pasaré la noche en la fonda de aquí. Mañana temprano esperamos la visita de un especialista de Burgos. Son ya más de las dos de la madrugada y creo que es hora de descansar. Ya ves, algunas costumbres nunca cambian.

Quiero ir con vosotras.

# III

La tarde irrumpió con lluvia. Era una llovizna que se antojaba eterna, de esa que no cesa y te encoge el ánimo, de esa que oscurece la luz pura del día y hace que los rayos de sol sean presos de sus gotas. El agua resbalaba por las calles empedradas de Poza de la Sal; de Poza, como acostumbraban a decir los que allí vivían. Las nubes reflejaban la atmósfera gris que ahogaba a la villa. El viento, un enfurecido aire gélido del norte, azotaba la piel con saña. Era un despertar brusco y cruel, no menos duro por corriente y habitual en las tierras de Castilla.

El capitán salió de la fonda. El reloj que presidía la plaza Nueva dejó sonar, con cierta pereza, tres campanadas. Antonio había tomado una frugal comida y todavía, desde la mañana, la cual, tras haber puesto el telegrama a Burgos a primera hora, había pasado repasando las notas del caso en su habitación, continuaba destemplado o quizá, más bien, apagado. Se dirigió hacia una taberna cercana que le habían indicado un grupo de viandantes. Presentía que le quedaba, aún, un día muy largo por delante, lo cual también abundaba en el letargo que parecía anquilosar, amén del viento, la lluvia y el frío, sus miembros y articulaciones. Pereza o temor, no dejaba de sentir un desasosiego inquietante. Aquel caso, sería complicado explicar la razón o el porqué, le turbaba, y todos los años de experiencia que llevaba a cuestas, cargados con una olvidada rabia, algo de dolor y mucha indiferencia, no impedían que estuviese débil y decaído, oprimido por una fatalidad que se le pegaba a la piel. Para su desdicha, la vida le había torturado con saña, obligándole a sufrir y presenciar aquello que nadie debería conocer, cosas que ningún ser humano debería experimentar. Aún así algo le decía, le avisaba, de que esto sería diferente. No es la chispa que prende la llama, es la farola que sujeta al ebrio pero no le ilumina.

La cantina estaba en un lateral de una pequeña plaza; la plaza Vieja, decían en la villa. Frente a su puerta, un enorme castaño ofrecía cobijo a un grupo de perros que se disputaban alegremente un trapo mugriento y roído. No se apreciaba mucha gente por las calles. La ventana de la taberna dejaba entrever un buen número de figuras difuminadas a través del vaho que cubría los cristales. Acuciado por el frío y la lluvia, Antonio abrió la puerta y entró.

Tres o cuatro hombres se alineaban a lo largo de la barra, otros tantos estaban sentados alrededor de una de las mesas del local. Todos ellos volvieron la vista hacia la puerta cuando percibieron que alguien

había llegado. Al reconocer el uniforme del capitán, un silencio, proveniente más de la curiosidad que de la sorpresa y tan denso como el humo que flotaba por toda la estancia de rincón a rincón, se apoderó de los allí presentes. El camarero lo cortó y disolvió.

—Buenas tardes, mi capitán.

—Buenas tardes tengan ustedes.

—Buenas tardes —varias voces exclamaron al unísono.

El capitán se desabrochó cuidadosamente el abrigo y se acercó hacia la barra, donde le hicieron un hueco.

—¿Le apetece tomar algo? ¿Un café? ¿Un aguardiente quizá? —continuó el camarero, un hombre de mediana edad con aspecto bonachón y risueño.

—Un café, gracias.

—Menudo día, ¿verdad? ¡Cualquiera diría que aún estamos en septiembre! —dijo el camarero mientras llenaba la taza de café.

El capitán esbozó una sonrisa como respuesta. Observaba cómo el camarero introducía un cucharón en el puchero del café, del cual ascendían columnas de vapor que se disipaban entre trazos de un aroma dulzón e intenso.

—Delicioso —dijo el capitán tras el primer sorbo de café, al tiempo que depositaba un par de monedas sobre la barra.

—Pobre chica, ¿verdad? —aprovechó el camarero.

Aquella pregunta provocó que el resto de los parroquianos aguzaran, si cabe, aún más el oído. Con pretendido disimulo, los de la mesa giraron cuidadosamente, que no imperceptiblemente, las sillas en las que estaban sentados en dirección al capitán. No podían perderse, es de suponer, ni una sílaba de lo que pudiera salir de su boca. El camarero estaba quieto, cual perro de caza en muestra, parado frente al capitán. Esperaba, sin disimulo alguno, su respuesta.

—Así es —repuso Antonio, lacónico, sin apartar la vista de su taza.

El camarero advirtió, con disgusto, que su primer intento de iniciar aquella tertulia había fracasado. Lejos de caer en el desánimo volvió a la carga con energías renovadas.

—¿Qué años tenía? ¿Dieciocho, diecinueve?

Diecisiete.

Con la sequedad y brusquedad de sus respuestas Antonio intentaba poner fin a la conversación antes de que realmente empezara. Por otra parte tampoco le apetecía, en absoluto, hablar de ello allí y en aquellos momentos. Detestaba alimentar el morbo de la gente. No obstante había dicho ya la edad de la víctima, algo que jamás hacía ni habría hecho. Lo dio por bueno si con ello conseguía su propósito. Nada más lejos de la realidad.

—¿Diecisiete años? —dijo uno de los individuos que estaban apoyados en la barra—. Pensaba que Irene era algo más mayor.

Antonio no respondió. Apuró su taza y con un gesto medido sacó su reloj del interior de la guerrera. Tras abrir la tapa dorada con suma delicadeza y esmero, como si de oficiar un ritual se tratase, posó en él su mirada. Una fotografía, dos rostros, le sonreían. Daba la impresión de que acababa de aislarse del mundo exterior, o quizá no pertenecía a ningún mundo. Puede ser que anduviese sobre la superficie del agua sin tocarla, sin hundirse, pasando porque tenía que pasar, estando porque tenía que estar. Cuando cerró la tapa volvió, pero su retorno fue consumado para irse, para alejarse y desaparecer tras el horizonte. Su memoria e imaginación había sido forzada. La visión del cuerpo destrozado de la chica había despertado en su interior recuerdos que exclusivamente deberían acudir a su llamada, habiendo invadido la luz tras rasgar el velo de oscuridad que los protege y custodia sin mostrar misericordia o piedad. Respiró profundamente. Necesitaba sobreponerse. Alzó la cabeza, entornando los ojos, hacia el techo, hacia el cielo. Estaba de servicio. No podía fallar. Al menos físicamente no podía sino regresar.

—Pues no, solamente diecisiete.

—Pobre chica —insistió el camarero, intentando encender de nuevo una mecha que se apagaba.

«Pobre chica», repitió para sí el capitán. Se encontraba cansado, exhausto y hastiado de contemplar escenas como la que había tenido que soportar el día anterior. Su celo profesional le empujaba, pero la pendiente era demasiado dura. Debía continuar, pero no se sentía con fuerzas para ello. ¿Por qué no acabar ya? ¿Por qué no desaparecer? ¿Qué es lo que se esperaba de él? Solamente sabía, o creía saber, que aún no había llegado el momento. Estaba obligado a seguir caminando. No era la meta o el destino, era el propio caminar lo que le movía e insuflaba un ánimo tibio y hueco. «Pobre chica».

—¿Se sabe algo? —insistió el camarero.

—Se están practicando las diligencias adecuadas. No estoy autorizado a decirles nada más —respondió el capitán, al tiempo que se dirigía hacia la puerta—. Ruego me disculpen.

Dejando tras de sí no poca decepción e incomprensión, Antonio salió a la calle. La lluvia había arreciado y el cielo lucía un gris oscuro y denso. La villa se mostraba aletargada y dormida. Únicamente un arriero que conducía su asno cargado de sal rompía la quietud imperante. Aquél llevaba pegado a la comisura de los labios un cigarrillo a medio consumir. Andaba despacio, con una cadencia de paso acompasada con el lento caminar del animal, lastrado por el peso de las alforjas cargadas de sal. Con un simple gesto de asentimiento, el capitán respondió al saludo parco del arriero. Le siguió con la mirada hasta que desapareció absorbido por el arco que conducía a la plaza Nueva, bajo el balcón del Conjuradero. Ahora estaba allí, él solo,

empapado de agua, con la mirada perdida. Al igual que el arriero debía seguir adelante. Andar no es más que poner un pie delante del otro, había oído decir en alguna ocasión. Pero ¿cuántas veces hay que hacerlo? Esto es algo que se antoja terrible cuando los pies parecen estar hechos de plomo. Respiró profundamente. No notaba la lluvia; solamente el agotamiento, el dolor.

—¿Le ocurre algo, mi capitán? —El camarero se había asomado por la puerta de la taberna.

—¿Qué? No… No se preocupe. Muchas gracias —repuso Antonio sorprendido, rescatado de la nada, de un aturdimiento sobrevenido pero no desconocido.

Sin interponer más palabras, Antonio apresuró su paso y se refugió bajo unos soportales que estaban frente a la puerta de la iglesia parroquial. Desde allí, al observar que no iba a escampar, al menos por el momento, se dirigió hacia el cuartel de la Guardia Civil. Allí había de esperar al experto que vendría de Burgos. «Ya estoy calado —pensó resignado—. Por un poco más…»

El cuartel ocupaba un vetusto caserón blasonado. En el portal de la entrada, al resguardo de las inclemencias del tiempo, un guardia fumaba un pitillo distraído sentado en una silla. El fusil reposaba contra la pared. Al ver al capitán, repentinamente, como impulsado por un resorte, se deshizo del cigarrillo, se levantó y se cuadró. Un segundo después se percató de que no había cogido el fusil por lo que hubo de improvisar un torpe movimiento para solucionar la situación. A duras penas el capitán pudo reprimir la sonrisa que pujaba por escapar de sus labios.

—¡A sus órdenes, mi capitán!

—Descanse —contestó el capitán al mismo tiempo que comenzaba a quitarse el abrigo empapado de agua—. ¿Ha llegado ya el sargento?

—Sí, llegó hace una media hora. Le espera también el comandante.

—¿El comandante?

—Así es, mi capitán, ha llegado desde Burgos hace unos quince minutos. Están todos arriba.

—Muchas gracias.

«El comandante… ¿Qué diablos pinta aquí un comandante?», pensó Antonio mientras subía las escaleras que le conducían al recibidor del cuartel. No comprendía la razón de semejante visita precisamente ese día. Al fin y al cabo, desde Burgos, llevaban años, lustros, sin enviar a ningún oficial de alta graduación a la zona, y menos al cuartel de Poza de la Sal.

El comandante estaba charlando con el sargento y con el cabo, todos ellos sentados alrededor de una mesa, los cuales cesaron de

hablar al ver llegar al capitán. El cabo fue el encargado de romper el hielo.

—Buenas tardes mi capitán, le estábamos esperando.

—Buenas tardes.

—Le presento al comandante Rosales.

—¡A sus órdenes, mi comandante! —exclamó el capitán en un tono grave y marcial.

—Encantado de conocerle —replicó el comandante con la jovialidad que licencian las alturas jerárquicas, ofreciendo le la mano.

—Al sargento ya le conoce, ¿verdad? —continuó el cabo.

—No, no tengo el honor…

El sargento Marina había sido trasladado a Poza de la Sal hacía un par de meses, tras un periplo de varios años por tierras extremeñas. Un destino por él mismo solicitado, habida cuenta su procedencia pozana. Antonio había sido puesto al corriente de su llegada, sin embargo no había tenido ocasión de conocerle personalmente aún, dado que, además, el día anterior no había hecho acto de presencia en la casa de los Sanz cuando llegó el capitán al haber sido enviado fugazmente esa misma tarde al páramo, con motivo de un asunto de robo de ganado. Acababa de regresar, tras una noche tan fatigosa como aciaga, aquella mañana.

—Sargento Alberto Marina a su servicio —se presentó.

—Encantado.

Una vez concluidas las presentaciones oficiales, Antonio fue invitado a tomar asiento. El cabo le acercó una taza de café.

—Usted me dirá… —dijo Antonio dirigiéndose al comandante Rosales.

—Me estaba esperando, ¿no? —repuso el comandante sin disimular un cierto aire de sorpresa—. ¡No me diga que no le han avisado de mi llegada!

Antonio estaba realmente perplejo. No entendía lo que estaba pasando. Supuestamente había solicitado la presencia de un experto criminólogo, y ahora tenía ante sí a un comandante de su propio cuerpo.

—Perdone pero…

—Estoy aquí para hacerme cargo del caso de la chica asesinada —aclaró el comandante.

—Por supuesto, mi comandante.

En ocasiones es difícil comprender las decisiones tomadas por otras personas. Es posible, seguramente, que se trate de un tema básico de acceso a información y, por esto, nos puedan faltar elementos de juicio para realizar una valoración adecuada y aséptica. Antonio era una persona pragmática y así lo entendió, o, al menos, lo dio por válido. Él había solicitado un especialista para ayudarle en el

esclarecimiento del asesinato de Irene Sanz y le habían enviado a un comandante, un superior, para dirigir la investigación. Mentalmente se encogió de hombros y pensó que no tendría sentido elevar protesta alguna al respecto. Que si así habría de ser, así sería.

—De acuerdo entonces —continuó el comandante—. Me han informado que se trata de un caso, digamos, extraño.

—Así es, yo al menos nunca había visto nada parecido.

—En lo que a mí respecta, yo tampoco —añadió el sargento.

Antonio terminó su taza de café y la devolvió cuidadosamente a la mesa. Sus interlocutores le miraban con expectación.

—Bien, opino que lo más adecuado ahora sería ir directamente a la casa de los Sanz. Es mejor que lo vea usted mismo —dijo Antonio.

La casa de los Sanz se erguía solitaria. Aunque acompañada por los edificios vecinos, apretujados siguiendo la lógica de unas calles estrechas dispuestas al abrigo de la muralla medieval, esta edificación inspiraba desolación y el muro que compartía con la vivienda contigua era un foso insalvable, un río no navegable, un mar enfurecido. La familia de Irene todavía no había regresado a su hogar. Hogar o lo que quedaba de él. Dado que aún no se había procedido al levantamiento del cadáver, sus padres y su hermano mayor seguían, inconsolables, en casa de los abuelos maternos de la chica. Allí se habían trasladado cuando se descubrió la tragedia, siguiendo los consejos de la Guardia Civil, y escoltados por sus vecinos. La madre, prácticamente en estado de trance, con los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar y el rostro desencajado, había tenido que ser llevada en brazos de un abatido padre. El hermano los seguía a pocos metros, caminando mecánicamente; solamente sus pupilas, que irradiaban una mezcla intensa de furia y dolor, rasgaban el aura inanimada que cubría su cuerpo. La madre intentaba gritar, pero su voz estaba rota y únicamente se percibía cómo la boca se abría y cerraba bruscamente, cómo los rasgos faciales se retorcían en una agonía desesperanzadora, cómo los ojos luchaban por abandonar sus órbitas. Para su fortuna, en ocasiones, no muchas y, por lo general, mal distribuidas, la misericordia abandona su tedioso refugio y sobrevuela la tierra mortal aliviando las almas de algún que otro desdichado, cuando no se apiada del mayor de los afortunados. Así, la pobre mujer, presa de la desolación, perdió el conocimiento y dio un respiro, un tenue *intermezzo*, a una tragedia que había alterado las calles tranquilas de Poza de la Sal.

Un número de la Guardia Civil custodiaba la puerta de la casa. Tras cuadrarse y dar la novedad, franqueó el paso a sus superiores. El portal estaba en penumbra y un olor muy desagradable, procedente

del piso superior, irrumpía en la entrada. Una inmensa soledad se había también adueñado de la morada de los Sanz. Las palabras que huían, temblorosas, serpenteando por los pasillos y escaleras en busca de un oído inexistente acababan muriendo en cualquier resquicio olvidado y polvoriento. Las pisadas emitían un sonido sordo y acolchado. Antonio miró hacia las escaleras. Sabía lo que vería de nuevo. Aun así no pudo evitar un espasmo que, inmisericorde, sacudió su espina dorsal. Inconscientemente su mano derecha busco el reloj y le acarició por encima de la guerrera. Los pies le pesaban y los peldaños se le antojaban inaccesibles, como a aquel niño que, en una tienda, el mostrador le parece altísimo y no ve posible llegar a él.

—¿Le ocurre algo, Antonio? —preguntó, con aire familiar, el comandante.

—No, estoy bien, no pasa nada —respondió el capitán, sobreponiéndose, tras un no despreciable esfuerzo para lograr evadirse de aquella fuerza invisible que le atenazaba.

Una vez en la habitación, unas enloquecedoras imágenes golpearon virulentamente los rostros de los recién llegados. Era una visión sólo creíble para aquellos desdichados que la presenciaban. Un reflejo perverso de algo salvaje y brutal. La propia naturaleza humana alberga una crueldad a menudo espeluznante, sin embargo aquello desafiaba la propia cordura, incluso para las mentes y ojos más curtidos. El sargento se puso lívido y, unos segundos después, malamente fue capaz de salir de la estancia y vomitar en una esquina del pasillo. Mientras tanto, el comandante se había quedado clavado y rígido. Sus músculos faciales parecían haber sido víctimas de una parálisis inesperada. Sus ojos destellaban emitiendo un brillo furioso que despedía chispas de rabia e impotencia. Parecía una estatua a punto de cobrar vida. La gárgola que desquebraja la piedra y se prepara para iniciar el vuelo. Lentamente su mirada, acompañada por una respiración profunda y acompasada, se paseó por toda la habitación, no dejando un solo recoveco por escudriñar. Era como si pretendiese reconstruir la escena del crimen, almacenando en su cerebro el más mínimo de los detalles. Antonio estaba a su lado observando el cadáver de Irene. Lo había visto unas horas antes, sin embargo no dejaba de impresionarle y enternecerle. Un cuerpo inerte, una vida truncada, un futuro borrado. Carne en descomposición y sueños perdidos vagando por el vacío sin nadie que los atrape. Anhelos rotos esparcidos sobre un mar muerto y desolado. Tras santiguarse, el comandante avanzó lentamente, midiendo sus pasos con sumo cuidado, hacia donde reposaba el cuerpo de Irene.

—¿Puede ponerme al día, Antonio? —preguntó el comandante con un tono ya del todo profesional, de alguien hecho a enfrentarse con este tipo de situaciones.

La lluvia golpeaba con fuerza los cristales de la ventana balconada y la luz, encendida a pesar de ser aún de día, de la lámpara del salón temblaba ligeramente. Un baile de sombras animaba las paredes y el suelo. Era una tarde oscura. El cielo y los elementos se habían puesto de acuerdo para dar el pésame a Irene. La tarima del suelo crujía lastimosa, como si quisiera quejarse de lo que allí había ocurrido, como si quisiese contar lo que allí había sucedido. Antonio se acercó al comandante.

—El cuerpo fue encontrado ayer a las doce y cuarto por Marcelino Rupérez, un salinero amigo del padre de Irene. Inmediatamente se dirigió a la plaza Nueva, donde, con motivo de las fiestas patronales, la mayor parte del pueblo se encontraba congregado en espera de la salida de la banda de música, para dar el aviso.

—¿Cómo dio ese aviso? ¿Qué es lo que dijo?

—Por lo que han referido varios testigos, apareció en la plaza gritando como un poseso: «¡Muerte en la calle Bajera!».

El comandante se quedó pensativo por unos momentos, murmurando para sí la frase que había exclamado Marcelino.

—¿Quién dice que es ese Marcelino? —continuó el comandante, completamente absorto en el análisis visual de la sala.

—Un amigo de la familia, como le he comentado.

—Ya —repuso mecánicamente el comandante—. Bueno, volveremos a eso más adelante. Continúe por favor.

—Bien, tras conocer la noticia, se procedió a dar aviso al cuartel. El alcalde en persona habló con el sargento Marina, y ambos, acompañados por el cabo Martínez, se personaron aquí.

El sargento acababa de entrar de nuevo en la sala, portando una faz pálida como la luna de agosto y salpicada por un par de enrojecidos ojos. Con un gesto tosco asintió en conformidad con la declaración del capitán ante la mirada fugaz del comandante.

—¿Ha tocado o movido alguien algo? —preguntó el comandante.

—No, a excepción del médico.

—Es primordial conocer todos los detalles, poder analizar el cuerpo y la escena del crimen con la máxima pureza, a ser posible en ausencia de contaminación externa. ¿Está seguro de que no ha habido manipulación…?

—Sí. Como le digo, el médico es la única persona que ha estado aquí, realizando el primer análisis. Yo estuve con él mientras lo hacía y puedo asegurarle que…

—Está bien. Infinidad de casos han quedado sin respuesta debido a este tipo de cosas. No me gustaría que eso pasase aquí —interrumpió el comandante.

—Si me permite, únicamente me gustaría añadir al respecto que se ha dispuesto guardia permanente en la casa desde que se descubrió el

cadáver, por lo que nadie ha podido entrar o salir de aquí sin nuestro conocimiento.

Con un difuso silencio por respuesta, el comandante sacó del bolsillo un trozo de tiza y trazó un círculo alrededor del cadáver. Posteriormente se inclinó hacia delante y comenzó el análisis de la víctima. Los ojos de la pobre chica permanecían abiertos, excepcionalmente abiertos, como si hubieran sido paralizados por una sorpresa terrible, como si no diesen crédito a lo que estaba sucediendo. No obstante sus pupilas ya no se aferraban a nada ni nadie, eran como una pintura que pierde su clavo de sujeción, eran la cuerda rota del escalador. Quizá la mirada perdida de Irene buscaba quien la rescatase, quizá perseguía una paz negada. Así, el comandante, con sumo respeto y delicadeza, tras enfundarse unos finos guantes de laboratorio, cerró los párpados de la chica. Mientras lo hacía, Antonio advirtió que el comandante inclinaba ligeramente la cabeza y murmuraba algo. Parecía como si el sufrimiento que sin duda Irene había experimentado hacía no muchas horas se estuviese transfiriendo a él mismo. Si no fuera porque lo consideraba tanto inapropiado como imposible, habría jurado que incluso los ojos del comandante se enrojecieron perceptiblemente pujando por no dejar escapar unas cuantas lágrimas secretamente contenidas.

El tiempo empeoraba y la noche, ansiosa por salir, acechaba. La lluvia arremetía con una fuerza despiadada contra los cristales del balcón. El comandante Rosales pareció desconcentrarse un momento, lanzando una mirada fulgurante hacia la ventana, pero luego volvió a hundirse en aquel mar dantesco, mimetizándose entre los restos de la tragedia, formando parte de ella. Antonio procedió a cerrar los postigos del balcón. El sonido de la lluvia se amortiguó dejando paso a unos golpes huecos y continuos que aislaban la habitación del exterior, como preservando la calle del aura maligna que impregnaba toda la casa por completo, como dando refugio a una oscuridad que devora a una tímida luz que intenta escaparse de su manto impío.

Muy celoso de su trabajo, el comandante volvió a insistir, obsesivo, en que nadie de los presentes se acercara al cuerpo. Del interior de su guerrera extrajo un estuche de piel en el cual guardaba su instrumental. Eligió unas pinzas y comenzó examinar, centímetro a centímetro el cadáver. De vez en cuando tomaba alguna muestra y la introducía en un frasco de cristal. Con muchísimo respeto y pudor apartaba o quitaba la ropa de la muchacha cuando así lo requería la naturaleza de su análisis. Ninguno de los asistentes en la sala se atrevía a hablar o, incluso, a moverse. Era tanta la concentración que transmitía el comandante que nadie quería ser el culpable de quebrarla. Tuvo que ser el propio comandante Rosales quien rompiese el silencio.

—Antonio, ¿podría informarme, por favor, de lo que ha dicho el médico? Me gustaría conocer su dictamen.

—Desde luego —contestó, presuroso, el capitán, tomando su bloc de notas—. De acuerdo con la opinión de don Manuel, estaríamos ante la obra de un solo asesino, probablemente un varón corpulento y diestro, utilizando con maestría un arma blanca de grandes dimensiones y un solo filo, como podría ser, por ejemplo, un cuchillo de caza.

Un suspiro profundo, que denotaba una necesidad extra de oxígeno, acompañó el paso de la hoja. Punteando con el lapicero en el papel, Antonio prosiguió hablando. El comandante observaba y escuchaba con atención.

—Las mutilaciones posiblemente fueron practicadas con posterioridad a la muerte, aunque de esto parece no estar seguro del todo. Por último señaló, indicando al mismo tiempo que desconocía la razón, que «había mucha menos sangre de la que debería haber». Esta última circunstancia la mencionó con mucha extrañeza y, permítame que así lo defina, asombro.

—¿Menos sangre? ¿Dónde, en la habitación o en el cuerpo? —preguntó el comandante.

—No consta en su informe. Eso es algo que don Manuel no aclaró, pero si así lo ordena puedo…

—No, no es necesario, Antonio. Muchas gracias —interrumpió el comandante—. Creo que sé a lo que se refería.

Antonio lo miraba con una marcada curiosidad, esperando a que se lo aclarase, pero como si no se atreviera a preguntar. El comandante captó su velada demanda.

—Falta del cadáver —sentenció.

—No comprendo —dijo Antonio.

—Pues eso, es como si alguien hubiese desangrado, al menos, parcialmente el cuerpo.

—¿Desangrado? Pero qué diablos…

El capitán cercenó la frase bruscamente y volvió a refugiarse en el silencio, esbozando un gesto de incredulidad y extrañeza. El sargento atendía atónito. Por fin, el comandante, tras otra corta pero intensa espera, recogió su instrumental, se incorporó y se alejó unos pasos del cuerpo de Irene.

—Estoy prácticamente de acuerdo con el médico. Una sola persona, varón corpulento y diestro, cuchillo de grandes dimensiones. Yo incluiría también una herramienta de hoja mucho más fina y afilada, del tipo del bisturí de un cirujano. Ciertamente falta mucha sangre, aunque no acierto a comprender cómo ha podido…

El comandante se calló de repente y, como si hubiera sido iluminado, se acercó de nuevo al cadáver, y mostrando una visible y desubicada ansiedad, tomó de nuevo sus pinzas de cirujano y reinició,

presuroso, su análisis, concentrándose en la zona del cuerpo en la cual habían estado las piernas de la chica. Antonio no pudo, esta vez, evitarlo y se acercó también. El sargento se inclinaba hacia delante y estiraba el cuello en un intento de enterarse igualmente de algo. Escasos minutos después, el comandante estaba estudiando la zona de la ingle derecha. Su rostro comenzó a cambiar y su piel se tornó, aún, más marmórea. Como si un fantasma hubiera hecho su espectral aparición, la faz del comandante Rosales reflejó el sobresalto que, sin duda, su ánimo sufrió. Antonio se dio cuenta y trató de escrutar en sus ojos la naturaleza de aquel cambio. No obstante, cual espejismo volátil, aquella expresión exaltada y turbulenta pareció desvanecerse borrando todas sus huellas. Antonio, apremiado, dirigió entonces su vista hacia el cadáver, pero su profano entender nada más fue capaz de captar.

—Bien, creo que ya es suficiente.

Estas palabras del comandante Rosales sonaron envueltas en una calma artificial y artificiosa, al menos así lo entendió Antonio. Sin embargo, ante la actitud del comandante, optó por dejarlo estar. En ese momento Diego estaba inclinado, una rodilla en el suelo a no más de un palmo de la cabeza de Irene, dejando resbalar su mano por los cabellos de la chica, con una ternura paternal, hasta que, sin dejar de mirarla, se santiguó y se levantó.

—Pueden proceder a darle cristiana sepultura.

—¿Ya está? —preguntó el capitán.

—Sí, ya está.

Antonio se debatía entre la necesidad de preguntar y el respeto al silencio elegido por el comandante, el cual parecía no querer hablar ni comentar nada. Así optó por dejar que fuese éste quien decidiera cuándo informarle, si así lo estimase oportuno, al respecto. Mientras tanto, el sargento había cubierto el cadáver con una sábana blanca. El telón se había echado y la noche había llegado, definitivamente, para Irene.

En la calle la lluvia continuaba y el viento azotaba las calles. Un farol se bamboleaba en la esquina de la casa en un intento de sobrevivir y evitar ser absorbido por la oscuridad de la decrépita tarde. El comandante Rosales, despreciando las inclemencias del tiempo, salió del portal y comenzó a caminar muy despacio. Antonio, desconcertado, le siguió. Iban por el medio de la calle, sin buscar el abrigo de los balcones o los tejados y el comandante no se inmutaba, se comportaba como si nada le importase, como si estuviese a la espera del rayo que lo fulminase. Antonio comenzó a percibir una sensación extraña. El comandante, incluso, aparentaba ignorar su

presencia.

—¿Había visto algo parecido?

Aquella pregunta hizo reaccionar al comandante, quien tras detenerse, posó una mirada colmada de tristeza y melancolía en el capitán y le dijo:

—Sí, así es. No es la primera vez, Antonio.

# IV

Cada vez que regreso a Soria, sin pretenderlo, retrocedo a mi infancia y no dejo de pensar en cómo había vivido de niño, en cómo había disfrutado, en cómo había sentido todos y cada uno de aquellos intensos momentos. Nunca olvidaré las tardes ociosas después de salir de la escuela. Corría hacia casa, donde llegaba jadeante, exhausto, entusiasmado. Allí mi madre ya me había preparado la merienda y yo, tras lanzar la cartera llena de libros sobre la cama, y hacer la carantoña de rigor a mi hermana pequeña, apenas tenía tiempo de coger el bocadillo y proseguir la furibunda carrera con el objeto de no llegar tarde a la cita ineludible del partido de fútbol en la era de Adolfo. Nada de clases de piano, ni inglés, ni swahili, ni natación. Solamente jugar con los amigos. ¡Qué delicia! En ocasiones mi padre, ese que está yéndose ahora para siempre, me estaba esperando a la salida. Habitualmente eso sucedía los viernes. Aquello significaba que pasaríamos el resto de la tarde, hasta la hora de la cena al menos, juntos. Nos iríamos, quizá, al parque de la Alameda, o a lo mejor al monte Valonsadero. Cuando, desde el otro extremo del patio, veía a mi padre aguardando mi salida con un sonrisa enorme, sentía que mi mochila colmada de libros se tornaba más ligera. De hecho apenas notaba su peso. Mi paso entonces se aceleraba hasta convertirme en una carrera cuya meta eran los brazos de mi padre, quien, con su voz, recuerdo, pausada y dulce me saludaba con un simple y tierno «Vamos». El cielo entonces parecía más azul y las nubes más trasparentes y algodonosas. Ahora todo es gris para mí y únicamente el aferrarme al pasado me permite encender en mi cerebro alguna chispa de felicidad que aunque débil, imaginaria y lejana, muy lejana, aún es capaz de recordarme lo que tuve pero que ya nunca más volverá. Veo cómo el agua se desliza entre mis dedos y mis manos quedan vacías, secas como la arena del desierto. Y yo no dejo de mirar y mirar, pero nada permanece y hasta la más minúscula gota ha desaparecido. Sin embargo aquellos días, borrosos tras mis retinas, todavía resisten en el alcázar de mi memoria. «¿Qué me habría preparado mi padre esta vez?», pensaba emocionado.

Las tardes de aquellos viernes eran muy especiales. Siempre había un premio, una sorpresa por desenterrar. Era el regalo de mi padre. Pero lo verdaderamente excitante, lo que sin duda más impacientemente esperaba, era la búsqueda del pecio. El juego consistía en descifrar pista tras pista, acertijo tras acertijo, hasta llegar

al sitio donde mi regalo, mi premio, estaba escondido. Solían ser trozos de papel, colocados fuera de la vista de viandantes casuales y ajenos, en pliegues o rendijas, a menudo debajo de alguna piedra solitaria, que contenían palabras, frases, versos o series de números. El último de ellos, el más preciado, era el que contenía la llave del cofre. Un recoveco rocoso, un hueco en el tronco de un árbol, una baldosa levantada o un montoncito de tierra removida al pie de un árbol podían ser la cueva del tesoro. Así, el día acababa con un libro nuevo de aventuras, de aquellos tan preciados de Julio Verne o Emilio Salgari, en mis manos. «Ahora págame», me decía mi padre entonces. El precio, un beso.

El aire fresco que se introducía por la ventanilla del coche alimentaba mi vigilia. El día anterior habíamos recogido nuestras cosas apresuradamente y nos habíamos despedido de nuestras vacaciones en Suiza. Llevaba más de veinticuatro horas sin dormir y, a pesar de habernos turnado conduciendo Carmen y yo, el cansancio había logrado hacer mella en mí, venciendo a la excitación y preocupación provocada por la noticia acerca del estado de mi padre. Arropado por esa sensación, producto de una mezcla insana de ansiedad y aturdimiento, no podía dejar de pensar en nuestra relación y temía no llegar a tiempo. Era una pena que me ahogaba y asfixiaba. Era un dolor que oprimía mi corazón. No pensaba en quién tenía la culpa pero, a pesar de que no lo entendía, yo me sentía culpable. Quizá por diferencias de caracteres, puede que por egoísmo puro, el caso, el hecho objetivo, era que en la última década nuestro distanciamiento había sido absoluto. Desconocía si había sido mi forma de vida la que había encendido los fuegos; otras veces, pensaba, su cada vez más agriado carácter. Recientemente, por añadidura, había mostrado una creciente amargura en su forma de ser. Aunque en apariencia no existía ninguna razón para ello, mi padre comenzó a refugiarse en sí mismo y se fue convirtiendo en un personaje cada vez más introvertido y extraño. Ni siquiera su comportamiento, al parecer, era ya el mismo. Daba la impresión, incluso, de que ocultaba algo, de acuerdo con lo que me contaban, principalmente, mi madre y, en menor medida, mi hermana.

Como quiera que fuere, esa circunstancia lamentable ahora me mortificaba en exceso y me empujaba con premura hacia su lecho de muerte, en un intento desesperado de congraciarme con él y dejar las cosas como siempre habían sido y nunca debían haber dejado de ser. Lo necesitaba y anhelaba. Tanto por mí como por él, era primordial disponer de ese instante necesario en el que una simple mirada puede apaciguar el mayor de los incendios, en el que un simple gesto es

capaz de hacer amainar la peor de las tormentas. Yo así lo quería y deseaba y, estoy seguro, mi padre también.

Estábamos a menos de dos horas de camino cuando, inesperadamente, el teléfono sonó. De soslayo, sin soltar las manos del volante, advertí el origen de la llamada. Era Elisa, mi hermana, mi única hermana. «Malas noticias», pensé.

—¿Puedes cogerlo?

—Claro —respondió Carmen al tiempo que cogía el móvil.

Monosílabos neutros, asentimientos, gestos y expresiones serias. Carmen no decía nada revelador, pero tampoco hacía falta. Ya lo había dicho todo. Concluyó la conversación con un «enseguida llegamos».

—Ha muerto, ¿verdad? —no pude si no preguntar.

—Lo siento mucho, cariño —dijo Carmen con lágrimas surcando su rostro.

El horizonte se tornó opaco y perdió su trasparencia. Un manto de niebla se interpuso ante mi vista. El aire se densificó y mi respiración se hacía más y más dificultosa.

—¡Rodrigo, para por favor! —espetó Carmen.

Había invadido el carril contrario cuando reaccioné y pude tomar el control del volante. Afortunadamente nadie venía de frente y todo quedó en un susto. Paramos en la entrada de un camino que había un poco más adelante. Me eché hacia atrás, reposando mi cabeza en el asiento. Cerré los ojos recluyendo mis lágrimas. Una procesión de imágenes y recuerdos golpearon sin piedad mis meninges. Un segundo, una hora o toda la eternidad. Amargura sin fin, tormento que no cesa. Arrepentimientos que laceraban mi alma.

—¿Te encuentras bien?

Por supuesto que no me encontraba bien. ¿Cómo podría estarlo? La lanza que se me había clavado en el corazón, en lugar de traspasarlo, se retorcía en su interior desgarrando carne y músculos.

Poco después logramos reanudar la marcha. Carmen conducía y yo me ahogaba en un torrente de recuerdos amargos, de remordimientos vanos. Mi padre se había ido y yo ya no tendría la posibilidad de hablar con él. Unos minutos hubiesen sido suficientes. Ni siquiera eso. Unos pocos segundos habrían bastado para decirle que, a pesar de todo, nunca había dejado de quererle. Pero esas palabras ahora eran brasas que quemaban mis entrañas con un fuego que no parecía consumirse.

Llegamos a Soria y, tras bordear el parque de la Alameda, nos

dirigimos a la casa de mis padres. Era una preciosa construcción neoclásica ahora abarrotada de gente, buena parte de ellos familiares, los cuales se esforzaban en saludarme con efusivos ademanes. Algunos de ellos me indicaban con gestos que subiera a la planta de arriba. Sus voces llegaban a mis oídos como ruidos sordos apenas perceptibles. Sus movimientos se me antojaban muy lentos, producidos a cámara lenta.

Mi madre, escoltada por mi hermana Elisa, sus hijos y marido, amén de un nutrido grupo de los familiares más cercanos, así como de otros que no lo eran tanto, estaba sentada en una esquina de la habitación, al lado de la cama donde reposaba el cuerpo inerte de mi padre.

—¡Mamá! —exclamé.

—¡Rodrigo! —repuso mi madre, intensificando su llanto, al advertir mi llegada.

Fui directamente hacia ella. Se levantó y nos fundimos en un abrazo de desesperación y desconsuelo, al cual se sumó Elisa reposando su cabeza en mi hombro.

—¡No he llegado a tiempo! —repetía con insistencia y entre una catarata de sollozos entremezclados con los de mi hermana y mi madre.

Carmen permanecía, junto a mis sobrinos y cuñado, en silencio al lado de la puerta, cediéndonos el espacio íntimo que necesitábamos para enjugar nuestro dolor. Todo en mí había explotado. Pena, angustia, desazón. Pero, por encima de todo, remordimiento. ¿Por qué ha de ser así? ¿Por qué estamos seguros de ser capaces de arreglar algo cuando ya se ha perdido, cuando ya es imposible? Padre mío, perdóname.

Vestido con un traje oscuro, al igual que su corbata, que destacaba con la blancura de su camisa, mi padre yacía encima de la cama. No daba la sensación de haber sido víctima de un accidente de tráfico, a tenor de su aspecto físico —posteriormente me informaron que estaba destrozado por dentro, que la causa oficial de su fallecimiento había sido una hemorragia interna. De hecho, parecía dormido, que no muerto, pero yo sabía que era mi anhelo el que así me hacía pensar. Me agaché y le besé en la frente. A duras penas mantenía la compostura. Únicamente la descarga emocional compartida con mi madre y hermana sostenía mi ánimo. Me había desahogado y mi pesar, sin haberse mitigado, estaba momentáneamente entumecido. Con todo, un extraño detalle atrajo mi atención. Contrariamente a lo que cabría esperarse, tuve la impresión, su rostro no transmitía tranquilidad o descanso. Era más bien el reflejo de una pesadilla, de un alma atormentada sin posibilidad de expiación. Miré a mi alrededor. ¿Nadie más se había fijado en ello?

Era aquélla, sin duda, una situación inusual. Por una parte sentía

impulsos de abrazarme a mi padre, de contarle todo lo que no le había dicho en los últimos años, de hablar con él, de compartir algo, lo que fuese, con él. Únicamente me retenía un atávico sentido del decoro. Por otra parte aquella anormal sensación, quizá lo que conviene en llamarse sexto sentido, me perturbaba. Algo no iba bien. No comprendía la naturaleza del aviso, pero sí podía percibir el peligro. Pero fue la pesadumbre la que finalmente inclinó la balanza, y dejé de pensar en ello. Aquel pensamiento se desvaneció, disuelto por el hecho real e inamovible de que no me quedaba si no aceptar y admitir que mi padre se había ido y yo nunca podría reconciliarme ya con él. Ésa habría de ser, a partir de entonces, una de mis cargas.

Quizá la más liviana.

Carmen se acercó a Elisa y a mi madre, quien se había desplomado en una silla vencida por su propio peso. Una luz tenue flotaba en la estancia. Persianas bajadas repudiando el sol de la tarde, reteniendo la atmosfera asfixiante que anegaba mi respiración y me transportaba a otras épocas, otras vidas. Tiempos y lugares donde el color se derramaba sobre todas las cosas, sobre todos nosotros. Donde la oscuridad era rasgada por rayos de luz que iluminaban las sonrisas de nuestros rostros. Otros tiempos, otros lugares.

Tras hacerme una seña discreta para que me acercase a ellas, Carmen me tomó del brazo sin decir nada. Ella comprendía lo que me pasaba, las razones de mi sufrimiento. Era mi padre quien yacía ante mí, alguien a quien nunca jamás había dejado de querer a pesar de nuestras diferencias, y ahora estaba seguro, que nadie me pregunte en base a qué, de que a él le había ocurrido lo mismo. Esa certeza, ese deseo furtivo, me fustigaba así como el gélido viento del norte barre mi tierra. Era mi padre de quien no me había podido despedir propiamente y con quien no me había sido posible reconciliarme. Posteriormente me contaron que mi madre, en los instantes previos a la muerte de su marido, se había arrodillado a su vera, cogiéndole la mano y pidiéndole que le esperara, haciéndole saber que nunca le olvidaría, agradeciéndole todos los años que le había concedido, acariciándole la frente y la cara, besándole.

Ayudé a mi madre a levantarse y la ofrecí mi pañuelo. Tenía la mirada fija en algún punto indeterminado más allá de la habitación. Elisa se aproximó, desgarrada, a la cama sobre la cual yacía nuestro padre. Carmen se excusó con la intención de dejarnos a solas pero yo le indiqué con un gesto que no era necesario.

—¿Qué pudo pasar mamá? Papá era muy prudente. Salirse así de la carretera…

Mi madre continuaba perdida, ignorándome. Parecía un ser ausente, aislado de la realidad. Repetí la pregunta y muy despacio giró su cabeza hacia mí. Me di cuenta de que le estaba costando enormemente

hacerlo. Mi primera impresión fue que el desgaste emocional había minado su entereza, pero aquella resistencia, aquella reticencia a volver del vacío, me hizo dudar y la idea de que algo extraño revoloteaba por los alrededores volvió a fraguar en mi cerebro.

—Sí, ha sido un desgraciado accidente… y Dios ha querido llevárselo de mi lado…

No pudo terminar la frase. Un torrente de lágrimas desbordó sus ojos y sus palabras quedaron ahogadas en un mar de sufrimiento y dolor.

—Tranquila, mamá. Estamos aquí contigo —dije, mientras, sobreponiéndome a mi propia pena, abracé a mi madre.

—¡Ernesto, Ernesto! ¿Por qué me has abandonado? ¿Qué va a ser de mí ahora? ¿Qué va a ser de mí? —repetía mi madre, desconsolada, aferrándose a mí.

—Mamá, tranquila —insistí—. Desahógate. No estás sola.

—No sé qué pudo pasar… no sé por qué lo hacía…

Aquel balbuceo de mi madre indicaba con claridad que su mente y memoria se habían desviado del accidente de mi padre y ahora era otra cosa lo que le atormentaba. No obstante, y dado que su estado nervioso era cada vez más frágil, decidí acompañar a mi madre a su habitación con el objeto de que descansara un rato. Ya habría tiempo más tarde de continuar con la conversación y satisfacer mi, en aquel momento, hambrienta curiosidad e intriga. Una vez acostada, la respiración de mi madre comenzó a acompasarse y, si bien empapada en lágrimas, pareció relajarse ligeramente. Ya no repetía las mismas palabras y su mirada pareció volver a trasmitir la ternura de siempre. Me pidió que la dejáramos sola un rato. Mientras salía de su habitación pude advertir cómo cuidadosamente quitaba el polvo de la foto de su boda que decoraba la mesilla. La limpiaba y acariciaba con esmero y sus labios murmuraron algo que no acerté a comprender. Quizá era su despedida. Quizá era su último adiós. Eso quise pensar.

Carmen me estaba esperando en el pasillo con un semblante muy serio. A su lado mis sobrinos se debatían, como niños que eran, entre el llanto y el aburrimiento. Álvaro, el mayor con sus recién cumplidos diez años, tiraba disimuladamente de una de las trenzas de su hermana Teresa, una diablesa de cinco. Su padre, esto es, mi cuñado José, trataba, infructuosamente, de poner orden.

—¿Estás bien? —dijo mi novia tras acercarse a mí y abrazarme.

—Sí, creo que sí. No te preocupes.

—¿Tu madre?

—Está muy nerviosa y cansada —repuse—. No sé, creo que hay más… No sé…

No dejaba de pensar en que algo iba mal. Los sentimientos de mi madre aparentaban componerse de una mezcla de pena y reproche, de

desánimo y sufrimiento. Si la hubiera visto abatida, lo habría encontrado perfectamente lógico dado su carácter apesadumbrado. Pero no era el caso. Sus nervios, que habían aflorado con virulencia, se estaban sobreponiendo a la tragedia.

—No te comprendo —dijo Carmen.

—Me siento incapaz de explicar lo que sucede, pero mi madre no está así únicamente por la muerte de mi padre, te lo aseguro.

Carmen se quedó mirándome inmóvil, en espera de que continuara y le transmitiese mis inquietudes.

—Voy a permitir que descanse y, cuando esté más calmada, intentaré hablar con ella. Estoy seguro de que algo pasa, aunque, por el momento, no acierto a entrever qué podría ser —añadí.

—¿No serán imaginaciones tuyas? Yo no he visto a Aurora tan rara como comentas. Es más, teniendo en cuenta la situación en la que se encuentra, no habrían de sorprendernos reacciones de lo más extrañas —apuntó Carmen, añadiendo un toque de racionalidad a la conversación.

—Conozco bien a mi madre y te digo que no. Su comportamiento inusual me fuerza a pensar que, como te digo, hay más problemas. No sé qué oculta; si lo hace deliberadamente, si no se atreve a decírmelo…

—¿Te ha comentado algo Elisa?

—No hemos tenido tiempo de hablar todavía —repuse, encogiéndome de hombros.

—Recuerda que ella ya había notado raro a tu padre últimamente también.

—Ya, pero me da la impresión de que no sabemos todo, y es mi madre quien nos lo tiene que contar.

—No le des más vueltas, ya lo averiguaremos más adelante —concluyó Carmen.

El número de familiares, quienes se agolpaban a lo largo y ancho de las diversas estancias de la casa, apenas sufría las deserciones que habrían sido esperables a medida que la afluencia de detalles escabrosos del accidente se agostaba. Los corros de conversación, es posible que ése fuera el motivo de su correosa resistencia, se asemejaban cada vez más a reuniones festivas. Era mucho el juego que el tema daba. «¿Cómo había podido salirse de la carretera en semejante recta?», había sido el comentario más recurrido. Por lo visto mi padre, sin causa aparente, se había estrellado contra el muro de una granja, situado a escasos metros de la cuneta, a la altura de Peñafiel, volviendo de uno de sus viajes a Valladolid. Que si se había dormido, que si decían que estaba enfermo, que si el cansancio

producido por el exceso de trabajo, que si, a lo mejor, un simple despiste. Todas ellas posibles justificaciones para explicar lo que, a juicio de los presentes, era, a todas luces, inexplicable, dado que ningún otro vehículo se había visto comprometido en el desgraciado lance. Mi padre siempre había sido, además, un conductor muy prudente. El mejor del mundo, pensaba yo cuando era pequeño. Creer que la causa del accidente había sido un descuido se me antojaba harto improbable e inapropiado. Ni siquiera el cansancio o la fatiga me convencían como explicación. De no haber estado en perfectas condiciones, salvo que los últimos años le hubiesen cambiado sensiblemente, no se habría arriesgado a conducir.

Aquellas tribulaciones fueron enterradas por la voz de mi madre, que había salido de su habitación.

—Se me olvidaba, hijos, Horacio vendrá en un rato. Decídselo a Elisa.

—¿Horacio? ¿Quién es Horacio? —contesté descolocado.

—¿No lo recuerdas? Nuestro notario.

—Ya. ¿Y qué quiere? —repuse con indiferencia.

—Pues no lo sé, pero llamó por teléfono poco antes de que llegaseis. Dijo que era urgente.

—¿Y qué es tan importante que no puede esperar?

—No lo sé. No me lo dijo.

—Te daría por lo menos el pésame, ¿no? —añadí con tanta socarronería como inoportunidad.

—Me avisáis cuando llegue, por favor —concluyó, dando mi último comentario como inexistente y volviendo a su habitación.

Es curioso cómo, algunas veces, la mente humana reacciona con indulgencia en circunstancias de duelo y dolor. En mi caso había provocado que mi inconsciente mostrase mi más pésimo sentido del humor, si bien, por otra parte, he de decir que éste en ningún caso podría ser merecedor de otros adjetivos más generosos como inteligente o peculiar. Para qué vamos a engañarnos. Lo único positivo, de nuevo mi inconsciente me manipulaba, que podría extraerse de la situación era que al menos no tendría que esforzarme para modular mis respuestas cuando me preguntasen lo de «Pero ¿cuándo os casáis?», algo habitual en mis inhabituales eventos familiares, o lo de «¡Fíjate tu hermana, menuda ventaja que te saca ya!», que solía ser lo siguiente. Yo nunca perdí la esperanza de que mi edad fuese consumiendo la frecuencia de tales comentarios, sin embargo, por lo visto, no dejaba de desestimar la perseverancia de mi familia.

Escaso consuelo para alguien que acababa de perder al padre que adoraba pero con quien no se entendía. Refugio imposible para resguardar arrepentimientos tardíos.

Querida Martha:

Es bastante tarde. La estufa ya se ha apagado y el frío exterior comienza a invadir la habitación. La lluvia, infatigable y persistente, sigue cayendo emitiendo el único sonido de la noche. Es un repiqueteo regular y acogedor que invita al sosiego. Sin embargo, hace ya un buen rato que escuché las campanas del reloj de la plaza dando las cuatro de la mañana y ni siquiera diviso la más mínima sensación de sueño. Y es que el insomnio continúa, indeleble, siendo mi compañero de viaje. Me sumerjo en una oscuridad profunda y densa que me amordaza. Me pierdo en una noche eterna que me atrae y me ahoga.

Sabes que antes esto no era así, sabes que antes en mí la luz vivía, pero en estos momentos, mientras escribo estas líneas, me pregunto si alguna vez ha existido un antes, si no siempre ha sido esto igual y alguna vez, en alguna ocasión, durante, al menos, una mísera fracción de segundo, esta maldita tristeza, este dolor permanente no me han martirizado. ¿Es que esto es lo que el destino me tiene reservado? Pero, por otra parte, no dejo de preguntarme, a todas horas, siempre, si es que yo acaso me merezco otra cosa.

¿Cómo puedo aspirar a nada, cómo puedo pretender vivir de otra manera, vivir, cuando fallé a quienes más quería? No he si no de suponer que es mi propio subconsciente, humano al fin y al cabo, quien mueve y abre los más recónditos resortes de mi cerebro, quien me obliga a anhelar aquello que no está reservado para mí.

Así con todo, siento que una fuerza anónima me empuja a continuar y que todavía quedan energías por agotar. Hasta cuándo es algo que desconozco, Martha. Tú siempre has sido mi guía, mi soporte y ahora no te veo; ahora no os veo. Vosotras siempre habéis iluminado mi camino, mi vida y ahora no hay día ni siquiera bajo el sol en un cielo sin nubes. Ahora todo está oscuro. Ahora siempre es de noche.

Hoy ha sido una jornada muy dura, de esas que tú no querías que te hablase, de esas que habían de quedar en mi memoria, aisladas de ti. Aunque sabes que negarlo no impide ni borra su existencia; ni siquiera puede olvidarse. Tú me pedías, refugiada en tu resplandeciente palidez, inocencia inmaculada: «No me lo cuentes, por favor», y eso era parte de tu encanto. Yo pretendía ignorarlo y relegarlo a mi particular refugio oculto, allí donde la oscuridad corroe mi ser y devora mi alma. Un deseo de vivir en una cándida burbuja, una

esperanza perpetua y un anhelo embriagador. Sin embargo contigo a mi lado, con vosotras, todo aquello permanecía oculto y cerrado. Vosotras asegurabais la puerta que contenía los demonios. Vosotras.

Todavía sigo en Poza de la Sal. Hoy va a ser mi segunda noche y no sé cuanto más habré de continuar aquí. El caso del que te hablé no parece ser de fácil solución y es posible que me ocupe más tiempo de lo que en un principio estaba previsto. De hecho ha venido un comandante de Burgos, el cual me da la impresión de que tiene un interés especial en este asunto horrible. Si bien no estoy al corriente de sus motivaciones, es como si mostrara, podría decirse, un exceso de celo, como si algo más que el cumplimento de su deber le fuese en ello.

Perdona que hable de esto, ya sé lo que piensas al respecto, pero es que no tengo a nadie más con quien hablar de ello y, poco a poco, esta carga es cada vez más difícil de llevar. Me esfuerzo, sigo intentándolo, pero me resulta extremadamente duro. Quién sabe cuánto tiempo más seré capaz de aguantar. Quién sabe cuánto más resistiré. Creo que mi fortaleza no es la que tú pensabas, la que tú me hacías brotar, la que vosotras me insuflabais.

Quiero ir con vosotras.

# V

El comedor de la fonda estaba prácticamente lleno. Una mezcla de variopintas gentes conformaba la clientela del día. Desde curtidos salineros, pasando por comerciantes y arrieros, a agentes de la autoridad y forasteros. Hacía poco que el sol había abandonado su cenit, oculto tras unas nubes densas y congestionadas, y la tarde ensombrecía el día. Antonio y el comandante Rosales estaban sentados, frente a frente, al lado de una de las ventanas del fondo. Los cristales cubiertos de vaho transmitían una agradable sensación de calor, sin duda ayudados por la estufa de leña cuyas llama refulgían con intensidad. El invierno había abandonado su guarida desplegando sus tentáculos, pretendiendo asfixiar al infante otoño.

—Mi comandante…

—Por favor, Antonio —interrumpió el comandante Rosales—, mi nombre es Diego. Al menos cuando estemos solos, le rogaría que me llamase por mi nombre.

Antonio se sorprendió ante la sugerencia del comandante. Estaba muy acostumbrado a tratar con superiores y nunca había recibido una invitación como ésa. Sin embargo la sinceridad y sencillez que pudo apreciar en la mirada del comandante le animó a tomarle la palabra.

—De acuerdo, Diego. Únicamente quería preguntarle, bueno, siento curiosidad… —Antonio no encontraba las palabras acertadas.

—¿Sí?

—Es con respecto a lo que dijo ayer cuando salimos de la casa de Irene Sanz, no sé si…

—Dígame, Antonio —le animó el comandante, al tiempo que tomaba el vaso de vino.

—Comentó que no era la primera vez que veía un caso como éste, ¿no es así?

—Está usted en lo cierto.

El comandante adoptó un semblante muy serio, como si repentinamente una nube hubiese aparecido por el horizonte cubriendo de sombras una brillante y esplendorosa mañana de primavera. Antonio pensó que no era lo más oportuno, al menos en aquellos momentos, continuar con la conversación, por lo que optó por un silencio cauteloso y se refugió, igualmente, en el vaso de vino que le habían servido, una vez echadas un par de miradas azarosas hacia su plato y la mesa de al lado. Diego parecía concentrado, la mirada perdida y globos oculares vidriosos, a punto de estallar.

Antonio se dio cuenta de la incomodidad que había provocado, si bien ni comprendía ni conocía la razón. Su expectación debía, por lo tanto, plegarse a la voluntad de su interlocutor.

—Así es, Antonio, así es —afirmó el comandante, rompiendo el mutismo que, durante unos segundos, les había cubierto—. He visto otros dos casos similares a éste con anterioridad.

—¿Iguales que éste?

Antonio hizo esta pregunta quizá con la esperanza de que el comandante le dijera que parecidos, pero no tan terribles y cruentos como el que ahora les ocupaba. Era el niño que pregunta a sus padres si puede salir, no por mera curiosidad sino por necesidad o deseo de obtener la respuesta anhelada.

—Hace poco más de ocho años, en la primavera de 1913, el cadáver de una muchacha de diecisiete años apareció mutilado y desangrado a las afueras de Burgos, oculto entre la maleza, en el parque de Fuentes Blancas. Dos años después, en las navidades de 1915, en concreto el día de Nochebuena por la tarde, una chica de veintiún años fue encontrada abierta en canal, sin cabeza e igualmente desangrada, en su casa en La Parte de Bureba. Sus padres pudieron reconocer el cadáver gracias a la ropa que llevaba puesta en el momento de ser descubierta.

—¿En La Parte de Bureba? —preguntó con sorpresa Antonio—. Pero ¡si eso está aquí al lado, a poco más de diez kilómetros! ¿Cómo es posible que no supiera yo nada de eso, que no tenga noticia alguna de ello?

El comandante ofreció una mueca confusa como respuesta, dejando continuar a Antonio con su furibunda diatriba.

—Un suceso así debería figurar en los archivos, debería estar registrado y documentado. ¿Cómo puede ser que nunca haya oído hablar de ello, ni siquiera en una conversación de cantina?

—No se extrañe, dado que el caso se mantuvo oculto y no se dio a conocer. En su día se estimó oportuno silenciarlo habida cuenta de las especiales características del mismo…

—¿Especiales características? interrumpió Antonio, liberando una reprimida contrariedad.

—Sí. Se pensó, las autoridades pensaron, que era demasiado truculento como para que la población tuviera conocimiento de ello, si podía ser evitado. Ya sabe usted cómo muchas veces se piensa desde las alturas…

—¿Y la familia?

—Fue, al parecer, convenientemente recompensada.

—Entiendo —dijo Antonio, comedido.

El capitán no acertaba a comprender por qué, al margen de que no se hubiera informado a la población o a la prensa del suceso, nadie le

había puesto al corriente de un hecho tan extraordinario, por horrible y atroz, acontecido en su jurisdicción. «Entiendo pero no comparto», quiso decir. Del caso de Burgos tampoco había oído hablar, pero el hecho de haber ocurrido en la capital, lejos de su puesto, le hacía querer pensar que, a pesar de ser igualmente un suceso a destacar en las habitualmente tranquilas tierras burgalesas, no había de extrañarse de que, por el motivo que fuese, no tuviera constancia de ello. Era algo que, aún con incomodidad, asumía. Sin embargo lo de La Parte de Bureba no le parecía normal, y únicamente su profesionalidad y sentimiento del orden le hacía aceptarlo. El comandante se percató de la contrariedad que, involuntariamente, había provocado en Antonio.

—No le dé más vueltas, no merece la pena.

—¿Usted cree?

—Qué remedio.

—Disculpe entonces —concluyó Antonio.

—No diga eso, por favor. No crea que no le entiendo.

Antonio no respondió. El comandante tomó un sorbo de vino y se dispuso a continuar. La camarera, precedida de una nube de vapor, se acercó con los primeros platos. El capitán orientó su atención hacia la ventana. Comenzaba de nuevo a llover y la escasa luz que llegaba a los cristales parecía diluirse entre las gotas finas de agua que persistentemente caían sobre las refulgentes calles empedradas de Poza de la Sal.

—Ambos crímenes quedaron sin resolver —añadió.

—Pero se investigaron, ¿no? —preguntó, aún desconcertado, Antonio.

—Así es, se investigó pero no se encontró nada. Absolutamente nada.

El comandante esbozó esta última apreciación con un marcado tono de resignación. Era evidente que aquello le perturbaba.

—¿Quién se hizo cargo de esos casos?

—En ambas ocasiones, por desgracia, la misma persona: yo —respondió, tras una breve pausa, salpicada de una frustrante y amarga desazón, el comandante.

Antonio no pudo disimular la sorpresa que le causó esta revelación. Una sombra densa y opaca se posó sobre el comandante. En el exterior, la lluvia arreciaba, aumentando el dramatismo de la escena. La estufa, henchida de llamas, pujaba por mantener la temperatura del comedor ante los fieros embates de frío otoñal. Diego, tras esta recomponedora pausa, prosiguió hablando:

—En efecto, yo fui el encargado de la investigación de ambos asesinatos.

—Cuando dice que no se encontró nada, ¿se refiere a que no se encontraron a los asesinos?

—Asesino —corrigió el comandante.

—¿Asesino? ¿Está sugiriendo que fue la misma persona quien cometió ambos crímenes?

—Exactamente —afirmó, categórico, el comandante.

—Entonces… —Una luz pareció encenderse—. ¿Podría ser que nos enfrentemos ahora… al mismo asesino? —dijo Antonio con la inseguridad y expectación del explorador que abre la caja de los tesoros.

—Eso parece.

—¿Está seguro?

—Sí, eso creo —asintió el comandante con una voz pausada y firme, como si esa afirmación ya hubiera sido digerida con anterioridad, como si eso fuera algo ya pensado y asumido—. Todos los análisis que he podido realizar así lo indican. De hecho, he de confesarle que ya lo sospechaba antes de venir aquí, cuando me presentaron el informe preliminar del caso.

—¿Y eso?

—Sí —continuó el comandante—. Cuando leí la descripción de cómo había sido encontrado el cuerpo de Irene Sanz, en especial el detalle de la sangre, de la poca sangre, mejor dicho, inmediatamente pensé en los otros dos episodios que le he comentado.

—Me pareció oportuno mencionarlo en el telegrama.

—Muy acertadamente, por cierto.

—Y por eso le asignaron el caso, ¿no es así?

—No, en realidad no fue así. El informe no iba dirigido a mí, sino a otro compañero. Lo que ocurre es que cuando, inevitablemente dadas las características del suceso, se comentó por los despachos, yo solicité hacerme cargo.

«Espero que con mejores resultados en esta ocasión», pensó Antonio.

—¿Y ahora qué? —pregunto un aún estupefacto el capitán.

—¿Ahora? A seguir con la investigación, a trabajar en el caso. ¿Qué otra cosa podríamos hacer?

—Por supuesto, lo que sucede es que me cuesta asimilarlo. Es, no sé cómo explicarlo, demasiado complejo para lo que estoy acostumbrado. No sé usted, pero por aquí no es común ver cosas así.

—Afortunadamente yo tampoco estoy habituado a este tipo de asignaciones. No crea usted que en Burgos estamos continuamente persiguiendo psicópatas. Por suerte, debe creerme, no es así y, seguramente, mi trabajo es tan aburrido como usted piensa que es el suyo.

—Puede que tenga razón —admitió el capitán.

—¿Lleva usted mucho tiempo por aquí?

Cuando el comandante, cambiando de tercio, realizó esa pregunta, esta vez fue el rostro de Antonio el que se tornó brumoso. El brillo de

sus ojos se apagó ahogado en unos recuerdos que no deberían emerger, en unas imágenes que no habían de revelarse, en unos sonidos que no podían escucharse. Fue un instante, una minúscula fracción de tiempo únicamente, pero lo suficiente como para que el comandante lo advirtiera. Un fugaz eclipse en un día colmado de luz.

—¿En el cuartel de Briviesca? —contestó Antonio, como si nada hubiera pasado—. Hará ocho años el próximo mayo.

Diego esperó a que el capitán concluyera la pausa y no le forzó a continuar hablando. Era evidente que había tocado un tema espinoso, si bien ignoraba la razón. Pero aquel casi imperceptible cambio, producido en Antonio cuando escasos segundos antes le preguntó por el tiempo que llevaba en este destino, le hizo ser prudente y comprensivo. Sería el capitán quien decidiese seguir o no.

—Anteriormente estuve en Valladolid. Ése fue mi primer destino como capitán —prosiguió Antonio empujado por una amalgama de inercia y desgana.

La camarera apareció, propiciando el abandono de semejante cuestión. Antonio se sintió liberado y centró su atención en los segundos platos que les disponían a ser servidos. El bullicio, por añadidura, procedente de la mesa de al lado, ocupada por media docena de jóvenes que parecía estar celebrando algo, alteró el entorno que había acogido la conversación y el silencio ocupó su lugar.

—¿En qué punto estamos ahora? —preguntó Antonio, rompiendo la artificial y sobrevenida pausa.

—¿Con respecto al presente caso? —repuso, dubitativo, Diego.

—Sí, claro.

Con esta breve exhortación el capitán trataba de reconducir el hilo de la conversación, abandonando parajes conocidos que le resultaban incómodos y cuyo acceso pretendía bloquear, volviendo a terrenos más extraños en los cuales podía moverse sin ataduras y lastres opresores. Era la amargura que le perseguía y condenaba a perpetuidad a una huida sin rumbo por un sinfín de angostos y sombríos desfiladeros en busca de la luz redentora.

—Pues bien… ¿Qué es lo que tenemos?

—¿El cadáver de una chica?

—¡No! —exclamo, cortante, el comandante.

—¿No?

«¿Seguro que es ésta la persona más indicada para llevar la investigación?», volvió a pensar el capitán tras tal perturbadora respuesta.

—No, Antonio. Si pretendemos esclarecer este crimen y, por encima de todo, encontrar al culpable, y así evitar que vuelva a actuar de nuevo, debemos realizar nuestro trabajo con el máximo rigor. Es lo menos que podemos hacer por la pobre Irene, amén de las otras

chicas, y lo menos que podemos exigirnos a nosotros mismos en una situación de estas características.

—Estoy de acuerdo, pero no comprendo qué tiene esto que ver con lo que he dicho… —incidió Antonio confuso.

—Me refiero a que debemos analizar y valorar lo que tenemos incorporando, al análisis, el máximo nivel de detalle del cual seamos capaces. Hemos de ser extremadamente meticulosos. En la mayor parte de las ocasiones son los detalles pequeños, a veces los más insignificantes, los que traicionan al criminal. A menudo son hechos, cosas u objetos que escapan al primer estudio del investigador y que sólo la perspicacia o la casualidad descubren o destapan. Puede ser un lapso de tiempo indeterminado, una colilla de cigarro, un rasguño en la pared, la posición descolocada de un cuadro… Una sucesión de destellos que solamente son visibles e interpretables por ojos experimentados y tediosamente observadores. No podemos descuidar el método a seguir. Ni debemos tampoco abordar la investigación de cualquier manera, dejándonos guiar únicamente por la bondad de nuestra intuición. Hemos de seguir y aplicar el método de forma sistemática, seguir los pasos que la lógica, la experiencia y la ciencia nos dictan. No hay otra manera.

La carga de amargura de esta última frase era sobrecogedora. El capitán así lo percibió, si bien permaneció inalterable, ajeno a la descarga emocional, como si no fuese con él. Quizá respetando la intimidad de alguien a quien comenzaba a tomar en serio.

—Creo que entiendo por dónde va.

—Entonces —continuó el comandante esbozando una peculiar sonrisa—, ¿qué es lo que tenemos?

Antonio extrajo su libreta de notas del bolsillo de su guerrera y, punteando con un lapicero, inició su exposición.

—Irene Sanz Martín, mujer de diecisiete años, encontrada muerta en el salón de su casa. Muerte provocada por arma blanca. Cadáver desmembrado, a excepción de la cabeza, abierto en canal y eviscerado. Se detecta una ausencia significativa de sangre fuera y dentro del cuerpo, como si éste hubiese sido, al menos en parte, desangrado. Podríamos decir que la sangre que «falta» ha desaparecido.

Esa última afirmación provocó una extraña contracción en la expresión facial del comandante. Antonio, instintivamente, paró de hablar y fijó su atención en su interlocutor.

—Continúe, por favor —apremió el comandante.

—Un único autor, a tenor de la regularidad y similitud de los cortes. Además se han encontrado huellas parcialmente impresas en los restos de sangre derramados en el suelo sin duda pertenecientes a una única persona. Si tenemos en cuenta las dimensiones aparentes de las

huellas y la forma de los cortes, todo hace pensar que el sospechoso ha de ser un varón corpulento y diestro. El arma probablemente es un cuchillo de grandes dimensiones, de hoja larga y ancha y un solo filo. Podría tratarse de un cuchillo de cazador. Se aprecia también el uso de otro instrumento cortante de hoja mucho más fina, del tipo del bisturí de un cirujano. El crimen fue perpetrado, de acuerdo con las estimaciones del médico local, entre las nueve y las once de la mañana del pasado lunes 26 de septiembre.

En este punto Antonio se detuvo y, tras comprobar, nuevamente, sus notas, se dirigió al comandante:

—Esto es lo que tenemos por el momento. ¿Alguna cosa que deba ser añadida?

Diego suspiró profundamente y tras una breve pausa, como si estuviese valorando la oportunidad o conveniencia de proseguir, como aquel niño que se piensa si contar el secreto a sus amigos y al cual al final le vence el propio peso de su carga, optó por seguir con el procedimiento y liberar su lastre.

—Está bien, Antonio. Como le dije, corroboro íntegramente el análisis del doctor. Es correcto. No obstante podemos añadir algún que otro detalle.

Ya habían servido el café y el comandante tomó la taza, todavía humeante, en sus manos. Antonio esgrimía el lapicero, presto a tomar más apuntes.

—No hay signos de lucha o resistencia en el cadáver. Nada entre las uñas o manos.

—¿En las manos?

—Sí, por ejemplo, pelos arrancados al agresor.

—Comprendo. Es extraño…

—¿Extraño? ¿Por qué?

—Que no haya muestras de resistencia a menos que o bien le hubiera sido imposible o…

—¿Qué conociese a su asaltante? —añadió el comandante, como si tuviese que ayudar al capitán a expulsar un pensamiento o una idea que se resistía a salir.

Antonio obsequió al comandante con un gesto de asentimiento. Un ácido etéreo comenzaba a corroer el ambiente, dejando vislumbrar una aterradora posibilidad que por primera vez emergía desde el fondo de un mar turbio y grisáceo.

—De hecho, me inclino por esa opción —continuó Diego—. No solamente no hay signos o indicios de resistencia o lucha, tampoco hay nada que pueda hacernos indicar que se haya forzado la puerta, o alguna ventana para entrar.

—Tenga en cuenta que aquí mucha gente deja abierta la puerta de sus casas, no es como la ciudad.

—Ya lo he pensado, sin embargo algo me dice que no es el caso. No sé, una chica sola en casa, dejando las puertas abiertas… Aun así me sigue pareciendo anormal. En cualquier caso no podemos sino considerar seriamente la posibilidad de que el asesino fuera un conocido o incluso, nada puede ser descartado en estos momentos, un familiar.

—¡Me cuesta creer que alguien de su familia haya podido hacer esto! —exclamó, como un resorte Antonio.

—No se imagina usted lo que podemos hacer las personas a nuestros propios hijos o padres, no digamos a cualquier otra persona, por muy de la familia que sea —repuso el comandante.

—Aun así, no puedo aceptarlo. Conozco a estas personas, son gente sencilla, curtida por el trabajo. Son buena gente. Quizá en apariencia parezcan demasiado endurecidas, pero, de verdad, no veo a nadie de por aquí capaz de esto. De ninguna manera puedo dar crédito a semejante idea.

—No lo dudo, e incluso comprendo, ciertamente, su reacción, pero, insisto, me temo que no acierta usted a entrever la naturaleza humana. El mejor padre de familia, la más inocente niña, el más piadoso de los hombres… ¿Quién puede saber lo que su interior oculta? Ya no es cuestión de que una persona, alguien, cualquiera, bajo presión o acuciada por las circunstancias, sea capaz de las mayores barbaridades; no solamente es eso. La triste y cruda realidad es que nunca podrá ni siquiera imaginarse lo que oculta la mente humana en sus más recónditos rincones. Podría contarle casos que le pondrían los pelos de punta. Son muchos años los que llevo en esto y no puedo permitirme el lujo de descartar nada. Así me lo impide la experiencia. El mundo es un asco, Antonio.

—¿El mundo o las personas que lo pueblan? —planteó el capitán.

El comandante no había podido ocultar un definido y marcado matiz de amargura en sus palabras, como si algo le mortificase. Era la hiel, el hámago de un desconsuelo furtivo, misterioso, penetrante. Era el látigo que, consciente de su poder, golpea implacablemente una y otra vez la misma herida, el mismo jirón de piel, el mismo pedazo de alma. Una mirada turbia por respuesta, un destello moribundo. Luz vacía que apaga la llama. Un tenue asentimiento, una página que pasa. Antonio permanecía inerme, desarmado, indefenso. No era el momento de continuar y es que el camino, de repente, había sido cortado. Un muro impedía el paso y la negrura de la noche le impedía ver su altura, su final.

—Bien, nos ocuparemos de ese detalle un poquito más adelante —dijo Diego, obviando la última cuestión dejada en el aire, flotando como la hoja del almendro arrancada por el otoño, por el capitán.

«¿Detalle? —pensó Antonio, reprimiendo su estupefacción—. ¡Está

valorando la posibilidad de que el asesino esté entre nosotros, que viva aquí, en Poza de la Sal! ¿Dejar esto para luego? ¡Menudo método!» A duras penas podía sujetar su disconformidad, pero su disciplina y autocontrol prevaleció.

—Como le decía, a mi juicio, hay algún detalle adicional que incorporar —continuó el comandante tras una breve e inocua mirada hacia una de las ventanas, concluida con un parpadeo profundo y largo, dilatado por el ansia de retener imágenes temidas y ocultas—. Irene murió desangrada por una incisión profunda, practicada por medio de un instrumento de corte de precisión, que bien pudiera ser, como usted bien ha recalcado, un bisturí, en la arteria femoral, a la altura de la ingle, dos centímetros por encima del corte de amputación de su pierna derecha.

—¡Desangrada! —exclamó Antonio—. Pero…, entonces… debería haber mucha sangre derramada. ¡No lo entiendo!

—Por el momento, yo tampoco lo comprendo, Antonio. No obstante si me permite proseguir...

—Por supuesto, disculpe.

—No se preocupe, faltaría más. Bien, tampoco se aprecian indicios de violencia sexual. No se observan desgarros vaginales o anales, así como tampoco resto alguno de semen.

—Gracias a Dios.

—Escaso consuelo le concedemos a la pobre chica.

—Aun así, gracias a Dios —insistió, con determinación, el capitán —. Por lo menos no sufrió tanto como podría pensarse en un principio.

—Coincido con usted. De aquí podrían ser deducidas varias hipótesis. La primera es que el asesino es impotente. Hemos dado por admitido, en cualquier caso, que pensamos en un varón, y, a mi entender, poco hay que discutir en ese sentido. La segunda, que el móvil no incluye, por definirlo de alguna manera, el apetito sexual, es decir, que el criminal no siente el deseo o la necesidad de poseer a su víctima. Hay infinidad de casos en los archivos en los cuales el asesino ha torturado y hecho las mayores barbaridades imaginables antes de dar muerte a sus víctimas sin haber practicado ningún acto sexual con ellas. Sin embargo, los cortes…, el corte —rectificó apresuradamente — a la altura de la ingle me tiene perplejo. Me conduce a pensar, a apreciar, de alguna manera, connotaciones sexuales. En estos momentos no estoy en condiciones de explicarlo, es una especie de intuición… No acierto a describirlo adecuadamente, pero presiento que algo se nos escapa…. No obstante, la ausencia de huellas de violencia sexual no deja dudas al respecto. Irene no fue violada.

—Además, las otras dos víctimas anteriores de las que me ha hablado eran mujeres igualmente. Lo digo por lo de las connotaciones

sexuales, si asumimos la hipótesis de que nuestro criminal es un hombre, ¿no?

—Correcto, Antonio, correcto.

—¿Fueron violadas las otras chicas?

—No, gracias a Dios.

Una ligera sonrisa complaciente surcó el rostro del comandante. La sintonía con su ya compañero era cada vez más notoria.

—¿Y si el corte en la ingle, en la arteria…?

—Femoral.

—Gracias. En la arteria femoral. Esto es… ¿Y si la misión de ese corte hubiera sido única y exclusivamente la de desangrar a la víctima? Con perdón y con todos mis respetos, como se hace en la matanza con los cochinos —apostilló el capitán.

—De nuevo, una magnífica apreciación, Antonio. De hecho, la arteria femoral sería óptima para ello, habida cuenta del caudal de sangre que transporta. No había pensado en ello, fíjese. Tanto tiempo después, y no había caído en algo tan básico y plausible. A lo mejor si le hubiese tenido a usted conmigo hace unos años…

—Es decir, sería como cercenar la yugular, ¿verdad? —continuó el capitán tras agradecer el cumplido.

—Algo así. Excelente, Antonio —repitió Diego.

El comandante se había quedado absorto, como si sus actuales pensamientos hubieran, sorpresiva y repentinamente, viajado más allá de su singularidad temporal, como si la esencia de su ser hubiese trascendido, abandonando la escena en la que su caparazón carnal permanecía y esperaba, buscando lares pretéritos donde refugiarse y descansar. Lentamente la triste realidad atrapó su alma y así sus pupilas volvieron a iluminarse con la inspiración de la conciencia.

—¿Alguna cosa más?

—Sí. Hay moratones en las comisuras de sus labios. Si bien son marcas muy pequeñas, prácticamente invisibles, y es por esto por lo que seguramente, entiendo, se le pasaría de largo al médico, son claras y nítidas —contestó Diego.

—¿Y eso que implicaría?

—Pues que la chica fue amordazada. Me imagino que para evitar que gritase.

—Tampoco tiene eso mucho de especial, ¿no? —interrumpió el capitán.

—Al contrario, en este caso, podemos extraer alguna conclusión extra o, podríamos decir, inusual.

—Ilumíneme, por favor.

—Los morados son limpios, sin raspaduras, rasponazos o heridas de ningún tipo. Esto nos lleva a pensar que no se utilizó para amordazarla y evitar que gritase una cuerda o soga, por ejemplo.

—¿Un pañuelo quizá?

—Podría ser… pero hemos de tomar en consideración que sería imposible con un pañuelo normal, habida cuenta de sus dimensiones.

El capitán, mientras escuchaba, había sacado su propio pañuelo y comprobado que era prácticamente imposible efectuar una mordaza correcta, al quedar muy poca tela para hacer el nudo. Sería del todo absurdo pretender silenciar a una víctima de esta manera, apuntó.

—Me inclino por algo suave pero compacto, algo parecido a un pañuelo, pero de mayor tamaño.

—¿Un trozo de tela?

—¿Le ve usted sentido a que un asesino interrumpa en la casa de la víctima con un trozo de tela como mordaza?

—No, desde luego que no. Simplemente expresaba lo que se me estaba pasando por la cabeza en ese momento. Ya sé que suena ridículo pero…

—Tranquilo, Antonio, me parece perfecto. Forma parte del método científico la confrontación de ideas. Y a veces alguna cosa que a priori nos parece descabellada puede posteriormente ser la clave en la resolución del caso. Es más, deberíamos plantearnos y analizar la bondad de todas las hipótesis que se nos ocurran, dentro de los límites de la lógica, entendido está, aunque solamente sea con el objetivo de ir desechando teorías e ir centrando, en consecuencia, nuestros esfuerzos.

—¿Un pañuelo de seda? —El capitán parecía no hacer caso de la explicación de Diego, continuando con su tormenta de ideas particular —. Mi mujer tenía uno, recuerdo, y era bastante más grande que los normales de tela que habitualmente se utilizan.

—Seda, por supuesto, podría ser… Es un tejido muy suave y delicado, pero un pañuelo tendría la suficiente consistencia como para amordazar a una mujer. Sí, podría ser.

—Qué cosa más curiosa… seda…

—¿Curiosa? ¿En qué sentido?

—Me refiero a que la seda no es un material habitual en, digamos, la indumentaria masculina por estos lares, y si de algo estamos seguros, entiendo, es que buscamos a un hombre, ¿no?

—En efecto, Antonio, el asesino es un hombre.

—¿Qué hay, se me ocurre, de una mujer corpulenta? ¿No podría ser?

—¿Una mujer? No lo creo posible. El análisis físico de la escena del crimen, así como el estudio del cuerpo deja escaso lugar para dudas; cuando menos no sería lógico. Por otra parte, la tipología de la víctima, una chica de diecisiete años, una adolescente… No, no encaja para nada. No obstante, ahora que lo dice, es cierto, la seda no va con el atuendo cotidiano de un hombre, efectivamente, a menos que… —

reflexionaba Diego aderezado por leves movimientos de asentimiento con la cabeza—. A menos que no fuera algo corriente, que no fuera, digamos, un complemento de uso frecuente.

Antonio pareció captar las elucubraciones del comandante y continuó explorando la nueva vía abierta.

—Es posible que lo que no cuadre no sea el pañuelo de seda, si no su dueño.

—¿Podría explicarse?

Precedido por una mirada especial, cubierta por un brillo intenso emanado de sus ojos, el capitán se dirigió a su interlocutor liberando sus pensamientos.

—Un hombre de clase alta —dijo, no ocultando una cierta dosis de satisfacción.

—¿Cómo ha dicho? —repitió Diego, como si tratase de cerciorarse de la afirmación del capitán.

—Sí. Alguien de alta alcurnia —repuso Antonio con determinación.

—¿Se refiere a un rico o algo así?

—No exactamente. Más concretamente, tiendo a pensar, estaríamos ante alguien de buena familia, alguien, como suele decirse también, de rancio abolengo.

—¿Y eso qué tiene que ver? Discúlpeme, pero no le sigo.

—Pues que los miembros de familias pudientes y tradicionales, poseedores de títulos nobiliarios con enraizados árboles genealógicos, muchos de ellos, tienen, usan o guardan prendas y complementos de alta calidad, como perfectamente pudiera ser un pañuelo de seda, con sus iniciales o distintivos bordados. Aún en nuestros días esta costumbre se mantiene viva en muchos lugares.

El comandante sonrió, y tras apurar el último sorbo de café, dejó la taza con suavidad en el plato.

—Creo, insisto, que me va a ser de mucha utilidad, Antonio. Su capacidad deductiva es asombrosa —afirmó, complacido, el comandante.

—Muchas gracias, pero le aseguro que no es para tanto.

Antonio parecía seguir dándole vueltas a algo, como si tuviera la última pieza del puzle y no pudiese encajarla, como si sintiese el pinchazo pero no pudiera encontrar la aguja.

—¿Se le ocurre algo más, Antonio?

—No, lo único que no acabo de comprender y que, en cierta manera, me perturba, son las mutilaciones practicadas en el cuerpo.

—Siga, por favor.

—Me pregunto si…

Las palabras se resistían a salir de la garganta del capitán, sujetas por barrotes que retenían unos sonidos vacilantes y temerosos de sí mismos, de su propio significado.

—¿Si las mutilaciones se produjeron antes o después de la muerte de Irene? —dijo el comandante, acudiendo en su ayuda.

—¡Eso es! —exclamó, tras un profundo suspiro, Antonio.

El eco silencioso de las últimas palabras del capitán vagabundeaba entre los recovecos de su cerebro y su impronta ocluía el brillo de su juicio. Temía no oír aquello que esperaba, que no por anhelado y deseado había de ser real.

—Afortunadamente para nuestra pobre chica, coincido con el médico. Creo que después.

Antonio se santiguó, con unos visibles y mecánicos movimientos de manos, como quien lo hace más por costumbre que por fe. Era, en todo caso, su forma de desearle descanso eterno definitivamente, ahora que ya nada por ella podrían hacer, al margen de encontrar a su verdugo. No obstante el saber que, al menos, su sufrimiento había sido un poco menor de lo que sospechaba, le aliviaba en cierta manera, mitigando y calmando una ansiedad que le corroía en su interior.

—Tenga en consideración que el corte practicado en la arteria femoral está por encima de la marca de la amputación. Esto quiere decir, entiendo, que primeramente fue desangrada. Las mutilaciones y, lógicamente, la evisceración, fueron realizadas a posteriori —sentenció, piadoso, el comandante—. ¿Se encuentra usted bien Antonio?

—Sí, no se preocupe. Es solamente que... Nada, no pasa nada, estoy bien.

—¿Algo que deba saber? —preguntó el comandante.

—No. Insisto, no hay problema, Diego.

El comandante esbozó una ligera sonrisa, apenas dibujada por las comisuras de sus labios. Antonio había utilizado, por primera vez, y de forma natural, su nombre de pila. Era evidente que algo muy personal y profundo había aflorado de su interior. Quizá algún recuerdo olvidado, quizá algún sentimiento abandonado en la oscuridad, quizá algún fantasma resucitado de su pasado.

—Entonces, el ensañamiento con el cuerpo ha sido post mortem. ¿Por qué? —continuó Antonio.

—Se me ocurren ahora mismo tres posibles razones. La primera respondería a algún tipo, por simplificar, de impulso psicótico. La necesidad de destrozar el cuerpo una vez exánime aduce a un desorden incontrolado. Los individuos que cometen estos actos disfrutan, invariablemente, con ello y, normalmente, no encuentran placer equivalente en nada más. En este caso, por añadidura, ni siquiera con el sexo. En segundo lugar podría tratarse de una especie de ritual, sería algo así como la señal de identidad de nuestro asesino, su modus operandi, su forma de actuar. Estos sujetos son los más terribles, dejan su tarjeta de visita pero con sus datos personales

borrados. Habitualmente son inteligentes y meticulosos, muy difíciles de identificar y descubrir. Disfrutan tanto con los preparatorios como con la ejecución de los asesinatos propiamente dicha. Ambas cosas configuran el mismo conjunto, no conciben lo uno sin lo otro. Serían algo así como un macabro y repugnante tipo de profesionales. Por último, en tercer lugar, podría ser, dicho en terminología militar, una maniobra de diversión.

—¿Una cortina de humo? —sugirió Antonio.

—Su turno —replicó Diego, cediendo con agrado la palabra al capitán.

—Pues eso, que el asesino, con tales actos horrendos e inconcebibles, está tratando de desviar la atención del verdadero, digamos, objetivo. Es como si, por definirlo de alguna manera, nos hubiese dejado pistas falsas. Como si estuviera intentando que no nos diésemos cuenta de lo realmente importante.

—¿Que es…? —preguntó Diego, cual maestro examinando a su pupilo.

—El corte en la femoral —repuso, con convencimiento, el capitán.

—¡Excelente! —exclamó, satisfecho, el comandante—. Prosiga, por favor.

—No estoy muy seguro, pero lo que estoy empezando a pensar es que la intención real de nuestro hombre, el móvil auténtico del crimen es, Dios me perdone, la sangre de la chica; como si su intención primaria hubiese sido desangrar a su víctima para quién sabe qué oscuros propósitos. Así, la posterior carnicería, los desgarros, las amputaciones, la evisceración, únicamente perseguirían confundir a quienes tuviesen que examinar el cuerpo e investigar el asesinato. Es posible que esto suene descabellado, pero me parece más ajustado que las otras hipótesis. Carezco de conocimientos reales al respecto, pero tengo entendido que un, como usted ha dicho, psicópata, disfruta produciendo dolor a su víctima, se regocija con los tormentos que le produce, por lo que carecería de sentido mitigarlo provocando previamente la muerte por medio de un método relativamente indoloro y rápido, como sería la sección de una arteria.

—La muerte dulce… —murmuró Diego.

—¿Cómo dice?

—En el mundo antiguo, cortarse las venas era una forma honorable de morir. A veces lo elegía uno mismo, en otras ocasiones era una salida digna que se ofrecía a alguien ya condenado. Recuerde el caso de Séneca, por ejemplo, quien prefirió abrirse las muñecas antes de esperar a la ejecución de su sentencia de muerte promulgada por el cruel Nerón.

—No veo la relación con nuestro caso.

—Es como si nuestro asesino mostrase una suerte de respeto hacia

sus víctimas, sus propios martirizados.

—¿Respeto dice? ¿Después de lo que les hace? —intervino, indignado, Antonio.

—Tenga en cuenta que todas esas monstruosidades las hace a cadáveres, no a seres vivos.

—A los cuales, por cierto, él mismo ha quitado la vida.

—Así es, y aquí es donde quería llegar.

—Ahora sí que me he perdido del todo.

Antonio observaba con perplejidad al comandante, el cual insistía en llevarse a los labios la taza de café ya hace rato vacía.

—Recuerde que le he comentado antes que llevé la investigación de otros dos casos similares, ¿verdad? —El comandante prosiguió tras apreciar el asentimiento de su interlocutor—: Y que en ambas ocasiones los cadáveres habían sido desangrados. Pues bien, en los dos casos la sangría había sido provocada por medio de sendas secciones arteriales. La primera vez fue la carótida, en el siguiente caso el corte fue practicado en la femoral.

—¿Pudiera ser que el asesino tuviese conocimientos de anatomía o medicina?

—Podría ser incluso médico —apuntó el comandante.

—¿Manuel?

Esta pregunta huyó de la garganta del capitán, expelida por unas cuerdas vocales vibrantes por el fulgor de la imagen que había violentado su cerebro. Su voz fue un quejido, un estertor desenterrado de la penumbra.

—No lo creo —contestó Diego.

—¿Por algo en especial? —inquirió, presuroso y esperanzado, el capitán.

—No, no sabría explicarlo, sin embargo no veo al médico, a este médico en concreto, en el papel de ejecutor insensible y cruel, carente de empatía y humanidad. Tampoco puedo asegurar que no responda al perfil que podría esperarse, dado que son innumerables, para nuestra desdicha, las tipologías que aquí encajarían.

—¿Descartado entonces Manuel?

—Ésa es otra cosa. En aras a seguir escrupulosamente el método no podemos descartarle apoyándonos en una mera intuición, si bien en este caso prácticamente un convencimiento. Además, Antonio, no debemos dejarnos arrastrar por nuestros sentimientos personales.

—Comprendo. ¿Cómo procedemos, entonces, al respecto? Me refiero a que si debemos tomarle declaración o…

—Tranquilo, Antonio, vayamos, por favor, por partes. Cada cosa a su tiempo —apuntó el comandante—. No creo que tengamos urgencia alguna en ello, al menos por el momento.

—Como usted diga.

—Es preferible, créame, ir poco a poco, dando pasos certeros, con decisión. Los interrogatorios llegarán, no lo dude, si bien tengo la impresión que no solamente al médico local, aunque, ciertamente, a él también. Pero, permítame, volver al punto en el cual nos encontrábamos. Estamos, por lo que veo, de acuerdo en que las mutilaciones son una especie de señuelo, y que la verdadera causa de la muerte fue el desangramiento por el corte en la arteria femoral. ¿No es así?

—Así es.

—Igualmente, nos hemos aventurado en nuestro análisis un poco más. ¿Y si desangrar a la víctima no fuese únicamente el medio? ¿Y si fuese también, como decíamos antes, el objetivo, el móvil del asesinato?

—¡Matar a la chica para robarle su sangre! —reflexionó, visiblemente horrorizado, Antonio—. ¿Estamos, por lo tanto, sugiriendo que Irene fue asesinada para quitarle la sangre?

—En los dos casos anteriores se dio también esta circunstancia, de hecho, es el único nexo común que a estas alturas he podido detectar entre los tres crímenes, lo único que parece unir a las víctimas. Puede parecer una locura, pero, me pregunto, de no ser así… ¿Qué otra cosa podría ser? Y si no es el objeto, la finalidad, a ciencia cierta ha de ser un hecho determinante en el asesinato. Es, o ha de ser, como definía un viejo compañero, la causa diferencial.

Antonio permanecía boquiabierto. Aquella nueva perspectiva le perturbaba y hacía temblar los cimientos de su incredulidad. No era sensato, pero, sin embargo, podía ser.

—Pero… —insistía Antonio—. ¿Para qué puede alguien querer la sangre de la pobre chica? Es que no lo acabo de entender…

—No se martirice, y acepte la complejidad de la mente humana. En estos casos no es conveniente centrarse en «qué pienso yo» sino en «qué podrían pensar los demás». Salvando la distancia temporal y circunstancial, habría de ser similar al planteamiento que Napoleón hacía previamente al inicio de la batalla, cuando carecía de información fehaciente relativa a los movimientos del enemigo, algo así como: «Ante el desconocimiento de los movimientos del enemigo, supondremos que actuará de la forma más conveniente para él». Únicamente, abra su mente, amigo mío.

—De acuerdo, pensemos con lógica entonces. ¿Para qué puede ser utilizada la sangre? Se me ocurre, por ejemplo, para aplicaciones médicas, como pudiera ser una transfusión. Pero entiendo que para eso es bastante más sencillo acudir a un hospital, y no creo que cercenar una vida humana para obtener algunos litros de sangre, aunque fuera de algún grupo sanguíneo minoritario, pueda compensar en ningún caso.

—Yo me inclino por algo más básico y simple. Mucho menos sofisticado que todo eso, Antonio —intervino el comandante.

Como si una onda abisal y primigenia golpeara el entendimiento del capitán, una puerta se abrió a la oscuridad y de allí surgió un viento gélido que le hizo despertar y acoger una nueva y atroz brizna de demencia primordial.

—¡Para beberla! —exclamó Antonio repentinamente.

—Tan sencillo como inconcebible, ¿no es así?

—¿De verdad usted cree que ésa es la razón por la cual Irene ha sido asesinada? ¿Para quitarla su sangre y luego bebérsela? —repetía, incrédulo, el capitán.

—No lo sé, Antonio —le contestó, precedido por una mirada de profunda tristeza, el comandante—. Verdaderamente a estas alturas de mi vida no estoy seguro de en qué creo y en qué no.

Una creciente inquietud abrumaba a Antonio. Palabras hirvientes que fustigaban con furia unos labios artificiosamente cerrados que apenas podían contener su empuje. Era el viento que zarandea al centinela, el agua que reblandece las raíces.

—Permítame, pero tengo que preguntarle algo —preguntó, al fin, Antonio.

—Dígame.

—¿No estaremos hablando de… vampiros?

—No, y desde luego no como son descritos por las novelas de terror; y no se preocupe, no he perdido el juicio, al menos por ahora, creo yo. Además, no había marcas de colmillos en el cuello de la víctima, ¿no? —repuso el comandante, sin poder reprimir una carcajada.

—¿Entonces? —insistió, sin endulzar un ápice su semblante pálido y serio, Antonio.

—Todavía no tengo respuesta coherente para su pregunta. No obstante, como le digo, intuyo que ésa es la clave de nuestro caso. Naturalmente no creo que ningún ser alado de incisivos puntiagudos y pánico a los ajos y el agua bendita esté chupando la sangre de pobres chicas desconfiadas. Sin embargo el hecho objetivo es que, definitivamente, hay alguien por ahí matando y desangrando a sus víctimas y, por más que lo pienso y lo doy vueltas, no alcanzo a entrever otra razón diferente de la puramente básica e instintiva que usted mismo ha imaginado.

—Esto es increíble. No sé qué decir…

—Lo que quiera que sea, ruego me lo comente después —solicitó Diego, al tiempo que hacía un gesto a la camarera para que le trajese la cuenta.

Se habían quedado solos en el restaurante. Era la única mesa ocupada en la sala. El fragor de la conversación les había abstraído y no se habían percatado del paso del tiempo.

—A lo mejor tenemos suerte y nuestro asesino nos está esperando —dijo el comandante.

—¿Qué…, que nos está esperando? ¿Cómo es eso? ¿Dónde? —preguntó sobresaltado y completamente perdido Antonio.

—En el cementerio.

# VI

Horacio Arteaga era un individuo de aspecto, siendo indulgentes, extraño. Hacía, claro está, muchos años que no le veía, de hecho no recordaba la última vez, sin embargo no había olvidado sus trajes y corbatas oscuros, sus hombros cargados y sus gafas de cristales gruesos. En conjunto, su figura recordaba a la de los enterradores de las películas del oeste. Únicamente se echaban de menos el sombrero de copa negro y la cadena del reloj de oro sobresaliendo del igualmente oscuro chaleco. En una ocasión, de niño, pregunté por qué vestía así de raro. Una de mis tías me explicó que se debía a que era un notario muy importante. Yo me quedé conforme.

Me seguía preguntando acerca de la razón por la cual el notario de la familia tuviese que presentarse precisamente aquel día cuando Elisa, hasta entonces sumergida en el mar de familiares que, cual reductos inexpugnables, aún abarrotaban la casa, y precedida por las voces de los visitantes que huían atropelladamente a través del hueco que dejaba la puerta entreabierta, se acercó a nosotros.

—Creo que deberíais venir. Está todo el mundo esperando para darnos el pésame. Les he dicho que mamá está descansando y es mejor no molestarla, pero claro, vosotros…

Carmen, tras un «por supuesto», me apremió tomando mi brazo evitando así que mi pueril remolonería saliera al paso con algún comentario tan perezoso como fuera de lugar.

Un ejército de tíos y primos aguardaba nuestra llegada formado en dos líneas paralelas perfectamente delineadas. Con un orden que se me antojaba ensayado, procedieron a darnos el pésame a Elisa y a mí. Carmen quedó relegada a un segundo plano, refugiada en una esquina de la estancia, en todo momento acompañada por mis sobrinos y cuñado, esperando a que aquella, perdónenme la expresión, representación, no tanto por ser una sucesión de actos forzados o no sentidos, sino, más bien, por su artificiosidad y aparatosidad, finalizase. Ni siquiera la explosión de lágrimas de mi hermana logró detener el desfile. Yo, y eso que, desgraciadamente, era uno de los protagonistas, me sorprendí a mí mismo prestando más atención al propio desarrollo logístico de la escena, a la forma organizada y sistemática en que mis familiares se acercaban a nosotros, que al sentido de la misma. De hecho, era un personaje más de aquella fantasía. Respondía la misma frase a todos, apostillada por el nombre de aquel tío o de aquella prima, pero pensaba: ¿qué otra cosa habría

podido hacer? Nada. Así era, es y, presumo, será.

El día iba, así, transcurriendo, consumiéndose. Los recuerdos confundían mis pensamientos. Era mi padre quien acababa de fallecer. ¡Mi padre! Aquel con quien no me hablaba, aquel con quien no tenía relación, aquel con quien no me entendía. ¡Cómo describir mis sentimientos! Remordimiento, desolación, desconcierto, impotencia, desazón, dolor. Palabras, adjetivos vanos incapaces de plasmar mi contrición. El tiempo, por mucho que la imaginación y el deseo se empeñen, no puede echarse atrás. No hay manera, no podemos rebobinar. Aun así, consciente de que lo hecho, hecho está y de que ya era, obviamente, algo irremediable, irreparable, no lograba mitigar en modo alguno mi pena.

Por fortuna, estimo que para todos, la ceremonia del pésame concluyó y las filas de familiares se evaporaron. Verdaderamente estaba encantado de encontrarme con la familia, especialmente mis primos, con los cuales había compartido y disfrutado una buena parte de mi infancia. Sin embargo, estoy seguro de que es fácil de entender, en aquellos momentos mi estado de ánimo ahogaba cualquier atisbo de espíritu afectivo que en mí pudiera aflorar. Mi hermana y yo concedimos un par de minutos más de cortesía, y con voz suave, sin duda modulada y dulcificada por la situación, procedimos a agradecer a los presentes su deferencia al acudir en tan mala hora. Pocos minutos después todo el mundo se había ido y la casa había recobrado su habitual calma y silencio. Mi hermana se había apiadado incluso de su propia familia y había pedido a su marido que se fuera a casa con los niños, los cuales ya no sabían si llorar, protestar o bostezar, o todo en uno.

Elisa me tomó del brazo y Carmen se acercó. Miraba a mi alrededor y, de repente, las paredes parecían haberse alejado, la habitación entera se había agrandado. Un vacío sobrecogedor había invadido de golpe la casa dejando paso a un eco ajeno, extraño, descorazonador. El bullicio, los murmullos, las voces, las risas, los llantos; todo se había fundido en una atmósfera hueca y liviana, en un éter que se diluía y mezclaba con nuestros alientos.

Rompiendo aquel silencio impuro, una puerta sonó quejumbrosa al fondo del pasillo. La voz de mi madre nos abordó:

—¿Seguís ahí?

—Sí, mamá, aquí estamos.

—¿Ha llegado Horacio? —preguntó.

—Todavía no, mamá. Estate tranquila.

La respuesta de mi hermana ofició la entrada de mi madre en el salón. Daba la impresión de que, conscientemente, había estado

esperando a que se fueran todos para salir de su habitación. Todos lo comprendíamos, cómo no, por lo que nadie esgrimió comentario alguno al respecto. Parecía rendida, derrotada, hundida. Ojos hinchados, enrojecidos, a punto de estallar. Se debatía entre el dolor por la pérdida de su marido y entre otra cosa, otro sentimiento que no acertaba a identificar o definir. No sabría decir si era sorpresa, remordimiento, o quizá el ahogo de la pena contenida. Sin embargo conocía a mi madre y sabía que algo más la mortificaba. Inconscientemente, y por alguna vía oculta e invisible, transmitía sus sentimientos a aquellos que querían y sabían acogerlos.

—¿Qué sucede, mamá? —pregunté.

Había obviado el tema del notario, dado que tenía el convencimiento de que no era ésa la causa de su inquietud y turbación.

—¿Tú qué crees? —repuso entre una amalgama de muecas de indignación, pena y resignación.

—¿Qué sucede? —insistí.

Un silencio revelador emergió ocultando la mirada de mi madre. Había inclinado la cabeza ligeramente, evitando mostrarme su rostro.

—Mamá —dije, al tiempo que con suavidad levantaba su barbilla.

Carmen y Elisa estaban expectantes, sin pronunciar palabra alguna, sin apenas movimientos perceptibles. Mi madre rompió a llorar y me abrazó, refugiándose en mi pecho. Instantes después, su llanto se transformó en desconsuelo. Sin poder evitarlo cayó de rodillas en el suelo. La bata carmesí que llevaba puesta se extendió sobre las baldosas como vino recién derramado. Mi hermana y Carmen la ayudaron a incorporarse. Yo estaba perplejo y no podía reaccionar. Miraba, pensaba. ¿Qué era aquello? Desde que llegamos tuve la impresión de que mi madre quería decirme algo, de que llevaba una losa que le oprimía y cuyo peso, de alguna manera, quería compartir con alguien.

Nadie hablaba. Todos esperábamos a que mi madre se recuperase. Se había incorporado y sentado. En sus manos sujetaba el vaso de agua que Carmen le había traído.

—¿Estás mejor? —preguntó Elisa.

Mi madre asintió. Tomó un sorbo de agua y se dirigió hacia la ventana. El cielo se había encapotado y una lluvia fina acariciaba el cristal. A lo lejos, el murmullo de la ciudad flotaba sobre un asfalto brillante, pulido. Me situé al lado de mi madre, sin pronunciar palabra alguna, mirando al frente en silencio.

—Tu padre…

Sus palabras habían comenzado a fluir despacio, con suavidad,

rítmicamente, en un tono apagado, aterciopelado. La rueda comenzaba a girar. El caballo iniciaba su carrera, poco a poco, despacio, preparándose para trotar. Yo no me moví, permanecí como estaba, sin abrir la boca.

—Tu padre…, no era el mismo, no era el hombre que yo…

Nuevamente los ojos de mi madre se encharcaron y un torrente de lágrimas ahogó su voz.

—Tranquila, mamá, no fuerces nada, quizá debas reposar un poquito más —dije, mientras trataba de reconfortarla entre mis brazos.

Hice una seña a Carmen y Elisa para que se quedaran donde estaban. Tenía la impresión de que mi madre precisaba espacio, aire, para respirar y liberarse. Quizá la presión de verse, en ese preciso instante, rodeada, aunque fuese por sus seres más queridos, podría haberla hecho hundirse aún más.

—No. Estoy bien, hijos —repuso, tras unos segundos de desasosiego.

—¿Estás segura de que quieres hablar ahora?

—Sí.

Sus párpados se alzaron mostrando unas pupilas dilatadas en exceso, en apariencia a punto de colapsarse, que tras recorrer vertiginosamente todos los recovecos que circundaban los globos oculares, fueron a posarse, quietas, clavadas, paralizadas, en mis ojos. Instantes después se separó de mí y se sentó. Los demás la imitamos. Era el momento.

—Vuestro padre era… mejor dicho, no era… como parecía —continuó, entre titubeos, hablando.

—A qué te refieres, mamá —intervino, apoyada en la dulzura de su tono de voz, Elisa.

—Bueno…, no sé por dónde empezar…

Comoquiera que fuere, no estaba sorprendido por aquella revelación, o mejor dicho intento de revelación, dado que mi madre aún no había dicho nada, si bien era evidente y plausible para los que allí estábamos, que algo le quemaba la garganta, que algo le corroía en su interior, que algo pujaba por liberarse. No puedo decir que en aquellos momentos estuviese preparado para lo que luego, para mi infortunio, habría de venir, pero sin embargo, inconscientemente, sin conocer en absoluto la razón o el motivo, me había estado preparando, iniciando, a lo largo de los años, a través de mi vida, para entrar en este, aún, mundo desconocido.

Una quietud espesa y compacta se apoderó de la casa. El sonido de la lluvia, amplificado, colmaba el ambiente. Las gotas de agua se agolpaban en un descenso frenético. Las nubes cubrieron el lánguido sol y las tinieblas avanzaron sin piedad extendiendo su manto en el interior.

—Hace ya bastante tiempo, unos doce años, Ernesto, vuestro padre, realizó un viaje a Salamanca. Aparentemente uno de tantos. Allí pasó una semana por negocios. Al contrario que en ocasiones anteriores, extrañamente, nunca supe con claridad la naturaleza de los asuntos que allí le llevaban, lo cual era, como sin duda sabéis, muy raro en él, dado que siempre comentábamos abiertamente los temas de la empresa. Eran además, y especialmente en aquella época, muy habituales las visitas de Ernesto a clientes por toda España. Fue a finales de noviembre. Una mañana, inesperadamente, me dijo que tenía que ausentarse unos días. Yo le pregunté, como de costumbre, por el motivo. Me respondió con un escueto «Nada». Aquello aumentó mi sorpresa y no pude sino insistir. «¿Ocurre algo, Ernesto?» «No, mi amor», me contestó. Noté en sus ojos una especie de tristeza, temor, remordimiento… No sabría decirlo. Pero, no tengo la menor duda de que algo me ocultaba, o quizá me estaba protegiendo, quien sabe de qué, con su silencio… Me es imposible explicarlo mejor.

Otra vez un llanto incontrolable desbordó sus ojos y unas lágrimas secas y famélicas manaron de sus lacrimales, desgranando sus sentimientos de su voz. Mientras Carmen y Elisa arropaban y consolaban a mi madre, yo recordé que también hace doce años mis relaciones con mi padre se rompieron completamente.

Aquel *intermezzo*, ese inoportuno receso, propició un retroceso involuntario en el tiempo, en mi vida, hasta llegar a aquellas Navidades fatídicas. Todo ocurrió tras la cena de Nochebuena. Cierto es que a raíz de, inexplicablemente para mí, haber sido enviado a estudiar fuera a los catorce años, nuestros lazos de unión fueron paulatinamente deteriorándose. He de decir que en esa época interpreté ese acto como una disculpa para desembarazarse de mí, como si yo le molestase, y es que no había necesidad ni justificación alguna, o al menos yo no la veía, de enviarme fuera de Soria, donde había colegios e instituciones de calidad en los cuales poder continuar mi educación durante, al menos, unos cuantos años más. No obstante, a pesar de todo, es difícil que ese día, lo ocurrido aquella precisa y señalada noche, escape de mi memoria.

Transcurríamos apaciblemente por una tertulia agradable y familiar, donde los más variopintos y banales temas eran el centro de la misma. La medianoche había sido abandonada hacía ya un par de horas y, todo hay que decirlo, alguna que otra botella vacía despuntaba de entre el maremágnum de platos, cucharas y demás enseres que poblaban la mesa. Mi padre había estado extraordinariamente locuaz durante toda la velada. Hablaba y hablaba como si tuviera prisa porque todas las palabras que tenía almacenadas fueran descargadas,

como si no hubiera de tener otra oportunidad para soltarlas, para dejarlas salir, como si el tiempo se le agotase azuzado por una carrera de tictacs desenfrenados. De repente, su mirada se detuvo en mí, y una nube grisácea se posó en sus pupilas, proyectando una tétrica y fría película sobre su rostro. «Papá, me temo que has bebido demasiado», pensé inocentemente. Un silencio estridente selló sus labios y la conversación que le absorbía se evadió de su conciencia. En voz baja me pidió que le acompañara un momento, y ante el desconcierto de los demás, ambos abandonamos la sala. Yo le seguí en silencio por el pasillo. No sabía dónde se dirigía. Andaba muy despacio, podía sentir su respiración, profunda, cuya cadencia iba aumentando perceptible y paulatinamente. A mitad del corredor se detuvo y se volvió hacia mí.

—No quiero volver a verte nunca más.

—¿Cómo dices? —repuse, convencido de que había oído mal.

—Lo que oyes, no quiero verte nunca más.

—Pero papá, ¿qué pasa?

—Creo que es bien sencillo, lo has entendido perfectamente.

Estaba, no soy capaz de definirlo con exactitud, completamente sorprendido y turbado. Confundido y aturdido como el boxeador que acaba de recibir un directo en la barbilla tan potente como inesperado. Intentaba recomponerme, una vez hube comprendido que no se trataba de una broma, sin embargo no era capaz de articular frase alguna con un mínimo de coherencia. Movido, quizá, por el instinto, buscaba la mirada de mi padre, en un intento de entender lo que me estaba sucediendo. Sin embargo él no levantaba la vista del suelo. Nos quedamos frente a frente, inmóviles, durante unos segundos. Mis ojos acechando los suyos. Golpeado por una certeza tan increíble como terrible, y sin poder reprimir un puñado de rabiosas y descorazonadas lágrimas, me fui de allí sin despedirme de nadie. Fue la última vez que vi a mi padre en vida.

Tras tamaña traumática experiencia —no sabría de qué modo definirla mejor— opté, o más bien me vi forzado, por marcharme de casa y dejar Soria. No podía quedarme después de aquello. Cierto es que ya llevaba algún tiempo pensando en independizarme, pero bien fuera por pereza o comodidad, el caso es que aún no había visto llegar el momento. Por otra parte hacía poco que había acabado de estudiar y, desde luego, mi economía era del todo dependiente. Tras pasar algunos días en un hotel de las afueras, cómo no sabía qué hacer, me puse en contacto con uno de mis compañeros de universidad. Se trataba de Hernán. Vivía en Burgos y se había montado una asesoría de empresas conjuntamente con otros dos socios. Le pregunté que si tenía sitio para mí. Al principio me contestó que no, que las cosas no

andaban bien del todo. Tras insistirle y rogarle un poco me indicó que a lo mejor sería posible contar con un free lance en el despacho. Al instante le respondí que estaría encantado. «¿Cuándo quieres empezar?», me preguntó. «¿Hoy?», dije dubitativo y esperanzado. Tras aquella conversación llamé por teléfono a mi madre y a mi hermana. Quedé con ellas en una cafetería de la plaza de Herradores y les comuniqué mi decisión. Ambas, claro está, estaban al corriente de lo sucedido, por lo que ni siquiera trataron de hacerme cambiar de opinión. Les prometí que periódicamente vendría a Soria a verlas. Mi madre apenas hablaba; su expresión facial lo decía todo. Sin duda ella sufría más que yo. Yo supuse que intentó hablar con mi padre, razonar con él. Imaginé igualmente la tremenda discusión que habrían tenido. Por supuesto no tuve duda alguna del resultado. Elisa tampoco sabía qué decir, cómo consolarme —a mí o a mi madre. Abandoné la cafetería sin mirar atrás. Eran ya demasiadas las lágrimas derramadas. Las mías quedaron para mí.

Por fortuna, el destino, habitualmente cruel e implacable, en ocasiones muestra debilidad y se comporta indulgentemente. Tras unas cuantas semanas de noches de alcohol y azar, una tarde ya oscurecida, a la salida del cine —había ido a ver, cómo podría olvidarlo, una reposición de *The searchers* —, vi a una chica preciosa de cabellos cobrizos largos y ondulados. De repente el melancólico final de la película, John Wayne abandonado en el marco de la puerta de entrada de la casa de la familia a la que acababa de salvar, con su gesto homenajeando a Harrey Carey Sr., se tornó esperanzador y gozoso.

Pero ésa es otra historia. La única de mi vida que merece la pena.

Sin ser consciente de ello, me había abstraído del presente, y a mi vuelta, encontré a Carmen, Elisa y mi madre observándome en silencio.

—¿Podemos continuar?

La voz de Carmen, impregnada de un sutil tono de enfado, sonó seca y dura. A su lado, Elisa, perpleja, me lanzaba dardos con sus ojos extremadamente abiertos. Mi madre permanecía cabizbaja, acurrucada en la silla. Parecía haber menguado. Se me antojaba más pequeña y arrugada.

—Cuando volvió de Salamanca… era otra persona. No sé lo que allí sucedió, pero regresó distinto, transformado en alguien mucho más taciturno y encerrado en sí mismo. Atrás, allí, en algún lugar, había quedado, sepultado para siempre, el Ernesto de quien me enamoré, el hombre con quién compartía mi vida, vuestro padre, y a quien creía conocer —continuó mi madre, retomando su explicación, ajena a mi

involuntaria interrupción.

—¿Notaste algo en particular en el comportamiento de papá? —preguntó Elisa, demandando información más concreta.

—Lo primero que me extrañó es que se había comprado ropa nueva, cosa que, como bien sabéis, no era propio en él.

—¿Qué se compró? —intervino, con curiosidad, Carmen.

Alguien podría cuestionar que no hay nada extraño en comprarse ropa nueva. Y normalmente tendría razón. Pero no en el caso de mi padre. O en el mío propio, no tengo reparos en añadir. Ir a una tienda solamente se hace por obligación y acompañado. Ésta siempre ha sido una máxima incuestionable para nosotros. Para mi padre y para mí, pretendo decir. Axiomas como «El objetivo al entrar en una tienda de ropa es salir lo antes posible», siempre ha estado, y sigue, vigente.

—Una camisa, una corbata, chaqueta y zapatos —explicó mi madre.

Lo dijo del tirón, recitándolo de memoria. Ciertamente mi padre nunca, en ningún caso, habría ido a comprarse ropa, fuera la que fuese, solo, sin la compañía —e iniciativa— de mi madre. Ni siquiera el hecho de estar fuera, de viaje, le habría hecho cambiar de conducta. En el supuesto de que, por cualquier circunstancia, lo hubiese necesitado, habría llamado a mi madre para consultarla qué hacer, qué comprarse, dónde ir. Mi padre, como digo, odiaba ir de compras y para él, el mundo de los comercios de moda era una materia tan desconocida como la física cuántica o la paleopatología. No, ése no era mi padre. O por menos el que yo recordaba.

—¿Te comentó algo al respecto? —pregunté.

—Únicamente me dijo que se había manchado y que había tenido que comprarse otra ropa.

—¿Toda? ¿Se había manchado toda la ropa? —intervino, incrédula, Carmen.

—Eso le pregunté yo. Me respondió con un seco «Sí».

—Pero ¿se había manchado de qué? —insistí.

—No me dio más explicaciones —repuso, acompañando su voz con un suave y leve movimiento de negación—. Yo hice lo mismo que tú estás haciendo ahora. Le pregunté qué había pasado. «Me he manchado», respondió. Además, cómo podría olvidarlo, se giró, dándome la espalda, para decírmelo. Tuve la seguridad de que me mentía, y de que él sabía que yo no le estaba creyendo. No insistí más.

—Mamá, ¿estás pensando en una infidelidad de papá? —preguntó mi hermana, tras unos segundos de duda e indecisión provocados por la conveniencia, o inconveniencia, de la cuestión.

—Oh, no —contestó rápidamente mi madre.

—¿Estás segura, mamá? —continué, pretendiendo apoyar a mi madre, en el caso de que hubiese hecho falta.

—Completamente.

—Perdona, mamá, pero, siendo así, me he perdido.

—Vuestro padre no me engañaba. De eso estoy totalmente segura. De haberlo hecho, no habría podido ocultármelo, os lo aseguro. Además… —Un profundo suspiro cortó la frase—. Además hubo algo que… —De nuevo se detuvo, contenida por un precinto invisible que la ataba y ahogaba oprimiendo sus labios, secando su voz.

—Déjalo, mamá —intervine, siendo consciente del esfuerzo que estaba realizando mi madre, y quién sabe, tratando de evitar lo que estaba a punto de destaparse, lo cual, si bien desconocido en aquellos momentos, inconscientemente temía—. Podemos seguir más tarde. Quizá deberías descansar un poco ahora.

—No, Rodrigo, no. Llevo demasiado tiempo guardándome esto. Ya no puedo más.

El tiempo se contrajo y la atmósfera se densificó. Mi madre luchaba por desencadenarse y yo temía esa liberación. Carmen y Elisa no respiraban, no se movían.

—Vuestro padre regresó tarde de aquel viaje, ya oscureciendo —continuó, decidida, mi madre—. Recuerdo que hacía mucho frío y había empezado a nevar. Yo, como siempre, me dispuse a ayudarle a deshacer su maleta. Apenas había ropa en ella. Únicamente un par de pantalones, una camisa y algo de ropa interior. El resto, supuestamente, lo había tirado.

—¿Supuestamente? —interrumpió Elisa.

—Bueno, el caso es que en el bolsillo de uno de sus pantalones encontré esto.

Nos agolpamos frente a mi madre. Observando el movimiento de su mano derecha, la cual se ocultó brevemente entre su bata, para resurgir con una especie de trapo de color rojo parduzco entre sus dedos. Permanecíamos en silencio, ateridos, amordazados por la incomprensión de la escena.

—Es el pañuelo de Ernesto. Y está completamente manchado de sangre —afirmó secamente.

Toda su pálida emotividad había repentinamente desaparecido, dando lugar a una cruda y vacía serenidad. Nosotros intercambiamos fugaces miradas entre los tres. El ángel de la muerte despertó pero nosotros seguíamos sin captar el sentido de la revelación. Yo sentí incluso deseos de entrever un cierto delirio o desequilibrio en el comportamiento de mi madre. Sin desprender la vista del pañuelo, que pujaba por escurrirse y escapar de la garra que lo aprisionaba, mi madre siguió hablando.

—Sí, un pañuelo lleno de sangre. Un pañuelo, su pañuelo. Pero no su sangre.

—Pero, cómo… Entonces… ¿De quién? —repuse.

—Eso quisiera yo saber también.

—¿Estás segura de eso, Aurora? —preguntó Carmen, movida por su brillante raciocinio patológico.

—Sí. Ernesto no mostraba rasgo ni traza de herida alguna. Además, de haber sido así, ¿para qué ocultármelo? —repuso con una lógica aplastante.

—Un momento. Has dicho que se compró ropa nueva y tiró la vieja, pero que entre ésta no había pantalones, ¿no? —prosiguió Carmen, en tono detectivesco.

—Eso he dicho.

—Lo cual quiere decir que podría ser que ese pañuelo se lo dejó en el bolsillo de uno de sus pantalones…

—Por error —cortó, categórica, mi madre.

Entendí que mi madre hablaba completamente en serio y que la aguda observación de Carmen no era la primera vez que hurgaba en su cerebro. Además, ¿quién era yo para cuestionar el juicio de mi madre en este sentido? No se me ocurrió, por tanto, hacerla confirmarme que no eran imaginaciones suyas. Si una docena de años habían afianzado esta idea en su cerebro, así debía ser.

—¿No te impidió deshacerle la maleta? —prosiguió Carmen.

—No.

—Lo cual quiere decir que no era consciente de que ese pañuelo estaba allí… todavía.

—Eso me temo —afirmó mi madre.

—Pero, por el amor de Dios, ¿de quién era, entonces, esa… sangre? —acerté a balbucear.

—No lo sé. Nunca se lo pregunté. Además… no quiero saberlo —repuso, mi madre, mecánicamente, arrastrada por una suerte de engranaje invisible.

—¿Y papá no te dijo nada? Alguna excusa…

Mi incredulidad y estupefacción me impedía razonar con claridad, retomando cuestiones ya abordadas.

—No. Por eso sé que fue un descuido, porque no me hizo ningún comentario sobre ello. ¡Y no es que sea muy normal el hecho de guardar un pañuelo bañado en sangre dentro de la maleta, en el bolsillo de uno de sus pantalones, pienso yo!

—¿Y a partir de este, digamos, suceso, fue cuando Ernesto modificó su comportamiento? —preguntó, tras asentir, Carmen.

—Así es.

—¿De qué forma cambió? ¿Puedes explicarlo mejor?

Un suspiro, largo y profundo, quejumbroso y lastimero, precedió a sus palabras. La atmósfera se tornaba cada vez más sólida y opaca, y su abrazo amordazaba a mi madre. Como si estuviese sumergida en el agua, en lo más profundo del mar Muerto, de un mar muerto, sus movimientos corporales me resultaban excesivamente lentos, plomizos

como la agonizante tarde que nos cobijaba.

—Unos pocos días después de aquello comenzó a tener pesadillas. Empezaron de forma esporádica. Alguna noche de vez en cuando. Sin embargo, poco a poco, su frecuencia fue en aumento. Al principio eran sueños en voz alta, palabras sueltas, frases inconexas. Con el tiempo también la intensidad de estos episodios cambió. Las palabras fueron transformándose en sonidos ininteligibles, expelidos a trompicones, sin orden ninguno. Esta etapa no se prolongó mucho, y al cabo de unas semanas aparecieron las auténticas pesadillas. Gritos, alaridos terribles y desgarradores, mezclados con unos espasmos horribles, me despertaban en plena noche. Ernesto se retorcía y temblaba hasta que, empapado en sudor, un sudor frío y helado, se despertaba. Eran minutos de auténtica agonía. Las primeras veces intenté hacer algo, le acariciaba, le zarandeaba, le susurraba al oído, le gritaba, trataba de tranquilizarle, pretendía, incluso, gritar con mayor intensidad, de sobreponerme a él. Pero nada; cualquier esfuerzo era inútil. Era como si todo formase parte de un proceso con su comienzo y su final. Afortunadamente no duraban mucho. Unos pocos minutos, tras los cuales Ernesto se incorporaba repentina y bruscamente, aterrorizado. En ocasiones me abrazaba con fuerza, si bien no sé si buscando refugio o consuelo, huyendo o escondiéndose. A veces, incluso, podía sentir cómo lloraba en silencio. Sufría enormemente.

—Pero… ¿Qué es lo que soñaba? —preguntó Carmen.

—Tampoco me lo dijo nunca. Por supuesto que se lo pregunté, pero siempre evitaba la respuesta. Únicamente en una ocasión, tras uno de los episodios más virulentos que pueda recordar, me contestó que era mejor que yo no lo supiera.

El frío avanzaba y se adueñaba de nuestros cuerpos. Desconozco si ese gélido éter procedía del exterior o era emanado por mi madre como consecuencia de lo que nos estaba relatando. Nuestro aliento era dibujado en el aire por un dolor y sufrimiento creciente, a medida que mi madre ahondaba en su historia. Pero era un relato, me temí, que aún no había acabado, que ni siquiera había llegado a su clímax. Mi madre estaba callada, su mirada perdida en algún punto desconocido detrás de nosotros, sujeta a otro tiempo, pero yo tenía la certeza de que quería continuar, de que debía proseguir pero no sabía cómo hacerlo.

—Hay algo más, ¿verdad? —pregunté.

Soslayando mi pregunta, asumiendo la inevitable respuesta, mi madre se levantó y se dirigió a la ventana. Miraba pero no veía. La calle pasaba, inadvertida, por delante de sus ojos sin detenerse.

—Así lo creo, aunque, no sé si debo…

—¡Mamá, por favor! —exclamó Elisa.

—Hace apenas tres meses, un mediodía, llegué a casa, tras hacer las

compras, antes de lo habitual. Al entrar, oí ruidos en la planta de arriba. Me extrañé mucho, dado que nadie, supuestamente, debía de estar dentro. Pregunté, en voz alta, quién estaba y, al no obtener respuesta alguna, subí a ver. Por raro que parezca, no sentí miedo, era más bien curiosidad. No sé cómo explicarlo, pero así era.

—¿Quién era? ¿Quién era? —preguntó, ansiosa Elisa.

—Ernesto —apuntó Carmen.

—Sí, era Ernesto, y evidentemente no me esperaba. Estaba cerrando, con mucha prisa y nervios, la puerta de uno de los armarios de su despacho. Me dijo, entre balbuceos y titubeos, que había salido antes de la oficina porque necesitaba unos documentos que pensaba había dejado en el despacho de casa. Yo no veía que tuviese papel alguno en las manos, por lo que, ante mi incredulidad, me dijo que se había equivocado y que acababa de recordar dónde los había dejado. Mientras hablaba se apresuraba, torpemente, a cerrar con llave la puerta del armario, la cual se metió posteriormente en el bolsillo. Yo no dije nada, no le creí, pero no insistí en ello. Puede que lo que hice a continuación parezca ruin, pero no pude evitarlo. El caso es que esperé a que, tal y como acostumbraba, se durmiese después de comer. Ya sabéis, su pequeña siesta, como siempre decía. Sin que se diese cuenta extraje la llave de su bolsillo y abrí la puerta de su armario. Al principio no vi nada anormal o extraordinario. Papeles, carpetas, archivadores y más papeles. Me disponía, decepcionada pero contenta, a cerrar la puerta cuando advertí, oculta en una esquina, tras un especialmente descuidado montón de papeles, una forma extraña. Era una botella de cristal envuelta en una bolsa de plástico. Con sumo cuidado, tras comprobar que Ernesto seguía dormido, saqué la botella de la bolsa. Era un vidrio opaco, por lo que no pude ver cuál era su contenido, así que tomé un vaso, abrí la tapa y vertí un poco de líquido. Con horror me di cuenta de que era…

—¡Qué! —exclamamos al unísono.

—¡Sangre!

En este punto mi madre paró en seco. Como si precisase de una fuerza extraordinaria, decayó repentinamente. Quizá fuese el recuerdo abrasante, puede que el puro y simple revivir de una sensación que, acechante, afloraba sin piedad.

—Pero ¿qué nos estás contando, mamá? —intervino, horrorizada, mi hermana.

—Lo que oyes, hija mía. Qué más quisiera yo que nunca hubiese ocurrido, pero no es así.

Mi madre parecía haber recuperado la serenidad. Sus fuerzas, su aliento, habían regresado. La carga había sido aligerada.

—Tras unos momentos de desconcierto logré recomponerme. Tomé una muestra de aquel líquido y me las arreglé para llevarla a analizar

secretamente a un laboratorio de análisis para asegurarme, no fuera que me estuviese imaginando cosas que no eran ciertas. Unos días después les llamé por teléfono y me comunicaron el resultado. ¡Era sangre de cerdo!

—Ahora sí que no entiendo nada —hube de decir.

—Yo tampoco —respondió mi madre—. Esta vez tampoco me atreví a preguntarle el porqué de aquello. Por otra parte, se suponía que no sabía nada. Me imagino que, en el fondo, deseaba ignorarlo. No tengo, os puedo asegurar, la menor idea de la razón por la cual…

—¿Has vuelto a encontrar más botellas como aquélla? —preguntó Carmen, aliviando la tortura de mi madre. Y es que, por mucha liberación de peso que supusiese, contar y recordar aquello no debía de ser para nada fácil o agradable.

—No.

—¿Y algo que se le pareciese? —intervine.

—Tampoco.

Admito que estaba perplejo, perdido por completo. Solo y aislado en medio de un gigantesco bosque poblado por árboles desconocidos y ajenos a mi conocimiento. Admito también que, aquella tarde, lo que escuchaba me impactaba con fuerza tanto por su propia esencia como por su extraña e ignota naturaleza. Sepa el paciente lector que ahora los árboles han desaparecido y un enorme claro ha surgido en su lugar. Quizá si hubiese prestado mayor atención a las señales que mi madre, prefiero entender que inconscientemente, nos estaba enviando, mi ceguera habría sido iluminada con el brillo fulgurante y efímero de la bengala que nos permite detectar y ver el camino. Ahora, en este eterno y despiadado presente, inacabable como mis días, solamente las lágrimas riegan la tierra. Todo es viento y fuego. No hay primavera y el invierno prevalece por siempre y para siempre. Un invierno cada vez más crudo, más gélido, más oscuro, más cruel. Noches que quedan ancladas en el tiempo retrayendo unos débiles y languidecientes días. Pero de nada sirve lamentarse o rememorar lo que no puede, para mi infortunio, remediarse. Además, ¿acaso hubiera podido ser evitado?

—A lo mejor, quizá, soy yo que estoy perdiendo el juicio… —añadió, con una voz apenas perceptible.

—¡Claro que no, mamá! —surgió, tranquilizadora, Elisa.

—No lo sé, de verdad lo digo, a veces deseo creer que todo es fruto de mi imaginación enferma, que es solamente una pesadilla y que despertaré. Ernesto estará a mi lado y con dulzura me dirá que todo está bien. ¡Eso es lo que querría!

—Y entre lo del viaje a Salamanca que nos has contado y el descubrimiento de la botella con sangre de cerdo de hace tres meses… ¿nada?

—No sabría qué decirte, Carmen. Nada que me llamase

especialmente la atención. Sin embargo, siempre tuve la sensación, a partir de lo de Salamanca, de que intentaba protegerme.

—¿De qué manera?

—Era como si me estuviese manteniendo aislada de una buena parte de su vida…

Un nuevo estallido de lágrimas sacudió a mi madre sin darle tiempo a concluir la frase. Yo la miraba y mi convencimiento de que aún quedaba historia por contar adormeció mis sentidos. «¿De qué parte de su vida quería aislarte?», pensaba temeroso. No era capaz de reaccionar. Carmen y Elisa consolaban a mi madre mientras yo permanecía quieto, de pie, observando la escena cual espectador ajeno al drama. Sabía que una última revelación surgiría, que algo más pujaba por salir a la arena.

—Dime, mamá —le pedí, inconscientemente.

Carmen y Elisa me miraban. Mi madre parecía estar recuperando fuerzas y había pedido un pañuelo. Yo esperaba.

—Creo… —comenzó a decir titubeando y en voz muy baja, temerosa— que algunas cosas, algunos rasgos físicos de vuestro padre, su cuerpo… ¡Estaba cambiando!

# VII

Eran las seis de la tarde. El cementerio estaba lleno, rebosante. La gente se agolpaba en los pasillos y entre las propias tumbas. Unos cuantos chavales se apoyaban, de pie, en los brazos de las cruces de algunos de los suntuosos panteones que ordenadamente delineaban el recinto. Las hileras de cipreses, plantados entre manchas de amapolas y crisantemos, hacía rato que habían dejado de proyectar su sombra y una capa grisácea cubría lápidas, tierra, hierba y personas. El sacerdote, flanqueado por dos espigados monaguillos, aguardaba con la cabeza gacha. Los porteadores, siguiendo las indicaciones del enterrador, estaban bajando el ataúd al suelo. El último viaje de Irene había sido a hombros de sus familiares. La fosa, último y definitivo refugio, ya había sido excavada. La lluvia, cortésmente, estaba dando una tregua y la hierba húmeda, que por doquier crecía, acariciaba los zapatos y botas de los asistentes. Antonio y Diego estaban situados a pocos metros de los familiares más cercanos de la chica. Su hermano Francisco hacía de muleta para su madre, quien había abandonado nuestra dimensión para no retornar jamás. Era un ser ausente, carente ya de emociones y sentimientos terrenos. Vacío como el aire; un cascarón hueco. Había partido, sin dudarlo, en busca de su hija. Un último viaje que conduciría al reencuentro, en este tiempo o en otro, en este plano de existencia o en otro. Un exilio voluntario a través de un mar de oscuridad siguiendo una estrella. El padre estaba rígido, solo. Vestía de negro y sus ojos claros destellaban ira y desolación. Estaba serio, muy serio. Únicamente el ligero temblor de sus manos delataba su zozobra. No se aguantaba las lágrimas; eran éstas las que ya no fluían. A su lado, Francisco abrazaba con fuerza a su madre, casi la estrujaba. Ella no se quejaba, no decía nada. Aceptaba impasible el calor de su hijo. Los abuelos de Irene también estaban presentes. Igual de compungidos, igual de rotos. Almas desgarradas y vidas quebradas hasta la unión definitiva.

La mayor parte del pueblo había acudido a la ceremonia. No era de extrañar. Una chica joven muerta, asesinada. Ni era normal ni habitual. El morbo debía ser alimentado y sostenido pero, no obstante, la compasión era inevitable. Sin necesidad de empatizar, el más puro sentimiento había de surgir espontáneamente. Diego observaba. Antonio miraba, de refilón, soslayadamente, a Diego. El capitán no sabía realmente qué, a quién o dónde mirar. Nada le llamaba la atención. Nada fuera de lo esperable creía ver. Un funeral, caras

apenadas, silencio, la voz del cura oficiante, la gente agolpada alrededor del féretro, el enterrador con la pala pegada a su costado, olor a lluvia, olor a hierba, olor a tierra húmeda. El comandante no hacía gesto alguno, permanecía serio. El viento hizo acto de aparición en forma de unos hilos finos que se retorcían entre los presentes, huyendo a través de los espacios abiertos entre ellos. El sacerdote finalizó su responso y con un gesto indicó al enterrador que procediese. Con ayuda de unas cuerdas el ataúd fue introducido en la fosa. El sonido de la tierra chocando contra la madera anegó el espacio, acaparando la atención de Antonio. En ese preciso instante el comandante inició un barrido visual. Sus pupilas recorrían lenta y regularmente la escena que se le enfrentaba.

—Preste atención ahora —susurró al capitán.

Unos niños aparecieron precipitadamente en primera fila. El enterrador estaba enfrascado en su tarea. El cura, en silencio, esperando. La familia llorando. De vez en cuando un murmullo se escapaba de entre los acompañantes. Dos señoras hacían auténticos esfuerzos por aunar sus llantos. Si algo había de llamar la atención al capitán, éste, definitivamente, no se estaba percatando.

A lo lejos, por el norte, las nubes se oscurecían. La noche amenazaba con descolgarse. El enterrador había culminado su labor. Irene ya descansaba en paz. La gente desfilaba con parsimonia saliendo por la puerta del cementerio. «Atento ahora», había dicho el comandante. «¿Atento a qué?», se preguntaba. El cura, flanqueado por los monaguillos, se retiraba. El enterrador recogía sus aparejos. La entrada era ya el cuello de una botella casi vacía. El viento arreciaba y un vaivén armonioso se apoderaba de los cipreses. Las amapolas y los crisantemos se ocultaban, tímidos, entre la hierba. No mucho podía restar ya de observar, pensaba el capitán. Miró al comandante. Diego estaba concentrado en unos almendros que, separados, por un camino de tierra, y sobre un desnivel de poco más de un metro de altura, se inclinaban hacia el muro oeste del cementerio. Una discreta y fugaz señal del comandante abortó la curiosidad de Antonio. Ya se habían quedado solos. El alguacil, esgrimiendo una llave de considerables dimensiones, les estaba aguardando en la puerta. El comandante permanecía quieto. Antonio, sin saber qué hacer, se resignaba a esperar. Una bandada de pájaros, grises como el cielo que surcaban, sobrevoló sus cabezas. Antonio se distrajo observándolos mientras se transformaban en un grupo de puntitos oscuros danzando al unísono. Éstos estaban al borde de fundirse con el horizonte, cuando su atención fue atraída por un susurro del comandante.

—Mire ahí —indicó con una voz prácticamente imperceptible.

La ausencia de movimiento o gesto alguno hizo que Antonio siguiese la mirada del comandante. Ésta estaba ocupada,

aparentemente, en el mismo grupo de almendros, que se distribuían irregularmente a lo largo y ancho de una pequeña era, una de cuyas esquinas, al fondo, había sido invadida por unos cuantos matorrales. Era ésa la zona que acaparaba el interés de Diego. Alternativamente, Antonio miraba al comandante y a los matorrales. Unos segundos de indecisión, de tensa calma, que fueron alterados por una ligera sacudida en las ramas del matorral. Una forma negra se ocultaba detrás. Estaba quieta, acechando. Antonio comprendió la actitud de Diego. Sin duda alguna tal forma era un ser humano. Los perfiles recortados por las finas ramas de las zarzas delataban que era algo animado lo que escondían. Ligeros movimientos que franqueaban y cerraban el paso a la luz a través de los huecos que atravesaban el matorral. Súbitamente la quietud se tornó marmórea. El comandante levantó su mano derecha en señal de alerta. La figura se había dado cuenta de que le habían detectado. Antonio también lo entendió así.

—Cuando dé la orden, vaya por él lo más rápido que le sea posible por la puerta de la entrada —susurró Diego.

El capitán captó las intenciones del comandante. Supuso que Diego iría de frente, saltando la valla del cementerio hacia los matorrales, al tiempo que él trataría de cortarle la retirada por el camino. El plan era malísimo, dado que el individuo tendría en cualquier caso un sinfín de posibilidades de huida, presuponiendo que eso es lo que trataría de hacer, dado que era imposible que dos personas pudiesen coparle, pero, estaba claro, era lo único y lo mejor que podían hacer, ante la certeza de que el objetivo se sabía observado y su campo de visión privilegiado anulaba cualquier intento de sorprenderle.

—¡Ahora! —gritó el comandante.

Aquella exclamación alertó igualmente al individuo oculto, quien se incorporó y salió de su escondite. Como si se dispusiese a observar los movimientos de sus perseguidores permanecía de pie, tranquilo, sin mostrar síntomas de nerviosismo. Su aspecto físico hacía indicar que se trataba de un hombre. Vestía completamente de negro. El rostro oculto por una especie de bufanda o pañuelo de grandes dimensiones. Un sombrero de ala ancha igual de negro reducía su rostro a un par de puntos brillantes como ojos. Un capote de fieltro remataba su atuendo.

Antonio no había aún alcanzado la puerta cuando el individuo inició la huída. Pasó a la finca colindante, también de almendros, corriendo entre ellos, esquivándolos, a gran velocidad. Diego saltó la valla con una agilidad y soltura sorprendente. El hombre de negro evitaba los árboles que se interponían en su camino con la habilidad del esquiador. No volvía la vista atrás, corría y corría, mostrando una especie de desdén hacia sus perseguidores, como si no temiese ser alcanzado, seguro de sí mismo. El capitán cruzó el camino y subió a la era. El comandante iba un poco por delante de él. El hombre de negro,

capote al viento, parecía ya inalcanzable, corría y saltaba a toda velocidad. Segundo a segundo incrementaba su distancia con respecto a sus perseguidores.

—¡Siga usted! —ordenó, al poco, Diego

Cuando Antonio le sobrepasó, pudo comprobar cómo el comandante estaba exhausto. Su intento de mantener aquel ritmo infernal había podido con él. Seguía corriendo pero había tenido que reducir la velocidad de tal manera que la persecución había terminado para él.

—¡Le alcanzaré cuando pueda! ¡Que no escape, por favor!

Más que dando otra orden, el comandante, impotente y exasperado, verdaderamente estaba suplicando. Veía cómo se esfumaba la oportunidad de capturar a un asesino horrible, implacable, capaz de aniquilar lo más bello y puro, dejando en su lugar un rastro putrefacto de tormento y desesperación. Le había detectado, tenido ante sus ojos. Quién sabe si volvería a disfrutar de una oportunidad equivalente de nuevo. Él era un veterano, curtido y endurecido por un pasado y un presente no elegidos, y no podía permitirse desaprovechar las ocasiones ofrecidas por las ínfimas y esporádicas indulgencias del destino. Al final el esfuerzo cayó como una losa y tuvo que parar. Tanto el hombre de negro como Antonio habían desaparecido. Se apoyó en el tronco de un árbol; un árbol tan viejo como él mismo, pensó. Su estómago tampoco aguantó y no pudo evitar vomitar. Sintió cómo la bilis fundía sus entrañas. Las sienes querían explotar. Su cerebro se inflamaba. Cayó de rodillas y gritó. Lo que huía despavorido de su garganta era un dolor indescriptible y desgarrador. Un mal contenido que acababa de encontrar la salida. Una picaza, ahuyentada, abandonó su nido. El cielo, en respuesta, prescindió de su timidez y soltó toda el agua que le quedaba. Las lágrimas amargas de Diego fueron anegadas por el diluvio que le cayó encima.

Las primeras casas ya se acercaban, a trompicones, al capitán. Antonio no había perdido de vista al hombre de negro, si bien éste se alejaba cada vez más. Se movía con una agilidad y presteza insuperable para el capitán. Antonio no cedía pero se veía incapaz de alcanzar a su presa. Su única esperanza residía en encontrar ayuda una vez alcanzado el casco urbano del pueblo. El fugitivo parecía no cansarse, continuaba sin mirar atrás. Su ritmo no se ralentizaba lo más mínimo. Estaba llegando a una fuente con abrevadero. Unos pocos metros más allá estaba la entrada, a través de la antigua muralla, por la puerta sur de la villa. El capitán sabía que si el hombre de negro cruzaba aquel arco con suficiente ventaja, menor incluso de la que ya disponía, el laberinto de estrechas callejuelas empedradas que era Poza de la Sal haría prácticamente imposible seguirle. Por eso precisaba que alguien

pudiese, al menos, guiarle. Sin embargo era consciente de que prácticamente todo el pueblo había asistido al funeral y probablemente nadie habría tenido tiempo de regresar. Pero, quién sabe, a lo mejor alguien se había quedado en casa y justo en ese momento estaba asomado en la ventana, o andando por la calle. Sería una cuestión de suerte.

Cuando Antonio franqueó la muralla, el hombre de negro había desaparecido. Miró a un lado y a otro, arriba, abajo, a todos los lados. Alguien tenía que estar por allí, alguien tenía que haber visto algo. Estaba encogido y jadeante, apoyándose en la pared de una casa. Su lengua estaba seca e hinchada. Su corazón galopaba enloquecido. Nadie aparecía y su recuperación no llegaba. Sus piernas no respondían. Se rendía. Se volvió y pudo divisar, a lo lejos, la silueta del comandante acercándose. Ni rastro del hombre de negro. Las calles que tenía ante él brillaban orgullosas y desafiantes. La lluvia había limpiado y pulido el empedrado. Una estampa de postal sin duda digna de ser apreciada, si bien no en aquel momento.

El comandante llegó a la altura de Antonio. Sus miradas se cruzaron silenciosas. El capitán percibió la desazón de Diego.

—Ha escapado, ¿no? —preguntó el comandante.

—Me temo que sí.

—Es más joven que nosotros, ¿verdad?

—Eso a poco.

—¿Seguimos?

—Podemos intentar ir cada uno por un lado, eligiendo calles al azar, por si alguien hubiese visto algo.

—No creo que merezca la pena. Lo único que conseguiríamos es consumir las escasas fuerzas que aún tenemos.

—Como usted diga, pero pienso que cada segundo que estemos aquí hablando, es aire extra que damos al asesino.

—Mire, Antonio, las calles de Poza de la Sal son un auténtico laberinto. Todo el mundo estaba en el cementerio. ¿Cree que tenemos alguna oportunidad? Por lo que he podido calcular hace más de cinco minutos que le hemos perdido de vista. En este tiempo ha podido hacer de todo. Piense que con solamente cambiarse de ropa, con quitarse la capa y el sombrero negro, lo cual puede hacerlo en pocos segundos, sería suficiente.

Antonio retomaba el aliento. Poco a poco su respiración se acompasaba. Se estaba recuperando. Se veía capaz de continuar la persecución. En realidad ardía en deseos de proseguir. No compartía la decisión de su superior.

—Perdone que discrepe, pero pienso, decididamente, que

deberíamos intentarlo.

—No lo creo así.

—Pero, ¿por qué? —preguntó, suplicante, el capitán.

—Porque estoy seguro de que será del todo inútil. Créame si existiese la más mínima posibilidad, por pequeña y exigua que fuese, infinitesimal, no dude que haría lo imposible. Moriría en el intento. Lo que no nos conviene ahora, bajo ningún concepto es caer en el desánimo, y esto no haría sino incidir en ello.

Aquella última afirmación alertó los sentidos de Antonio. La declaración del comandante indicaba que para él aquel caso era algo más que una simple asignación profesional.

—No obstante creo que tiene razón —añadió Diego, en un súbito cambio de registro—. ¿Está ya recuperado?

Una llama había prendido en el interior del comandante. Desazón convertida en esperanza. Su fénix acababa de renacer. El capitán respiró profundamente. Andaba lejos de haber recobrado las fuerzas del todo, pero qué podía hacer sino seguir, ahora que su compañero se había convencido de ello.

—¡Cuando usted diga! —exclamó Antonio con más ánimo que energías.

—¡Usted por arriba y yo de frente! ¡Punto de reunión: la plaza Nueva!

El capitán tomó la calle que se enroscaba a su izquierda y hacia arriba. Diego siguió recto. Ambos corrían, intentando mirar hacia todos los lados. Antonio ascendía y tomaba los cruces al azar, sin seguir ningún criterio en particular, dejándose guiar por la fortuna. A su derecha una anciana salió de su casa. Estaba cerrando la puerta de madera verdosa de doble panel de la entrada. Antonio, sin detenerse, a la carrera, la preguntó por el hombre de negro. La anciana se limitó a observarle con estupefacción. La sorpresa, la escena y la propia pregunta en sí misma la habían dejado boquiabierta, sin capacidad de reacción. El capitán no esperó a su respuesta. No había razón para ello. Prosiguió su búsqueda. Ya no era una persecución, dado que su perseguido había desaparecido y parecía no haber dejado pista alguna. Su fervor se estaba transformando en frenesí. Las calles se consumían tras su estela. Casas y más casas pasaban. Moradas solitarias, caparazones huecos. Nadie salía a su encuentro. Estaba solo. Veía ya la silueta del castillo recortándose sobre el cielo grisáceo en la cresta de la montaña. La adrenalina se agotaba, se disipaba, y con ella la fuerza motriz que le impulsaba. De nuevo la falta de aire le atenazó. Pretendía ascender campo a través por la ladera del castillo pero sus piernas no respondían. Era primordial seguir. Su corazón galopaba, pero sus pies apenas conseguían separarse del suelo. Se rindió. Se dejó caer en el suelo. Miró hacia todos los lados. Ni rastro del hombre de

negro. Se quedó un rato sentado, consumiendo su frustración y recobrando el aliento.

En contraste con las solitarias calles, la plaza estaba rebosante. La lluvia había cesado y el cielo languidecía despejado. Buena parte de la gente, en su peregrinaje desde el cementerio, se habían detenido allí. Antonio deambulaba entre los espontáneos y bulliciosos corrillos que se formaban por doquier alrededor del quiosco de la música y en las cercanías de los dos bares que flanqueaban la plaza. El comandante estaría por allí, esperándole. Tenía la certeza de que él tampoco habría logrado dar caza al hombre de negro. Y es que, poco a poco lo estaba aceptando, el comandante había estado en lo cierto, su juicio había sido correcto. Todo había sido consecuencia de un impulso tan inútil como desafortunado. El hombre de negro había huido, desaparecido sin dejar huella, desintegrado en el horizonte, borrado del camino. Antonio estaba dolido en su orgullo, herido en su más profundo ser y vagaba preso de una desazón que le corroía. Allí, entonces, entendió el consejo de su comandante, de su compañero Diego. Había malgastado energías y su moral se había visto afectada. La próxima vez sería diferente, pensó. Pero ¿habría una próxima vez? ¿Había sido éste su último cartucho? Esa pregunta le asaltaba avivando su sentimiento de culpa.

Diego estaba sentado a una mesa, al lado de la ventana, de uno de los bares de la plaza. Estaba solo, con una cerveza a medio terminar en la mano. Antonio le vio y entró en el establecimiento.

—¡Hombre! ¡Ya está usted aquí! —exclamó el comandante, con aparente despreocupación.

Sin emitir respuesta ni comentario alguno, Antonio se sentó enfrente del comandante. No le preguntó acerca del resultado de su persecución. No era necesario. Se esforzó en esbozar una sonrisa complaciente.

—¿Le apetece tomar algo?

—Una cerveza bien fría, por favor —respondió Antonio.

El comandante se acercó a la barra del bar. Un gesto nada habitual en un mando superior. Al poco regresó con la bebida.

—No se preocupe, Antonio.

—¿Cómo no voy a preocuparme? —erupcionó Antonio—. ¡Se ha escapado!

—No es la primera vez —sentenció el comandante.

—¿Cómo dice?

Desde que todo este asunto había comenzado, desde que el

comandante había entrado en escena, Antonio no dejaba de sorprenderse. Poco a poco le estaban siendo revelados detalles que, invariablemente, le conducían a pensar que éste no iba a ser un caso más, que no se enfrentaba a otro crimen, por más horrible y despiadado que fuese. Éste era diferente, estaba encaminado a determinar su vida, inconscientemente pensaba. Esta idea abordaba su entendimiento. Se imaginaba en la primera línea del regimiento de caballería, a la espera de la orden de carga. Una vez desatada la tormenta, el regreso era imposible. Victoria o muerte. Únicamente restaba arrollar las líneas enemigas, encontrar el punto débil por donde poder introducirse. O morir.

—Lo de hoy ha sido una réplica de lo ocurrido años atrás en el entierro de la chica de La Parte de Bureba —inició el relato el comandante—. En aquella ocasión estaba yo solo. Vi a nuestro hombre ya cuando subíamos, desde el cementerio, al pueblo. Igual que hoy, vestía completamente de negro, capa y sombrero incluidos. Cuando le descubrí, a unos pocos metros del camino, él me estaba observando. Desconozco el proceso mental que se puso en marcha en mi cerebro, pero comprendí quién era. Saqué la pistola, le apunté con el arma y le grité que permaneciera donde estaba. Inicialmente no se movió. Seguía donde estaba, encarándome desafiante. Le avisé de que si se movía lo más mínimo dispararía. Durante unos segundos, ambos permanecimos quietos como estatuas, hasta que sin previo aviso, sin señal alguna que delatara sus intenciones, con una rapidez y agilidad felina, desapareció detrás de unas rocas que tenía a su lado. Era como si lo tuviese estudiado, como si hubiera preparado su plan de fuga en el caso de ser descubierto. Yo, por supuesto, fui tras él. Era evidente que se había adentrado en el pequeño bosque que daba comienzo tras las rocas de las cuales se había servido para desaparecer. Era un reducido grupo de encinas tan juntas entre sí, tan cerradas, que no permitía ver a su través. Estaba a ciegas. Disparé al aire, espetando a aquel hijo de puta que se entregase. Cuando me di cuenta de que estaba perdiendo el tiempo, me adentré en el bosque, aun a sabiendas de que sería un error, dado que si no le capturaba dentro, nunca sabría por dónde habría huido. Y eso fue lo que debió pasar, ya que nunca más, hasta hoy, había vuelto a verle.

Aquel cambio en el vocabulario empleado por el comandante sorprendió a Antonio. Su habitual corrección se había visto desbordada por la naturaleza e intensidad emocional del hecho relatado.

—Pero ¿cómo escapó?

—No lo sé. Me imagino que esperó a que yo entrase en el bosque para salir él por el otro lado. No escuché ruido alguno, ni pude encontrar tampoco huellas que me señalasen por dónde había

escapado. Era una zona habitualmente transitada por personas y ganado. Las lindes del bosque eran caminos muy utilizados. Cuando salí de los árboles busqué por todas las partes posibles. Estuve horas buscando, dando vueltas sin sentido.

—¿Me permite una pregunta?

—Adelante.

—¿Por qué no disparó cuando pudo haberlo hecho? Hoy todo ha ocurrido demasiado deprisa, pero entonces, quizá…

Antonio dejó en suspenso la pregunta. Intuía que la respuesta no era fácil para el comandante. En ocasiones es muy complicado interpretar actos pretéritos, en especial si quedan ascuas ardientes mordiendo la conciencia.

—No es tan sencillo, Antonio —repuso Diego—. Ese día yo cumplí con mi deber. Hice lo que usted, lo que cualquier servidor de la ley hubiese hecho. Desde luego, no me cabe la menor duda, debería haberle disparado directamente. Fin de la historia. Sin embargo no lo hice, y ahora aquella indecisión, o mejor dicho, aquella mala decisión, se convirtió en una carga que llevaré hasta que muera. Créame, no hay un solo día que no me acuerde de ello. Además, piénselo, no podía estar seguro, todavía por aquellos entonces, de que me encontraba ante el que ahora conocemos como el hombre de negro. De hecho, la instrucción de aquel asesinato aún no había concluido. Teníamos indicios, pero…

—Entiendo —añadió el capitán, haciendo propia la justificación de su compañero—. Y es por esto por lo que esperaba encontrarse con él de nuevo hoy, ¿no?

—Por esto y porque, aunque no estoy seguro del todo, creo que también estuvo en el funeral de la chica de Burgos de la que le hablé. Me pareció ver una figura extraña aquel día, toda de negro, a lo lejos, pero no lo asocié con el asesinato de aquella chica.

Antonio advirtió cómo la voz del comandante se quebró al pronunciar la palabra «chica». Sin hacer observación alguna al respecto prosiguió:

—¿Y por qué piensa que lo hace?

—¿El acudir a los funerales de sus víctimas?

—Sí.

—Por arrepentimiento.

—¿No podría ser, por ejemplo, por curiosidad, o por deseos de regocijarse con su, digámoslo así, obra, o quizá porque se siente tan superior que lo entiende como un desafío?

—Podría ser, pero me inclino por el arrepentimiento o la piedad.

—En línea con las amputaciones post mortem y todo lo demás.

—Eso parece —concluyó el comandante.

Escoltado por dos hombres trajeados, al igual que él mismo, el alcalde entró en el bar. Era costumbre vestir las mejores galas en ocasiones especiales y fiestas de guardar. Los funerales eran considerados una de las primeras.

—Buenas tardes —saludó cortésmente el regidor.

Diego y Antonio respondieron al unísono. El resto de los parroquianos hicieron lo propio. El alcalde se acercó a la mesa.

—¿Alguna novedad? —preguntó directamente, ahorrando prolegómenos.

—¿Se refiere al asesinato de Irene? —se aseguró el comandante.

—Sí.

—No, todavía no tenemos nada.

—Ya. Espero que capturen al malnacido que ha hecho esto.

—Así lo queremos nosotros también.

—Cualquier cosa que necesiten no duden en hacérmelo saber —añadió el alcalde, quien tras el asentimiento esgrimido como respuesta por el comandante, se dio la vuelta y se acercó a la barra.

La mirada del comandante, de soslayo, siguió al alcalde, el cual ya estaba sujetando un vaso de vino, al igual que la mayor parte de los presentes.

—¿Qué sabe de este hombre? —preguntó Diego.

—Fermín Aguado es alcalde desde hace bastante tiempo, creo que unos cuatro años —informó el capitán.

—¿Algo más? Me refiero a cosas como qué piensa la gente sobre él…

—No tiene mala fama, he de decir. Tampoco es que sepa mucho al respecto, dado que es un tema que nunca me ha preocupado. Lo siento, no puedo contarle mucho más. No obstante, si así lo desea, podría poner a alguien a investigar discretamente.

—Por favor.

—¿Buscamos algo en particular?

—No, simplemente necesitamos más información.

—¿Sospecha de él? —se atrevió a preguntar Antonio.

—Como ya le he comentado en más de una ocasión, es fundamental no descartar a nadie a priori. Por otra parte estoy informado de que el alcalde y el padre de Irene fueron buenos amigos. El año pasado, desconozco todavía los motivos, por lo visto discutieron y desde entonces no se hablan.

—No tenía constancia —repuso, con sorpresa, el capitán.

—Me gustaría conocer la causa de esa discusión —añadió, dejándolo caer, Diego.

—Por supuesto. Se hará todo lo posible.

El tiempo huía y la noche, por fin, había llegado. Las luces de la

plaza se desperezaban. El camarero encendió la estufa. El último aliento vespertino, pálido y repudiado, se había infiltrado en el interior. Diego y Antonio apuraban sus vasos. Un chico entró en el local y se dirigió al comandante. En su mano portaba un papel azulado doblado.

—Telegrama para usted.

Tras dar las gracias y una más que generosa propina al chico, Diego se dispuso a leer el telegrama. Unos segundos después sonrió al capitán y le preguntó:

—¿Ha estado alguna vez en Londres?

# VIII

Tras aquella última revelación, mi madre había sufrido un ataque de histeria. Le habíamos pedido que nos explicara lo de los cambios físicos de mi padre. A qué se refería, pero no fue capaz. Lloraba desconsoladamente y gritaba. Yo observaba la escena abrumado, sobrepasado, sin saber cómo actuar o qué decir. Afortunadamente Carmen y Elisa allí estaban, dando calor a mi madre, tranquilizándola, taimando sus lamentos. Una vez más consiguieron que se calmara, pero mi madre ya no quiso seguir hablando. Nos pidió por favor dejarlo para el día siguiente. Había sido un día muy largo, de mucho dolor y pena, de recuerdos descarnados y esperanzas anegadas. Un día eterno y duro que precisaba ser dejado atrás, ser abandonado en el limbo nocturno.

Mi madre, inerme y agotada, se retiró definitivamente. Llegó la noche. Nosotros nos quedamos en el salón, reos de un cansancio oculto y fugaz, abrumados por los acontecimientos. A ninguno de los tres se nos ocurría de qué podría haber estado hablando. En mi caso era normal, habida cuenta el distanciamiento que mantenía con mi padre. Lo mismo podía aplicarse a Carmen. Sin embargo, mi hermana había estado en permanente contacto con mis padres todo el tiempo, incluyendo los últimos años, y tampoco comprendía exactamente lo que mi madre había intentado decirnos. Si bien es cierto que, dijo Elisa, mi padre parecía estar envejeciendo prematuramente, aquello no era raro en mi familia, de hecho le había pasado a mi abuelo y, según referencias, a mi bisabuelo y tatarabuelo. Reconozco que, insensato de mí, llegué a dudar de la cordura de mi madre. ¡Cambios físicos! ¿Qué clase de locura era aquélla?

—¡Menudo día! —suspiró, al fin, Elisa.

—Yo, la verdad que todavía no se qué pensar… —dije, reflejando mis dudas internas.

—Conozco a Aurora menos que vosotros, aun así estimo que lo suficiente como para afirmar que lo que dice tiene fundamento y base para ella. Lo cree de verdad —replicó Carmen, leyéndome el pensamiento.

—¿Imaginaciones suyas?

—No lo sé, Elisa. Lo que tengo por seguro es que Aurora, de la forma que fuese, piensa sinceramente que vio o notó algo anormal en su marido. Algo que, sea lo que sea, le aterroriza.

—Sinceramente, no tengo la más remota idea de qué puede ser —

continuó mi hermana—. Un cambio físico… Sí que es cierto que papá había envejecido muchísimo los últimos años, o su pelo, el cual se volvió prácticamente blanco en el espacio de unos meses, pero no sé… tampoco le di mayor importancia.

—Además, no ha dicho un cambio físico. Creo recordar que mencionó exactamente un «cambio en algunos rasgos físicos y su cuerpo», ¿no es así? —intervine.

—¿Y qué diferencia hay? —inquirió Elisa.

—Tengo la impresión de que se refiere a…

—Pequeños detalles —dijo Carmen.

—Eso es —asentí.

—Muy pequeños habrían de ser para no haberme dado cuenta… —reflexionó Elisa.

—Ésa sería una opción, la otra podría ser, se me ocurre, que siendo visibles pudiesen no ser perceptibles.

Estaba en racha y, en situaciones así, Carmen parecía una fuente de ocurrencias y posibilidades. Yo, como siempre, perdido.

—Lo cual quiere decir…

—Pues que lo que parece normal no lo sea.

Me quedé exactamente igual. Elisa, medio aturdida, no replicó. La muerte de nuestro padre la estaba afectando de manera diferente que a mí. En mí, era pena y remordimiento a partes iguales. En mi hermana todo se acumulaba en la primera sensación. Normalmente el dolor puro, bien sea físico o espiritual, anula el resto de sentidos, sin embargo los malos recuerdos, los «debería haber hecho pero no hice y ya no hay remedio» torturan sin piedad pero no matan. Siguen y siguen sin parar, sin terminar, sin desfallecer. Afortunadamente Carmen no nos esperó.

—Imaginad un árbol entre muchos al que, sin razón aparente, un año le empiezan a salir una de cada cincuenta o cien hojas diferentes. Únicamente alguien que lo conoce en profundidad, como, por ejemplo, quien realiza las labores de poda, se percataría, ¿no?

—Veo por dónde vas, sin embargo, no veo la relación.

—Ni yo, al menos por ahora. En cualquier caso, me imagino que Aurora será capaz de sacarnos de dudas dentro de unas horas —concluyó Carmen.

El sentido práctico y la capacidad de razonamiento lógico de Carmen acostumbraban a ser excepcionales, por lo que aceptamos su apreciación y dejamos aquel truculento asunto para más adelante. Elisa, tras asentir, fue a comprobar cómo estaba mi madre. La encontró durmiendo plácidamente. Quizá el alivio de la carga soltada, un peso que la aplastaba día tras día, minuto tras minuto, estaba contribuyendo a ello.

Estábamos tomando una taza de café, reposando, aprovechando el silencio, la calma. En el exterior, la lluvia huía de la noche, empujada por una cascada de copos de nieve que empezaban a cubrir la calle de algodón. La luz de los faroles brillaba altiva. Frente a la ventana, los árboles de la alameda trataban de espantar la nieve, sacudiendo sus ramas a uno y otro lado. Carmen estaba hojeando la enciclopedia de mi padre, la misma que le colocó un vendedor ambulante cuando yo era pequeño y cuyos anexos de actualización le llegaban puntualmente cada año a precios exorbitantes.

Pero la tranquilidad, por excepcional que haya de ser, dura tanto como la alegría en la casa del pobre. El timbre de la entrada sonó sin que fuese invitado a ello. Me ofrecí a abrir la puerta. Los copos de nieve se posaban sigilosamente sobre un paraguas originalmente tan oscuro como la figura que lo sujetaba. Era, nada más y nada menos, Horacio Arteaga, el notario de la familia.

—Le habían avisado de mi llegada, ¿no? —dijo el notario sin intermediación de saludo de cortesía alguno, presumiblemente movido por mi cara de sorpresa.

—Sí, nos lo había dicho mi madre. Buenas noches señor Arteaga.

—Ha crecido usted desde la última vez que le vi.

«Como no sea a lo ancho», pensé, pero no quise estropear aquello que, quién sabe, a lo mejor era una especie de cumplido. «Pues usted parece aún más encogido», habría sido la respuesta que en esos momentos me parecía más adecuada, que no oportuna.

—¿Su madre?

—Descansando. ¿Es necesario que la molestemos?

—Me temo que sí —respondió con una mixtura de aplomo y complacencia mientras con parsimonia rebuscaba entre el maremágnum de documentos que habitaban en su cartera.

Una copa de brandi y diez minutos después mi madre apareció acompañada de Elisa. Carmen y yo habíamos estado admirando cómo el notario terminaba el licor, al igual que aquel que bebe un vaso de agua.

—Buenas noches, Horacio.

—Buenas noches, Aurora. De verdad lo siento mucho pero es necesario que estés presente.

—¿Y qué es tan importante que no puede esperar?

—La lectura del testamento de su padre, Rodrigo.

La seriedad impresa en la respuesta del venerable notario, amén de la extraña costumbre de tratar a mi madre de tú y a Elisa y a mí de usted, descartó la más mínima posibilidad de broma o sarcasmo.

—¿Y tiene que ser hoy? ¿Ahora? —planteó, incrédula, mi hermana.

—Sí.

—¿Y eso quién lo ha dicho? —interpuse.

—Su padre.

Esta vez tampoco parecía una gracia del notario, créanme.

—¿Ernesto te dio instrucciones de leer su testamento hoy?

—No exactamente, Aurora. Me dijo que lo hiciese justo después de su muerte, a ser posible el mismo día, siempre que estuvieseis los tres presentes y reunidos.

Entendí que «los tres» seríamos mi madre, mi hermana y yo. Insistir en lo contrarió, en que lo hiciese en otro momento parecía estar fuera de lugar, por lo que no me resistí.

—Pueden sentarse si lo desean —dijo el notario tras hacer lo propio a uno de los lados estrechos de la mesa del salón.

Nosotros nos dispusimos a su alrededor. Carmen, respetuosamente, se quedó al margen sentada en uno de los sillones. A mí me tocó enfrente de aquel reloj dorado, que no de oro, tan gigantesco y pesado, que nunca llegó a funcionar. Aunque, eso sí, siempre estuvo escoltado por dos candelabros de su misma catadura rematados por un grupo de velas retorcidas, que tampoco llegaron a ser encendidas, de rojo cereza chillón.

Una larga letanía de formalidades hizo de prólogo. Horacio Arteaga parecía no respirar mientras leía aquel interminable discurso. Sus gafas trasnochadas mantenían un equilibrio milagroso en la punta de su nariz. Ni siquiera levantó la vista cuando llegó a la parte en la que nos comunicaba las últimas voluntades de mi padre.

La mayor parte de las propiedades, incluyendo la casa de Soria y la de Covaleda, así como la mayor parte de las participaciones de la empresa familiar, la otrora poderosa fábrica de muebles de Almazán, pasaban directamente, como era de esperar, a mi madre. Algunos terrenos distribuidos a lo largo y ancho de unas cuantas provincias castellanas y un más que generoso plan de pensiones a su nombre completaban el lote. A mi hermana y a mí nos legaba el 20 por ciento restante, a partes iguales, de las participaciones de la empresa.

—Además, a ustedes dos les corresponde esto —añadió el notario, y esta vez sí que nos miró, dándonos un sobre blanco cerrado, y con nuestros respectivos nombres impresos en los mismos, a cada uno.

Elisa fue la primera en abrirlo. De su interior extrajo un cheque que, a juzgar por la sorpresa reflejada, debía de ser de una cantidad considerable. Cuando saqué el mío, dando por supuesto que ambos serían iguales, comprobé que así era. Mi padre había dejado ciento cincuenta mil euros a mi hermana y otros tantos a mí.

Nos habíamos quedado estupefactos, no tanto por la cantidad de dinero que nos había dejado como por el hecho de desconocer que mis

padres, o mi padre, todavía contaban con esos recursos. Los últimos años la empresa había sufrido duramente los efectos de la crisis del sector y dábamos, yo al menos, por supuesto que las reservas financieras habían sido comprometidas prácticamente de forma íntegra en salvar el negocio.

—Me alegro mucho, hijos —dijo mi madre con nublosa emoción.

—Pero, mamá, ¿tú sabías esto?

Mi madre negó con la cabeza en silencio. Mi pregunta apuntaba claramente a la existencia del dinero, no a su aplicación. Que un padre deje en herencia una significativa suma de dinero en efectivo a sus hijos no es nada fuera de lo común, siempre y cuando ese padre disponga de la cantidad en cuestión, claro está.

¡Qué más puedo decir! Nunca nos hubiésemos esperado aquello. Mi hermana y yo, turbados y sobrecogidos, nos mirábamos sin saber qué decir. Eran miradas acostumbradas a encontrarse, a entenderse sin hablarse. Pero en esa ocasión se cruzaban y continuaban vagando hasta chocar de nuevo. Mi futuro más próximo acababa de recibir un buen empujón, pero no era ésa la idea que fluía a través de mis neuronas, e intuía que lo mismo sucedía con Elisa. Era una cantidad de dinero que, sin suponer una solución definitiva, podía ser capaz de calmar, cuanto menos temporalmente, algún que otro dolor punzante, pero que no amilanaba nuestro estupor.

Carmen, respondiendo a mi invitación, acababa de acercarse a mí. El notario, ajeno a nuestras divagaciones, estaba recogiendo, tan pausadamente como los había sacado de su cartera, oscura y gris como en él todo, los documentos y papeles, con la excepción de una copia del testamento que dejó, cuidadosamente equidistante de nosotros tres, sobre la mesa. Con un gesto cortés se despidió de todos nosotros y se dirigió a la salida. A mitad de camino se detuvo, y sin volverse dijo:

—Suerte.

Tras aquella breve e inesperada interlocución prosiguió su camino, hasta desaparecer tras el umbral de la puerta de la entrada. Yo me quedé con ganas de preguntarle que a cuento de qué nos deseaba suerte, justo después de haber perdido a nuestro padre —y es que di como algo cierto que se refería a mi hermana y a mí en exclusiva, que no a mi madre—, pero no reaccioné a tiempo. Posteriormente ese deseo se transformó en necesidad imperiosa, en obsesión, pero ya no volví a verle nunca más. Después de aquel día, a Horacio Arteaga se lo tragó la tierra. Unos meses después nos enteramos, por medio de un conocido común, de que el ilustre notario había muerto víctima de un infarto de miocardio. Le encontraron solo en su casa tirado en el suelo de la cocina. Por lo que pareció, acababa de preparar el que sería su último café.

El cheque temblaba entre mis manos; o era yo el que temblaba. De repente saltó y cayó al suelo. Me agaché para recogerlo. Fiel a las leyes de Murphy, fue arrastrado por la cara de más peso, claro está, dejando así su reverso al descubierto. Contrariamente a lo que cabría esperar, aquel lado no estaba vacío. Algo había allí escrito.

Ha de creerme ahora el lector cuando afirmo que si la sorpresa por la cantidad heredada, los ciento cincuenta mil euros, fue, tanto por ser algo inesperado como por los motivos ya explicados, inmensa, el impacto, la impresión que en mí produjo lo que acababa de leer, no fue en absoluto inferior, más bien todo lo contrario. He de confesar que tardé unos segundos en ser consciente de lo que se trataba. Pero al final lo reconocí. No podía ser cierto; pero sin duda lo era.

Mi padre, por inconcebible que pueda parecer, al igual que había hecho muchas veces en el pasado, en mi infancia, en mi dorada juventud, me había dejado una pista. «¿Una pista?», me preguntaba. «¿Qué clase de sinsentido era ése? ¿Me estaba pidiendo que jugara? ¿Una broma pesada? ¡No podía ser!», me obligaba a mí mismo a pensar. Habría de tratarse de alguna confusión, de alguna casualidad.

Pobre de mí.

Ahora no habría dudado. Me lo habría tomado en serio. Porque ni siquiera necesitaría conocer lo que después ocurrió, y es que mi experiencia, mi existencia, ambas me fuerzan a considerar y respetar lo increíble. Lo que no puede ser. Lo que nunca podría ocurrir.

Carmen, Elisa y mi madre me observaban sin hablar. Esperaban. Tuve, lo reconozco, la tentación de guardarme el cheque sin más, de poner una disculpa ridícula. Simplemente de decir que no era nada. Pero, a veces, los impulsos que pretenden movernos, no dejan de ser, por pueriles en exceso, ineficaces y ridículos.

—Mirad.

Mis dedos, para mi asombro, cesaron sus espasmos. Alargué el brazo y les ofrecí el cheque. Carmen se adelantó y lo tomó en sus manos. Tras admirar durante unos segundos la cifra escrita en el anverso me miró y se encogió de hombros, y es que lo extraordinario, cuando se repite, deja de serlo.

—Por el otro lado —indiqué.

Le dio la vuelta y leyó en voz alta.

— «Las espigadoras. 15461115.»

Mi madre, prácticamente, ni siquiera se inmutó. Lo dicho; demasiadas sensaciones juntas y seguidas para un espíritu quebrado, al contrario que Carmen y Elisa, quienes, inmediatamente después de haber leído aquellas, para oídos profanos, incongruentes palabras y números, amarraron su mirada expectante en mí. No era la primera vez que oían hablar de mis historias de viernes y pistas, sin embargo era evidente que no lo habían asociado.

—Se trata de una pista y una clave —afirmé.

Carmen tornó su expectación en desconcierto. Mi madre continuaba íntegra en su desolación; sin mostrar reacción alguna. Elisa simplemente aguardaba mi explicación. Aquella demandaba más explicaciones, mi madre parecía no haber escuchado absolutamente nada. En lo que respectaba a mi hermana, se esforzaba en seguir el ritmo de unos acontecimientos que le empezaban a parecer cada vez más ajenos. Así que, acto seguido, recordé, dado que para ninguna de ellas era desconocido del todo, los pormenores del juego de las pistas y de las tardes de viernes con mi padre.

—Poco más puedo añadir. «Las espigadoras» es una pista y el número una clave.

—¿Y…?

—Nada más. Desconozco el significado de las palabras. En cuanto a la clave, tres cuartos de lo mismo, se necesita algo, alguna palabra o frase, sobre dónde poder aplicarlas.

—¿Probamos a hacerlo sobre las mismas palabras, «Las espigadoras»?

—Podríamos, sin duda, pero sería inútil. Una de las reglas del juego es nunca poner en el mismo saco la clave y la palabra a descifrar. Algo lógico por otra parte, ¿no?

—Claro —repuso Carmen con esa mezcla de contrariedad e incomodidad tan propia en ella cuando algo no le cuadraba correctamente.

Pero así era mi padre. En ocasiones, muy a menudo para ser más exactos, tomaba decisiones injustificables sin dar explicaciones, lo cual se hacía tan irritante como la medida adoptada en sí misma. Nada pude encontrar o recordar que, de una u otra manera, me ayudara a comprender el significado del mensaje de mi padre. ¿Por qué me lo había dejado a mí? Habría entendido que fuese en mi hermana Elisa en quien hubiera pensado, hacia la cual siempre, desde que éramos pequeños, había mostrado una pasión especial. Sin embargo, lo de la clave y la pista, alejaba todo tipo de incertidumbre al respecto. Y estaba seguro de que aquello era uno de los mensajes de mi padre. ¡Cómo podría no reconocerlo!

En ocasiones tuve la impresión de que mi hermana era el refugio de sus frustraciones, de sus decepciones. No puedo, ni siquiera lo he llegado nunca a pensar seriamente, afirmar que mi padre no me quería, pero sí es cierto que sentía como si su lejanía con respecto a mí se tornaba cercanía para con mi hermana. La frialdad y distanciamiento que yo recibía eran calor y proximidad para Elisa. Mi madre era consciente de esto y procuraba aportarme el cariño y la

ternura que ella entendía que yo precisaba. Sin embargo, para ella no había distinciones y ofrecía lo mismo a Elisa que a mí; las mismas caricias, los mismos abrazos, los mismos besos. He de admitir que esto me ayudó a no sentir nunca celos de mi hermana. Así es ciertamente. Al fin y al cabo ella no era culpable de nada, y por otra parte, a todo se acostumbra uno, bien sea bueno o malo. De esta manera, interioricé aquel hecho como inevitable, y decidí asumirlo y obviarlo, dado que, pensaba, no estaba en mis manos poder evitarlo. Opté por aceptar que siempre estaría detrás de mi hermana, que Elisa era la favorita y ya está, nada más, se acabó. Cierto es que no entendía la razón que llegó a guiar el comportamiento de mi padre, dado que nada había hecho, que yo supiese, que pudiese haberlo motivado, pero, qué duda cabe, muchas veces, se hacen cosas que responden al más básico de los instintos, sin que se tenga conciencia de ello y sin que ni siquiera se intenten eludir al no ser reconocidas.

En cualquier caso todas estas elucubraciones tendrían que esperar, no era el momento para ello; o al menos, muy a mi pesar, he de reconocerlo, no había de serlo. Sin embargo estaba confuso. Tenía que ocuparme de mi familia. Eran momentos difíciles, y no debía pensar únicamente en mí mismo. Mi madre, en especial, precisaba de toda nuestra atención. Aparentaba no haberse enterado de nada, lo cual me preocupaba sobremanera. Y es que, al margen de todo, el hecho en sí mismo era suficientemente llamativo como, al menos por unos instantes, captar la atención de cualquiera, entendía. Un posible mensaje post mortem de mi padre; de su marido. Pero, yo no era quién para juzgar las reacciones de los seres humanos, y mucho menos de aquellos por mí más queridos; por lo que doblé el cheque y lo guardé en uno de mis bolsillos. Hice una seña a Elisa, quien hizo lo propio. Carmen asintió. Mi madre se derrumbaba. Más aún.

—Lo siento muchísimo mamá, de verdad —balbuceé con torpeza.

Por lo visto no era capaz de decir nada mejor. Sin duda era yo un hacha dando ánimos. Mi madre pasó junto a mí y me acarició la mejilla. Sin decir nada abandonó la sala. Supuse que pretendía, de nuevo, retirarse a su cuarto. Carmen y Elisa salieron detrás para acompañarla. Yo me quedé allí solo. No recuerdo con claridad en lo que pensaba. Eran muchos sentimientos y emociones agolpándose. Poco después la voz de Carmen llegó procedente del pasillo.

—Creo que sé a lo que se refería tu padre.

Querida Martha:

Hoy he soñado con Jimena. Otra vez. Sin embargo en esta ocasión no ha sido una pesadilla que invade mi descanso y desaparece. Esta vez se ha quedado plasmada en mi noche, en la oscuridad de mi inconsciencia. En mi eterna travesía.

En mi sueño, yo ascendía por la ladera de una colina alfombrada por hierba verde y fresca, humedecida por la lluvia fina de la primavera, como cuando estuvimos en Lake District. ¿Lo recuerdas? Jimena aún no había nacido. Tú la llevabas contigo, en tus entrañas. Aquellos paseos me persiguen, me entristecen. Me reconfortan. El paisaje era similar, y la colina como aquella que, juntos, coronamos el día que más llovía. Allí nos comimos el almuerzo, en la cima, refugiados bajo una vieja encina, envueltos en nuestros impermeables. Luego nos tumbamos en la pradera, sintiendo las gotas de agua cayendo sobre nuestros cuerpos cansados y felices. En mi sueño yo subía solo; tú no estabas. En mi sueño yo estaba solo; tú te habías ido. Desde la cima, Jimena me hacía señas con la mano para que me acercase. Vestía el camisón blanco que tanto le gustaba para dormir, el que compramos en la feria de Plasencia, ¿recuerdas? Me apremiaba para que llegase junto a ella. Su cara no reflejaba ansiedad o prisa alguna. Estaba seria, aparentaba estar ajena a su entorno, como si hubiera sido allí dejada procedente de otro espacio o tiempo.

Llegué arriba, pero no encontraba a Jimena. ¿Dónde estaba? De repente la vi. Estaba en el borde de la ladera opuesta de la colina. De espaldas a mí, parecía ignorarme. Al acercarme advertí que a sus pies se abría un precipicio. De repente se dio la vuelta y abrió los brazos, extendiéndoles en cruz. Hacía mucho viento, pero sus largos cabellos dorados no se movían. Me miró, pero sus ojos tristes no se encendieron. Yo me asusté e intenté llegar a ella. Sin embargo mis pies eran plomos. Quería correr pero era frenado por el viento. Gritaba pero no me oía. Tenía que detenerla. Había logrado acercarme y un último esfuerzo me permitiría sujetarla, abrazarla. Pero no fue así. Jimena, nuestra niña, se dejó caer de espaldas al vacío. Entonces los plomos que me lastraban desaparecieron y el viento cesó. Pude ver cómo caía, desvaneciéndose entre la niebla. Allí acabó todo.

Cuando me he despertado he vuelto a la realidad. A la horrible realidad. Las pesadillas pertenecen al mundo onírico, del cual eres

expulsado por la vigilia. La realidad, el presente, es eterno y perdura. El pasado no ha cambiado en ese viaje. No estáis conmigo. Nunca más. Para siempre. Me habéis dejado. Os habéis ido.

Estáis muertas.

Quiero ir con vosotras.

# IX

Se acercaba el crepúsculo. El sol se hundía. El mar se desteñía desvaneciéndose su color. Las olas arrojaban espuma blanca sobre las grisáceas aguas del Atlántico. Antonio y Diego disfrutaban de sendos cigarrillos apoyados en la barandilla de babor. Una suave brisa endulzaba el ambiente. Grupos de pasajeros, familias, parejas, paseaban por la cubierta de paseo del *Alfonso XIII*. PROMENADE, 257 PIES indicaba un cartel al lado de la puerta que permitía el acceso al salón de música.

El *Alfonso XIII* era uno de los buques insignia de la Compañía Transatlántica Española. Procedente de los astilleros William Denny & BROS, de Dumbardon, Escocia, sus 153 metros de eslora llevaban rasgando las aguas del océano desde su botadura en 1891 por la Union Steamship Company con el nombre de *Scot*. El 24 de julio de ese mismo año realizó su viaje inaugural desde Southampton a Capetown. En 1915, tras múltiples y dispares singladuras, incluyendo transporte de tropas en la guerra de los bóers o crucero de verano en el Mediterráneo, entró al servició de la Compañía Transatlántica. Sería el segundo *Alfonso XIII* de su flota.

—Magnífico barco —comentó Antonio.

—En su época fue uno de los mejores. Sin embargo, tengo entendido que éste es uno de sus últimos viajes —explicó Diego.

—Me sorprende oírlo. En cualquier caso he de admitir que es la primera vez que viajo en un transatlántico, por lo que, seguramente, mi juicio no será el más acertado.

—Parece ser que la Compañía está preparando su sustituto ya. De hecho, por lo que tengo entendido, le han relegado ya a viajes más cortos, como éste a Londres. Anteriormente estuvo realizando el trayecto Santander-Nueva York. No obstante coincido con usted, es un barco precioso.

Habían salido del puerto de Santander por la mañana temprano. El comandante se había ocupado de los detalles logísticos. Previamente a la partida, el día anterior, había aparecido en el cuartel de Briviesca con los pasajes de ambos, así como la confirmación telegráfica de la reserva de dos habitaciones en un hotel de Londres. Todo había sido organizado con mucha celeridad. Tres días después del incidente del cementerio, desde que aquel otro telegrama le había sido entregado al comandante en el bar de la plaza de Poza, Diego y Antonio se habían embarcado rumbo a Londres. Únicamente cinco palabras en inglés

habían compuesto el cuerpo de aquel mensaje: «Crimen similar en South Kensington». Una frase corta en extensión, pero de una profundidad inmensa, a tenor de la reacción que en su receptor había provocado.

—¿Cuándo me había dicho que llegaremos? —preguntó Antonio, distraído observando otro gran buque a lo lejos que parecía hacer el camino de vuelta.

—De acuerdo con el plan previsto estaremos en Portsmouth mañana al mediodía. Con suerte podremos dormir en Londres.

—Demasiado tiempo —sentenció Antonio.

—No, si no lo desaprovechamos. Podemos continuar trabajando aquí mientras tanto.

—¿Trabajar dice? En estos momentos el asesino podría estar de nuevo… actuando —dijo entre titubeos, inseguro de expresar lo que su corazón le indicaba—. Los criminales parecen no descansar nunca.

—Nosotros tampoco —fue la respuesta, tajante, de Diego.

Antonio reflexionó y se dio cuenta de que posiblemente había errado su juicio. Su valoración de aquel viaje había sido precipitada y, pensó, seguramente injusta. Habría de tener su razón de ser. En ocasiones el ansia, la impotencia, las ganas, anegan la razón, sometiendo nuestro intelecto a un cúmulo de sensaciones y reacciones espontáneas e incontroladas, muy a menudo también crueles y despectivas.

—Disculpe, no pretendía…

—Tranquilo, no se preocupe —interrumpió Diego—. Es normal que ese tipo de pensamientos le asalten. Lo entiendo perfectamente.

—¿Qué podemos entonces hacer desde aquí?

—Analizaremos toda la información de que disponemos, todos los detalles. Punto por punto. Nada se nos puede pasar por alto. Estoy convencido de que nunca atraparemos a ese malnacido si no lo hacemos así.

—Me he traído mi libreta —añadió, sonriendo, Antonio.

La hora de cenar llegó con la noche. Diego y Antonio pasaron al comedor. Era un local espacioso y bien decorado, con amplios ventanales a lo largo de la pared de estribor. Una vez en el interior se sentaron a una mesa desde la cual podían observar el mar. A lo lejos podían distinguirse las luces de otro buque que aparentaba navegar paralelamente al *Alfonso XIII*. Se acercó una camarera y pidieron la cena.

—¿Me permite una curiosidad? —rompió a hablar Antonio.

—Cómo no —repuso amablemente Diego.

—El telegrama que le fue entregado en Poza de la Sal, si no es

indiscreción… ¿quién se lo envió?

Antonio se había embarcado rumbo a Londres sin conocer realmente los detalles del viaje. Sabía que su superior, su compañero en aquella aventura, había estimado oportuna la organización de semejante singladura. Sabía que quizá aquel viaje ayudaría en la investigación del caso. Desde luego, era suficiente justificación, pero, no obstante, la picazón de la curiosidad y el deseo de saber más, prevalecía sobre su sentido marcial.

—Durante la investigación de los asesinatos de La Parte de Bureba y Burgos la desesperación y el desconcierto me llevaron a pedir ayuda a todos los lugares que se me pasaron por la cabeza. Traduje al inglés los elementos clave de los expedientes y los envié a los principales cuerpos policiales de Europa, incluyendo Scotland Yard, por si pudiesen establecer alguna similitud o lazo con alguno de sus casos.

—¿Y?

—Ningún resultado.

—¿Y no le habían contactado desde entonces?

—No, lo cual quiere decir que verdaderamente ha de merecer la pena el viaje, no lo dude. Han pasado muchos años y si esto, sea lo que haya sido, ha llamado la atención de la policía de Londres ahora, será por algo.

—No lo dudo —concedió Antonio.

La respuesta del capitán en realidad camuflaba un «Eso espero», comedido por el respeto pero encendido por el práctico escepticismo conferido por la experiencia. Una inmensidad de esperanzas defraudadas había endurecido su receptividad. Escuchaba y asentía, pero no dejaba de resistirse. Decepciones acumuladas que atascaban su ilusión. La noche hacía mucho que había llegado para él. El amanecer vagaba perdido en el limbo.

—Bien, creo que ahora es un buen momento para empezar —propuso el comandante.

—Estoy de acuerdo, Diego —repuso el capitán, ahora ya más relajado.

—Estudiemos primero a Irene Sanz. Su vida, su familia, sus amigos, su trabajo, sus aficiones…

—Antes de nada, ¿me permite otra pregunta?

—Adelante.

—En los otros dos casos anteriores que llevó... ¿hizo esto mismo? —preguntó Antonio.

La perplejidad mostrada por su interlocutor hizo entender que, a lo mejor, su cuestión no había sido correctamente formulada.

—Me refiero a si siguió el mismo método, analizando el entorno de la víctima y todo esto —aclaró el capitán.

—Por supuesto, Antonio.

—¿Y no consiguió nada?
—La nada es un concepto relativo.
—Me refiero, a si pudo llegar a alguna conclusión, a si pudo descubrir algo.
—Es evidente que no —dijo, secamente, el comandante.
—No se lo tome a mal, Diego, por favor. Esto es únicamente una reflexión que creo hemos de realizar, dado que si en las ocasiones anteriores…
—Fracasé, debería cambiar el método, ¿no? —interrumpió el comandante.
—Insisto, Diego, es únicamente una sugerencia sin ánimo de ofender ni menospreciar su trabajo en aquellos casos.
Antonio se dirigía a su compañero ahora utilizando su nombre de pila en lugar de su cargo, pretendiendo suavizar su discurso.
—Sin duda alguna, tiene usted razón, algo se nos escapó, algo tuvimos que hacer mal, algo que no puede ver. Está usted en lo cierto, esta vez no podemos fracasar. Hemos de hacer todo lo que esté en nuestras manos.
—Que así sea.
Lejos de sentirse ofendido, Diego estaba asumiendo el comentario del capitán, no como una crítica, sino como una aportación constructiva. Era evidente que la naturaleza de aquel asunto eclipsaba el más insignificante destello de orgullo o desconfianza. La resolución, el final del camino, era lo primordial, lo único que tenía importancia. El último objetivo, la meta final. El comandante tomó la copa de vino que le acababan de servir y ofreció un brindis a su compañero.
—Porque seamos capaces de llegar a buen puerto.
—En ambos casos —indicó, sonriendo, Antonio.

Una joven pianista amenizaba la velada en la cafetería. Antonio y Diego, tras la cena, habían optado por tomar allí el café. El capitán había ido a su camarote a por su libro de notas. Les acababan de servir. El capitán abrió su cuaderno, y lo dejó encima de la mesa, al lado de su taza. Pasaba las hojas despacio, realizando una lectura rápida de su contenido. Preparándose para empezar, a la espera de su compañero.
—Chopin, *Impromptu Fantasia* —dijo Diego, observando a la pianista.
—¿Cómo dice? —preguntó, descolocado, Antonio.
—La pieza que está interpretando. Sencillamente magnífica.
—¿Le gusta la música?
—¿A usted no? ¿Hay algo mejor?
Antonio se dio cuenta, por primera vez en mucho tiempo, de que su

vida transcurría gris y anodina, sin permitir lugar alguno para nada que no fuese sobrevivir, sin pasión. Esto no había sido siempre así. Sin embargo, cuando se esforzaba en retrotraer al presente su vida anterior, los resultados eran nefastos. Era tanto lo que había cambiado, era tan diferente, que lo que en su día iluminaba su camino, ahora era un éter invisible. ¡Música! Palabra evocadora de tristeza, de recuerdos amargos, de lágrimas, de dolor, de soledad, de agonía. En otro tiempo habría disfrutado, se habría centrado en ella, cerrando los ojos como solía hacer, dejando que las notas musicales se deslizaran por sus oídos, apoderándose de su ser, aislándose del exterior. Ahora rebotaban y desaparecían derritiéndose en la nada, mezclándose con los somnolientos sonidos del ambiente que le rodeaba. Un ruido más, puede que no molesto, pero eso era todo, otro ruido.

El salón rompió en aplausos. La interpretación concluyó y el comandante dejó a Chopin descansando con el libro de partituras que la pianista recogió con cuidado.

—Bueno, deberíamos comenzar estudiando el entorno de la víctima —dijo el comandante.

—Me parece bien —repuso Antonio, sorprendido por la facilidad con la que su compañero había cambiado de registro.

—¿A qué se dedicaba Irene? ¿Qué hacía en su vida cotidiana?

—Según me han informado, desde hacía algo más de cinco meses trabajaba en la casa de los Arnaiz.

—¿En qué exactamente?

—De todo un poco, puede imaginarse. Tareas y labores de la casa. Principalmente cocinar y limpiar.

—Ahora que lo dice, entiendo que los Arnaiz no son una familia cualquiera, ¿no?

—Supone usted bien. Los Arnaiz son la familia de más rancio abolengo de
Poza de la Sal. Los ricos de la zona, para entendernos. Por lo visto son descendientes directos, por vía materna, de los marqueses de Rojas.

—¡Vaya! Lo que decía, no son una familia cualquiera —comentó Diego, requiriendo más detalles.

—Pues no. Para su conocimiento le diré que el Marquesado de Poza fue otorgado por Carlos V en 1537, siendo don Juan de Rojas el primer marqués.

—¡Nada más y nada menos! —volvió a exclamar el comandante—. Se ha informado usted, no cabe duda.

—Un poco. Los Rojas siempre fueron, desde antes incluso de serles concedido el título nobiliario, una familia muy poderosa y de gran influencia. A mediados del siglo pasado el marquesado pasó a formar parte de la línea de los duques de Medina de las Torres, perdiendo, en

cierta medida, su antigua preponderancia. No obstante, su linaje ha conservado un patrimonio muy importante —continuó Antonio.

—Y los Arnaiz son parte de ese linaje, ¿cierto?

—Exacto. En la actualidad la familia Arnaiz es titular de numerosas tierras y propiedades no sólo en Poza de la Sal, también en Madrid, Santander, Bilbao y unos cuantos lugares más. Sin embargo, y como curiosidad, dicen que todos gozan de mala salud.

—Pero de mucho dinero, por lo que veo.

—Sí. ¿Justicia providencial?

—Azar.

—Eso pienso yo.

—Suficiente —indicó Diego—. ¿Alguna relación particular digna de mención?

—Explíquese, por favor.

—¿Sabemos si Irene tenía alguna relación, del tipo que fuere y al margen de lo estrictamente profesional, con algún miembro de la familia Arnaiz? —preguntó, directamente el comandante.

—Que se sepa, no.

—Ya, en cualquier caso, éste no tiene pinta, a todas luces, de ser un crimen pasional. ¿Conocemos a los miembros de la familia Arnaiz?

—La familia está compuesta por cuatro miembros. Don Serafín Arnaiz, su esposa doña Eloisa Enríquez y sus dos hijos Andrés y Laura —repuso el capitán tras consultar su libro de notas.

—¿Edad de los hijos?

—Veintiocho años Andrés y veintiuno Laura.

—¿A qué se dedican?

—Al igual que sus padres, fundamentalmente a ser ricos. No obstante puedo adelantarle que se supone que están estudiando fuera.

—¿Ambos?

—En realidad no puedo decirle mucho más. Es una familia muy celosa de su intimidad. El mayor, Andrés, fue el primero en ir a Madrid a la universidad, si bien no puedo decirle ahora ni qué disciplina, ni qué hace ahora. Hace poco tiempo, por lo visto, le siguió la hermana. Es todo lo que sé. No obstante, insisto, por lo que parece, su principal preocupación es gastar el dinero de la familia. Eso, al menos, comentan.

El comandante se detuvo unos instantes a reflexionar, a procesar la información transmitida por su compañero. Mecánicamente se llevó su taza, ya vacía, a los labios.

—Debo añadir que la reputación de la familia es intachable —completó Antonio.

—No lo dudo, pero eso no tiene mucho que ver. Como ya le he dicho, no podría imaginarse de lo que cualquiera, usted y yo incluidos, podría ser capaz.

—Si me permite, no estoy de acuerdo con esto último, Diego —resaltó el capitán.

—Ahora no es el momento de discutir eso, Antonio —cortó el comandante—. Hemos de suponer que el asesino no lleva ningún cartel a la espalda diciendo SOY YO EL QUE BUSCAN, no lo olvide. No podemos ni debemos cerrarnos ninguna puerta. Quién sabe si fue esto lo que nos condujo al fracaso en las anteriores ocasiones…

Esta postrera e inacabada reflexión sumió al comandante en un momentáneo estado de incertidumbre. Un sinfín de ideas, de recuerdos, de reproches, de otros caminos, sacudía su conciencia. «Si a lo mejor hubiéramos…», era la frase más recurrente. Surgía de la oscuridad, del pasado, alumbrando parcelas dormidas de su memoria.

—Estaba hablando de usted o de mí —apostilló el capitán.

—Ni siquiera eso. Ni siquiera nosotros, Antonio.

—De todas las maneras, como le decía, ningún suceso extraño merecedor de mención por parte de cualquiera de los miembros de la familia Arnáiz —dijo Antonio.

—¿Qué podemos decir de la propia familia de Irene?

—Alberto Sanz es su padre, es salinero. Su madre, María Martín, se dedica a sus labores. Francisco es su hermano mayor. Tiene veintiún años y trabaja igualmente en las salinas con su padre. Tenía otro hermano, Luis, dos años mayor que ella, el cual murió hace unos años como consecuencia de un desgraciado accidente. Se despeñó por la ladera del castillo mientras jugaba con sus amigos.

—La desgracia les persigue. Un accidente dice. ¿Hubo en su momento alguna duda al respecto?

—¿Si fue fortuito?

—Sí.

—No. Ninguna. ¿Entiendo que hemos de investigarles a ellos también?

—Sin duda. El entorno más cercano es lo primero que debemos analizar. Un porcentaje muy alto de los asesinatos son realizados por familiares directos o conocidos íntimos de las víctimas. Este porcentaje se dispara cuando hablamos de niños o muchachas. Piense que normalmente se quiere o desea lo que se ve, lo que, de alguna manera, nos rodea, lo que está a nuestro alcance. En muchas ocasiones, la cercanía física de lo anhelado dispara ese deseo. Hasta aquí sería entendible, humano, si me lo permite. Los sentimientos afloran de forma incontrolada, siendo de naturaleza e intensidad diferentes en cada uno. Somos nosotros quienes debemos marcar los límites. En esto es en lo que se distinguen unas personas y otras.

—Así, la diferencia entre el bien y el mal, entre los buenos y los malos, radicaría en la capacidad de autocontrol, ¿no? —apuntó Antonio.

—No es tan sencillo. Fundamentalmente tendríamos dos clases, dos tipologías de asesinos. En primer lugar estarían aquellos que se ven superados por una especie de deseo irrefrenable, los que no son capaces de contener sus impulsos criminales. Para ellos sería una necesidad más, como beber o comer. Imagínese a usted mismo en el desierto, sediento, tras varios días sin beber, y que de repente ve un vaso de agua solitario, sin que nada ni nadie le impida cogerlo. Agua cristalina que saciará su sed. Tan fácil y reconfortante como eso. ¿Qué supone que haría usted, Antonio?

—Beber.

—Ni siquiera se lo ha pensado, ¿verdad?

—Por supuesto que no, pero no veo que sea el mismo caso. ¿A quién estaría haciendo yo daño con beberme ese vaso?

—Para empezar se me ocurre que a su dueño. Era su agua, en un terreno hostil y desolado. Puede que su vida dependiera de beber esa agua. Imagíneselo. Pero usted se la ha bebido sin consultarlo, sin preguntar, sin evaluar las consecuencias de su decisión. Simplemente tenía una necesidad ineludible y la satisfizo.

—Insisto, no me parece que sea lo mismo.

—Claro que no lo es. Le he expuesto esta comparación con el objeto de ilustrar la idea, el caso, que estamos discutiendo. Y para usted, como es de esperar, ambas cosas no tienen nada que ver. Usted tiene asumida e interiorizada una serie de límites morales y sociales que le hace entenderlo así. Sin embargo estas barreras no están presentes en la mente, en el alma, de todo el mundo. Hay gente que no ve la diferencia entre beber el agua y extinguir una vida humana. Únicamente piensan en satisfacer una necesidad o un deseo.

—Es decir, que no pueden evitar ser como son o hacer lo que hacen.

—Algo así.

—Entonces ¿cómo actuar con ellos? ¿Son realmente criminales o enfermos?

—Ése, créame, es un debate de lo más interesante y farragoso, con diversos y variados matices éticos, morales y, si me apura, filosóficos. Sin embargo, en lo que a nosotros, como servidores de la ley, nos respecta, esto no ha de modificar nuestra forma de actuar. Para nosotros no dejan de ser depredadores. Voluntaria o involuntariamente, el resultado de sus actos no varía. Son asesinos que deben ser parados. Imagínese lo que harían, por ejemplo, una manada de lobos hambrientos en un corral lleno de corderos. Habría que detenerlos como fuese, ¿verdad? Sin embargo los lobos, lo único que hacen, desde su propia óptica, es buscar comida.

—Deberían ser cazados, qué duda cabe —repuso el capitán, al tiempo que hacía una seña a una camarera para que se acercase.

—Está claro. En segundo lugar tendríamos a los asesinos natos. A

aquellos que lo hacen por conseguir algo que desean, por diversión o, simplemente, porque así lo desean; porque sí —continuó Diego—. Hace unos cuantos años, en uno de los primeros casos de asesinato múltiple en los que participé, logramos detener al criminal. Había matado a una pareja de ancianos. A él le crucificó delante de su mujer, a la cual había atado a una silla, en la pared. Obligó a la pobre anciana a mirar todo el tiempo. Cada vez que no podía resistir la visión y cerraba los ojos le cortaba una parte de su cuerpo, empezando por los dedos. Al final, encendió el horno de la cocina, y metió allí la cabeza de la ya prácticamente inconsciente y desangrada mujer. Durante los interrogatorios le preguntamos que por qué había hecho tales atrocidades, dado que ni siquiera les había robado una triste moneda. ¿Sabe cuál fue su respuesta?

—Sorpréndame.-

— «¿Y por qué no?» Ésa fue toda su explicación. Mató a dos indefensos seres humanos de la forma más miserable y brutal por nada, por pasar el rato.

La rabia se hizo notar en las palabras del comandante. Aquélla había sido una experiencia que si bien pretérita y cerrada, no había podido ser digerida y, menos aún, olvidada.

—Para estas bestias, la extinción de una vida humana no significa nada, es un paso más, una etapa, en la consecución de su execrable y repugnante objetivo, sea éste cual fuese.

—Carecen de empatía —añadió Antonio, apoyando a su compañero.

—Eso me parece un eufemismo. Sería más acertado decir que son unos auténticos mal nacidos sin escrúpulos.

—¿Y ante qué tipo cree que nos enfrentamos?

—El primero. Me inclino a pensar que nos encontramos ante un depredador, un cazador movido por su instinto, alguien que posiblemente no es capaz de evitar lo que hace.

—¿En base a qué?

—Recuerde que primero mata y después amputa y eviscera, lo cual nos indica una especie de ensañamiento forzado, no genuino. Si el orden hubiera sido el inverso, es decir, primero tortura y luego muerte, apostaría por el asesino carente de cualquier vestigio de humanidad. Además la ausencia de la sangre indica un móvil primario. ¿Quién querría llevarse la sangre de un muerto, aparte de para lo que ya hemos evaluado?

—¿Un ritual satánico o algo por el estilo?-

—No lo creo; ya he valorado esa posibilidad. La mecánica de los crímenes, así como el escenario de los mismos, no se ajusta en absoluto a nada conocido. Existe constancia de sacrificios rituales, tanto animales como humanos, en determinados cultos, no solamente satánicos, secretos o escondidos, pero, invariablemente, las

características de los mismos carecen de similitud alguna con nuestro caso. Me sigo aferrando a la hipótesis de la sangre como materia de consumo, como alimento, por demencial que parezca.

—¿Y esto nos facilita o dificulta las cosas? —preguntó Antonio, al tiempo que hacía una seña a la misma camarera. Ambos habían terminado el café y decidió que no estaría mal continuar con cerveza.

—Quién lo sabe. No hay respuesta a esa pregunta. Todo depende del sujeto en particular. No puede afirmarse que unos sean más fáciles de atrapar que otros. No, cada caso es diferente y su resolución, al margen, claro está, de la incidencia de la fortuna, está en función de un cúmulo de circunstancias como pueden ser la personalidad del criminal, sus motivaciones, su forma de actuar, amén de la pericia, habilidad y experiencia del investigador. Son muchas cosas; no podría aventurarme a afirmar que el enfrentarnos a un asesino instintivo hace nuestra labor más sencilla o, por el contrario, más difícil.

El salón iba llenándose por grupos de pasajeros que allí se acercaban una vez concluida la cena. El humo del tabaco flotaba perezoso, vagabundeando de mesa en mesa esparciendo su aroma dulzón. La pianista regresó armada con una nueva carpeta de partituras. Su llegada fue celebrada con los aplausos de los presentes. La camarera logró abrirse paso entre los recién llegados y dejó dos cervezas alemanas en la mesa. Antonio estaba tomando notas en su cuaderno. Diego parecía estar ausente, ajeno a su realidad, presente en otro presente.

—Nos centraremos en los miembros masculinos de ambas familias —añadió Diego.

—Esto es por lo de las connotaciones sexuales en la forma de actuar del asesino, ¿no? —se cercioró Antonio.

El comandante asintió. Había retornado de su exilio dimensional y la jarra de cerveza se le antojó la mejor forma de conectar con el plano real.

—De esta manera tendríamos a Serafín y Andrés por los Arnaiz y a Alberto y Francisco por los Sanz —dijo Antonio.

—De su entorno más cercano e inmediato, efectivamente. Pero no podemos circunscribirnos exclusivamente al mismo. Yo particularmente me inclino por ello, pero hemos de trabajar e incluir todas las hipótesis razonables que seamos capaces de plantear. Si nos dejamos llevar por el análisis de probabilidades, por la estadística, tendríamos un 80 por ciento de posibilidades de que el hombre de negro fuera uno de esos cuatro.

—Uno de estos dos, Andrés Arnaiz o Francisco Sanz —corrigió Antonio.

—Vaya, acaba de descartar de repente a los dos padres. ¿A qué se debe?

—¿No recuerda cómo corría el hombre de negro? Tanto Serafín como Alberto superan sobradamente los cincuenta años. Aquél, además, no anda precisamente muy bien de salud. De ninguna manera podría ser ninguno de ellos —aseveró Antonio.

—¿Qué le sucede a Serafín Arnaiz?

—Nada y todo. Achaques varios.

Otro asentimiento silencioso de Diego hizo que Antonio tachara de su lista los dos nombres correspondientes. «El cerco comienza a estrecharse», pensó el capitán.

—¿A quién más tenemos? —demandó el comandante.

Unas cuantas hojas atrás en el cuaderno. El capitán punteó con cuidado una escueta lista de nombres.

—Es difícil de decir. Irene era una muchacha completamente normal. Ni grandes amistades ni grandes enemistadas. Sin novio formal conocido. Pretendientes no le faltaban, por lo que hemos podido averiguar. Era muy guapa, como creo que ya sabe. Todo dentro de lo esperable. Así que verdaderamente desconozco por dónde continuar —repuso el capitán.

—Veamos —reflexionó el comandante—. ¿Quién fue el primero en descubrir el cadáver?

—Marcelino Rupérez. El que dio el aviso en la plaza —contestó, con extrañeza Antonio.

—El descubridor ha de ser siempre considerado como potencial sospechoso.

—Otra vez la estadística —añadió Antonio.

—Otra vez. ¿Y quién es este buen hombre?

—Marcelino es un salinero de cincuenta y cuatro años —expuso Antonio—. Había ido, de acuerdo con su declaración, a la casa de los Sanz para hablar con el padre de Irene. Llamó desde fuera y, al no recibir respuesta, entró en la casa.

—¿Estaba la puerta abierta?

—Sí, es costumbre en el pueblo dejar las puertas abiertas, especialmente durante el día.

—¿De qué quería hablar con el padre de Irene?

—Por lo que me comentó el sargento, de nada en particular. Solían alternar juntos.

Diego tomó la cerveza y bebió un trago, tras lo cual dejó reposar con delicadeza la jarra en el posavasos. Antonio aguardaba su opinión.

—No suena extraño. Por otra parte su edad prácticamente le elimina —dictaminó el comandante.

—Salvo que nos hayamos equivocado pensando en un solo asesino —reflexionó Antonio.

—No lo creo —apuntó el comandante, sellando definitivamente aquella posibilidad.

Había sido tal la seguridad y presteza con las cuales Diego había dado su respuesta que el capitán abandonó definitivamente la idea de una colaboración, de que existiese más de un asesino. Estuvo a punto de dejar escapar una sonrisa, algo que chirriaría en aquel momento, al recordar «Zurita», el relato de Clarín que tantas veces había leído. Un acomplejado don Aquiles Zurita llegaba a Madrid y allí era deslumbrado por el aura de aquellos a quienes figuraba sabios, portentos del saber, seres superiores, inspirando más burla que pena. «¡Quién era él para poner en duda su juicio!», pensaba el bueno de Zurita.

—Más ideas —demandó, impaciente, el comandante.

—¿El alcalde? —planteó, dubitativo, Antonio.

—¿En base a qué?

—Se comenta que en reiteradas ocasiones solicitó a Irene que trabajase para él.

—Entiendo que Irene no aceptó sus ofertas. ¿A qué podría deberse?

—No hay acuerdo sobre eso. Lo más probable es que el señor alcalde tuviese otros intereses, al margen de los estrictamente comerciales o laborales, con respecto a la chica.

—Ya. Y por lo que parece ese interés no era mutuo. ¿No?

Un discreto gesto de asentimiento hizo de respuesta. Diego jugueteaba con la jarra, ya vacía, que, sedienta, esperaba a ser rellenada.

—¿Qué tenemos sobre él? —continuó Diego.

—Como ya sabemos, don Fermín Aguado, alcalde de la villa desde hace cuatro años, llegó a mediados de la pasada década procedente de Extremadura. Creció en el seno de una familia acomodada; latifundistas. No se conocen con exactitud los motivos por los cuales abandonó su aparentemente fácil vida en los campos extremeños, ni qué le motivó a venir aquí. Llegó solo, armado con un buen fajo de billetes, y con disposición a hacerlos circular. Nadie hizo preguntas. Poco después era nombrado alcalde —explicó Antonio.

—Interesante. ¿Edad?

—Cuarenta y cinco años el próximo julio.

—Podría encajar —reflexionó Diego—. Cuando le vimos en el bar me dio la impresión de que era un hombre fornido, de complexión atlética.

—No sé qué decir, la velocidad y resistencia del hombre de negro era fuera de lo común, incluso para un hombre más joven.

—Seguramente. No obstante no podemos descartarle todavía. Es improbable, pero no imposible. ¿Qué hay de su discusión con el padre de Irene? ¿Ha averiguado algo?

—En efecto. Tiene relación con la negativa de Irene a trabajar para el alcalde. Parece ser que éste le presionó y Alberto Sanz le mandó a

paseo.

—No me parece relevante. No obstante, lo dicho; no lo descartamos aún.

—Con lo que, para comenzar, tenemos tres posibles sospechosos. El hermano mayor de Irene, el hijo de los Arnaiz y el alcalde —apuntó el capitán, tras asentir.

—¿Y qué hay del médico? —indicó Diego.

—Se me olvidaba. Es zurdo y, como recordará, mucho más bajito y menos corpulento que el hombre de negro.

—Estoy de acuerdo con eso. No obstante, yo diría que todavía son cuatro los sospechosos —corrigió el comandante.

—¿Cuatro? —preguntó, sin comprender, Antonio—. Pensé que habíamos descartado a los demás.

—Y lo hemos hecho —aclaró, seguro de sí mismo, el comandante.

—¿Entonces? —insistió Antonio.

—Nos queda el Olvidado.

Una mirada gélida y profunda huyó del capitán. Aquella afirmación del comandante irrumpió como un rayo en una noche de luna nueva. Un anhelo de estar anclado a la realidad surgió en Antonio. ¿Estaría su compañero desvariando?

—¿Perdón? —preguntó Antonio, demandando confirmación de lo que había escuchado.

—El Olvidado es el nombre figurado del sospechoso desconocido.

—Si me permite, y no le importa… ¿podría explicármelo de otra manera?

—Por supuesto —repuso Diego con naturalidad—. Se trata de una herramienta metodológica. Creamos a un sujeto de análisis imaginario con el objeto de evitar circunscribirnos al abanico de opciones conocido o identificado. De esta manera estamos obligados a tener en mente que nuestro individuo podría no estar dentro del grupo estudiado. Así nuestra visión es invariablemente aumentada por el hecho de tener que considerar siempre esa opción adicional. El nombre de Olvidado es algo anecdótico. Habitualmente es conocido como el «Sujeto desconocido», el cual presenta las características genéricas del criminal, en este caso asesino, tipo.

—¿Sería algo así como elaborar el perfil del asesino?

—Supondría ir un paso más allá de perfilar. Es la materialización virtual del perfil realizado, y trabajaríamos con él como si fuese un sospechoso más, asumiendo su diferenciación dentro del grupo objeto de estudio.

—El Olvidado, el hombre de negro —reflexionaba Antonio.

—Eso es. Lo verdaderamente importante, y de ahí su nombre, es no olvidar jamás que, de la misma manera que no existe el crimen perfecto, tampoco es posible una investigación perfecta. Podemos

estar errando en nuestros juicios, permitiendo que el verdadero culpable salga indemne. Debemos estar siempre abiertos a todas las posibilidades.

—Entonces, según esto… ¿quién es el Olvidado?

El comandante se apropió de unos instantes previamente a dar su respuesta. La luz del salón se hizo más tenue. Una nueva actuación musical era anunciada. Una orquesta de cámara hacía su entrada en el salón. El crepitar de los aplausos se derretía a medida que los músicos avanzaban hacia el escenario. El concierto comenzaría con uno de los cuartetos de cuerda de Haydn.

—Estupendo —comentó Diego, haciendo un paréntesis en la conversación.

Antonio aplaudía mecánicamente. Buscó una posición sólida en la silla seguro de que habría de esperar al final del recital para conocer la opinión de su compañero. Sin embargo no fue así. El comandante retornó de su fantasía musical.

—El Olvidado es un hombre joven, de entre veinticinco y treinta y cinco años. Estatus económico alto, seguramente de buena familia. Su móvil no es el robo. Educado, posiblemente con estudios universitarios. No disfruta con lo que hace, responde a una necesidad o impulso primario. Lleva una doble vida. Será una persona encantadora, dado que tratará, por todos los medios, de ocultar su otro yo. Sin embargo es un ser atormentado, que guarda una gran amargura en su interior, la cual de vez en cuando sale a flote, convirtiéndole en un individuo en ocasiones taciturno y solitario. En estos momentos de depresión es cuando más vulnerable es, al estar desprendido de buena parte de su disfraz y quedarse parcialmente expuesto, si bien nunca del todo. Lamentablemente estos episodios de debilidad no se prodigan demasiado, siendo en general, por lo tanto, una persona con mucha y variada vida social. No sigue un patrón fijo, al estar dominado por su instinto, aunque ciertamente, y por desgracia, es extremadamente cuidadoso. Tampoco responde al perfil habitual del psicópata. Procura evitar sufrimiento a sus víctimas, ensañándose con ellas una vez muertas, ya cadáveres, con el objetivo de disimular su acto, de borrar su firma, por así decirlo.

—Prácticamente acaba de describir también al hermano de Irene.

—No lo tome así. Podría estar equivocado.

El capitán se apresuraba a tomar nota de la descripción proporcionada por el comandante. Hacía esquemas, trazaba flechas en el papel, apuntaba palabras sueltas a veces difícilmente legibles. Diego hablaba con rapidez, dejando fluir sin pausa un torrente de ideas previamente elaboradas y entrelazadas.

—Es decir, que hemos de poner cara y nombre al Olvidado —añadió Antonio.

—Exactamente.

«Así de fácil», pensó el capitán.

—En cualquier caso, si este nombre provisional le disgusta, podemos asignarle otro —bromeó Diego.

—El único nombre que deseo ponerle es el verdadero y definitivo —repuso, con el gesto sombrío, el capitán.

—Sin duda.

—No obstante, de momento, tenemos un sospechoso principal, ¿no?

—Dos —enmendó Diego.

—Andrés Arnaiz y el Olvidado.

El comandante asintió.

La música comenzó a sonar. Las notas abandonaban con delicadeza las cuerdas de los instrumentos respondiendo a las caricias de los intérpretes. Eran impulsos errantes huyendo hasta el desvanecimiento. Diego había girado su silla para obtener una mejor vista. Antonio observaba de refilón a su compañero. Le sorprendía su capacidad para evadirse, para dejarse absorber por temas mundanos. Estando inmersos en la investigación de un caso de asesinato poco menos que sin precedentes, embarcado en el *Alfonso XIII* rumbo a Londres — ¡Londres! — para ver quién sabe qué; en medio de todo eso, era capaz de desconectarse y ocupar sus sentidos, su ser, en un concierto de Haydn, por muy excelsa que su música pudiese llegar a ser. Sin embargo allí estaba, siguiendo los compases del cuarteto con leves movimientos de cabeza, sin perder detalle, disfrutando, absorto. Sin duda alguna, incuestionablemente, su comandante no era una persona al uso, de esas que se limitan a contarte su vida y milagros en una conversación de taberna, soportando tu turno de réplica en espera de que vuelva el suyo de nuevo. Poseía una sensibilidad especial, capaz de captar el elixir de la vida, la belleza del arte, la fortuna de estar en el mundo, la suerte de vivir.

Una hora y tres jarras más de cerveza después, el concierto terminó. Antonio y Diego decidieron salir afuera. Hacía una buena noche y el mar estaba en calma. Unas olas diminutas, recién nacidas, eran rasgadas por la quilla del *Alfonso XIII*. La popa estaba rematada por las estelas, blanqueadas por la noche, de las hélices.

—¿Le gusta la música? No recuerdo si me lo ha dicho antes —preguntó el comandante, mientras apoyaba sus antebrazos en la barandilla de la cubierta, su vista perdida en la negrura del horizonte.

—No puedo decir que sea un melómano, pero sí, me resulta agradable —repuso con tibieza Antonio.

—Para mí es una especie de refugio.

«Refugiarse de que —pensó el capitán—. ¿De qué huyes? ¿Qué es lo que temes?» A medida que el tiempo pasaba, el convencimiento de que había algo más que el simple celo profesional en el comportamiento del comandante con respecto al caso del que se ocupaban, era cada vez más profundo en Antonio. Sin embargo no sería él, se aseguraba, quien sacase la conversación. Celoso de la privacidad personal, tanto para él mismo como para los demás, consideraba que todo el mundo tenía unos tiempos que habían de ser escrupulosamente respetados. En ocasiones esos intervalos se dilataban hasta el infinito. A menudo estallaban sin avisar en el momento más inesperado. Otras veces era el dueño de los mismos quien los administraba y controlaba. A su juicio, Diego era uno de estos últimos individuos.

Un enjambre de pasajeros paseaban dando vueltas por la *promenade*. La plácida, aunque fría, noche animaba a ello. Parejas, familias, algún grupo de niños correteando rompiendo el ritmo uniforme del resto. Antonio observaba relajado al rosario de gente que fluía frente a ellos. El comandante seguía ensimismado mirando al mar. De repente, una figura aislada llamó la atención de Antonio. Frente a ellos, pegado a la pared del salón, en el lado opuesto del paseo, un hombre estaba quieto mirándoles. Era un hombre joven, impecablemente arreglado, vestido con un traje oscuro. Al principio no le dio mucha importancia. «Algún curioso», pensó. Unos segundos después empezó a extrañarse. El hombre no se movía, no decía nada. Estaba allí solo, observándoles. Sin esforzarse en disimularlo, Antonio correspondió su mirada, pero se dio cuenta de que realmente no era él el objetivo. Aquel hombre tenía la vista clavada en el comandante. Antonio alertó a su compañero con un suave golpe con el codo. El comandante reaccionó y se dio la vuelta, encarando al desconocido. Aquel movimiento hizo cambiar el semblante del sujeto, haciendo desaparecer los rasgos indiferentes que le ensombrecían. Algo pareció encenderse en su interior. De repente, sin señal previa que así lo hiciese prever, el individuo, escurriéndose por entre la marea de transeúntes que los separaba, se abalanzó sobre el comandante. La hoja metálica de un cuchillo de grandes dimensiones brillaba en su mano derecha. Antonio, paralizado por la sorpresa, observaba la escena como algo ajeno, más allá de su alcance, fuera de su campo de acción, al margen de su competencia. Diego, movido por sus propios reflejos, o por la fortuna, en el último instante fue capaz de reaccionar e hizo frente a su atacante. Ya con su oponente prácticamente encima, el comandante logró girar levemente la cintura, dejando un hueco entre Antonio y él mismo. Aquel

desconocido, en plena carrera e incapaz de detenerse, fue absorbido por aquel espacio. Diego, dueño de una serenidad asombrosa, golpeó al individuo en la parte trasera del cuello. Décimas de segundo después caía por la borda. Su espalda contra el mar, sus manos intentándose agarrar al vacío. Un grito continuo a punto de ser ahogado por las hambrientas y oscuras olas. Un sonido opaco y una burbuja de espuma en la superficie del océano.

Apenas quedaban huecos libres en la barandilla de cubierta. A ambos lados de Diego y Antonio, la gente se agolpaba buscando la mejor vista. El barco, inexorablemente, dejaba atrás el lugar donde había caído el atacante. Ya nada quedaba. Ni rastro. Quizá decepcionados, ambas filas de curiosos procedieron a orientar su atención hacia el capitán y el comandante. Algunos habían sido testigos de la escena, otros giraban mecánicamente sus cuellos imitando al resto.

—Todo está en orden, somos guardias civiles —dijo, con un tono firme y sereno, Diego.

Aún sin llevar puesto su uniforme, el comandante era capaz de transmitir autoridad y seguridad con sus palabras. La gente miraba, esperaba, como siempre hacen los individuos al perder su identidad particular y transferirla hacia la del grupo informe al cual acaban de ceder su voluntad. Nadie se mueve, nadie habla hasta que uno, quién sabe quién, quién sabe por qué, imbuido en su papel como parte del recién creado y amorfo puzle, decide tomar la iniciativa. Tras volver a mirar hacia el lado por donde aquel hombre se había precipitado, la gente empezó a marcharse. Penosamente admitían que el oscuro océano que les rodeaba y sujetaba se lo había tragado sin dejar huella alguna en su superficie. Peor aún, aceptaban tener que irse sin ver nada, sin saber nada más. Pocos habían sido testigos directos del suceso; el resto solamente eran receptores de las palabras inconexas que cabalgan sobre las ondas de expansión de las noticias vagas y lejanas, de los rumores.

Tras unos momentos más de estupor, Antonio logró recomponerse. Al igual que el resto de curiosos, se había quedado mirando, imantado, hacia el agua. Nervioso, centró su atención en su compañero.

—¡Mi comandante!

—Estoy bien, Antonio. Tranquilo.

—Yo… —El capitán no sabía cómo disculparse.

—Pobre diablo —juzgó el comandante.

—¿Lo conocía?

—Claro que no. Pero fíjese cómo ha terminado su vida. En medio de la nada, sin lograr su objetivo. Una muerte ridícula, sin valor.

—No comprendo —dijo Antonio.

—Yo era su presa, y evidentemente, ha fallado.

Antonio asintió expresando su conformidad. Después de lo visto, no cabía duda alguna con respecto a quién había sido el objetivo de aquel sujeto. El motivo de semejante acción no le resultaba así de obvio.

—Por poco, ¿verdad? —dijo, ya más relajado Antonio.

—Gracias a su aviso, diría yo.

—Por lo menos he hecho algo correctamente… —repuso el capitán, un poco avergonzado y dolido por haberse quedado petrificado, incapaz de reaccionar.

Una palmada del comandante en el hombro de su compañero dulcificó la situación e hizo que éste se sintiese mejor. Una sonrisa iluminó el rostro de Antonio.

—¿Por qué? —preguntó el capitán.

—Tengo la impresión de que alguien está interesado en que no lleguemos a Londres.

La noche se cerró. El cielo, invisible, destilaba una lluvia que, precedida de un viento gélido y violento, hizo su aparición barriendo la cubierta de vida. El nuevo día descansaba, perezoso, en espera de su despertar. El agua se precipitaba, suicida, hacia el mar. Lágrimas de una tragedia que no encuentra su final.

# X

Había salido al pasillo tras la exclamación de Carmen, quien estaba parada, quieta, frente a la puerta abierta del despacho de mi ya difunto padre. Me hizo una seña para que me acercara.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, una vez a su lado.

—Mira —repuso señalando con el dedo hacia una la pared del fondo.

Lo que había llamado la atención a Carmen era uno de los cuadros que adornaban el despacho. Era una pintura que representaba a tres mujeres espigando en el campo, a tres espigadoras.

—Nunca me había fijado en este cuadro —fue lo primero que se me ocurrió decir.

—Suele pasar —contestó Carmen, al tiempo que, lentamente y sin perder la concentración y vista en el cuadro, avanzaba hacia él.

Mi hermana Elisa, tras dejar a mi madre reposando en su habitación, se había unido a nosotros. Mimetizada, acompañó mi mirada congelada.

—¿Qué ocurre?

—¿Desde cuándo está este cuadro aquí? No lo recordaba.

—Es la primera vez que lo veo. Debe de ser la pintura rara de la que me habló mamá… —reflexionó Elisa.

De acuerdo con lo que nos contó mi hermana, dos días antes de su accidente, mi padre apareció con el cuadro en casa. Un supuesto presente de un cliente. «¿Desde cuándo los clientes te regalan cuadros?», cuestionó mi madre. Unas cuantas excusas difusas prologaron, atendiendo a lo que ese mismo día por la noche relató mi madre a Elisa, otra respuesta igual de confusa y opaca. «Es de uno que acaba de cerrar.» «¿Quién?» «No lo conoces.» Por lo que parece así quedó la cosa.

Podía ser, desde luego. No era, en absoluto, inverosímil la relación con el mensaje de mi padre. Sin embargo no acertaba a vislumbrar cuál podía ser la esencia y naturaleza de la misma. Por otra parte, era lo único que teníamos, y como punto de partida habría de servir. ¿Por qué no podría ser que aquel cuadro que estaba en su despacho, en su oficina, en su lugar cotidiano de trabajo, donde se pasaba horas eternas haciendo cuentas y más cuentas, fuese a lo que se había referido?

—¿Alguna idea? —pregunté, apelando a la extraordinaria intuición de Carmen, preso de un desconcierto absoluto.

—No, de momento nada —respondió ella, ya parada, de pie encarando el cuadro—. ¿Y vosotros?

Tras una tosca negación por mi parte, y un silencio revelador por la de mi hermana, me uní a ella y me entregué a la observación más en detalle de la pintura. Era una escena de un atardecer, probablemente de un mes de agosto, en la cual se representa a tres espigadoras en plena faena. Los colores, muy vivos, resaltaban sobremanera con la tenue luz dominante. Una simetría especial, extraña, ordenaba las figuras e imágenes que conformaban la obra.

—¿Bonita escena, verdad? —interrumpí inconscientemente.

—¿No notas nada extraño en este cuadro? —dijo Carmen, ignorando mi comentario.

—¿Como qué?

—No sé explicarlo, pero…

Sus palabras murieron precipitadas en sus labios. Carmen no dejaba de observar la pintura, alternando gestos de asentimientos con otros más ostentosos de contrariedad y confusión. Elisa, muda, se había situado a mi lado.

—Pero ¿qué? —añadí, intentando espolear la remolona locuacidad de Carmen.

—Hay algo raro en esta obra que no consigo identificar. El caso es que me suena la composición, de alguna manera me es familiar, pero no sé de qué ni de quién. Me inclino a pensar que es una copia de una obra conocida, sin embargo no consigo recordar de cuál. Tengo que mirarlo…, pero estoy prácticamente segura de que he visto este cuadro antes, en otro lugar… —dijo Carmen, visiblemente contrariada.

Un rasgo de humanidad, para mi sorpresa y estupefacción, sobrevenido. Carmen era una de esas personas que despiden seguridad, que parecen en todo momento estar en posesión de la verdad, que nunca se equivocan y tienen respuesta para todo. No obstante, qué habría de decir yo, incapaz de añadir nada a su juicio. Desarmado y desarbolado, no podía sino seguir, a trompicones, sus reflexiones. Y es que yo no veía en el cuadro nada más allá de la pintura en sí misma. Una obra, por otra parte, un poco extraña. Las figuras se distribuían de una manera, cuanto menos, singular. No parecía un cuadro, podría decirse, normal. Quizá las proporciones, puede que la disposición de las espigadoras con respecto a su entorno referencial, a lo mejor era todo el conjunto; el caso es que, ciertamente, algo en ella llamaba la atención. Huelga decir, cómo no, que era incapaz de describirlo.

Me disponía a participar de mis recién nacidas inquietudes artísticas a Carmen cuando, súbitamente, ésta desapareció. Al poco volvió con un volumen de la famosa enciclopedia de mi padre en sus manos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

Hablaba con excitación, como el niño que acaba de descubrir el tesoro de la isla. Elisa, a quien el aviso de Carmen pareció hacerle fluir de nuevo la sangre, y yo la mirábamos expectantes.

—¡El cuadro! ¡Lo acabo de encontrar! —continuó, mientras nos mostraba el libro abierto.

En una de sus páginas, una lámina incluía la pintura que colgaba en el despacho de mi padre. El cuadro de *Las espigadoras*, su último suspiro. Era, según venía explicado, una de las obras más conocidas del pintor realista francés del siglo XIX Jean-François Millet, compuesta en 1848. No obstante, para ser más precisos, he de aclarar que, en realidad, solamente lo parecía. Un primer golpe de vista nos remitía inevitablemente a esa obra, sin embargo, cuando se analizaba con mayor precisión y detalle, no necesariamente con ojos de experto, se apreciaba que no era el mismo.

—¿Lo veis? —nos decía Carmen.

Ambos asentimos. Yo no estaba seguro de si la pregunta se refería al cuadro en sí mismo o a las diferencias apreciables con respecto al original. Como era de esperar, Carmen alivió mis dudas e ignorancias.

—Sabía que había algo raro —insistió, al tiempo que señalaba con el dedo una zona determinada del lienzo.

Aun careciendo de los conocimientos técnicos y artísticos atesorados por Carmen, fui capaz de detectar, cuanto menos en parte, su ese «algo raro».

—Es como si la, no sé cómo definirlo, disposición o la forma de las imágenes del cuadro hubiesen sido alteradas. No encuentro la palabra exacta para explicarlo.

—¿La perspectiva?

—¡En efecto, eso es, la perspectiva es diferente!

—Así es. No obstante he de decir que la alteración se ha producido en la copia de tu padre, no en el original —sentenció Carmen—. El de Ernesto tiene una perspectiva cónica…

—Me estoy perdiendo —interrumpió Elisa.

Mi hermana era profesora de Lengua y Literatura, y su formación clásica de Letras no incluía, para nada, la geometría o el dibujo.

—Fíjate —continuó Carmen, apuntando a aquella especie de versión adulterada de *Las espigadoras*, y mostrándonos a ambos, simultáneamente, la reproducción del original de la enciclopedia—. La perspectiva cónica, por definirlo de una forma simple, es un sistema de representación gráfica en el cual todas las figuras y objetos dibujados tienden hacia un punto determinado, el cual puede estar tanto dentro como fuera del plano, en este caso del cuadro, denominado como punto de fuga —explicó Carmen, desvelando, ella sí, su formación en dibujo técnico.

—Creo que puedo hacerme una idea —repuso Elisa.

—Y en este caso el punto de fuga está más o menos hacia el centro, cerca del borde superior —concluyó Carmen.

Esa zona del óleo estaba ocupada por la línea del horizonte, de la cual sobresalían unos montones de heno, a la derecha de los cuales podían verse las siluetas de unas cuantas casas, una aldea, con árboles y pequeñas elevaciones del terreno a sus espaldas. En efecto, todas las figuras aparentaban a tender hacia allí, como si quisiesen escapar a través de un diminuto agujero, imantadas y atraídas por un polo magnético microscópico, succionadas por el vacío.

—Esa roca no está en el original, ¿verdad? —dijo Elisa apuntando al cuadro de mi padre.

Se refería a una roca que estaba situada justo en el punto de fuga. Entre dos figuras muy pequeñas de espigadoras y dos montones de heno, destacando sobre una colina recortada al fondo.

—Es verdad, no está —dije, tras comprobarlo en la ilustración de la enciclopedia.

—Qué curioso —añadió Carmen—. De hecho, creo que es la única diferencia existente, al margen de lo de la perspectiva.

Elisa y yo asentimos. Era, por lo tanto, inevitable deducir que aquella roca diminuta habría de tener un significado especial, que su disposición no era casual o arbitraria. No hacía pensar en un capricho del autor.

—¿Te dice algo, Rodrigo?

—Nada, Carmen. Ni idea. Quizá si lo vemos de más cerca… —sugerí.

—¿Por qué no descolgamos el cuadro? —dijo Elisa.

Pusimos la pintura encima de la mesa del despacho. Los tres estábamos centrados en aquel diminuto detalle del tamaño de una moneda.

—Mi padre guardaba su lupa, la que utilizaba para la colección de sellos, por alguna parte… —pensé en voz alta.

Elisa comenzó a abrir los cajones de la mesa. Allí estaba la lupa, guardada cuidadosamente en un estuche, conjuntamente con unas tijeras y unas pinzas de aspecto quirúrgico.

—A ver ahora —añadió.

La aplicación de la lente de aumento descubrió un agujero, como una ventana, en la parte frontal superior de la roca. Sin la lupa aparentaba ser un pequeño punto luminoso, como si fuese un diminuto residuo de pintura dejada allí involuntariamente por el pincel en su recorrido por el lienzo. Sin embargo el detalle nos presentaba una abertura perfectamente delimitada, de cuyo interior emanaba una tenue luz azulada. Era un orificio cuya forma recordaba toscamente a un corazón con una marcada hipertrofia de su lado derecho. Y aquello fue lo que encendió la mecha de mis recuerdos,

evocando los días más dulces de mi niñez, de mi infancia más añorada y perdida.

—¡Es la cueva Corazón! —exclamé.

—La cueva Corazón… ¿No es allí donde nos llevaba papá de pequeños? Bueno, más bien donde te llevaba a ti, porque yo solamente me acuerdo de ir una vez allí con vosotros —replicó Elisa.

—La misma.

—¿Y dónde se supone que está? —preguntó Carmen.

—No muy lejos de aquí. Está en medio de un pinar, cerca de Almazán. Es un claro que se abre en la vega del río. Allí íbamos muchas tardes, sobre todo al anochecer.

—En el verano particularmente. A menudo, cuando yo estaba ocupada en algo, te llevaba allí. Unas pocas veces oía cómo te lo decía, otras muchas tú me lo contabas posteriormente. Entonces pensaba, tenía la seguridad, de que era por casualidad. Cosas de hombres. ¿Recuerdas la vez que os acompañé? —dijo Elisa.

—Sí, me acuerdo. Lo único que en aquella ocasión, curiosamente, era una mañana, creo, de otoño o invierno.

—Cierto. Además estaba lloviznando y estuvimos unos minutos nada más.

—Es decir, que cuando ibais solos Ernesto y tú, Rodrigo, lo hacíais al atardecer normalmente. Sin embargo, la única vez que os acompañó Elisa fuisteis por la mañana y no en verano. ¿Casualidad? —planteó Carmen.

—Hasta hoy, yo diría que sí —respondí.

—¿Qué hacíais allí? —inquirió Carmen, de nuevo.

—La cueva es más grande de lo que aparenta en este dibujo. Es una gran roca, hueca por dentro, en mitad del claro, en cuyo interior caben perfectamente tres o cuatro personas. Tiene una abertura grande en su parte posterior, tomando como referencia el camino de acceso al claro, a modo de puerta y otras dos aberturas pequeñas. Una de ellas es la que está pintada aquí, como si fuera la ventana, la otra está en la parte superior, en el techo.

—No me digas más, la claraboya —remató Carmen.

—Pues no creas que está mal definido. En efecto, a través de ese agujero, de esa claraboya, como bien dices, entra la luz exterior, la luz de la luna. Habitualmente, cuando llegábamos allí, era ya de noche. Una vez en el interior nos sentábamos en el suelo y observábamos el cielo a su través. En las noches despejadas, pasábamos mucho tiempo observando las estrellas y hablando de cosas banales, cotidianas. Mi padre, a menudo, se ponía melancólico y me hablaba de su infancia, de los ratos que pasaba con su propio padre, de lo feliz que fue. Aquel lugar le hacía retroceder a los mejores años de su vida, insistía.

—Fijaos aquí —interrumpió Elisa.

Lupa en mano, estaba concentrada en la representación de la cueva. Mantenía la lente quieta sobre aquel punto con la mano derecha. Con la izquierda nos indicaba que nos acercásemos.

—La abertura con forma de corazón —puntualizó.

—Es como si estuviera… ¿iluminada? —aventuró Carmen.

—Yo diría más bien que no es que la ventana esté iluminada, sino que es como cuando vemos una casa por la noche con luz en las ventanas. ¡La luz viene de dentro de la casa! —dijo Elisa.

—Una luz azulada, si no me equivoco, ¿no? —añadí.

En efecto, de la ventana corazón, como la llamábamos también de pequeños, salía una débil luz azul, de diferentes tonos e intensidades, supongo que en consonancia con las posibilidades de la paleta del pintor, salpicada con ligeros y prácticamente imperceptibles destellos brillantes.

—¿Qué? —me preguntó Carmen, mirándome.

Elisa, asimismo, permanecía a la expectativa de lo que yo pudiese aportar, desvelar, descubrir. Por mi parte, me encontraba verdaderamente desorientado. No tenía explicación que ofrecer, recuerdo que despertar.

—A mi juicio, el artista no ha pintado esta cueva, la ventana, la luz, por pura inspiración artística. Tiendo a pensar que tiene un significado concreto. Es como si fuese una especie de mensaje cifrado dirigido a alguien en particular —prosiguió Carmen, ante mi pasividad.

—¿Quién pintaría este cuadro? —pregunté inútilmente.

—Me da la impresión de que nos vamos a quedar sin saberlo —contestó Elisa.

—A lo que vamos —continuó Carmen, enfrascada en su análisis—. Estamos de acuerdo en que, de serlo, el mensaje va dirigido a…

—Rodrigo, ¿no? —repuso Elisa al instante.

—Parece lo más lógico —añadió Carmen.

Yo me limité a asentir. No quería entrar a discutir ni a debatir el porqué había de ser yo el recipiente y no mi hermana, quien lo había sugerido con naturalidad, exponiendo con sencillez y objetividad su opinión, sin suspicacias ni celos, por muy justificados que éstos estuvieran. He de decir que yo también lo creía así.

—La ventana corazón iluminada… ¿Qué querrá decir?

—Veamos, Rodrigo. ¿Qué has dicho que hacíais en la cueva? —dijo Carmen, tratando de ayudarme a pensar.

—La mayor parte de las veces, observar las estrellas…

—¡La claraboya! —exclamó Elisa, iluminada por el júbilo de los que saben que han acertado.

—¡Claro, eso puede ser! La luz que sale por la ventana corazón sería la que entra por la abertura superior —corroboró Carmen.

—Y los destellos serían entonces las estrellas, ¿no? —añadí.

—Podría ser. Así, desde mi punto de vista, tendríamos dos opciones. Primera, el autor, asumimos que por encargo de Ernesto, pretende atraer nuestra atención hacia la cueva. Segunda, sería la ventana corazón en lo que hemos de fijarnos —expuso Carmen.

—Yo veo una tercera opción: las estrellas —dijo Elisa, exhibiendo una más que encomiable clarividencia atendiendo a su estado de ánimo y fatiga mental.

En ese instante, sin saber cómo, comprendí que Elisa iba por buen camino. Mi padre siempre, lo vi allí con claridad, centraba nuestras visitas en las estrellas. Normalmente eran noches claras, en las cuales el brillo de los astros iluminaba el cielo. Miles, millones de luciérnagas celestes tachonando el firmamento. «Las estrellas son nuestra guía», repetía mi padre en cada una de nuestras visitas. Me mostraba constelaciones, me enseñó a identificar alguno de aquellos puntos luminosos que nos cubrían. Primero estábamos en el exterior de la cueva, alrededor de la roca. Desde fuera nuestro campo visual era infinito. Miraras donde miraras siempre había una estrella, un sol, una galaxia esperando ser capturada. Una vez dentro, la claraboya era una pantalla que nos ofrecía un espectáculo u otro dependiendo de la época del año. El universo cambiaba lentamente y aquel agujero era el foco que rompía la oscuridad cavernaria mostrando una zona determinada del espacio en cada momento.

—¡Las estrellas! ¿Quizá las constelaciones? —reflexionaba Carmen.

—¿Alguna constelación, una cualquiera, o alguna en particular?

—¿Qué quieres decir, Elisa? —pregunté.

—Me refiero a que, a lo mejor, en lo que papá quería que te fijaras era en una constelación concreta.

—De ser así, no se me ocurre cuál pudiera ser. No recuerdo ninguna en particular. Me hablaba de todas y de ninguna. Me explicaba que la ventana, la claraboya, cada vez nos mostraba diferentes áreas del firmamento. Dependía de nuestro ángulo de visión y de la época del año —repliqué, intentando desempolvar alguna pista desde mi pasado.

—¡Un momento! —exclamó Carmen—. ¿Qué época del año estaría representada en el cuadro?

—Es una cosecha. En función de la zona, y en condiciones normales, sería finales de julio o principios de agosto. Dado que el autor es francés, y teniendo en cuenta que en Francia las siegas de cereal acostumbran a ser habitualmente más tardías que aquí, me inclino por el mes de agosto.

—¡El cielo de agosto visto a través de esa especie de claraboya! La cosa se va acotando —dijo Carmen—. ¿Cambia mucho la vista de un mes a otro?

—¿Te refieres al sector del cielo que puede verse? —pregunté.

—Sí.

—No demasiado. De hecho ahora que estamos a mediados de noviembre, la diferencia con agosto no ha de ser excesiva. Además con un mapa de constelaciones podríamos corregir esa desviación.

—Me imagino que estáis pensando lo mismo que yo, ¿verdad?

—¿Excursión a la cueva Corazón? —propuse.

—¿Y mamá?

—No creo que haya mayor problema. Necesita descansar y estar tranquila ahora, pienso. No obstante, Elisa, si prefieres no venir y quedarte con mamá, lo entiendo perfectamente. Yo es que, como comprenderás, después de todo esto, tengo que ir. No puedo evitarlo…

— Voy a ver qué tal está mamá, y si está bien, os acompañaré, si no os importa. Necesito airearme un poco y no me está viniendo mal pensar en otras cosas —añadió Elisa.

Eran ya pasadas las once de la noche cuando aparcamos el coche en el borde del pinar. Mi madre nos había asegurado que podía quedarse un rato sola, que lo único que quería era descansar, por lo que, tras una breve e inquisidora llamada de Elisa a su casa, salimos. El viaje había sido muy corto, poco más de quince minutos desde Soria. El bosque se extendía silencioso e inmenso. Grande, majestuoso, mudo, apagado. Inquietante. En la lejanía, el resplandor de las luces de Almazán alumbraba el trozo de cielo que se descolgaba hasta tocar las puntas y copas de los pinos más esbeltos. El camino que nos llevaría hacia el claro de la cueva se abría frente a nosotros. Angosto y turbio, parecía querer confundirse con la noche, camuflarse, evitar ser hollado por extraños. Pero yo no era uno de esos desconocidos. Muchas veces había recorrido esa senda años atrás. Años felices. Años olvidados. Otros años. Otra época tan añorada como perdida. Confundida en el vacío del tiempo, en un pasado desvanecido, diluido para siempre, abandonado para habitar un presente horrible temeroso de su propio devenir. Qué no daría, qué no sacrificaría para retornar a aquellos tiempos, presos de una ignorancia piadosa y bendita. Pero no, estoy embarcado en un viaje en solitario sin retorno. Mi única compañía son unas tinieblas densas, perpetuas como la propia eternidad que me tortura con su existencia inacabable. Mi consuelo no puede ser otro que el final del trayecto. Ahora, a veces, imágenes extraídas de lo más recóndito de mis recuerdos, ocultas por la triste y corrupta realidad, asaltan mi alma insuflando un poco de paz a mi espíritu. Pero esos reconfortantes episodios cada vez son más escasos, como si fueran incapaces de reunir la fuerza necesaria para salir, para escapar, para vivir, sujetos por unas cadenas irrompibles, anclados en un océano frío, oscuro y primordial; magnético y absorbente como el propio e inevitable destino.

Carmen y Elisa habían bajado del coche. Estaban quietas, mirando al camino. A mi hermana, por supuesto, le había costado decidirse a acompañarnos, a pesar de que sabía que era lo mejor que podía hacer. El día, los acontecimientos, la pérdida de nuestro padre, estaban pudiendo con ella. Yo conocía bien a Elisa, por algo era su hermano, y veía que estaba a punto de hundirse. No sería, por otra parte, la primera vez que, por causas mucho menores, le ocurría. Sabía, ella también, que en esos momentos debía de estar ocupada, por lo que me alegré de que viniese con nosotros. Su presencia, más bien su memoria, argumenté, sería, sin duda alguna, esencial.

Una ligera brisa, anunciada por un chillido agudo y penetrante, escapaba del bosque socavando voluntades y reblandeciendo ánimos.

—¡Vamos! ¿A qué esperamos?

—¿Tenemos que ir por ahí? —repuso Elisa, revelando su reticencia a entrar en el pinar.

—¡Claro! La cueva Corazón. ¿Recuerdas? —repliqué.

En un alarde de orgullo y fuerza de voluntad, Carmen tomó la iniciativa y, sobrepasándome, se dirigió hacia el camino. Segundos después, Elisa la imitó. Yo, tras encender una linterna, momentáneamente asumí la función de retaguardia de la expedición.

Tras un anodino y decepcionante trayecto, sin monstruos ni criaturas invisibles acechando nuestros pasos, alcanzamos el claro. Refulgiendo bajo una luna tan llena como nuestra emoción, la roca descansaba solitaria en su centro. Los pinos de los bordes recortaban su silueta altanera contra un cielo atestado de estrellas.

—Ahí está —indiqué.

—La recordaba algo más grande —comentó Elisa.

—Suele ocurrir. Seguramente se debe a que tú eras más pequeña —añadió, sonriendo, Carmen.

La última vez que había entrado en la cueva Corazón, la sensación percibida había sido muy diferente. Dos seres felices disfrutando de una experiencia preciosa. Un padre y un hijo observando, juntos, las estrellas. Ésa era la impronta que en esos instantes cautivaba mis sentidos. ¿Qué había podido pasar? ¿Cuál era el motivo por el que mi padre había decidido apartarme de él? Todavía, afortunado yo, allí frente a aquella roca horadada por eones descuidados e impávidos, icono emblemático de mi juventud, ni siquiera vislumbraba un solo atisbo de la realidad. El abismo, el precipicio sin fondo aún era desconocido, y si existía, estaba tan lejos que no era capaz de imaginar ni su forma ni su profundidad.

A medida que me aproximaba a la roca, mi fértil deseo proyectó la figura de mi padre a mi lado. Me hablaba con la voz pausada de sus años buenos; de sus años de padre. Pacientemente me indicaba el nombre de las estrellas, de las constelaciones que formaban. Me hablaba de distancias, tamaños, luminosidad, agujeros negros, enanas blancas y vórtices. «Hay personas que creen en la existencia de pliegues espaciotemporales», me explicaba enigmático. Mi atención siempre era atrapada por su habilidad para transformar lo ininteligible en algo entendible, lo cotidiano y mundano en algo especial, casi mágico. ¿Por qué tuvo que cambiar?

—Bueno, ya estamos aquí. Y ahora, ¿qué? —preguntó Carmen.

—Entremos —propuse.

El interior olía a la humedad del musgo que cubría azarosamente las paredes de la cueva. Estábamos ajustados, apenas con sitio para movernos. Yo me coloqué en el lugar exacto en el cual solía hacerlo. Carmen donde acostumbraba a ponerse mi padre. Mi hermana a mi lado, escoltando mi incertidumbre, mis temores ocultos.

—Precioso —comentó Carmen, mirando hacia el cielo a través del agujero, cual claraboya, del techo.

La vista era espectacular. La noche, clara y tersa como el río que huye de la montaña, permitía a las estrellas mostrar todo su brillante esplendor.

—Parece una pantalla de cine, ¿verdad? —apuntó Elisa.

—Igual que siempre.

No pude reprimir el comentario. Sin pretender denotar aburrimiento o desgana, en absoluto, la vista de aquel pedazo de cielo a través de ese agujero que hacía las funciones de ventana, me colocó unos cuantos piñones atrás en el engranaje del tiempo. Temía, esperaba, anhelaba, que si giraba la cabeza encontraría a mi padre en lugar de a Carmen.

—Bueno. ¿Qué estamos viendo? —preguntó Carmen, rompiendo la suerte de hechizo que me estaba abduciendo.

—Las constelaciones de Lira y Hércules —repuse mecánicamente.

Muchos años habían transcurrido desde la última vez que visité la cueva Corazón. Sin embargo la respuesta me salió sin pensarlo, empujada por una costumbre pretérita y adormecida pero aún viva.

—¿Y bien? —insistió Carmen.

—¿Y bien qué? —repuse.

—¿Te dice algo?

—Nada de nada.

—Veamos —reflexionó Elisa—. El cuadro resaltaba esta ventana claramente. La época del año está igualmente definida con precisión…

—No digo que no, pero… —añadí, esforzándome en pensar mientras consultaba el libro de constelaciones que había traído conmigo.

—¿Habría mucha diferencia en lo que vemos ahora y en agosto? —insistió Elisa.

—No. Existe un ligero desplazamiento que puede ser corregido sin mayores dificultades —repuse al tiempo que mostraba a Carmen y a Elisa los mapas correspondientes a los meses de agosto y noviembre en el hemisferio norte.

—De acuerdo —dijo, tratando de ayudar, Carmen—. Estamos contemplando las estrellas. En concreto, afirmas, las constelaciones de Lira y Hércules. ¿Te sugieren algo esos nombres?

—No.

—¿Las formas geométricas de las constelaciones?

—Tampoco. No obstante, para ser precisos, estamos observando parte de las constelaciones de Lira y Hércules —apunté.

—¿Y si juntásemos las palabras? Algo así como «Lirahércules»… —propuso Elisa, en otro de sus asombrosos destellos.

—Otra opción sería cambiar de orden las sílabas —añadió Carmen.

Hicimos mentalmente todas las operaciones, posibles, una a una, sin llegar a ningún resultado válido. Igualmente intentamos jugar con todas las combinaciones geométricas que se nos ocurrieron alcanzando la misma conclusión. Sin duda era decepcionante. No sabía qué decir o pensar. Ninguna pista encendía la luz. Ninguna señal me hacía despertar. Carmen y Elisa se esforzaban. Intentaban presentarme todas las opciones posibles, cualquier cosa que se les iba ocurriendo, como si de una sesión de *brainstorming* se tratase. Sin embargo nada alumbraba mi confusión. Estaba ofuscado, obtuso. Mi cerebro era estéril como la tierra de un desierto ardiente aplastado por el sol.

—¡Un momento! —exclamó Carmen—. Así que lo que tenemos delante son partes de las dos constelaciones, ¿correcto?

Elisa y yo asentimos, desconociendo la naturaleza del razonamiento de Carmen, quien, ensimismada buscaba algo en su bolso. Poco después su mano emergió con un bolígrafo y un trozo de papel.

—¿Cómo se verían exactamente en agosto? —continuó.

—Pues la claraboya estaría enfocada justamente en la mitad de ambas —repuse.

—Entonces, si esto es así… ¿qué sucedería si hacemos una transposición gramatical literal de tal observación?

Estábamos perplejos. Había momentos en los cuales Carmen parecía hablar en otro idioma. En su mano, el bolígrafo danzaba frenético. Se dejaba llevar por el torrente de brillos que chisporroteaban nerviosos en su cerebro y olvidaba que a veces, muchas veces, era muy difícil seguirla.

—¿Te importaría hablar en cristiano?

La sugerencia de Elisa hizo que Carmen cayese en la cuenta de la necesidad de traducir su anterior propuesta a un idioma inteligible, esto es, al de los humanos corrientes.

—Creo que lo que hay que hacer, dando por supuesto que la clave radica en lo que vemos a través del agujero de la roca, es decir, dos partes de dos constelaciones, es tomar esta visión, esta imagen de forma unitaria, integral —explicó Carmen.

—Sigo igual —repliqué.

—Pues eso; hemos probado a unir los nombres, a contemplarlos por separado, a cambiar el orden de las palabras, de las sílabas y de las letras, sin llegar a ninguna conclusión.

Carmen paró un momento y apoyo el pedazo de papel en un saliente de la roca. Tras pedir que enfocase el haz luminoso de la linterna en ese punto, se puso a escribir algo. Mi hermana y yo aguardábamos expectantes.

—Mirad esto.

Precedida por una visible, aun bajo la tenue luz que se disolvía en la oscuridad, mueca de júbilo, Carmen nos mostró el papel. En él, una única palabra aparecía escrita en letras mayúsculas y con la caligrafía temblorosa provocada por la superficie irregular que había soportado su ejecución.

—¡RAHER! —exclamé—. No comprendo.

Al igual que yo, Elisa alternaba su atención de la hoja de papel al rostro de Carmen. Yo no sabía hacia dónde orientar la linterna, la cual bailaba sin cesar de un lado a otro. Sin mediar palabra, Carmen apuntó su dedo índice hacia la ventana corazón.

—Eso ya lo hemos visto, y no creo que haya cambiado los últimos segundos —dijo, no sin cierta ironía, Elisa.

—Claro que lo hemos visto, pero no como debiéramos.

—Se explique usted, por favor —apremié.

—Lo que tenemos ante nosotros es, exacta y literalmente, mirando de izquierda a derecha, como es lo natural en nuestra cultura, la parte posterior de la constelación de Lira y la parte anterior de la de Hércules.

—Y teniendo en cuenta la desviación correspondiente al cielo de agosto. Ciertamente sería, podría decirse, la segunda mitad de Lira y el primer tercio de Hércules, el final de una y el principio de la otra —añadí, comenzando a entender el hallazgo de Carmen.

—En efecto. De esta manera, pienso que habríamos de apreciar la figura resultante como un todo nuevo, como si fuese una constelación diferente, autónoma, pero fruto de la unión de las dos partes seccionadas de Lira y Hércules.

—Claro, y así, su denominación, su nombre, debería conformarse de

la misma manera, ¿no? —intervino, ya también por buen camino, Elisa.

—Eso es. Segunda sílaba de LIRA y primera sílaba de HÉRCULES. Unidas tenemos «RAHER» —confirmó Carmen.

—¡El final de LIRA y el principio de HÉRCULES! —repetí impresionado.

Traté de concentrarme, de pensar, pero nada surgía de mi esfuerzo. Aquella palabra, todavía, no destapaba el frasco de perfume cuya esencia poder rastrear.

—¿Rodrigo?

—Sigo igual, Elisa. No lo entiendo.

—Esto podría tener sentido. Inténtalo, por favor —insistió Carmen.

¡Intentarlo! ¡Cuán fácil y cómodo resulta dejar caer esa palabra! ¿Cómo puede hacerse cuando no se sabe cómo? Para mí era como perseguir una gota de agua en el océano. ¿Cómo puedo saber cuál es la mía? ¿Dónde, entre toda su inmensidad, habría de buscar?

—Es uno de los acertijos de papá, ¿no? —propuso Elisa.

Con todo su profundo pesar, mi hermana, estaba más despierta que yo. Con todo su dolor, sin duda muy superior al mío, y es que la lejanía enfría cualquier fuego, su capacidad de abstracción no dejaba de asombrarme. Obviamente era una pista de mi padre, de hecho para eso precisamente habíamos venido a la cueva. Yo me estaba comportando como si todo aquello fuese ajeno a mí, cuando, por el contrario, era el protagonista. ¿Estaba aturdido? ¿Quizá temeroso? La sugerencia de Elisa había hecho que mi subconsciente venciera mi torpeza destapando aquel oxidado registro, hasta ahora yacente en el rincón de los recuerdos apagados por la distancia.

—Un momento. Podría ser que…

—¡Qué! —Fui interrumpido, al unísono, por Carmen y Elisa.

—Qué haya llegado el momento de aplicar la clave —expliqué—. Recordad lo que os he contado del juego de encriptar palabras para luego descifrarlas.

—¿Cómo funciona exactamente? Es decir, ¿cómo se aplica la clave a la palabra original? —demandó Carmen.

—Habitualmente era una cifra de tantos dígitos como letras tenía la palabra a descifrar. A veces con alguno más, lo cual dificultaba un poco la cosa. En todo caso la mecánica era siempre la misma. Teniendo el alfabeto delante había que subir o bajar puestos, letras, del mismo. Por ejemplo, si a la letra «a» de la palabra original le correspondía el número 4, la resultante sería la «e».

—¿Y cómo sabemos si tenemos que subir o bajar? —intervino Elisa.

—Dependía de si eran vocales o consonantes.

—Vale. ¿Tienes aquí la clave? —preguntó, impaciente, Elisa, cuyo estado de ánimo se hinchaba y desinflaba alternativa e irregularmente.

—Por supuesto que no. No pensarás que llevo en el bolsillo todo el tiempo un cheque de ciento cincuenta mil euros, ¿verdad?

—Pues no. Pero podías haberla apuntado en otro sitio o, incluso, recordarla de memoria.

—Pues no —repetí.

Las expresiones de desilusión y reproche en los rostros de Carmen y Elisa me indicaron que era hora de regresar a casa. La noche se apagaba. El resplandor de las luces de Almazán palidecía. Una agria melancolía se agazapaba en mi alma, henchida por la excitación del momento. El camino de vuelta brillaría con el fulgor de la impaciencia. Desesperaríamos por llegar, por descubrir lo que con tanta impaciencia anhelábamos. Ignorancia teñida de osadía. Irresponsable temeridad. Inocente ansiedad.

Querida Martha:

Es la primera vez que viajo a Inglaterra, pero no me entusiasma la experiencia. Nunca he estado en Londres, sin embargo no acierto a imaginar nada más allá de una ciudad muy grande con edificios suntuosos y ejércitos de hormiguitas vagando a su alrededor. Intuyo que estarás pensando que es muy raro, que a mí siempre me han gustado los viajes, que siempre he apreciado las experiencias nuevas, las sensaciones desconocidas. Y tienes razón, es cierto. Pero igualmente adivino que también eres consciente de lo que en mí provoca esta indiferencia, esta tristeza. Es vuestra ausencia la que me ha sumido en una amarga melancolía, la que ha espantado mi mundo, mi ánimo.

Vi cómo os fuisteis, cómo os perdí. Y eso es lo peor. Os vi morir. Fracasé. Vuestra vida se escurrió entre mis dedos. No pude evitarlo. ¿O sí? ¿Qué hice para salvaros? Aunque, posiblemente, debería reformular esta pregunta. ¿Qué no hice para salvaros? ¿Qué pude haber hecho? Y ahora llega lo peor. ¿Qué tenía que haber hecho? Era muy sencillo. Un solo disparo y nuestros destinos habrían permanecido unidos. Tus ojos me lo pedían, tu mirada nublada por el terror me lo suplicaba. Jimena lloraba y me llamaba. Yo estaba allí, frente a vosotras pero estaba paralizado. Era el miedo a equivocarme lo que agarrotaba mis articulaciones, era el pánico a perderos lo que hizo que os perdiese.

Te he pedido perdón innumerables veces, he buscado vuestra misericordia cada hora, cada minuto de mi repugnante vida, pero aunque así haya sido, aunque vuestro amor quiera y pretenda sanarme, el consuelo para mí no llega. Cada vez la agonía es más intensa. No merezco estar aquí, no puedo vivir, no debo contaminar el aire con mi aliento. ¿Por qué sigo arrastrándome?

Quiero ir con vosotras.

# XI

Al salir de la tienda se dio cuenta de que debía darse prisa. Era mediodía, y la esplendorosa y luminosa mañana se había esfumado. En su lugar, una tarde plomiza, pregonada por grupos dispersos de nubes grisáceas, se abría camino. Blanca se había retrasado. Pero era difícil no hacerlo. En cada esquina, en cada puerta, una voz amiga, un rostro afable interrumpían su camino. Debía apremiarse, sus padres llegarían pronto de la era y quería tener la comida preparada. Un grupo de hombres agolpados en la entrada de la cantina rompía, chiquitos de vino tinto en ristre, con su charla la monotonía y quietud de la plaza Vieja, ya preparada para sestear. Su casa estaba cerca, aunque, ciertamente, nada quedaba lejos en Poza de la Sal. En pocos minutos llegaría. Saludó al vecino de enfrente, un viejo zapatero que se afanaba en recoger sus herramientas para dar fin a su jornada matutina. Algunos rayos rebeldes de sol se escurrían, osados, entre las cada vez más numerosas y densas nubes, extrayendo destellos del empedrado de la calle. Repasó la cesta de la compra antes de entrar. No faltaba nada. Era consciente de su recién adquirida responsabilidad, y pretendía que todo estuviese perfecto. Quería que sus padres estuviesen orgullosos de ella. Ellos trabajaban en las salinas duramente, de sol a sol, principalmente para poder ofrecerle un futuro, un porvenir. Qué menos, se decía, que ayudarles en lo que pudiese. Ella podía hacerse cargo de buena parte de las labores de la casa.

«Solamente eres una niña», había dicho su madre. Pero no era así. Era hija única, un tesoro para sus padres. Ella podía hacerlo. A su edad había chicas que incluso ya se había casado, le habían dicho alguna vez. «No soy una niña», repetía para sí misma.

No hacía mucho que Irene había sido encontrada muerta en su propia casa. Aquel horrible suceso se había quedado adherido en la conciencia de los pozanos, y Blanca, al igual que la mayor parte de las muchachas de la villa, había actuado presa de una cautela tan obsesiva como efímera. Al principio no salía sola de casa. Normalmente esperaba a que regresara su padre. Pero eso duró unos pocos días, lo justo hasta ser vencida por la cotidianeidad, por la costumbre. El tiempo, en ocasiones, transforma lo excepcional en aburrido, en innecesario, y hace que el niño ponga la mano en la llama, olvidando que es fuego y quema. A medida que el asesinato de Irene era dejado atrás, el miedo se iba deshaciendo en jirones, los

cuales quedaban enganchados en conversaciones de taberna, en la carnicería o, quizá, en la barbería. Así, aquel desgraciado acontecimiento pasaba a formar parte del recuerdo colectivo, enterrado junto a su dueña, la protagonista involuntaria. Sería posteriormente, en los años venideros que aguardaban pacientemente su turno, relatado y transmitido por la tradición oral del pueblo entero. Esa descripción, seguramente, se iría paulatinamente distorsionando, acentuándose los detalles más escabrosos y minimizando el resto, como era de esperar y desear por quien lo escuchaba.

La casa de Blanca estaba al comienzo de la calle de las Procesiones, en el corazón del pueblo. Allí vivía desde su nacimiento, una madrugada invernal, impregnada de nieve, dieciséis años atrás. El gran portón de dos cuerpos de la entrada normalmente estaba abierto por el día. La llave era, por otra parte, demasiado grande y pesada, y solía dejarse oculta en un rincón, tan recóndito como inocente, del portal, el cual hacía las funciones de recibidor. Al fondo, unas escaleras llevaban a la vivienda. Como era su costumbre, nada más entrar, Blanca llamó a sus padres. Aun teniendo la certeza de que no estaban, siempre lo hacía, desde que aprendió a hablar. El eco, huyendo desde el interior, devolvió su voz transformada en una reminiscencia metálica de la misma. Mientras subía las escaleras repasaba mentalmente lo que iba a hacer. Su rostro resplandecía de orgullo. Una vez arriba se dirigió a la cocina. «Qué raro —pensó—, las cortinas de la ventana están echadas.» Dejó la cesta de la compra encima de la mesa con la intención de abrir la ventana. Un ligero sonido, un suave crujido de madera, procedente de la estancia contigua, la sobresaltó. Se volvió a mirar, intentando atravesar la penumbra que anegaba la cocina. Contuvo el aliento y dejó así pasar unos segundos. No se oía nada. El sonido de los cascos de un caballo a su paso por la calle aclaraba la opacidad que la rodeaba y taimaba su ánimo. Una emergente urgencia por descorrer las cortinas apremió sus pasos hacia la ventana. Otro ruido, esta vez más cercano, la detuvo. Algo había tropezado contra una de las sillas dispuestas alrededor de la mesa. Su soledad, su quietud, aguzó sus sentidos. A escasos centímetros de sus hombros, una respiración, sorda y profunda, chocaba contra su espalda. Su corazón enloqueció. Intentó moverse, pero sus piernas, petrificadas, estaban ancladas al suelo. Quiso gritar, pero su garganta estaba paralizada, sus cuerdas vocales rígidas, atadas. Una mano enguantada, oscura, le acarició el pelo. Aquellos dedos extraños que se deslizaban entre las ondulaciones doradas de su cabello, hicieron que la escasa energía que todavía recorría sus músculos y nervios, posibilitara una tímida reacción en Blanca, la cual pudo chillar y dar un paso hacia delante, escapando de aquellas

manos desconocidas, de aquellas garras.

La pared enfrente, la ventana cerrada ahogando sus gritos. Sin escapatoria. Acertó a descorrer levemente las cortinas y las tinieblas se diluyeron. No lo quería, tampoco lo deseaba, sin embargo no pudo evitar darse la vuelta. ¡Quién hubiera sido como el humo, como el viento! ¡Cómo el agua! Un pájaro de alas blancas. Pero no, ella era humana, de carne y hueso, y la noche estaba a punto de nacer. El abismo se abría para ella.

Completamente envuelto en negro, frente a ella un hombre la observaba. Sus ojos, azules y fríos, eran faros incrustados en la máscara de tela que cubría su rostro. Llevaba un sombrero de ala ancha que parecía ser el remate de la capa que caía hasta acariciar las baldosas del suelo con la suave melancolía de las hojas otoñales. Blanca quiso volver a gritar, pero la mano de su atacante ya había sellado su boca. El hombre de negro la atrajo hacia sí. Rodeada por sus brazos, sujetada contra su pecho. Sin poder hablar, sin poder moverse. Sin poder defenderse. La ventana, la vida, se escapaba. Su alma se desnudaba.

Un olor dulzón inundó la estancia. La mano derecha del hombre de negro abandonó el campo de visión de Blanca, para volver a aparecer, poco después, portando un pañuelo de seda de grandes dimensiones, con el que amordazó a la chica. Blanca sentía cómo su boca se desgarraba, el nudo del pañuelo sobre la nuca ejercía una terrible presión sobre sus huesos, tirando hacia sí de las comisuras de sus labios. El olor que había percibido procedía del pañuelo. Sin entender cómo, su mente se nublaba y su voluntad se derretía. La pared, la ventana se desvanecían. El horizonte, el futuro, se borraban.

El hombre de negro la tumbó suavemente en el suelo. Blanca se estremeció ligeramente por el contacto con las frías baldosas de la cocina. Apenas una nube opaca delante de sus ojos separándola de la oscuridad perpetua. El brillo metálico y agudo de un bisturí, su última visión.

Murió el amanecer.

# XII

El coche les dejó en la puerta del hotel. La entrada del Savoy estaba flanqueada por dos botones, o quizá príncipes, por el aspecto impecable que presentaban con su traje rojo, su gorra de plato, sus galones, su porte señorial. Antonio dudaba entre ponerse a sus órdenes o solicitar su ayuda con el equipaje.

El trayecto desde Portsmouth, a cuyo puerto habían llegado unos minutos después del mediodía británico, la hasta la estación Victoria, lo habían realizado en ferrocarril. Allí, un coche que les estaba esperando les llevó hasta el hotel, el cual, ubicado en Westminster, en pleno corazón de Londres, había impresionado verdaderamente al capitán. Mientras su compañero de viaje miraba hacia la calle con naturalidad, casi con tedio, Antonio asistía impactado a un espectáculo para él desconocido. La ventanilla del coche, barrera infranqueable para la ligera niebla que se resistía a disolverse con la noche, era la pantalla del moderno cine, algo tan irreal como fascinante. Ajeno a la indiferencia de Diego, el capitán pensó que sólo por eso, a lo mejor, quién sabe, el viaje podría merecer la pena.

Diego suspiraba. Sentado en el asiento trasero de un taxi londinense, camino de un hotel cuyo simple nombre evocaba historias de reyes y princesas, su ánimo continuaba apagado, sepultado por las cenizas de su eterno crepúsculo. Este viaje no era sino una etapa más a recorrer. Sus ojos seguían fríos, sus pupilas ancladas al fondo de su tristeza abisal. Su espíritu enterrado por siempre. Calles, gente, vehículos, edificios, carteles y señales en inglés; eso era todo.

La llegada al Savoy no fue sino el colofón, para Antonio, de un paseo espectacular. Una vez el taxi hubo parado, se quedó a la espera de las instrucciones de su comandante. Necesitaba asegurarse de que ése era el hotel. Diego pareció comprender las tribulaciones de Antonio y se bajó el primero del coche.

El hotel Savoy había sido inaugurado en el año 1889 como réplica de los grandes hoteles de lujo americanos. Situado en el Strand de Westminster, fue el primer hotel de lujo de la ciudad. Edificado sobre las ruinas del Palacio de Savoya del siglo XII por Richard d'Oyly Carte, llegó a ser uno de los hoteles más innovadores de su tiempo al introducir novedades como luz eléctrica o agua caliente en todas sus habitaciones.

—¿Le gusta? —preguntó el comandante mientras eran acompañados a sus respectivas habitaciones.

—Vaya pregunta. Por supuesto.

Diego sonrió satisfecho.

—Si no es indiscreción, ¿quién se supone que va a pagar esto?

—No se preocupe por eso. Usted no —repuso el comandante.

Antonio devolvió la sonrisa. Conocedor como era de la racanería congénita del cuerpo, estaba casi seguro de que era Diego quien estaba sufragando, con sus propios recursos, los gastos del viaje. «¿Por qué?», se preguntaba cada vez más insistentemente.

Una vez en su habitación, Antonio se dejó caer en la cama. El cansancio se había apoderado de su cuerpo. Había quedado con el comandante en el lobby en una hora. Aprovechó para cerrar los ojos y relajarse un poco. Estiró brazos y piernas, en un intento aciago de sobrepasar los límites del colchón. Un denso silencio, únicamente acompasado por los ya perezosos latidos de la ciudad, le acompañaba masajeando sus tímpanos. El oasis en la tormenta, la calma en el desierto. Sus párpados eran la puerta de paso del purgatorio al infierno. Los abría y los cerraba. Oscuridad o luz oscura. Cercano al aturdimiento, su cerebro no conseguía evadirse y el sueño huía. Se incorporó y se acercó al espejo. Vio a un hombre fatigado de rostro inexpresivo. Desgastado, acabado. Conectó su mirada con la de su propio reflejo. No había brillo, no había chispa. El fuego estaba apagado, extinguido. Ascuas congeladas y endurecidas. Se cuadró e hizo el saludo marcial. El fondo del espejo se desvanecía abriéndose a un vacío estremecedor. Una nada perpetua. Su tortura. Su vida. Un tronco seco, viejo, partido por un rayo. Un árbol enraizado en tierra muerta, en arena estéril. Rígido, agarrotado como un chirriante gozne viejo. Lágrimas deslizándose por la piel marmórea de alguien ya consumido, de alguien ya ido.

Sentado en un diván del recibidor del hotel, Diego estaba hojeando uno de los periódicos dispuestos encima de la mesa.

—¿Puede creerlo? Tienen la intención de derribar en breve el edificio del Waldorf-Astoria y trasladar el hotel a otro lugar de la ciudad —comentó el comandante señalando una noticia impresa.

—¿El Waldorf-Astoria? ¿Se refiere al de Nueva York?

—Por lo visto —continuó Diego tras asentir— quieren levantar allí mismo el que será el rascacielos más alto de Nueva York. Lo quieren llamar el Empire State.

—Pues no lo entiendo, se supone que es lo mejor de lo mejor, ¿no?

—Ya sabe. El nuevo mundo, los americanos… —añadió el comandante, encogiéndose de hombros.

Tras doblar cuidadosamente el periódico y dejarlo sobre la mesa, el comandante se incorporó.

—Bueno, a lo nuestro. Si le parece, cenamos algo y nos vamos pronto a descansar. Hemos quedado mañana temprano.

Antonio asintió. No terminaba de acostumbrarse a aquella suerte de evasiones mentales de su comandante. En mitad de la más dramática situación era capaz de abstraerse y pensar en cosas totalmente, a su juicio, banales. ¿A quién podía importarle, en aquellos momentos, que fueran a convertir un hotel, por mucho que fuese el Waldorf-Astoria, en no sé qué rascacielos? Además, se acababa de enterar de que habían quedado ya y desconocía dónde tenían que ir. Sin embargo la proposición de cenar allí, en aquel espectacular hotel, se le antojó lo suficientemente sugestiva como para obviar semejantes menudencias.

Llevaban algo menos de diez minutos esperando cuando se les indicó pasar. Un oficial de Scotland Yard, impecable dentro de su almidonado uniforme, les pidió que le siguieran. Al llegar al final del pasillo, el policía se paró y llamo a una puerta. Desde dentro, una voz sorda y ocluida les franqueó el paso.

—Buenas tardes —saludó Diego en un inglés impecable.

—Buenas tardes, soy el inspector Thorton.

Una vez concluidas las presentaciones, el objeto de la reunión, sin más dilaciones, fue abordado.

—Como ya le indiqué en mi telegrama —prosiguió el inspector, dirigiéndose a Diego—, tenemos un caso que me temo estarían, por desgracia, interesados en estudiar.

—Cuando usted quiera —repuso el comandante, regulando su ímpetu.

—Les pongo en antecedentes: mujer, dieciséis años, eviscerada y desangrada. La encontramos en su propio dormitorio. Estaba sola en casa. Padres y dos hermanos mayores. No fue posible enviarles el expediente, como ya saben, pero se lo puedo dejar ver —aclaró el inspector Thorton.

—Por eso y para eso hemos venido hasta aquí —informó, escuetamente, el comandante.

Un chirrido estridente huyó de la puerta del armario protegido por la espalda del inspector cuando éste abrió una de sus puertas.

—Aquí lo tienen.

—Muchas gracias —repuso el comandante—. ¿Podríamos verlo aquí?

El inspector había dejado encima de la mesa una caja. Estaba etiquetada con el nombre de Mary Edwards.

—Por supuesto. Pueden pasar a la sala de al lado. Dispongan del tiempo que necesiten.

Fueron conducidos a la estancia contigua al despacho del inspector.

Antonio miraba con avidez la caja. «¿Qué contenía? ¿Justificaría el viaje?», se preguntaba.

—Vamos allá —dijo Diego, al tiempo que dejaba, con sumo cuidado, como si de una figura de cristal se tratase, la caja sobre la mesa de reuniones que dominaba el centro de la sala.

El comandante levantó la tapa y comenzó a extraer el contenido de la caja, disponiéndolo ordenadamente sobre la mesa. Eran dos sobres grandes y otro recipiente, metálico, más pequeño.

—¿Por dónde empezamos?

—Por los sobres, que para eso son dos —propuso el capitán.

El primer sobre contenía la documentación procesal del caso. Eran un montón de documentos administrativos que no despertaron excesivo interés en Diego y Antonio. Hacían referencia a detalles como los agentes que habían llevado el caso o las diligencias que habían sido practicadas. Rápidamente pasaron al segundo sobre, el cual contenía los informes y otros documentos relativos a los hechos, al asesinato de Mary Edwards.

El informe del agente que había analizado la escena del crimen describía cómo el cadáver de la chica había sido encontrado en su propia cama por su padre. Tenía los brazos y las piernas estirados. Antonio trató en vano de despejar de su mente el reflejo de una caricatura macabra del famoso diseño de Leonardo da Vinci, una hiriente burla de una obra de arte. Sus órganos internos estaban esparcidos por toda la habitación y, de acuerdo con el análisis forense, el cuerpo había sido desangrado. «Faltaban dos litros y medio de sangre», rezaba textualmente el escrito. Entre las lesiones encontradas figuraba, como una más de una interminable lista de atrocidades, la sección de la arteria femoral. Se apuntaba la posibilidad de que el cuerpo hubiese sido eviscerado post mortem.

—¿Le suena de algo esto? —preguntó Diego.

—No podría decirle con total seguridad a qué me suena, sin embargo sí que estoy seguro de a qué no.

—¿A qué?

—A casualidad.

El comandante, tras asentir, continuó hurgando entre los documentos que afloraban de aquel segundo y esclarecedor sobre. No se había identificado móvil del crimen alguno por el momento. De la misma manera, la lista de sospechosos se reducía a la nada, al Olvidado, como habría indicado Diego. Un sinfín de detalles, horas y pruebas científicas llenaban las siguientes hojas.

—No tienen nada —comentó Antonio.

—Eso parece. Pasemos a ver el contenido de esta otra caja.

La caja en cuestión era un cubo de latón, de los habitualmente usados para galletas. Una vez abierta la tapa, su contenido sacudió la

desesperanza que se abría paso en los ánimos de Diego y Antonio, encendiendo una nueva y vaporosa llama.

—Esto es otra cosa, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! —exclamó Antonio.

Con suavidad, el comandante sacó de la caja un pañuelo de seda. Triste alegría. El comandante lo tomó en sus manos. Sus dedos recordando y grabando el tacto del tejido.

—¡Fíjese! Sabe lo que es, ¿verdad? —apuntó señalando un escudo bordado en uno de los extremos.

—¡El escudo de los Arnaiz!

—Me temo que nuestra lista de sospechosos acaba de reducirse notablemente —dictaminó Diego.

—A veces las cosas no son lo que parecen. Debemos tener cuidado y asegurarnos —recordó Antonio.

—Por supuesto —coincidió Diego—. No obstante… ¿cómo describirlo?

—¿Intuición? ¿Corazonada?

—Evidentemente es más que eso. Sin embargo, el método científico me impide extraer conclusiones definitivas derivadas de este hallazgo. Podría haber una explicación alejada del acto criminal. Podría ser, por ejemplo, no sería la primera vez, una prueba falsa colocada a propósito con objeto de implicar a otra persona. Sin embargo, qué quiere que le diga, si tuviera que apostar todo lo que tengo, en esta ocasión, seguiría mi instinto —repuso el comandante.

—Totalmente de acuerdo. En todo caso, tendremos que comprobarlo.

—Puede estar seguro de ello.

Antonio tomó el pañuelo entre sus manos. Sintió el suave tacto de la seda. «¿Cómo alguien podía utilizar algo tan bello para propósito tan infame? —se preguntó—.¿Sería que nuestro oculto pasajero en ocasiones reclama su atracción por las creaciones más bellas?» El tejido resbalaba entre las yemas de sus dedos, quizá pretendiendo escapar, huir, esconderse. Ocultarse u ocultar a su dueño.

Los papeles, documentos y objetos de la caja estaban acabando de hablar, cuando la puerta se abrió. El inspector Thorton hizo una seña al comandante para que saliera. Antonio aprovechó para recoger. Al poco rato Diego volvió. Su rostro lívido y frío, cadavérico.

—Nos volvemos —dijo, acuciado por una prisa nerviosa.

—¿Adónde?

—A Poza de la Sal.

# XIII

Llegamos a Soria impulsados por la emoción y atraídos por aquel cheque. Y, sea por primera vez, no era su valor nominal el que generaba el campo magnético, el cual, ni que decir tiene, no era en absoluto despreciable. Me hubiera permitido, sencillamente, haber tomado el camino fácil, diría que el recto, y haber desaparecido. Carmen y yo, me esfuerzo a soñar a veces, habríamos tenido recursos suficientes para habernos ido a otro lugar, un paraíso, y seguir con nuestras vidas allí. Pero no. Aquellos números escritos en el reverso del cheque habían usurpado mis sueños. Hacían que el camino, lejos de fácil, se tornara largo y tortuoso. Comoquiera que fuese, ahora eran auténticamente el punto central de mi vida.

Vida presente, porque es la única que existe. El pasado se escondió y el futuro de entonces, mi presente actual, pasó de ser esperado con ilusión a ser detestado y temido. Un horrible parásito devorador de cuerpos y almas. Soy lo que soy, pero hubo un tiempo en el cual no fue así. Aquellas esforzadas espigadoras ni cambiaron ni provocaron nada, únicamente iluminaron mi perdición.

Al entrar en casa advertimos que mi madre estaba levantada. De pie, mirando por la ventana, las somnolientas y solitarias calles reflejaban su vacío. Apenas se inmutó cuando nos sintió llegar. Giró suavemente su cabeza y nos sonrió.

—Hola, hijos —saludó.

Sus ojos, enrojecidos y doloridos, no seguían a sus labios. Éstos se esforzaban en estirarse, en ocultar su pena, aquéllos transmitían su verdadero estado. Yo reprimí mis ganas de preguntarle si estaba segura de lo de los cambios físicos en mi padre. Sentía el impulso de hacerlo pero mi conciencia se sobrepuso y acepté que no era conveniente poner en duda su salud mental precisamente en ese momento. Así he sido siempre yo de generoso y comprensivo.

—Hola, mamá. ¿Qué tal te encuentras?

Elisa había lanzado aquella pregunta tan retórica como innecesaria esperando una reacción de la misma índole.

—¿Bien? —repuso, condescendiente, mi madre.

—¿Has conseguido descansar? —interfirió Carmen.

—Un poco…. —Y su voz calló para romper en un llanto agrio y seco.

—No te preocupes, mamá. Desahógate. Tómate todo el tiempo que necesites —dije, vergonzosamente urgido por la prisa que tenía en ir a mi habitación a buscar el cheque.

«Mi habitación.» ¡Qué extrañas sonaban aquellas palabras en boca de alguien que, prácticamente, no había entrado en ella hacía más de una década! Desde que mi padre me expulsó, mis visitas a mi casa, el hogar de mi infancia, habían sido verdaderamente escasas. Tan sólo fugaces y furtivos viajes para ver a mi madre y mi hermana cuando, previamente avisado, mi padre estaba fuera.

—¿Te dejamos sola un ratito más?

—Gracias, Elisa. Sí, por favor —respondió mi madre, volviendo a conectar su cerebro con la atmósfera ámbar que flotaba sobre el asfalto de la ciudad.

Desconcertado, he de decir, por el comportamiento, a mi juicio extraño, de mi madre, abandoné el salón para, acompañado por Carmen y Elisa, ir a buscar el cheque. Como el instrumento que desafina en la orquesta, el sufrimiento de mi madre se me antojaba diferente de lo que cabía esperarse de una mujer que acababa de perder a su marido. El desconsuelo, la intensidad de su dolor, el inagotable martirio: todos ellos eran síntomas de una enfermedad distinta de la viudedad, de la sobrevenida soledad a la cual su alma y su carne estaban siendo sometidas sin compasión alguna. Tenía la sensación, me habría atrevido a decir que la certidumbre, de que algo más acechaba desde el umbral de lo entonces para mí escondido e innominado. Estaba seguro de que era la extraña conducta de mi padre, los inexplicables y oscuros hechos que habían envuelto sus últimos años, lo que en verdad atenazaba su ánimo y acongojaba su corazón. En ocasiones el miedo a conocer la verdad es casi tan terrible como la propia revelación en sí misma. Sin embargo, en otras es la naturaleza de esa realidad vislumbrada la que irremediablemente nos sobrecoge. Contra mi voluntad, contra mis más profundos e infantiles deseos, era este último caso el que se abría paso en mi conciencia.

Ya con el cheque en mis manos, nos reunimos en el despacho de mi padre. Me sentía como miembro de una conspiración esotérica. Junto a nosotros, el cuadro reposaba quieto e impertérrito, en contraposición con nuestra excitación. Las espigadoras seguían sin moverse, sin escapar. Todo parecía tranquilo. No se avistaba peligro alguno en derredor. No hablaban, no decían nada. Labios sellados, secos y marchitos como la mies que recogían del suelo polvoriento. Quizá aquellas mujeres encorvadas, de largos faldones y pañuelos coloridos cubriendo sus cabellos, callaban porque no les hacíamos las preguntas adecuadas.

—15461115 —leyó en voz alta Elisa mientras le mostraba el reverso del cheque.

—Tu turno —indicó Carmen, dirigiéndose a mí.

Di la vuelta al cheque y, tras dejarlo cuidadosamente sobre la mesa, me senté en la silla de mi padre.

—Está bien. RAHER es una palabra de cinco letras, y, como podéis ver, tenemos un número de ocho dígitos. Teniendo en cuenta que son cinco las equivalencias, eso quiere decir que estamos ante un grupo de tres números de dos cifras y dos de una.

—En voz alta reflexionaba esforzándome en seguir las normas del juego creado años atrás por mi padre, ahora lo sé, para mí en exclusiva.

—Como no te expliques mejor… —interrumpió Elisa.

—No es demasiado complicado, una vez uno recuerda las reglas, por cierto.

La nebulosa se desvaneció y los recuerdos llegaron con la información que ansiosamente me esforzaba en traer al presente. Al igual que la tinta de limón se va haciendo visible a medida que se aplica calor, así surgió ante mí aquella enmarañada sucesión de letras y números. Carmen aguardaba mi explicación papel y bolígrafo en mano.

—Lo primero que debemos hacer es escribir el abecedario completo, «l» y «r» dobles excluidas —propuse, mientras hacía lo propio, secundado por Carmen, como no podía ser de otra manera.

—Bueno, y cuáles serían esas reglas —preguntó, expectante, Carmen.

—Fundamentalmente eran cuatro. La primera se refiere a la configuración del propio alfabeto, el cual, como ya os he dicho, no incluye la «l» y «r» dobles. La segunda convención es que letras iguales se transforman siempre en letras iguales.

—Es decir, que las erres de RAHER, ambas equivalen forzosamente a la misma letra, sea cual sea —interrumpió Elisa.

—Sea cual sea no. Consonantes en consonantes y vocales en vocales —aclaré—. Ésta es la tercera regla.

—¿Y la cuarta? —apremió Carmen.

—En las consonantes se cuenta hacia atrás, y en el caso de las vocales se haría hacia delante.

—¿Cómo empezamos entonces, teniendo en cuenta que hay más números que letras? ¿Cómo podemos saber cuál corresponde a cada cual? —preguntaba Carmen, garabateando sin piedad el papel.

—Normalmente por exclusión —repuse, pasando a contestar, un poco sobrado de autocomplacencia, he de admitir, directamente a la segunda pregunta.

Por primera vez, aquel inocente juego adoptaba un propósito

diferente. Me aplicaba con la misma atención, incluso con la misma intensidad, si me apuran. Sin embargo la motivación difería de forma radical. En esta ocasión el arma era de verdad, el cartucho no era de fogueo. El telón estaba a punto de elevarse. El telón caería para siempre.

—De acuerdo. Comenzaremos por lo más sencillo. Tenemos dos erres, una al principio y otra al final, ¿cierto? —planteé, para proseguir sin esperar la aprobación de Carme y Elisa—. Así, tenemos que identificar dos números iguales al comienzo y al final de la serie 15461115.

—15 —repuso Carmen al instante.

—En efecto. Forzosamente ha de ser el 15. El primero es el 1 y el último es un 5. Como deben coincidir, la única opción es tomar una cifra de dos dígitos. Y esto nos conduce a la única opción posible. El 15.

—Nos quedaría ahora AHE —propuso Elisa.

—Y los números 4611 —rematé Carmen.

—Ahora creo que es más sencillo, ¿verdad?

—Sin duda —dijo Carmen, tomando el relevo—. Cuatro números para tres letras. Lo cual implica que hay una cifra de dos dígitos. Tomando en consideración que el alfabeto sobre el que trabajamos tiene veintisiete letras, la única opción lógica posible es 4, 6 y 11.

—Claro. 46 o 61 no tendrían ningún sentido —apuntó Elisa.

—¡Magnífico! —celebré.

Nunca dejaba de sorprenderme la habilidad de mi novia para el razonamiento lógico. Era algo innato y natural en ella. Fluía con suavidad y relucía cuando era necesario.

—La R es una D, la A una E, la H una B y la E una O —aclaró Elisa, quien, sin perder un instante, una vez esclarecida la clave, había acometido la tarea de descifrar la palabra original.

—DEBOD —remató Carmen—. ¿Te suena de algo?

«¿Qué si me suena de algo?», pensé. Estaba verdaderamente estupefacto. Y es que, ¿cuántas veces habría podido ir a visitar el templo de Debod con mi padre? A menudo, en especial a lo largo de los primeros años de mi adolescencia, había ido a Madrid a visitar dicho templo. Prácticamente todos los años, habitualmente, al igual que la cueva, también en verano, mi padre me llevaba a visitar el templo. Si bien en ocasiones, reconozco que no a menudo, me pregunté qué tenía de especial ese monumento, he de admitir que tampoco reflexioné mucho al respecto. Madrid estaba, y está, plagado de excelentes museos y edificios históricos, sin embargo eran los restos de aquel templo egipcio lo que parecía acaparar todo el interés de mi padre. ¿La razón? Entonces era desconocida para mí. En realidad ni siquiera era algo que me plantease. Las motivaciones de mi padre

quedaban fuera de la comprensión y el interés de mi intelecto juvenil. ¡Si pudiera quedarme ahí, cobijado en esa dulce ignorancia, dormido al cálido amparo de la despreocupación! Ilusión inocente y ciega, desconocedora de lo que saldrá de la crisálida.

—¡Estamos aquí! ¿Nos recuerdas? —me increpó Elisa, molesta por mi súbito silencio.

—DEBOD se refiere al templo de Debod.

—¿El que está en Madrid? ¿Al que te llevaba papá?

—Sí. ¿Tú nunca fuiste? —pregunté, casi más por trámite y cortesía, dado que ya empezaban a no sorprenderme esa suerte de visitas y viajes exclusivos que hacíamos mi padre y yo.

Tras mi asentimiento, una mueca de disconformidad, abandonada por otra de conformismo e indiferencia, vistió el rostro de mi hermana.

—¿Seguro que se refiere a eso? —dijo Carmen.

—Por supuesto. Es el templo de Debod, sin duda.

No comprendía el motivo, pero, súbita e inevitablemente, surgió en mí la certeza de que mi categórica afirmación era ajustada. Indudablemente estaba siendo guiado por mi padre. Un camino sin retorno, una meta acechando. Mi sino empujado, mesmerizado por una isla sin tesoro.

—¿De qué va esto ahora? —preguntó Carmen.

—El templo de Debod fue un regalo de Egipto a España a finales de los sesenta en reconocimiento de la ayuda española en la preservación de los templos de Nubia, en particular Abu Simbel, como consecuencia de la construcción de la presa de Asuán.

—No me refería a eso, Rodrigo. Me gustaría saber qué tiene que ver ese templo con todo esto —repuso Carmen—. En cualquier caso, muchas gracias por tu ilustración.

La grotesca reverencia que a continuación ofrecí, aportó una ligera nota de humor haciendo que, por un instante, la frenética atmósfera que respirábamos se resquebrajase, permitiendo que un soplo de aire fresco se infiltrara a través de su capa densa y dura, regalando un tallo de frescura a nuestros fatigados pulmones.

—Por el momento estoy completamente a oscuras —proseguí—. Todos los veranos íbamos una vez. Visitábamos el templo, nos hacíamos unas fotos, salíamos, nos comíamos un helado… No se me ocurre nada más…

—¿Algo de lo que hablaseis en particular? ¿Algún tema recurrente? —insistía Carmen.

—Lo único repetitivo que recuerdo era que hacíamos las fotos. En realidad, ahora que lo pienso, cada vez que íbamos nos hacíamos dos, si bien una siempre en el mismo lugar.

—¿Qué lugar era ése?

—Era en el interior del templo, en la capilla de Adijalamani.

—¿Y qué tiene esa capilla de especial? —intervino Elisa.

—Que yo sepa, nada en particular. Ahora bien, como podéis comprender, cualquiera sabe, visto lo visto… Esta cámara es también conocida como la capilla de los relieves y, si no recuerdo mal, está consagrada al dios Ammón de Debod. Está repleta de imágenes e inscripciones. Papá siempre me hacía la fotografía delante de la representación de un sacerdote o algo así.

—¿Y dónde están esas fotos? ¿Alguien lo sabe? —preguntó Carmen.

—No —repuse, esforzándome en abrirme paso a través de las telarañas nebulosas que cubrían mi memoria.

Intento vano. Infructuoso y decepcionante como era habitual en mí. A menudo imaginaba mi cerebro no como un baúl que guarda cosas de forma desordenada y anárquica en el que buscar algo se convierte en un ejercicio de paciencia y orden, sino como la chistera de un mago, el cual hacía desaparecer y aparecer objetos a su antojo y voluntad. Y esto sería genial si no fuese porque tal sombrero funciona de forma autónoma, sin contar para nada conmigo. Así cuando intento buscar algo, sólo encuentro una gran luz que me deslumbra, impidiéndome discernir nada. Una muralla infranqueable.

—Entonces, la cosa está clara —añadió Elisa.

—¿Viaje a Madrid? —sugirió Carmen.

—¿Mañana por la mañana? —propuse.

Carmen y Elisa, también ella, asintieron al unísono. Descifrar el mensaje de mi padre se había convertido ya en nuestro principal centro de atención, nuestra tarea prioritaria. En mi caso, cómo no, en lo único.

Decidimos salir a cenar fuera aquella noche. Era ya muy tarde, cerca de las once, y mi madre se había quedado dormida. No queríamos molestarla. Necesitaba descansar e, intuía, estar sola. En ocasiones, lo que se ve no es lo que existe, la apariencia oscurece la verdad, la fachada oculta el interior. Es un duro caparazón que cuando se resquebraja deja escapar briznas doradas de realidad. Mi madre, con ser mi madre, no dejaba de ser un ser humano.

Dada la hora que era, llamamos previamente a un restaurante del centro, el Mesón Cántabro, para asegurarnos de que seríamos atendidos. Elisa comprobó igualmente que los niños estaban ya en la cama. Habló un poco con mi cuñado, y, por lo que pude oír, prefería seguir un rato más con nosotros, siempre con la pretensión de seguir tiranizando sus pensamientos evitando que éstos fluyesen libremente por canales tortuosos e indeseados.

El restaurante estaba bastante concurrido. En la mesa de al lado, dos

parejas mantenían una interesantísima discusión acerca de un conocido *reality show*. Uno de ellos se refería a la presentadora del concurso por su nombre de pila, como si fuese conocida de toda la vida. Los otros tres comensales competían por demostrar sus vastos e imprescindibles conocimientos de la materia. Yo navegaba desorientado en un mar de tan sonoros como poco comunes nombres. La llegada de Carmen y Elisa, provenientes del lavabo, supuso descubrir la luz del faro.

—Y bien, ¿qué cenamos? —preguntó Elisa.

—Vosotras no lo sé, yo ya lo tengo decidido —dije, cerrando y dejando sobre la mesa la carta.

—¿Entrecot crudo como la última vez? —dijo Carmen.

—Pero ¡si apenas sangraba! —repuse satisfecho—. Pero sí, me voy a cenar un entrecot poco hecho y, a ser posible, con patatas.

—¡Qué original! —concluyó Carmen.

Tras una corta deliberación, Carmen y Elisa optaron por un surtido de ensalada y pescado tan saludable como carente de emoción. El camarero se alejó, nota en ristre, sorteando las apretadas mesas que se interponían en su camino hacia la puerta de la cocina.

—De verdad, Rodrigo, no sé cómo eres capaz de comerte así la carne —dijo Carmen, volviendo a la carga.

—Igual que papá. ¡Qué asco! —insistió Elisa.

—Poco a poco uno va refinando su paladar —aseguré.

—Ya. A este paso dentro de poco te veo dando un mordisco a una vaca directamente —dijo Carmen.

El tema estaba ya tan agotado que nadie sintió la necesidad en abundar en el mismo cuando regresó el camarero con la cena. Carmen y Elisa iniciaron su particular ritual, a toda luz desconcertante, de reparto e intercambio de comida. Yo hacía un baluarte inexpugnable de mi plato.

—¿Qué plan tenemos entonces para mañana? —preguntó Elisa.

—Primero podríamos buscar en casa las fotografías —dijo Carmen.

—Estoy de acuerdo —asentí.

Aquella cena fue uno de los últimos paréntesis, una fortaleza presta a arder, esperando a ser saqueada por una verdad, tan irremediable como deslumbrante y cegadora, que me corroe. Las llamas pronto anegarían el horizonte, quemarían el aire, consumirían mi oxígeno, me ahogarían. Este mi Apocalipsis era incubado en mi interior. No lo veía, ni siquiera sabía que pudiera existir. Sin embargo ahí estaba, latente, y algo en mí, de alguna manera, lo presentía.

—Todo esto… es increíble —no pude reprimirme de decir.

—¡No es para menos! —corroboró Elisa.

—Quién sabe, a lo mejor es todo una gran confusión —dijo Carmen.

—¿Tú crees? —pregunté, atónito por la concepción de semejante

hipótesis, para mí ni siquiera imaginada.

—No.

—Son demasiadas cosas extrañas. Lo del viaje a Salamanca, lo de la botella de sangre… ¿Para qué guardaría una botella de sangre de cerdo en el armario de su despacho?

—¿Para hacer morcillas? —bromeó Carmen.

Las caras que se nos quedaron a Elisa y a mí convencieron a Carmen de que su gracia no había sido lo que se dice oportuna.

—Perdón.

—De verdad no sé qué pensar, y lo poco que se me ocurre prefiero no pensarlo —dije apoyándome en la copa de vino para proseguir.

—A mí me sucede lo mismo, estoy empezando a sentir escalofríos —dijo Elisa.

—¿Y lo de los rasgos físicos? —introdujo Carmen.

—Eso sí que ya me despista completamente. Ahora bien, los últimos años yo únicamente había visto a papá en fotografías, por lo cual no soy el más indicado para advertir nada. ¿Elisa?

—Yo tampoco noté nada raro. Deberíamos hablar con mamá de nuevo cuando esté más tranquila.

—Otra opción sería intentar comparar imágenes de diferentes épocas —propuso Carmen.

—¿Estamos seguros de que nos son… cosas de mamá? —me atreví, titubeando, a plantear.

—Estoy segura de que no, Rodrigo —sentenció, muy firme, Elisa.

Asentí mecánicamente sin impedir que mi imaginación cabalgase arrebatadora por parajes tan surrealistas como atroces, tan delirantes como heladores, tan espeluznantes como reales. Anhelo de despertar de la pesadilla, de salir del pasadizo oscuro, de llegar a la luz.

—Demasiadas preguntas sin respuestas —comenté.

—Esperemos que el nuevo día nos guíe —añadió Carmen dando a entender que por hoy habíamos tenido suficiente.

El cansancio, súbitamente, nos golpeó con contundencia. Había sido, definitivamente, un día muy largo. Eso sí, nada de todo eso evitó que no quedase un átomo de carne en mi plato. Carmen y Elisa a duras penas pudieron acabar su cena. Saltándonos el postre, pedimos la cuenta dispuestos a finalizar la jornada.

Cuando llegamos a casa vimos que nuestra madre estaba levantada. Estaba en bata, sentada en una silla de la cocina, cabizbaja. A su lado un vaso de agua medio vacío esperaba.

—¡Mamá, pensábamos que estabas dormida! —exclamó Elisa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Carmen.

—No estoy loca, no estoy loca…

—Pero ¿qué dices, mamá? —pregunté, asustado.

—No estoy loca, no estoy loca… —repetía, murmurando, mi madre, al tiempo que balanceaba su cuerpo acompasadamente.

—¡Mamá! —gritó Elisa.

Aquella disrupción sonora causó efecto. Mi madre paró y se calló. Como surgiendo de la nada, entrando en nuestra dimensión, su dimensión, se levantó de la silla y nos miró. Las otrora dulces arrugas de su rostro se habían acentuado, y una sombra espesa circundaba sus ojos.

—Tenemos que hablar —dijo.

El tiempo se durmió y el aire se esfumó. Los grillos dejaron de cantar. Las golondrinas no volverían. La luz se desvaneció.

Querida Martha:

Mañana nos volvemos. Ha sido un viaje muy corto. Intuyo que, de haber estado juntos, podríamos haber disfrutado de Londres, aunque hubiéramos dispuesto únicamente de unos pocos minutos. Así habría tenido que ser, dado que un telegrama ha forzado nuestro retorno de forma prematura. Pero no quiero aburrirte con más y más desgracias. Ya tuviste suficiente con conocerme, con cruzarte en mi camino, con casarte conmigo. Jimena es lo único por lo cual podrías estar contenta de no haber sido por mi mentecatez.

Mi propia existencia es una infamia. Algo que no debería haber sido. ¿De qué sirve decir que estoy arrepentido? ¿Acaso habría actuado de otra manera? Quiero decir que sí, pero no me lo creo. Mi bajeza es tal que nada puede sustentar semejante afirmación. No soy nada, y nada es lo que he de ser.

Te conozco perfectamente y sé que me dirías que no fue mi culpa, pero a mí eso no me sirve. No me vale. Porque yo sé que eso no es así. Yo podía haberlo evitado. Era muy fácil, muy simple. Un disparo, nada más. Nada menos, parece ser.

Aquel bastardo estaba frente a mí. Un par de metros nos separaban, eso era todo. Jimena lloraba suplicando mi ayuda. Todas las noches veo, una y otra vez, aquel cuchillo en su cuello. Tú estabas amordazada justo detrás. Estabas atada de pies y manos. Te había tapado la boca, silenciado, pero no era necesario que hablaras. Tu mirada lo decía todo. Tus ojos gritaban. Aquel hijo de Satanás me desafiaba exhibiendo una abominable sonrisa. «Tira la pistola o la degüello», me decía.

No puedo engañarme. Alegar que obré tratando de seguir el juego a ese psicópata, pensando en que así podría haber tenido, al menos, una oportunidad de salvaros, supondría faltar a la verdad. ¡Qué fácil sería justificar tan fatal acto aludiendo a la desesperación o a la esperanza! Pero no, eso no es admisible. Se supone que yo era un profesional, un experto en criminología. Tendría que haber previsto lo que pasaría a continuación. Un asesino sin escrúpulos con dos rehenes. Demostración de poder. Eliminación de uno de los rehenes. Estas frases inundan todos los manuales.

¿Quién es peor, él o yo?

Él actuaba por instinto. Era su naturaleza. Yo actué, o mejor dicho,

no actué, atenazado por mi propia indecisión. Alguien podría pensar que es igualmente mi naturaleza, la esencia de mi ser. Fui un cobarde. Sin embargo en otras ocasiones, muchas, demasiadas, solías recriminarme, he incluso arriesgado mi vida, tú lo sabes, en cumplimiento del deber. Ni siquiera esa excusa, esa amarga disculpa, es válida para mí. No, no me vale. Aunque, por otra parte, ¿qué más da? ¿A quién le importa ya? Nada conseguirá nunca, de ninguna manera, dulcificar mi castigo, mi pena. El tiempo no se deshace y los actos hechos y no hechos quedan grabados para siempre. Las noches que consigo dormir son un regalo que la providencia me ofrece. Las mañanas, cuando despierto, mi maldición.

¿Qué estaba pensando? ¿Que acaso en esta ocasión, por tratarse de vosotras, sería diferente? Si existiese un infierno más allá de este infierno, ése debería ser para mí. Para mí por siempre.

Quiero ir con vosotras.

# XIV

El tiempo no avanza como dicen. No es imparable. No es como el agua, inexorable. No es como el viento, escurridizo. A menudo deja tras su paso islas aisladas, fortalezas ocultas e inamovibles como el árbol que burla las olas, apartándose del viaje, abandonando el éxodo hacia la extinción. Los días, los meses, los años resbalan, dejando trazos de su paso, de su presencia; restos que colorean tenuemente el presente, el ahora de esos lugares.

El retorno a Poza de la Sal convocó un cúmulo de sentimientos en Antonio. Nada parecía haber cambiado. La misma atmósfera, la misma calma. Una agradable sensación de hogar, de raíces. Sonrisas, saludos desinteresados. Tabernas bulliciosas, gente charlando. Vida.

Muerte.

Habían desembarcado en Santander por la mañana. Un coche les aguardaba en el puerto. Apenas tiempo para un desayuno frugal. «Les están esperando», apuntó el conductor. Una lluvia fina y generosa les acompañó todo el camino, enverdeciendo, si cabe, aún más el paisaje. Tras una jornada interminable plagada de curvas y montañas, avistaron a lo lejos el castillo de Poza de la Sal. El día palidecía cuando, ya fuera del automóvil, se despidieron del conductor.

Sin mediar palabra se dirigieron mecánicamente al cuartel. Desde el fondo de la calle el ocaso les permitió vislumbrar la luz quejumbrosa que asomaba por la ventana de la sala donde se celebraban las reuniones. Sin motivo aparente, el comandante se detuvo:

—Antonio, ¿le gusta a usted la música?

—Sí, ya lo hemos comentado anteriormente —repuso el capitán, sorprendido por el brusco cambio de su compañero y por su insistencia con la mima pregunta.

—Me ha venido a la cabeza la obra *La muerte y la doncella*. ¿La conoce?

—Me temo que no.

—Es un cuarteto para cuerda de Schubert.

Antonio no respondió, no añadió mención alguna al respecto. Estaba expectante. Quería creer que algo había surgido en la mente del comandante, algo que, sin duda, no era simplemente el recuerdo de las notas o movimientos de una pieza musical clásica.

—La muerte y la doncella —repitió Diego—. El Olvidado, nuestro

hombre de negro, muestra una preferencia clara por chicas jóvenes.

—¿Da por supuesto que se trata de nuevo del hombre de negro? —interrumpió Antonio.

—¿Usted no?

—Sí, desde luego que sí.

—No olvido que hemos de confirmar este punto pero, por desgracia, todo apunta al mismo autor, al asesino de Irene.

—Y de las chicas anteriores, las de Burgos y La Parte de Bureba —completó Antonio.

Un súbito y fugaz escalofrío hizo palidecer por un momento al comandante. Antonio lo advirtió. «¿Qué he dicho?», pensó.

—Así es —asintió, escueta y rígidamente, Diego, retomando el camino.

El cuartel les recibió solitario. La puerta del muro de la entrada cerrada, víctima del viento del norte que desertizaba las calles extrayendo a sus viandantes. Un cartel buscaba desesperadamente a algún transeúnte a quien anunciarle la película que se proyectaría en el cine el domingo siguiente. Se trataba del primer episodio, así se describía, del serial francés *Los vampiros*, de Louis Feuillade. El fotograma de una mujer enmascarada vestida de negro con un traje muy ceñido, ajustado a sus generosas curvas, dominaba la composición. El ladrido desacompasado de un perro, procedente de la casa de enfrente, rescató su atención.

Diego accionó el postigo de la puerta. Dos golpes secos avisaron de su llegada. Una sombra incorporándose de la sala denotó que su presencia había sido advertida. El comandante seguía ensimismado. Su cerebro trabajaba independientemente de su cuerpo; sin cordón umbilical. Sus pensamientos no estaban con él, fluían libres, sin ataduras.

—Algo no encaja.

Antonio dudó si aquella frase sería una reflexión, o bien el inicio de una nueva conversación, a tenor de la expresión ausente de su compañero. No obstante, optó por intervenir.

—¿En qué está pensando?

—No hay violencia sexual… Entonces ¿por qué siempre elige chicas jóvenes?

—Entiendo, por lo que dice, que este comportamiento no responde a ningún patrón habitual definido —intervino, deseoso de aportar algo, el capitán.

—En efecto. El móvil sexual es uno de los más recurrentes. Yo diría que, en un caso como éste, de alguna manera, habría de estar presente. No lo concibo de otra manera. Como le digo, hay algo que se nos está escapando.

—¿La sangre?

—La sangre, el tipo de sangre, en principio no tiene nada que ver con el sexo o la edad de las personas —rebatió el comandante.

El cabo apareció por la puerta. Un agradable olor a café salió con él. Tras realizar el saludo marcial, invitó al comandante y al capitán a pasar.

—Luego continuamos. Piense en ello —sugirió Diego.

La estufa estaba encendida. Despedía un olor agradable que a Antonio le recordaba a carpintería, a madera, a pino. A hogar y a niñez. A felicidad. A felicidad huida como el humo despegado, quemada por un fuego abrasador, desvanecida. Los sentidos del capitán se aferraban a los recuerdos, a la tierra. A la vida.

—Buenas tardes —saludó el sargento Marina.

El comandante y el capitán devolvieron el saludo. Dos tazas acababan de ser dispuestas en la mesa. Tras desprenderse de sus abrigos, Diego y Antonio tomaron asiento.

—Lamento que les hayan hecho volver.

—No se preocupe. Para eso estamos —repuso, impasible, el comandante—. Ruego nos ponga al corriente, por favor.

—Como ya se les adelantó en el telegrama, desgraciadamente tenemos un nuevo asesinato en Poza —dijo, con aplomo, el sargento.

Sin mover un solo músculo, sin pestañear, Diego y Antonio, acompañaron el silencio del sargento, tras tan amarga declaración, en espera de continuar escuchando el informe de los hechos.

—Blanca de la Fuente, dieciocho años. Fue encontrada en su casa, tendida en la cama de sus padres. El cuerpo, el cadáver, estaba…

El sargento Marina precisó tragar saliva para continuar. Los músculos faciales de Diego y Antonio estaban petrificados. Los ladridos del perro cesaron. El tiempo desapareció amedrentado.

—Fue su madre quien la encontró…

El sargento intentaba seguir buscando otra forma de afrontar la descripción. Las palabras se resistían a materializarse desafiando la debilidad de ánimo de su dueño. Abría caminos que se agostaban hasta cerrarse por completo. La humanidad se sobreponía y el servidor de la ley no podía contenerla. La presa se derrumbó y el agua se liberó.

—Tómese el tiempo que necesite —dijo Diego, tras ver que un torrente de lágrimas inundaba los ojos del sargento.

Miguel, el cabo, acudió a su lado. El sargento se tapaba el rostro con las manos. Antonio y el comandante observaban la escena sin intervenir.

—Era muy amigo de la familia —explicó el cabo.

—Nos hacemos cargo —replicó, inexpresivo, el comandante.

Antonio no podía evitar dejarse sorprender por la frialdad del comandante. A pesar de mostrar una suma corrección y comprensión, su actitud aséptica le turbaba. Fuera por la costumbre, que hace que las mayores desgracias, por repetitivas, se transformen en algo corriente, o fuera por la desconfianza crecida y moldeada por los años y por la experiencia, el capitán observaba a su compañero con expectación y curiosidad, a la espera de su próxima reacción.

Tras unos segundos de silencio, el perro callejero reanudó sus ladridos. El sargento había recompuesto su espíritu y la recién llegada entereza le permitió proseguir.

—Blanca estaba tendida en la cama. Brazos extendidos, piernas separadas. Multitud de cortes en todas las extremidades. El vientre había sido abierto. —Una bocanada de aire instiló energía al sargento —. Las vísceras habían sido extraídas y depositadas a sus pies. La cabeza permanecía tapada con una toalla.

—¿Mutilaciones faciales? —intervino el capitán.

—No.

—¿Sangre?

—Al igual que en el caso de Irene, apenas había rastro.

—¿Cómo fue su entierro?

Una expresión de sorpresa se proyectó en el sargento. Desconocía el suceso de la aparición del hombre de negro en el sepelio de Irene.

—Normal… Su familia, amigos… todo el pueblo estuvo presente —dijo el sargento, precedido por un encogimiento de hombros.

—Entiendo.

El comandante asentía, tomando el testigo de Antonio.

—¿La madre quitó la toalla?

—Sí, lo hizo para comprobar que era su hija.

—Sin duda. ¿Sabe si tocó algo más? ¿Han analizado la toalla? —preguntó el comandante.

—Por supuesto. La toalla y la escena del crimen completa. No se encontró nada que difiera de la otra vez —repuso el sargento.

—¡Claro que sí! La toalla —apostilló Diego.

—Le aseguro que no encontramos nada. No obstante puede comprobarlo usted mismo. La toalla, al igual que el resto de efectos personales, conjuntamente con el informe del médico y el mío propio, están aquí todavía. Desde Burgos nos indicaron que guardásemos todo en el cuartel hasta que usted volviese y dispusiera lo que hacer con ello.

—Muy considerado por su parte.

El comandante había realizado este comentario dejándolo caer tras mostrar una sonrisa burlona y desfigurada. Antonio se extrañó sobremanera. Diego no era de esa clase de personas, de las que ofrecen opiniones gratuitas, sin haber sido demandadas, disonantes.

—Ojala usted pueda…

La voz del sargento crujió.

—Conocía a la chica, ¿verdad?

Antonio miró al comandante. Su empatía, su humanidad, aparentaba haber retornado. El gélido refulgir de sus ojos se había extinguido.

—Desde que era pequeña. Desde que nació. Era su padrino de bautismo —confesó el sargento.

—Créame que lo siento, Marina.

El uso del apellido del sargento por parte de Diego indicaba un intento de dar confianza, de trasmitir cercanía. Algo habitual entre compañeros; también, de acuerdo con los manuales académicos, era una técnica de uso común utilizada en los interrogatorios con el objeto de debilitar al interrogado. Si bien, en esa ocasión, Antonio apreció una particular sinceridad y comprensión en la expresión de condolencia de su comandante.

—¿Familiar? —continuó, con voz suave y pausada, Diego.

—No. Pero mi abuelo era íntimo amigo del suyo.

Portando una carpeta de documentos y un baúl de grandes dimensiones, el cabo retornó a la sala.

—Aquí están los efectos personales de la víctima, mi comandante.

—Muchas gracias, cabo.

Interrumpiendo la conversación mantenida con el sargento, Diego se dispuso a examinar el contenido del baúl. Un amasijo de ropas sanguinolentas, revueltas y desordenadas, apareció tras levantar la tapa. El comandante se enfundó los guantes y procedió a extraer el contenido pieza a pieza. Hizo un montón al lado y examinó el fondo del baúl. Apenas prestó atención a la toalla, la cual lucía más limpia y tersa que el resto de la ropa. Aparentemente satisfecho, el comandante se incorporó, una vez cerrada la tapa y vuelta la ropa, lo que había sido el vestido de Blanca, a su sitio. A continuación abrió la carpeta, la cual contenía una copia del informe forense. Leyendo en diagonal, no tardó en dar por concluida su revisión.

Un silencio sepulcral dominaba la estancia. El capitán y el sargento esperaban a que el comandante hablara. El cabo se había detenido bajo el marco de la puerta.

—Listo —exclamó, lacónico, sin emoción, Diego.

—¿Nada? —inquirió Antonio.

—No.

—¿Femoral seccionada?

—Sí.

—¿Y la toalla?

—Tal y como dijo el sargento: parece estar limpia del todo.

Compañera inseparable desde el comienzo, la lluvia regresó.

Delicada y tenaz, sus lágrimas irrumpieron desgarradoras. Llanto de frío, de soledad. De tristeza y dolor.

—Seguimos, entonces, sin tener nada nuevo —consideró Antonio.

—Todo lo contrario —aclaró el comandante—. El detalle de la toalla nos está aportando información concluyente.

—No lo capto —irrumpió el sargento—. Lo examinamos todo con el máximo cuidado pero, tal y como lo he expuesto en el informe, no había nada. Estoy seguro de ello.

—No estoy poniendo en cuestión su trabajo, faltaría más. No es la toalla, como prenda física, lo que tenemos que estudiar, si no el significado de la acción.

—¿Se refiere al hecho de que el asesino la haya utilizado para cubrir el rostro de su víctima? —planteó Antonio.

El comandante asintió.

—¿El asesino tapó la cara de Blanca para que no le reconociese?

—Pudiera ser, sargento, pero creo que no es ésa la razón fundamental —dijo el comandante.

«Por supuesto que no. El hombre de negro lleva la cara tapada», pensaba Antonio, sabedor de que ese detalle no era conocido por el sargento.

—Entonces ¿qué?

—Arrepentimiento.

—¿Cómo puede ser? ¡Semejante monstruosidad no puede dar pie a sentimiento humano alguno! —arremetió el sargento.

—Se equivoca, Marina.

Un tono suave, un ritmo pausado, moldeaba la voz del comandante, la cual, tras ser expelida, se expandía por la sala, alcanzando todos sus rincones, constriñendo las emociones, acunando las quejumbres.

—Todo lo contrario, sargento —insistió el comandante—. La toalla sobre el rostro inmaculado de la víctima, en contraste con el resto del cuerpo, completamente destrozado y, si me permiten la expresión, profanado, nos está indicando que el asesino probablemente no pretendía hacer lo que hizo.

—¿No será que lo hizo porque la conocía? —repuso el sargento.

—No tendría mucho sentido, lo cual no quiere decir que excluya esa posibilidad. Es más, lo más probable es que así sea, habida cuenta la ausencia de violencia dentro del escenario del crimen, al margen de la propiamente proyectada sobre la víctima. Piense que la toalla estaba prácticamente limpia, sin apenas rastros de sangre. ¿Cree usted que habría sido esto posible de no haber sido colocada una vez todo hubo terminado, cuando la chica ya no se movía, cuando ya no quedaba… sangre?

—¿Un momento de locura quizá? —planteó el capitán.

—No. No lo creo. Tiendo a pensar que, simplemente, no puede

evitarlo.

—¿Algo así como movido por su propio instinto? ¿Sin intencionalidad?

—Algo así —corroboró el comandante.

—¿Como un animal? —preguntó, desorientado, el sargento.

—Un animal; humano, pero un animal —aprobó Diego.

—¿Y eso en qué situación nos deja? —dijo Antonio.

—En el peor de los escenarios posibles. Nuestro criminal no parará de matar nunca porque es incapaz de controlarse. Seguirá segando vidas, destrozando seres humanos y, probablemente, lleva haciéndolo ya desde hace mucho tiempo.

—¿Cómo podemos detenerle?

El sargento Marina había lanzado esta última cuestión temiendo escuchar la respuesta. Diego se acercó a la ventana, apartó la cortina lo suficiente para observar cómo la lluvia había formado un arroyo que discurría alborotado por medio de la calle y, sin girarse hacia sus interlocutores, respondió:

—Matándole.

# XV

La ausencia de palabras, de sonido alguno, se prolongó más de lo que podría considerarse natural. Un *intermezzo* torturado en el potro. Mi madre se esforzaba en reunir los pedazos de entereza que, sin esperanza, yacían en el desván de sus ilusiones. Elisa y yo ocultábamos nuestro miedo, nuestros temores, en el silencio. Carmen, desde su lejanía, tomó el timón y marcó el rumbo.

—Aurora, no tienes por qué darnos explicación alguna.

Carmen siempre tuvo una habilidad especial para tratar con la gente. Sabía cómo y cuándo pedir las cosas, sin forzar la situación; con una elegancia inimitable. Con una eficacia incuestionable.

—Ernesto cambió. Realmente cambió.

Mi madre prosiguió con la conversación del día anterior como si no hubiese sido interrumpida, como si una implosión hubiese contraído los extremos del paréntesis temporal. Soportadas por el aplomo concebido por el desasosiego y el abandono, las palabras fluían sin esfuerzo, sin dificultad, casi con desidia.

— ¿A qué te refieres con que cambió, mamá? —preguntó Elisa.

Una risa incontrolada, demencial, poseyó a mi madre. Sus brazos eran aspas de molino que se movían descompasadamente en uno y otro sentido. Su cuerpo era un frenesí de nervios descontrolados. Carmen se abalanzó sobre ella y la abrazó. Elisa me miraba. Yo estaba desarmado, quieto; incapaz de actuar. Pero mi madre, de repente, se calmó.

—Me imagino que os habéis dado cuenta, en especial tú, Elisa, del envejecimiento prematuro de Ernesto. Supongo que pensaréis que, sin ser, quizá, habitual no deja de ser normal.

Todos asentimos al unísono. Mi madre continuó hablando.

—Igualmente, su pelo se volvió completamente blanco.

Más que blanco, yo diría que plateado.- intervino Carmen.

—¿Y qué hay de particular en eso? Muchísima gente tiene el pelo completamente canoso siendo, incluso, bastante más jóvenes que papá. Otros se quedan calvos… —comenté.

—Sí, pero nadie como Ernesto —afirmó mi madre.

—No sé a lo que te refieres, mamá, pero tengo entendido que hay personas a las que se les vuelve el pelo blanco de la noche a la mañana como consecuencia de un disgusto, por ejemplo —apuntó Elisa.

—No es el caso, hija —repuso, con total seguridad, mi madre—. No

fue ni una transformación repentina, por, como bien dices, una situación de tensión o angustia extrema. Tampoco fue, como cabría esperar, un encanecimiento gradual del cabello. Al contrario, todo ocurrió en un espacio de unos dos meses, aproximadamente, y sin causa aparente. ¿No te diste cuenta Elisa?

—Bueno… sí. Pero nunca pensé que había sido nada especial. ¿En dos meses dices? —respondió, dubitativa, mi hermana.

—Se le iba notando de un día para otro. No era… ¿qué puedo decir? Natural…

Mis dudas sobre la cordura real de mi madre no dejaban de acrecentarse. Era un pensamiento privado que no quería compartir, pero ¿qué otra cosa podía ser? No entendía nada, sinceramente. Y tampoco comprendía la importancia que mi madre estaba concediendo al hecho de que a mi padre le hubieran salido canas en un proceso más rápido de lo habitual.

—Además —continuó mi madre—, si le mirabas el pelo de cerca, de muy cerca, era como si fuese un blanco azulado. Pero ¿es que sólo lo veía yo?

La desesperación asomaba de nuevo poniendo en peligro los nervios, otra vez, de mi madre. El que, desde luego, no veía nada era yo. Carmen y Elisa, quién sabe lo que por sus cabezas se cruzaba en aquellos momentos. Sus labios, sellados, no permitían respuesta alguna.

—Pero hay más, ¿verdad? —dijo Carmen, rompiendo su improvisado y escueto silencio.

Mi madre asintió y prosiguió.

—En el mismo tiempo, aproximadamente, se fue cargando de hombros, encorvándose.

—Yo sí que me di cuenta de eso. De hecho, últimamente le sugería a papá que intentase andar derecho. Pero claro, no pensé nada más… —intervino Elisa.

—Algunas noches, mientras dormía, podía oír, os lo prometo, hasta cómo crujían sus huesos —confesó mi madre, pálida como la leche—. Eran sonidos leves e intermitentes, pero si acercabas el oído a su espalda, a su columna, podían escucharse con claridad.

Inevitablemente, no pude dejar de pensar en las transformaciones de hombres lobos y mujeres panteras de las películas. Por supuesto, tenía claro que no era el momento para compartir otra de mis estupideces, por lo que callé. Además, lo reconozco, no sabía ni qué decir ni qué hacer. Estaba, definitivamente, sobrepasado.

—Mamá, ¡qué puedo decir! —exclamó Elisa, evidentemente tan desorientada y afectada como yo mismo.

—Nada, hija, nada… Ojalá fueran únicamente cosas mías, desvaríos…

Desconozco quién estaba sufriendo más, si mi madre o nosotros. Ella en su proceso liberador y revelador. Nosotros, cual nuevos acólitos, soportando lo revelado.

—Esto, lo de la espalda y lo del pelo, Ernesto no podía disimularlo. Pero no era lo único.

Armada de valor y coraje, mi madre estaba decidida a continuar. Era quizá el momento que había esperado, el que tanto le había costado alcanzar. Esfuerzo que le había consumido la mayor parte de la energía que todavía le sustentaba.

—Me lo intentaba ocultar, pero un día logré verlo. Esparcidas por su pecho le salieron unas manchas, diminutas en tamaño, de color, también, azulado. No eran muchas, no más de media docena, pero perfectamente perceptibles.

Un suspiro prolongado hizo de colofón. Ahora sí, entendí, mi madre había concluido. Aturdido, agradecí el fin de aquel rosario demencial. Seguía mudo, incapaz de pronunciar frase coherente alguna.

—¿Esto también en el mismo espacio de tiempo? ¿En los dos mismos meses? —inquirió Carmen.

—Sí. Todo a la vez.

—¿Y no fuisteis al médico? —preguntó Elisa—. Papá podía estar, simplemente, enfermo.

—¡Claro! Eso es lo que yo pensé, y así se lo propuse.

—No quiso, ¿verdad?

Al final fui capaz de sacudirme la estupefacción y reaccionar. Tenía la sensación de estar viendo una película nueva de la cual, si bien no conocía su final, intuía cómo iba trascurriendo. Pero esa intuición era del todo limitada, y aunque ciega, también era, he de admitir, piadosa.

—No. Lo intenté de todas las maneras posibles. Lloré, le supliqué, intenté hacerle entrar en razón, pero fue imposible. Me hizo, además, prometerle que no lo hablaría con nadie y que, bajo ningún concepto, actuaría a sus espaldas consultándolo por mi cuenta. Era, me dijo, algo que había de llevar él solo.

—¿Y ya está? —demandó Carmen.

—Sí, ya está. No volvimos a hablar más de ello.

—¿Cuándo sucedió todo esto, Aurora?

—Poco antes de su muerte —repuso mi madre, reforzada por el asentimiento de Elisa—. La conversación que os acabo de relatar la tuvimos hace quince días nada más.

Nuestras miradas, plenas de escepticismo e incredulidad, estallaban en el rostro de mi madre.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

Carmen volvió a la carga. Su escepticismo le forzaba a insistir, a asegurarse. Había de meter el dedo en la llaga.

—Desgraciadamente —aseguró mi madre con serenidad.

Aurora, mi madre acababa de aparecer. La pesadumbrosa y apocada mujer que hasta ahora se arrastraba suplicante había roto la crisálida. Yo sentí un inmenso alivio al comprobar que no se había ido, que su cabeza, aún, seguía con ella.

—Qué extraño —dijo Carmen—. No comprendo ese comportamiento ¿Por qué ocultar algo así? No tiene mucho sentido. No era precisamente un adolescente vanidoso pretendiendo disimular un grano en la cara.

—Desde luego que no —dije, tratando de aportar algo coherente a la conversación—. Pero, pensemos, tiene que haber más, algo que quizá no vemos.

—Veamos, normalmente cuando algo se esconde suele deberse a dos motivos diferentes: su valor intrínseco o su significado —expuso Carmen.

—Lo primero creo que no… ¿no? —expuso, con tibieza, Elisa.

Solamente unos pocos días atrás, horas, me atrevería a decir, habría reaccionado con un: «¿Estamos considerando que mi padre ocultaba una chepa y unas pocas manchas azuladas, no por la propia existencia de las mismas, sino por temor a que se supiese no sé qué?». Pero eso, lo digo con convicción, habría sido antes. Ahora seguía el razonamiento de una igualmente desconocida y sorprendente Carmen con el interés de quien, volcado en su trabajo, aplica todas sus energías y capacidad en la resolución del problema expuesto, sin preguntarse por la oportunidad de tal acción, dando por supuesto que es, efectivamente, lo que ha de hacer, sin cuestión alguna al respecto. Sin plantearse su propia naturaleza o conveniencia. Esto, sin duda, haría que los oídos de alguien normal, de alguien ajeno a los acontecimientos que ahora relato, chirriasen al atender a semejante majadería. ¡Qué suerte, qué delicia habría supuesto el haber podido rechazar de plano tales ridiculeces! Pero no, tengo que ser yo el marcado, el que lo comprende, el que lo padece. El que vive.

Las palabras de Carmen y Elisa sonaban sordas y graves, descoloridas; golpeaban mis tímpanos con timidez; solicitando permiso. Era una conversación en blanco y negro que me rodeaba sin tocarme. Me evadía sin quererlo. Me iba de la casa sin salir de ella. Quería correr, pero aquellas frases, cual lazos de gaucho, sujetaban mis piernas permitiendo solamente alejarme un poquito; que no lo suficiente.

—No —afirmó Carmen.

El lazo tiró de mí haciéndome regresar.

—Eso quiere decir, por lo tanto, que creemos que todo respondía a un intento de evitar que algo, igualmente oculto, se descubriera —dijo Elisa.

—La punta del iceberg —añadió Carmen.
—O el síntoma de la enfermedad.
—¿De qué enfermedad?
—No lo sé, es una metáfora —repuse—. Quiero decir que lo veo más como eso, como si fuese un síntoma, como el farolillo rojo que nos avisa, como el cartel anunciador, más que como una parte de lo que fuese que hubiera de ser.
—Es decir, que nos toca también diagnosticar —dijo Carmen.
—Eso me temo.
—Yo, hijos, prefiero no saber nada más.
Mi madre, seria y serena, nos miraba. Trasmitía cansancio y reclamaba piedad y comprensión. A sabiendas de que lo que podría desvelarse sin duda la destrozaría, reclamaba su retiro, su descanso. Su capacidad de sufrimiento, de aguante, ya al límite, suspiraba por evadirse. ¿Quién podría censurarla o juzgarla?
Me acerqué a ella y la besé en la mejilla. Era la hora, para ella, de pasar página, de intentar vivir o sobrevivir. Pero al menos la carga había de ser liberada; permitir a la columna vertebral estirarse, ponerse recta. Sin embargo, desgraciadamente, la oscuridad que impregnaba sus ojos me convenció, me hizo entender, que sería una tarea prácticamente imposible, una batalla perdida. Se había desahogado con nosotros, pero el peso, el dolor, seguía a sus espaldas. Un ángel recién nacido contra el demonio infinito. Un único instante contra toda la eternidad. En lo alto del castro numantino, Retógenes observa el avance de las tropas imperiales. Luchará hasta su último aliento, hasta que la muerte se lo permita.
—Una cosa más, Aurora, por favor —dijo Carmen—. ¿Recuerdas la fecha del viaje a Salamanca de Ernesto?
—Dos de febrero de 1999.
La respuesta fue inmediata, como si estuviese esperando para salir, vagando en espera de que alguien la recogiese, como si estuviese aguardando a la pregunta. Poco después, mi madre fue absorbida por una oscuridad imantada que, desde el pasillo, estiraba sus tentáculos también hacia mí. ¿Por qué no me dejé llevar? ¿Por qué no me dejé abrazar? Nada, irremediablemente, habría sido diferente, pero podría haber continuado viviendo como una persona, como una criatura de Dios hasta que tal don me hubiese sido negado, hasta que mi humanidad me hubiese sido arrebatada, hasta desaparecer. Quiera el sol, alguna vez, volver a despertarse.

¿Son días o años los que, desde entonces, han abandonado mi calendario? Días viejos como años. Años efímeros como días marchitos. El tiempo va y viene, corre o se para a su antojo. Fuera de

mi control. Ajeno a mi voluntad. Cuando yo quiero que se queme, se atraganta y encalla. Cuando le pido que se detenga, que me deje respirar, huye frenéticamente.

¿Acaso merezco consideración alguna?

Mi madre, Aurora, la flor marchita, el torrente ahogado, la nube de algodón ajada, salió y se fue. No se quedó. No me esperó. Desde lejos, desde la oscuridad del pasillo; desde su liberación; su voz se deslizó, débil como el día que muere, y nos alcanzó lastimosa, quebrada y cansada. «Adiós, hijos míos.»

«Adiós, mamá.»

—¿Y ahora qué?

La voz de Carmen me sustrajo de la irrealidad, del ensueño, y retornó mi desesperada, inútil y falsamente ilusionada consciencia a su ataúd.

—Tenemos que seguir adelante —dije.

—¿Estás seguro? —preguntó Elisa.

—Sí. No obstante entenderé y comprenderé que vosotras prefiráis dejarlo estar…

El camino se vislumbraba arduo. La recompensa, más que premio, se revelaba castigo cierto. Una huida hacia el abismo. No podía arrastrar a nadie conmigo. Y menos a mis seres más queridos.

—Es más, preferiría que os mantuvieseis al margen. Incluida tú, Carmen. Sería lo mejor para todos.

Precedida por una expresión de incredulidad, un látigo de indignación fustigó mis tímpanos.

—¿Estás loco o qué? ¿Qué pretendes?

Sus mejillas, inflamadas de ira, retenían el resto de una sucesión de inflamadas palabras en la boca de Carmen. Su permanente y voraz locuacidad se veía impedida por la rigidez de su garganta, contraída por la rabia. Yo la observaba con tristeza. Mi intuición, quizá mi sexto sentido, el mismo del que dicen carecemos, me avisaba. Debía salvarla, preservarla. Ahora sería yo quien llevaría la carga. Un peso extraño, opaco, invisible pero sin duda existente. No conocía las paradas de mi viaje, los peajes a pagar, los obstáculos que me encontraría. Desconocía mi destino. Ante mí, una nebulosa hambrienta y oscura me devoraba. Sin embargo, yo debería haber seguido en solitario los cantos de las sirenas. Y eso es lo que mi pena quería transmitir, lo que mis palabras no encontraban la forma de comunicar. En lugar de atarme al mástil y arrastrar al barco conmigo hacia las rocas, debería haberme soltado, saltar por la borda y nadar hasta donde mis fuerzas me hubiesen llevado. Yo solo, únicamente yo, en busca de las melodías embriagadoras que turbaron a Ulises.

Únicamente yo, dejando atrás mi ayer, mi hoy, en busca de mi mañana. Porque sabía que eso sería lo que alcanzaría. Mi futuro. Mi condena eterna.

Pero no. No fue así. Que Dios, alguna vez, en algún lugar, se apiade de mi alma y me perdone.

El reflejo de la expresión de mi rostro moderó el estado de enervación de Carmen. Percibió mi sufrimiento, mis dudas. Entendió que, queriendo protegerla, también precisaba de su apoyo. Se acercó a mí.

—Venga, dejémonos de tonterías.

Asentí. Su destino quedó ligado al mío. Si tan sólo me fuese concedida una oportunidad de rectificar algo en mi vida, al margen de mi vida propia, la cual más que modificada o corregida debería haber sido borrada; si por indolencia o generosidad, incluso por deseos de burlarse, los hados me permitieran quitar o poner alguna cosa pequeña, algún detalle insignificante en mi pasado, ahí es donde me presentaría, donde regresaría. Al instante anterior al cual, vencido, me cobije en mi propia y mísera debilidad y acepté el sustento de Carmen. ¡Maldita sea mi sangre! Sea mi espíritu obligado a vagar hasta el fin de los tiempos por todos los infiernos imaginados. Sea mi esencia atrapada y diluida en el olvido para siempre.

—¿Elisa?

Carmen buscaba la complicidad de mi hermana.

—Si digo lo que pienso, la verdad es que no estoy segura de que merezca la pena continuar con esto. Si mamá ya se queda tranquila, yo no sé si deberíamos complicarnos la vida —dijo mi hermana, ante la sorpresa de Carmen, quien, huelga decirlo, no se esperaba tal reacción.

—Te entiendo perfectamente, Elisa —no pude dejar de decir.

—Pero ¡Elisa!

Aquel comportamiento, sin duda disonante de acuerdo con la estructura mental de Carmen, era, a mi juicio, el reflejo del temor innominado de mi hermana. Miedo a conocer respuestas a preguntas otrora inconcebibles. La desazón, el anhelo de paz que se había apoderado de la voluntad de mi madre, acababa de aprisionar también a mi hermana. Su vida había de ser su familia, su marido, sus hijos. Lejos de aventuras inciertas. «No, Carmen», indiqué con la mirada.

—Claro que sí, Elisa —dije, tras dar un beso en la frente a mi hermana.

Rompiendo a llorar, Elisa dejó escapar todas las emociones y congojas contenidas los últimos días. Como el hielo en la primavera, mi hermana sucumbió a la fragilidad más corrosiva; a la debilidad de espíritu. El alma no se ve, no se siente, pero nos instila fuerza y entereza. Sin embargo, cuando ésta es sobrecogida o ahogada,

entonces, fruto de esa orfandad, nuestra original debilidad refulge y nos ciega.

—Seguro que puedes acompañar a mamá. Sin duda lo agradecerá —añadí.

A mi lado, Carmen sonreía. Ella permanecía incólume. Quería seguir siendo mi antorcha, mi faro, mi muleta. Un susurro, una sola palabra, un tenue adiós ofició la salida de Elisa siguiendo la estela de mi madre. Viento agonízate que, rasgado por la corteza de los árboles con los que se tropieza en su huida desenfrenada, sangra quejumbroso y distante.

«Adiós, Elisa.»

El velo cayó. La noche desplegó sus alas. Las nubes se juntaban y chocaban. Clavos como agua caían en un desordenado frenesí. El cielo se rasgaba dejando al descubierto jirones de luz que iluminaban las estrellas.

—¿Y ahora qué? —me preguntó Carmen, una vez que nos hubimos quedado solos.

—¿Acaso existe otra opción?

No, no existía otra posibilidad. El ancla levantada, las velas henchidas. No quedaba sino seguir adelante.

En una ocasión, en mis tiempos de estudiante en Valladolid, marchaba al frente de una manifestación junto a un par de amigos y unos cuantos cientos más de compañeros. No recuerdo el motivo de la protesta —¿acaso importaba? —, pero la cuestión es que en un momento nos encontramos frente a frente con los policías antidisturbios que aparecieron armados hasta los dientes con sus defensas y escudos. Todos nos quedamos dubitativos, al menos los de las primeras filas, dado que al echar la vista atrás pude comprobar que la mayor parte de los manifestantes, lejos de dudar, habían actuado con decisión y empeño desapareciendo, autodisolviéndose. Los centenares, repentinamente, se habían tornado en raquíticas y escuálidas decenas, las cuales, previsiblemente en pocos minutos, podrían pasar a ser además doloridas y ridículas. En aquellos instantes, mis amigos y yo compartimos la misma pregunta: «¿Seguimos adelante?». La respuesta no se hizo esperar y surgió unánime: «¡De eso nada!». Así que saludamos con cortesía y nos dimos la vuelta.

En aquella ocasión nos dimos la vuelta porque había regreso posible. Apreciación tan simple como fundamental. Pero esa opción ya no existe. Ni ahora ni en ese entonces, en el que Carmen y yo nos

quedamos solos; juntos pero solos. Allí, de frente, estaba mi destino. Me atraía con un magnetismo ciego e inconsciente. Irresistible. Inevitable. Detrás quedaba mi vida, mi ser. Se desvanecía por aquel pasillo cargado de tinieblas. Esa vía de escape, aquel refugio no era para mí. Carmen podría haber huido, haberse salvado. Su amor ciego fue su perdición. Yo era incapaz de retroceder. Un muro infranqueable y primordial me lo impedía.

Ahora únicamente puedo dejarme llevar. Mi voluntad fue hace ya mucho tiempo, eones, consumida por el más atávico de los instintos. Y sigo siendo guiado hacia adelante, dejando atrás horrores y degradaciones sin nombre, hasta que la bondad divina o la suerte humana así lo dispongan.

—¿Dónde podemos buscar esas fotos?

—Mi madre las guardaba antes en el arcón del salón —dije, recordando el baúl decorado con motivos y colores churriguerescos que adormecía su abandono en uno de los rincones de la sala de estar.

El silencio de la ciudad se filtró por los muros. No nos habíamos dado cuenta del transcurso del tiempo, absorbidos como estábamos en la búsqueda de las fotografías. Lejano sonaba ya el momento en el cual mi madre y Elisa se habían retirado. Un montón de álbumes diferentes nos habían mostrado los recuerdos de la familia a través de las diferentes épocas y circunstancias. Ahora yacían en desorden sobre el suelo. Mis abuelos, mis padres, mi hermana, mis amigos de la infancia. Todos ellos descansaban sobre las adustas baldosas. El frío de la cerámica no lograba despertarlos. Los años se habían perdido y ellos permanecían criogenizados, inmunes a la degradación. Me hablaban desde allí, desde los rincones más idílicos de mis recuerdos, desempolvando historias y anécdotas que habían quedado atrás, involuntaria y descuidadamente relegadas. Contaban una multitud de relatos; todos, quizá, con la excepción del que deseábamos escuchar.

—Estoy pensando que si esas fotos eran, como creemos, especiales para tu padre, a lo mejor están guardadas en otro lugar. ¿En su despacho? —sugirió Carmen.

El agotamiento físico, o mental, le esquivaba. Su rostro relucía terso y brillante. Sus cabellos castaños reposaban en sus hombros en un orden perfecto, como si estuviesen recién mesados, como el agua en una mañana de otoño.

El último cajón del escritorio de mi padre albergaba, bajo una pila de papeles, una carpeta de gomas y cartón azul. Una etiqueta en su parte frontal indicaba que, lo que contuviese, estaba relacionado conmigo. RODRIGO era la leyenda, escrita con pluma. La tinta descolorida indicaba que había sido escrita hace mucho tiempo. Yo no conocía su existencia. En su interior, un sobre blanco abierto.

—Aquí parece que hay algo.

Unas cuantas fotografías, casi todas en blanco y negro surgieron del interior del sobre. Todas tenían inscripciones egipcias en piedra como fondo. En una de ellas estaba yo con mi peinado de flequillo a lo Beatle y mi chaleco de cuadros. Era, en apariencia, la foto más antigua de todas. Tendría siete u ocho años. En total eran seis fotografías. La última de ellas, ya en color, me mostraba algo más crecido; de hecho recuerdo exactamente aquel momento, posiblemente, por ser una de mis últimas visitas al templo de Debod. Tenía trece años. Unos pantalones vaqueros de campana, junto con unas gafas enormes, destacaban entre mi colorido vestuario. Pasé las fotos a Carmen.

—Muy guapo.

Entre sonrisas y miradas condescendientes, las instantáneas se deslizaban con suavidad entre sus dedos largos y finos.

—Qué curioso… —dijo sin levantar la vista de su foco de atención.

—¿El qué?

—Lo que dijiste. ¿Te has dado cuenta de que todas las fotografías están tomadas exactamente en el mismo lugar y posición?

Inmediatamente, mi ya acostumbrada y focalizada receptividad disparó la alarma. Un mensaje. Una conclusión surgida de la naturalidad de lo cotidiano. En aquel momento aquello era normal. Unos días antes, sin duda alguna, habría sido otra locura, otro delirio infantil extraído de alguna imaginación ansiosa y febril. Sin embargo, entonces — «¿Cuánto tiempo ha pasado ya?» — tomé en mis manos aquella suerte de acertijo y me dispuse a descifrar el pensamiento de mi padre. Porque estaba seguro de que era lo que debía hacer. No había lugar para la casualidad o el azar.

—Pues es cierto —repuse—. No solamente es el mismo sitio, la misma pared. Estoy justo debajo de la misma representación en todas las ocasiones. Lo único, que no se ve bien. No tiene suficiente nitidez.

—Puede entreverse una inscripción también, ¿verdad?

—Sí, un grupo de jeroglíficos.

—¿Y eso puede ser importante?

—Es bastante posible. Como te he comentado anteriormente, La capilla de Adijalamani es también conocida como de los relieves. Está llena de inscripciones y retratos referentes a divinidades egipcias.

—Desde luego. Si se trata de otra de las pistas de tu padre, porque creo que, ya a estas alturas, es evidente que Ernesto te ha estado dejando rastros para que los sigas, tendríamos que poder ver el detalle, la inscripción que puede verse encima de ti, me imagino. Salvo que lo importante no sea eso.

—¿Qué otra cosa podría ser? —pregunté, verdaderamente desorientado, otra vez más.

—Pues si no lo sabes tú… ¿El nombre de la estancia por un casual? —propuso Carmen, tratando de azuzar mi memoria.

Negué con la cabeza y me encogí de hombros.

—Lo que creo que es evidente es que hemos de centrarnos en este lugar en concreto.

—Estoy de acuerdo —aprobé.

—Siendo así, por lo tanto, creo que no tenemos más remedio que…

—Ir a Madrid —interrumpí.

Su sonrisa, esa sonrisa eterna cuya impronta desgarra mi espíritu y aviva mis remordimientos, que era mi bálsamo, mi consuelo y mi refugio, me indicó su coincidencia de opinión, su acuerdo; su deseo.

Cierro el camino que conduce a mi vida. Abro la puerta de mi purgatorio. Quiero llegar al infierno y arder hasta consumirme como una tea. No anhelo perdurarme en mi caparazón. Veo mi salvación en mi desgracia. La mía propia únicamente. No la de los demás. La de los que me miran, se cruzan conmigo o me rozan. La de los que no ven cegados por mi aura oscura.

Pero mi fuerza, execrable y desertora, huyó.

Querida Martha:

Mi pobre y adorada esposa, ¿por qué he de revivir esto una y otra vez? Es mi cilicio, mi flagelo. Sin embargo, no hacerlo, renunciar a ello, supondría no honraros, mataros para siempre. Es lo único que me queda. ¿Cómo no hacerlo?

—¿Quién soy, papá?

—Mi princesa.

—¿Sólo yo?

—Sí.

—¿Y mamá?

—Mi reina.

Vuestra presencia desborda mi descanso e inunda mi vigilia. Imágenes, frases, conversaciones enteras impregnan mi retina y se pegan a mis tímpanos. Vivís en mí. Siempre, en todo momento.

¿Cómo no sufrir rememorándolo? Quiero hacerlo y solamente mi ocaso, mi olvido, mi soñado final, apagará mi memoria.

Desde el momento que os conocí, que entrasteis en mi vida, la luz se hizo para mí. Mi noche se acortó y los amaneceres germinaban desterrando mis tinieblas. Primero fuiste tú, Martha, luego, unos pocos años después, Jimena. Tú fuiste mi salvación; nuestra hija, mi fuerza vital. Mi viaje invernal concluyó y la primavera brotó exultante.

«Tira la pistola o la degüello», decía. Y yo no respondí.

Tampoco veía. Miraba, pero no veía. Con una mano estaba amenazando a Jimena. La otra, oculta tras la espalda de nuestra niña, empuñando una pistola. Sonó un disparo. Un estruendo seco, una nube de humo que aún me aturdió, si cabe, más. El ruido se evaporó, la niebla se disipó. Tú yacías inerte en el suelo. Un charco de sangre se formaba a tu alrededor.

«Tira la pistola o la degüello», repitió. Y yo no respondí.

Tu sangre llegó a los pies de Jimena. Tu vida se escapaba. El punto de mira de mi arma estaba clavado en la frente de tu asesino. No temblaba. Sin embargo mi dedo índice era incapaz de retraerse. Mi corazón cabalgaba. El resto de mi cuerpo se congelaba. Mis oídos solamente captaban los gritos de Jimena.

«¡Papá, papá, por favor!»

No puedo aguantarlo. No puedo más. Quiero quedarme sordo, quiero quedarme ciego. Quiero que mi cerebro se apague. Quiero

morir. Pero sé que tengo que esperar. Te lo debo a ti, Martha. Al menos esto podré hacer. Sé que tú, por el bien de mi alma inmortal, así lo querrías.

Mi vida; mi penitencia.

Quiero ir con vosotras.

# XVI

Una dama vestida de blanco recostada en un banco de mármol. A su izquierda, una mujer, una bailarina de puntillas, completamente de negro y extendiendo con sus brazos unas alas de murciélago. El fondo, un claustro gótico monacal. Antonio se había disculpado, y había ido al cine. El cartel que anunciaba la película de la noche, que había visto horas antes, le había atraído. Por otra parte precisaba desconectar. Esa imagen, acompañada por la interpretación en vivo de la banda sonora por una pianista; aquel preciso instante de la partitura, habían logrado abstraerle, arrancarle un momento de tranquilidad.

El programa incluía un documental sobre París y el primer episodio de *Los vampiros*, la serie sobre una banda de sofisticados criminales de guante blanco parisinos, y aquella secuencia en particular se le había quedado grabada. A la salida, cuando bajaba las escaleras del cine, en la mitad del tramo, se detuvo. Cerró los ojos y aspiró el aire fresco y húmedo de la noche. La música penetraba en su imaginación procedente del interior de la sala de proyección, deslizándose, como si fuese un éter, un hálito reptante, por debajo de la puerta. Las imágenes, aquel preciso fotograma, parecían estar adheridas al interior de sus párpados. Si abría los ojos veía los soportales de las casas de enfrente; si volvía a cerrarlos se evadía y era acogido por la magia del cinematógrafo, por las notas perfumadas del piano. Así, estiró un poco el cuello y alzó el rostro hacia el cielo. La lluvia fina y delgada, dedos como hilos, le refrescó la piel. Puso sus brazos en cruz, las palmas de las manos también hacia arriba.

—¿Le ocurre algo, señor? —Una voz, a su lado, le irrumpió. No se había dado cuenta de que no estaba solo—. ¿Se encuentra usted bien?

La voz insistió. No se sentía bien, desde luego que no. Sin embargo, por unos minúsculos instantes, había estado en paz. La corona de espinas había aflojado su presión.

—Sí, no pasa nada —contestó el capitán.

A su alrededor, salpicados sobre las escaleras, la gente le miraba expectante, como si esperasen que algo ocurriera. El hombre que le había hablado iba acompañado de una mujer. Antonio les ofreció una sonrisa de agradecimiento, como pago por su preocupación. La pareja, tras devolver cortésmente el cumplido, prosiguió su camino. El resto de espectadores les imitaron. El espectáculo había finalizado. *The end.*

Mientras se dirigía a la fonda escuchó el reloj de la plaza Nueva

anunciar con sus campanadas que era medianoche. Tenía la misma habitación que la vez anterior. La ventana daba a la calle Mayor. No comprendía, mencionaba cada vez que de ello tenía oportunidad, cómo una calle tan estrecha podía ser considerada como la mayor. Abrió la ventana y miró hacia fuera. Todavía podía verse alguna luz más encendida. No tenía sueño, no se sentía cansado. El día había sido largo, pero la noche le había reconfortado. «¡Que no se acabe esta noche!» La ventana abierta le invitaba a unirse con la oscuridad en un sueño eterno. Esas tinieblas tiraban de él, pero otra luz le sujetaba. Su determinación, para su sorpresa, crecía; pero todavía no lo suficiente.

Y esa noche se acabó.

Cuando llegó al comedor, dispuesto a desayunar, advirtió que el comandante ya había terminado. Parecía nervioso.

—Buenos días.

—Buenos días, Antonio. Va a tener que darse un poco de prisa —indicó el comandante.

—¿Alguna novedad?

—Andrés Arnaiz está aquí.

—¿En la fonda?

—No, me refiero a que está en Poza de la Sal.

—Disculpe la estupidez.

—Me acaban de informar de que llegó anoche a última hora —explicó el comandante, obviando la intervención desafortunada de Antonio.

—¿Está pensando en interrogarle? —preguntó, directamente, el capitán.

—Claro. Lo que ocurre es que me han dicho que se va hoy al mediodía otra vez, con lo cual no tenemos tiempo que perder.

—Entiendo.

—Otra cosa más. El hermano de Irene tiene coartada. El sargento lo ha comprobado personalmente. Fue visto por más de una veintena de personas el día de la muerte de su hermana trabajando en las salinas con su padre. Antes, durante y después de la hora estimada de la muerte.

—¿Y en lo que respecta a Blanca?

—Sinceramente, ¿cree que cambiará algo?

—No. Por lo tanto el hermano descartado.

—Descartado —confirmó el comandante.

—¿Le han dado novedades del alcalde?

—Aparentemente, investigar al señor alcalde cuesta un poquito más. La preceptiva discreción lo dificulta y retrasa. Todavía no.

—Claro —repuso Antonio, punteando la libreta de notas que

siempre y en todo lugar le acompañaba.

Diez minutos después ambos salían por la puerta de la fonda. La calle relucía brillante, pulida por la lluvia. Diego se abrochó el capote y comenzó a andar con una cadencia de paso de marcha militar. Era evidente su excitación. «¿Qué me ocultas, Diego?», pensó Antonio.

La residencia de los Arnaiz se encontraba fuera del casco urbano de Poza de la Sal. Extramuros, decían, en referencia a los restos de las murallas que circundaban el núcleo medieval de la villa. Era un caserón blasonado de sillería. Un cercado de piedra de considerable altura, coronado con alambre de espino, protegía el edificio.

—Un poco exagerado, ¿no? —murmuró el capitán.

—Depende.

—¿De lo que se quiera proteger?

—O esconder —sentenció el comandante.

La apertura de la puerta del recinto interrumpió la conversación. Una mujer del servicio, uniformada con cofia y delantal blancos, les recibió.

—¿Desean algo los señores?

Los capotes brillantes ondeando al viento no parecieron ejercer impresión alguna sobre aquella mujer. Quizá el hecho de que fuese la única prenda militar que llevaban puesta reducía el respeto infundido.

—Nos gustaría, si es posible, hablar con el señor Andrés Arnaiz —solicitó, en tono manifiestamente cortés, el comandante.

—¿A quién tengo el gusto de anunciar?

—Comandante Rosales y Capitán Rodríguez.

—Un momento por favor.

Diego y Antonio fueron conminados a pasar al interior de la propiedad. Entre el muro y la casa, un jardín enorme adormecía teñido de verde blanquecino. Mientras, un grupo de almendros pelados se cobijaba en una de las esquinas. El camino que llevaba hacia la puerta del edificio estaba flanqueado por sendas hileras de plátanos. La lluvia les inducía a avanzar con celeridad hacia el porche.

—La Guardia Civil siempre será bienvenida en esta casa.

La voz provenía de la persona que salió a su encuentro. Era un hombre joven que, aunque bien parecido y elegantemente vestido, aparentaba ser mayor de lo que era.

—Pasen, por favor.

Entraron al interior de la casa, «de la mansión», pensó Antonio. Un hall impresionante decorado con motivos de caza ilustró el trayecto hacia el salón donde fueron conducidos. El joven se detuvo cerca de la chimenea. Antonio le imitó. El comandante se paró en seco, como si el final del camino le hubiera cogido por sorpresa, como si hubiese

deseado un trayecto más largo. Antonio comprendió. Sin duda su comandante estaba preparando la estrategia. No sería fácil aquel interrogatorio, máxime cuando el interrogado no había sido avisado a tal efecto.

—Vaya día, ¿verdad? —comentó el joven, frotándose las manos al amparo del calor despedido por el hogar.

—Desde luego. Este año parece que tenemos frío de verdad —repuso el capitán, pretendiendo ganar algunos segundos extra para su compañero.

—Bien. Creo que querían hablar conmigo, ¿no? Soy Andrés Arnaiz.

Aquel nombre fue el interruptor. El comandante despertó.

—Permítame que me presente. Soy el comandante Diego Rosales. Me acompaña el capitán Antonio Rodríguez. Encantados de saludarle.

—Igualmente. Y bien, ¿qué les trae por aquí?

«Ni la más mínima señal de preocupación, miedo o nervios —pensaba Antonio—. Quiere ir directo al grano.»

—Verá, estamos al mando de la investigación de los asesinatos que recientemente han sido perpetrados en Poza de la Sal —explicó el comandante.

—Irene y Blanca —corroboró Andrés Arnaiz.

—Desgraciadamente. Dado que, por lo que sabemos, Irene estuvo trabajando por un tiempo en esta casa antes de morir, me pregunto si sería posible comentar algún detalle con usted.

—No hay problema. No obstante he de decirles que la Guardia Civil ya estuvo por aquí días después del crimen.

—Estamos al corriente. Sin embargo, si no le importa, como le digo, nos gustaría repasar algunos puntos con usted.

—Por supuesto. No obstante, ¿por qué conmigo en particular y no con mis padres, que son los que más están aquí?

«Espero que el comandante tenga una buena respuesta preparada», exclamó para sus adentros el capitán. Pero no, no era así, el comandante tampoco había anticipado aquella pregunta y, por lo tanto, la recámara relucía completamente vacía y desolada.

—Querríamos conocer su opinión, eso es todo —respondió con calma el comandante.

La ausencia de brillantez de la justificación esgrimida, estaba siendo cubierta con creces por el aplomo del paladín. El comandante, entendió Antonio, había utilizado la sencillez para salir del atolladero. Si bien sin convencer, eliminaba la opción de ser rebatida. Suficiente para continuar.

—Ustedes dirán entonces —propuso Andrés Arnaiz, encogiéndose de hombros.

—¿Podría decirnos cuándo comenzó a trabajar Irene en la casa?

El tono excesivamente formal empleado por el comandante, así

como la introducción por medio de una cuestión relativamente aséptica, indicaba, a juicio del capitán, la cautela y esmero seguido por su compañero. Sin duda, la ocasión no podía ser desaprovechada. Antonio había adoptado una postura discreta. Sabía que era el momento de Diego.

—Creo que entró a trabajar en la casa unos meses antes de… —Andrés dejó en suspenso la frase—. No estoy seguro de cuántos exactamente, pero me suena que unos cinco aproximadamente.

El comandante asintió.

—¿En qué consistía su trabajo?

—Bueno, lo habitual, creo yo. Labores de la casa como cocinar, limpieza…

—¿Servía a alguien en particular?

—Explíquese, por favor —solicitó Andrés.

—Me refiero a que si servía en especial a algún miembro de la familia.

—No, en absoluto.

Antonio se dio cuenta de que el comandante acababa de percibir algo. ¿Podría ser que esa última respuesta del interrogado fuese diferente? El capitán intentó comprender. No quiso ni siquiera mirar a su compañero para no delatarse, sin embargo lo intuía. El silencio que surgió tras aquella frase fue artificialmente más largo. La respiración del comandante se aceleró de forma prácticamente imperceptible para el oído profano. ¿Qué ocultaba aquella frase tan simple? ¿Quizá el hecho de que suponía una doble negación a una afirmación en apariencia irrelevante? En cualquier caso, la carrera estaba lanzada y era menester esperar a su conclusión.

—¿Qué horario de trabajo tenía? —continuó el comandante.

—Creo que venía por las mañanas, hasta la hora de la comida aproximadamente —respondió con parquedad Andrés Arnaiz.

—¿Cómo era Irene? ¿Era una chica, no sé…, normal? ¿Era agradable? Guapa ya sabemos que lo era.

Diego, a juicio del capitán, estaba mostrando una mayor torpeza que lo que habría de esperar de su pericia. Sin embargo Antonio mantenía el convencimiento de que todo seguía formando parte de su plan. Tenía que ser así. Sabía que no quería abordar directamente al presunto sospechoso, por lo que estaba dando vueltas a su alrededor, de igual manera que el boxeador trata de confundir y mantener ocupado a su rival a la espera del golpe decisivo.

—Qué quiere que le diga. Irene era como cualquier chica de su edad, creo yo. Era alegre, sencilla y trabajadora. No teníamos ningún problema con ella, más bien todo lo contrario.

«Se desea lo que se ve», recordó en ese instante Antonio.

—Ruego no se moleste pero es mi deber preguntarle, dada su

juventud, si tenía usted algún tipo de, digamos, relación singular con Irene.

«Primera salva lanzada.»

—En absoluto —contestó, con sorpresa, Andrés—. ¿A qué viene esto?

—Insisto en pedirle disculpas. Ha de entender que tenemos los cadáveres de dos chicas en este pueblo. Estamos embarcados en la investigación de los asesinatos y no podemos dejar ningún cabo suelto. Es nuestro deber considerar y descartar todas las opciones posibles. No me cabe la menor duda que usted en su profesión de…

—Médico.

«¡Médico! ¿Cómo era posible que se les hubiese pasado por alto comprobar aquel detalle? Tenía razón el comandante cuando aseguraba que siempre se cometen errores. ¿Quién mejor sería capaz de realizar los cortes en las arterias, las extracciones de órganos y las amputaciones con semejante precisión? Definitivamente Diego es excepcional.» Antonio a duras penas era capaz de reprimir sus pensamientos. Recordó, igualmente, los adornos y detalles relacionados con la caza que acababa de ver en el pasillo, incluyendo un cuchillo del tipo del supuestamente utilizado para desmembrar y eviscerar a las chicas.

—Médico —prosiguió, impertérrito, el comandante—. Como decía, seguro que cuando se dispone a diagnosticar a un paciente estudia y valora todas las posibilidades y variantes existentes. Planteando y descartando enfermedades que pudiesen adecuarse, de alguna manera, al cuadro sintomático de su paciente.

—Por supuesto —apostilló, escuetamente, Andrés—. Y ya, para ponérselo fácil, le diré que el día en que murió Irene, estuve todo el tiempo en casa estudiando y trabajando. Puede comprobarlo si quiere…

—No es necesario —dijo, con seguridad, el comandante.

«¡Buena respuesta! Además, seguramente sería inútil hacerlo. Nadie dudaría de la palabra de un Arnaiz. Sin embargo acaba de admitir que estuvo aquí ese día. ¡Suficiente!», pensó el capitán.

—Agradecido.

—¿Algún detalle que considere que pueda ser de nuestro interés?

—No que yo sepa —dijo Andrés, tras reflexionar unos instantes—. No obstante, si me doy cuenta de algo, así se lo haré saber.

—Por favor.

Como si se tratase del descanso en una sesión de cine, el interrogatorio pareció llegar a un punto muerto. El comandante estaba perdiendo la iniciativa, en opinión de Antonio, quien no entendía ya lo que pasaba. Andrés Arnaiz sonreía.

—Por nuestra parte, nada más. Muchas gracias por su tiempo y

colaboración y perdone por las molestias —añadió Diego.

—Siempre a su disposición. Permítanme que les invite a tomar algo. ¿Les apetecería un oporto?

—Lo siento, estamos de servicio. Además, no queremos abusar de su confianza. Debemos irnos.

—Como deseen. Les acompaño —ofreció Andrés Arnaiz dirigiéndose hacia la puerta.

La sorpresa que había invadido al capitán se transformó en desconcierto. ¿Qué pretendía su comandante? Y de repente, sobrevenidamente, como un relámpago desgarrando la placidez de noche, la voz del comandante fue el trueno que seguía a la explosión de luz:

—Por cierto, ¿conocía usted a Mary Edwards?

El rayo cayó sobre el árbol. El boxeador sacó su golpe definitivo. El cazador abandonó su puesto y se abalanzó sobre su presa.

# XVII

Llegamos pronto, la mañana siguiente, a Madrid. No podíamos dejar pasar más tiempo. No malgastaríamos algo tan preciado cuando merece la pena disfrutarlo. Era otro día plomizo y cenizoso, si bien la capital nos obsequió con una porción del calor que huía espantado de la tierra numantina. Carmen, a mi lado, dormía plácidamente. La miraba con cierta nostalgia, como si ya no estuviese conmigo. Como si fuese su esencia incorpórea, su imagen, quien me acompañaba. No pude reprimir estirar mi brazo derecho y acariciar su pelo. Era real. Sus cabellos penetraban entre mis dedos para dejarse caer rozando con suavidad mi muñeca. Su respiración, bálsamo para mis oídos, se oía pausada y tranquila. Mi corazón sediento ansiaba acompasar su paso al vaivén de su pecho. Mi vista se quedaba pegada a su figura, atraída por unos cantos celestiales procedentes de algún lugar nebuloso y errante. Aquella música, pentagramas volátiles, me llevaba hacia ella mi palacio.

Nunca anteriormente había relatado a Carmen los viajes al templo de Debod realizados en compañía de mi padre. Sin razón ni propósito alguna, tal olvido, porque así era realmente, quizá respondía a un intento inconsciente de borrar de mi pasado la semilla, el germen, de episodios que no debieran de existir en el futuro. O bien era la inconveniencia del anclaje miserable a la felicidad perdida. Pero como la justicia del tiempo no es justa y la tiranía de la indeterminación —o determinación— sustituye a la razón, aquel esfuerzo infructuoso de mi subconsciente piadoso fue destrozado, ninguneado, por el devenir de mi destino.

Hay quien dice manejar, controlar, su suerte, moldearla a su gusto, de acuerdo con sus intereses. Hay quien persigue su propia suerte, la que desea. Hay quien crea su propia suerte. Hay a quien su suerte le moldea, le cambia, le atormenta; le sepulta. El primero vive; el segundo, en ocasiones, quiere morir, trascender, liberarse. Otras veces, cuando los hados así lo quieren y permiten, se resigna o, incluso, lo disfruta.

Pero en algunas ocasiones, Dios no permita sean legión, lo que viene te corroe y te agosta, forzándote a devorar a otros más sin que lo puedas evitar, sin que lo quieras. Esto es lo que anhelo creer, aunque sea yo el reo, aunque sea yo el perseguido.

Los transeúntes se agolpaban en las aceras. Andaba, casi corrían, de un lado a otro. Yo les observaba. «Afortunados ellos», pensaba, sin saber absolutamente nada acerca de sus respectivas existencias. Sin entender por qué yo no lo era, por qué yo no lo sería. Aquella idea me había surgido involuntariamente, como el humo que se aleja de la hoguera, como el vapor que se despega del agua hirviente.

—¿Hemos llegado?

Carmen acababa de despertar. Intentaba sacudirse la somnolencia mientras escudriñaba el exterior. Hablaba entre bostezos suaves y delicados.

—Sí. Ya estamos.

—¿Estamos lejos del templo?

—No, de hecho estamos a dos calles del parking donde normalmente dejábamos el coche cuando venía con mi padre.

«Normalmente.» La repetición de lo cotidiano, de lo habitual, por alejado en el tiempo que esté, provoca sensaciones de añoranza, olor a costumbre, a familia.

—Estupendo.

—¿Cansada?

—¡Qué va! Tengo ganas de bajarme del coche, simplemente.

«Yo también.» Ganas de acabar. De no haber empezado.

Ya fuera del coche, aprecié con agrado el poder estirar las piernas, tensadas tanto por el viaje como por los nervios. Al fondo el templo de Debod esperaba paciente. Tras su viaje de la Baja Nubia, cerca de la Primera Catarata, al parque de la Montaña de Madrid, era del todo disculpable semejante actitud. Había sobrevivido a la inundación de la presa de Asuán. Había sido salvado de las aguas, al igual que el propio Moisés. Su majestuosidad y altanería, cómo no, habían de ser respetadas. Su color parduzco, sintetizado por las arenas del desierto que le habían dado la vida, contrastaba con el blanco azucarado de las nubes que asomaban a su espalda.

—Parece muy bonito —aseguró Carmen.

Y lo era. Independientemente de lo que encontrara acechando entre sus muros, su belleza era incuestionable. A pesar de haberlo visitado ya muchas veces, nunca había perdido esa suerte de magnetismo que emanaba. Sin embargo, en aquella precisa ocasión, no era su encanto estético lo que tiraba de mí, lo que hacía que la frecuencia de mi paso se acelerase de forma inusual.

—No se va a escapar.

Carmen se esforzaba en seguir mi paso. Sin darme cuenta, la estaba dejando atrás. No veía el momento de llegar. Tan sólo cruzar la calle Ferraz y estaría allí. Allí. Ya alcanzaba a ver la gente que esperaba para entrar. Un grupo de chavales, seguramente de algún colegio, se agolpaban delante del guardia de seguridad de la entrada. Sus tutores,

infructuosamente, trataban de poner orden.

Poco después, una eternidad, estábamos en la cola. Carmen, consciente de la relevancia del momento, me había cogido de la mano. Delante de nosotros, dos niñas pequeñas, la una pelirroja y la otra de cabello castaño, nos miraban ofreciéndonos sus mejores sonrisas. Carmen charlaba con ellas. Se llamaban, por lo visto, Ana y Rebeca. Para ellas era un día de vacaciones.

—No hay mucha gente, ¿no?

—No. Parece tranquilo —corroboré el comentario mundano de Carmen.

La intensidad del instante no me hacía olvidar, y menos apreciar, los esfuerzos que Carmen hacía para apaciguar mis nervios y normalizar, en la medida de lo posible, la situación. Su voz, más aterciopelada que nunca, era mi láudano. El movimiento de sus labios brillantes, caricias carmesíes para mis ojos. No era la charla banal del ascensor, eran las palabras de consuelo del médico al enfermo.

Nos llegó el turno y entramos. Tras dejar atrás los dos pílonos, nos encontramos delante del templo. Yo lo recordaba perfectamente. El tiempo se adhería a mis sentidos. A mi vera Carmen guardaba silencio. Sin embargo, era tal la sensación de cercanía que llegó a invadirme que si, repentinamente, me hubiese encontrado a mi padre en su lugar únicamente la certeza de su muerte me habría forzado a pensar que era una alucinación, un sueño.

La Capilla de Adijalamani estaba tras el vestíbulo o pronaos, como lo llamaba mi padre siempre, a quien el uso de terminología arqueológica le apasionaba. Ptolemaico, intercolumnio, papiriforme. Todas ellas eran palabras que se habían asentado, desde mi niñez, en mi vocabulario con naturalidad.

La capilla estaba completamente decorada con relieves e inscripciones. Todas sus paredes cubiertas con figuras y jeroglíficos. Carmen iba con una de mis fotografías en la mano intentando localizar el lugar exacto en el cual había sido tomada.

—¡Ahí es! —exclamó de repente.

EL DIOS HORUS PURIFICANDO CON AGUA AL FARAÓN ANTE EL DIOS IMHOTEP, rezaba el cartel al pie del friso inferior de la mitad sur de la capilla.

—¡Éste es! —repitió Carmen.

—Sí —asentí yo.

En efecto, aquél era el lugar exacto donde, año tras año, mi padre me hacía la misma fotografía. «Será para ver cómo voy creciendo», me aventuraba a pensar por aquellos entonces. Pero no, ahora sé que no era ésa la razón. En absoluto.

Dioses, faraones e inscripciones. ¿Qué secreto guardaban? Otro

rompecabezas ya hecho y terminado pero cuyas piezas no era capaz de identificar. Horus era uno de los dioses más conocidos del panteón egipcio. En cuanto a Imhotep, mi padre me había hablado en repetidas ocasiones de él: médico, astrónomo y arquitecto durante la Tercera Dinastía, artífice de la pirámide escalonada de Saqqara, que acabó siendo divinizado. Era una escena ritual que no despejaba en absoluto las cerradas nubes impenetrables que ocultaban el supuesto mensaje que yo habría de ser capaz de descubrir y comprender.

—¿Qué? —me preguntó Carmen.

Negué con la cabeza. Eran figuras, imágenes y escenas familiares pero mudas. Dormidas sobre las paredes pétreas que las alojaban.

—¿Quizá las inscripciones?

«¡Los jeroglíficos!» No se me había ocurrido pensar en ellos. Nunca en todas mis visitas les había prestado la menor atención. Un elemento decorativo más. Y eso que mi padre, curiosamente, nunca había cejado en sus esfuerzos de despertar mi interés por la cultura egipcia. Me enseñó las diferencias entre la escritura jeroglífica y la hierática. Me mostró cómo los nombres de los faraones, dioses y otros personajes importantes, se representaban en cartuchos, distinguiéndose del resto de los jeroglíficos de un texto por el hecho de estar dentro de una especie de círculos u óvalos elongados. El porqué de este interés desmesurado y extraño de mi padre en la lengua del Antiguo Egipto era, por aquellos días, incomprensible para mí. Máxime cuando no era, en absoluto, una persona aficionada a la arqueología.

Aparcando todas estas especulaciones, inicié un barrido visual sobre las inscripciones dispuestas en, para mi entender, orden anárquico alrededor de las figuras de Horus e Imhotep. No sabía si leer de izquierda a derecha o al revés. Lo mismo me ocurría con las disposiciones verticales. Por lo poco que sabía de los idiomas orientales me imaginé que sería de derecha a izquierda y de arriba abajo, con lo que procedí a buscar el, de acuerdo con mis recién asumidas hipótesis, inicio de las inscripciones, el lugar desde el cual, supuestamente, debería comenzarse su lectura.

Se empieza desde el lado hacia el cual miran tanto los jeroglíficos como las imágenes y se sigue de arriba abajo —intervino, leyendo mis pensamientos y respondiendo a mis tribulaciones, Carmen.

—De izquierda a derecha… Justo al revés de lo que pensaba —agradecí.

—Me lo imaginaba.

—¿Cómo sabías que…?

Dejé la pregunta sin concluir. No merecía la pena. Carmen siempre me superaba en este tipo de cosas.

—Manos a la obra entonces —añadí.

Las inscripciones tampoco me inspiraron. Si bien, ¿por qué habrían de hacerlo?, me decía. Era incapaz de traducir —o transliterar, que al parecer era el término correcto— aquellos símbolos. Me recordaba esa sensación a un suceso curioso de los muchos que poblaron mi todavía cercana primera juventud. En una ocasión me disponía a salir con un amigo un sábado por la noche. Íbamos en su coche cuando de repente éste se paró. En el medio de la noche, abrimos el capó y alumbrándonos con una linterna, comenzamos a tratar de descubrir el motivo de semejante avería inoportuna. Al cabo de unos minutos de concienzudo análisis mi amigo, mirándome estupefacto me dijo:

—¿Se puede saber que estamos mirando si ni tú ni yo sabemos nada de motores?

—No me digas, pero es que como te veía tan decidido…

Tras ese corto pero esclarecedor auto de fe, optamos por esperar a que pasara algún conocido. Afortunadamente el coche, en un acto de compasión inanimada, tuvo a bien resucitar por sus propios medios.

Pacientemente, aunque, he de decir, con un ápice de desilusión y, por que no admitirlo, desgana, mi vista iba resbalando por los jeroglíficos. Pájaros, cuadraditos, semicírculos, pies… un sinfín de símbolos en ignota procesión. Cartuchos, a modo de barcos con las bodegas repletas de más ideogramas, navegando entre ellos. Sin embargo, la carga de uno de esos cartuchos me llamó poderosamente la atención.



Eran cinco jeroglíficos que por separado carecían de significado para mí. Pero cuando los vi allí, formando un todo, un conjunto ordenado, el cielo se despejó. Una explosión de luz regó mi cerebro y, como Lázaro, un recuerdo muerto resucitó.

—¡No puede ser! —exclamé.

—¿Qué? —preguntó, sorprendida y desconcertada, Carmen.

—¡No puede ser! —repetí.

—¿Qué sucede, Rodrigo?

Por increíble que resultara, había reconocido aquellos símbolos. Acababa de recordar que los había visto antes.

—Un verano, cuando tenía, creo, diez años, mi padre me llevó a la huerta de mi abuelo una tarde. Se trataba de, palabras textuales,

«jugar al juego del futuro».

El pasado lejano, el pasado feliz, el pasado añorado, había llamado a mi puerta. Yo la había abierto con ilusión y nostalgia.

—Llevamos una caja de madera. La tapa estaba decorada con unos dibujos extrañísimos que a mí, entonces, me recordaban a escenarios de películas históricas de faraones egipcios. Cada uno de nosotros escribiría en una hoja un mensaje para los «habitantes del futuro» que guardaríamos en la caja. «Para nosotros mismos“», añadió mi padre. Curiosamente, no eran folios o cuartillas de las que habitualmente se usaban para escribir cartas. Eran unas cartulinas finas de colores bastante grandes que tuvimos que doblar para que cupiesen en la caja. Yo, a decir verdad, no recuerdo lo que escribí.

—¿Y Ernesto?

—No dejó que lo viese argumentando que los mensajes eran secretos.

—¿Qué hicisteis con la caja? —retornó Carmen, tras una breve pausa.

—La enterramos al pie de un almendro, pero eso no tiene sentido…

—¿Por qué?

—Porque unos días después, mi padre me enseñó un trozo de madera roto con parte de los dibujos, mejor dicho, de los jeroglíficos, de la caja.
Por lo visto algún animal, posiblemente el gato que acostumbraba a colarse en la huerta, la había desenterrado y destrozado.

—¿Y has reconocido los jeroglíficos?

—En efecto —afirmé, a la vez que señalaba el cartucho en cuestión.

Pensé en aquel día. Hice un recuento mental, en la medida de lo posible, de cómo había trascurrido. Mi padre, con una azadilla cavando al pie del almendro, enorme y frondoso, vestido de blanco, que había visto crecer desde que era una frágil rama embutida en una maceta. Yo sujetando la caja, asegurándome que estaba bien cerrada. No podía pasar lo que un par de años antes había ocurrido con el plano del tesoro que había dejado a merced del azar —y de las inclemencias del tiempo— en espera de ser recogido por algún incauto. El mismo que en mi infantil imaginación estaría dispuesto a buscar la palmera al lado de la roca en la isla de Garmia, y que fue derrotado y adelantado por la lluvia y el viento, por el barro y las piedras.

Entre los dos depositamos la caja en el hoyo y procedimos a echar encima la tierra, la cual, al chocar contra la madera, producía un sonido inconfundible emparentado con el que dominaba en los sepelios, con el que sobrevolaba los murmullos tímidos y mecánicos

de la congregación, aquel que hacía estremecer el alma, aquel que anudaba las tráqueas; el que dejaban las primeras paladas de tierra al caer sobre el ataúd del finado. Mis pies pisando la tierra húmeda, cerciorándome de que quedaba bien apretada. Por último, mi padre hizo unas marcas en la corteza del almendro. Nuestras iniciales, nuestra marca, nuestra huella.

¿Qué propósito tenía aquello? ¿Sería posible que mi padre me estuviese dejando una suerte de pistas sin propósito ni fin alguno, un rastro enloquecido, un laberinto sin salida? No podía creer que hubiera dispuesto todas aquellas señales para guiarme a un barranco, a un precipicio. Además, ¿por qué no decirme lo que fuere directamente en lugar de todo esto? ¿Por qué complicarlo tanto? Si bien, por otra parte, si había de ser así, ¿acaso debería querer conocer las razones que motivaban semejante comportamiento? ¡Qué vana osadía!

Eran muchas las piedras que no encajaban y presentía que aquella caja podría ser parte de la clave, la piedra en la que se apoyaba la cúpula, el secreto del panteón de Agripa. Un diminuto estuche de madera grabado con extraños jeroglíficos, enterrado y posteriormente destrozado por las garras de un gato hambriento de unas cartulinas de colores. Por fuerza debería existir alguna explicación. Era, más allá de un deseo, una necesidad. Terminar en ese momento, con aquellos pedazos de tabla desvaneciéndose de mis manos infantiles sería como fundirme con las dunas del desierto, como ver la tierra prometida desde el monte Orbe.

—Ciertamente, no tiene sentido —dijo Carmen, tomando el testigo de mis pensamientos—. De ser así, y ser consciente, como creo que lo era, de lo que ibas a hacer, lo habría arreglado, lo habría dispuesto nuevamente para que pudieses continuar.

—¿En qué estás pensando cuando dices que era consciente de lo que yo haría?

—Lo sabes perfectamente, Rodrigo —afirmó Carmen.

¡Cómo no habría de saberlo! ¿Cómo podría atreverme ya a negarlo, a ponerlo en duda? Poco antes de abandonarnos, mi padre me había indicado la salida, el comienzo de un camino que yo debería recorrer y terminar hasta llegar a mi destino. Mi padre me había querido, tras muchos años de una desavenencia siempre para mí incomprensible, trasmitirme algo. Pero, no podía evitar dejar de pensar, ¿qué podría ser aquello que no había podido ser pronunciado? Ése era el interrogante que me obsesionaba.

El fin del camino llegó para mí mucho antes de lo esperado, azuzado por una prisa imberbe y atroz. La meta me alcanzó sin darme oportunidad a huir. Recibí, a mi pesar, el galardón y el trofeo. La sombra, el día sin sol, me cubrió.

—Tengo que comprobarlo —irrumpí.

Carmen aguardaba paciente y comprensivamente a que yo continuara.

—Tengo que comprobar que la caja no está —insistí.

—¿Recuerdas el sitio exacto donde la enterrasteis?

—Por supuesto.

—¿Debo entender que hemos terminado aquí? —preguntó Carmen, al tiempo que elevaba y abría los brazos, en un gesto encubridor de la preocupación profunda que me asaltaba, pretendiendo incidir en el valor artístico del monumento en el cual estábamos y del cual no podríamos disfrutar.

No hizo falta que asintiera. Apenas una hora más tarde estábamos de regreso. El resplandor de la ciudad se resistía a diluirse y aún quedaba su impronta inmarcesible fijada en el cielo parduzco que nos despedía. Yo, prácticamente, no había abierto la boca desde que habíamos montado en el coche. Carmen puso la radio. Un locutor de voz anodina explicaba las excelencias de las patatas en salsa verde. Uno de los contertulios abundaba en tales afirmaciones basándose en la conveniencia y oportunidad del retorno de la dieta tradicional mediterránea. Yo me acababa de enterar de que, por lo que parecía, ya la habíamos abandonado. Todo ello estaba aderezado por las gracias de un humorista que yo no debía entender. Carmen tampoco.

Los faros del coche arañaban la noche que nos engullía. A medida que nos acercábamos a Soria, la carretera se me antojaba más y más ancha; despoblada como sus tierras. El resto de vehículos que remolonamente nos habían acompañado iban siendo absorbidos por los capilares que vaciaban la arteria. De vez en cuando, grupos de luces se nos acercaban por ambos lados de la carretera, descubriendo a su paso alguna gasolinera sedienta de calor o algún hotel que pretendía disimular su tristeza con carteles deslumbrantes holgados de colores y brillos. Carmen mantenía sus labios cerrados. Aparentemente estaba escuchando la radio. La tertulia de las patatas chistosas había concluido. En su lugar una locutora de voz aterciopelada presentaba las últimas novedades de la cartelera sazonadas con los chismorreos del momento. Al fondo, pegadas al parabrisas, las siluetas azuladas de las montañas. La tranquilidad de la carretera me permitía relajarme y evadirme. Podía pensar en cosas mundanas, no excepcionales. Podía recordar canciones, música. Era, como decía de pequeño cuando me acostaba, la hora de pensar, y entonces Rooster Cogburn iniciaba su galope a través del claro del bosque, brida entre los dientes, el Winchester 73 en la mano derecha y el Colt 45 en la izquierda. Shane soportaba el aguacero bajo la mirada intensa de Joey. ¿Dónde había

leído aquello? «La imaginación es la única libertad del esclavo; algo que no le puede ser arrebatado.»

De repente, los horizontes lejanos desaparecieron. Con el cansancio socavando y punzando todas y cada una de mis articulaciones, llegamos a una somnolienta Soria. Calles destellantes, humedecidas. Calles perfumadas. Calles abandonadas.

No se veía luz en las ventanas. Mi madre aún seguía curando su agotamiento. Elisa, supuse, se habría ido a su casa. Entramos despacio, procurando no hacer ruido, furtivamente. Dentro, ningún ruido nos recibió. Nos fuimos directamente al salón. No era muy tarde y era preceptivo, entendí, procesar toda la información y actividad del día previamente a irnos a dormir. Carmen, al estilo indio, se sentó en el sofá a mi lado. La chimenea, acompasada por la quejumbre de los troncos de leña al consumirse, proyectaba luz y calor sobre nosotros. Mi maternal madre la había dejado encendida pensando en nosotros.

La debilidad me consumía, y todas mis tribulaciones se habían organizado y me fustigaban sin piedad.

—¿Por qué no te acuestas? —propuso, muy acertadamente, Carmen.

—Creo que tienes razón. ¿Tú que vas a hacer?

—Yo me quedo un rato. No tengo sueño. Demasiadas emociones, ya sabes. Además, me gustaría comprobar, por si acaso, las hemerotecas de los periódicos de Salamanca en las fechas del viaje de Ernesto. Voy a navegar un poquito por Internet.

Asentí y me dispuse a ir a la cama. Además ya no sería de mucha ayuda a Carmen. Necesitaba descansar. Si había algo que no debiera emerger de aquel periódico salamantino, sin duda alguna, ella lo haría flotar; ella despertaría al monstruo de su letargo. Desgraciadamente su eficacia era portentosa. Prodigiosa. Horrenda.

Un lapso minúsculo, un intervalo ínfimo, cambió la noche en día. El amanecer perdido en el olvido, fundido por su propio brillo. Me encontraba solo en la habitación. La ventana, abierta de par en par, soltaba un chorro de claridad que inundaba toda la estancia. Sonidos sordos de pisadas penetraban sigilosamente escabulléndose del pasillo. Volvió, inocente, la sensación de las mañanas de domingo de mi época de estudiante. Mañanas que a menudo se alargaban hasta confundirse con la tarde. Pero la puerta se abrió y el hechizo se quebró. Una cabeza sombría asomó.

—¿No piensas levantarte nunca?

—¿Qué hora es?

—Casi las tres de la tarde. ¿Suficiente? —contestó mi madre, ya dentro de la habitación—. Veo que no ha servido de nada que Carmen te abriese la ventana hace un buen rato.

Mi madre hablaba como si nada hubiese ocurrido, como si la muerte de su marido supusiese el drama completo. Quise entender que era su barrera mental, esa que nos preserva de la locura. Estaba representando su papel de madre, regañándome como si fuese un adolescente. No pude evitar soltar una carcajada, previamente a obedecer y levantarme diligentemente.

En el salón, Carmen estaba esperando. Estaba nerviosa, impaciente, y sus labios reprimían parte de las frases que necesitaba destapar. Me saludó con un precipitado «Buenos días». De reojo miraba a mi madre, la cual estaba preparando la mesa. Era evidente que quería decirme algo en privado. Oportunamente mi madre salió hacia la cocina.

—¡Lo he encontrado! —exclamó.

—¿El qué? —repuse torpemente, anestesiado por la pereza somnolienta que aún no me había sacudido de encima.

Mirada asesina de Carmen. Jarro de agua fría que me espabiló en un segundo.

—Discúlpame. Te refieres a lo de Salamanca, ¿verdad?

Carmen asintió, y su enojo se diluyó en una efervescencia inusual en ella.

—Mira —me indicó.

Era una impresión del *Diario de Salamanca* fechada el día 4 de febrero de 1999, dos días después —¡cómo olvidarlo! — del infausto viaje de mi padre. De acuerdo con la noticia, el día anterior habían encontrado el cadáver casi desangrado de una chica, A. C. eran sus iniciales, en el parque de San Francisco. Las extremidades inferiores habían sido cercenadas y colocadas cuidadosamente a su lado. Igualmente había sido eviscerado. Parte de los intestinos habían sido devorados, en apariencia y a expensas de los resultados de la autopsia, por algún animal. Un foto de la víctima tapada con una manta de plástico azul rodeada de policías ilustraba el artículo.

¿Qué puedo decir? ¿Que fui sacudido por la sorpresa? ¿Que quedé sobrecogido? ¿Que no podía creerlo? ¿Que debía de tratarse de un error?

En absoluto.

Leí el artículo como si se tratase de una noticia mundana, anodina. Ajena a mí. No era que tuviese la certeza de que mi padre hubiese sido capaz de hacer semejante atrocidad, era, más bien, que no me extrañaba. ¿Cómo definir ese sentimiento? No lo sé; no me siento capaz de explicarlo. Carmen, expectante, atendía a mi reacción. Yo no sabía qué hacer o decir. Me limitaba a negar con la cabeza sin apartar la atención del papel. «¡Papá, papá! ¿Qué has hecho? Tú no eras así», quería pensar y anhelaba creer. El ser que me creó, mi padre, era otra persona. Tenía que ser otro. Yo le conocía, no podía ser, insistía. La lógica luchaba contra mis deseos. Pero ¿qué más podría esperarse de

un hijo?

—Di algo, por favor —dijo Carmen.

Al parecer, había estado paralizado por aquel artículo infame más tiempo del que creía. De todas las maneras, no tendría sentido afirmar lo contrario, tampoco sabía que decir. Desde el propio hecho en sí mismo, hasta lo que yo, en mi interior, sentía, todo era indescriptible. ¿De dónde habría de extraer las palabras? ¿Acaso alguien había tenido que enfrentarse a semejante barbaridad con anterioridad? Infeliz de mí. No lo vi venir. Aunque, por otra parte, ¿Qué habría cambiado? Por lo que ahora sé, me temo que nada, de ninguna manera. Qué mejor refugio que la ignorancia. Que Dios me perdone y, cuando el día llegue y tenga que pagar, que tenga misericordia de mí. Porque si la justicia existe, si el destino es justo, sin duda ese momento llegará.

Carmen continuaba esperando, pero mis palabras se escondían. Mi torturada voluntad se debilitaba por momentos, y toda la entereza que había mantenido hasta entonces estaba a punto de desmoronarse. Mis recuerdos, mi pasado: todo se resquebrajaba. Mi vida era un espejo roto que reflejaba imágenes repugnantes y atroces. Una fotografía en blanco y negro cubierta de sangre y vísceras.

—No puede ser un error, ¿verdad? —acerté a decir.

—No lo creo así, Rodrigo —repuso Carmen, reuniendo toda su dulzura, haciéndose cargo de la situación, de mi situación.

—Yo tampoco.

Me vi forzado a respirar profundamente. La realidad se me estaba comiendo. Acababa de llegar a un punto a partir del cual nada volvería a ser lo mismo. El juego se acababa. Hasta entonces la curiosidad había guiado, principalmente, mi búsqueda. A partir de ahora serían el miedo y el horror quienes lo harían. Indefectiblemente surgía, martilleante, la cuestión: «¿Por qué no lo dejo? ¿Por qué no hago como Elisa, o como mi madre? ¿Por qué no quiero vivir como hasta ahora?». Muchos años buenos, aceptablemente felices, me habían acompañado. ¿Por qué no continuar igual? En apariencia la solución era tentadora, asombrosamente sencilla. Fácil, sí; pero imposible. Algo indescriptible, primario, me empujaba, me obligaba a seguir aquella luz tan negra, a buscar el faro en la tormenta.

—¿Crees que tiene algo que ver con el mensaje de tu padre?

—Por desgracia sí.

Carmen asintió. Era inevitable.

—No puedo entender qué tipo de relación puede haber, pero intuyo que existe —continué.

—Así lo creo —corroboró Carmen.

Las espigadoras, la cueva Corazón, el templo de Debod, Imhotep. ¿Qué podían tener en conexión con la botella de sangre o con el cuerpo desmembrado y eviscerado de Salamanca?

¿ —Qué me dices de un paseo a la huerta después de comer? Porque no estarás pensando en la siesta, ¿verdad? —planteó Carmen, en un tono que denotaba un propósito claro de aliviar el mal trago por el cual yo estaba pasando.

—Me parece estupendo —repuse con una sonrisa de circunstancias.

Mediaba la tarde cuando llegamos a la huerta de mi abuelo José, el padre de mi madre. Hasta el día de su muerte, había acudido diariamente a trabajar su huerto, cuidándolo con esmero, como si se tratase de otro más de sus hijos. Me sorprendió, por lo tanto, su estado de abandono. No obstante mi atención se centró de inmediato en el almendro. Parecía que no había crecido, que se había resistido a envejecer. Tal fue la impresión, que estuve tentado hasta de asegurar —cosa del todo ridícula— que estaba en el mismo sitio. Una vez a sus pies me puse a excavar con la pala que habíamos traído.

—¿Seguro que es ahí?

—Sí, frente a la entrada. Además, mira, están las iniciales que grabamos en su corteza —repuse con seguridad señalando una E y una R ennegrecidas pero todavía visibles.

Al poco, y como sucede en las películas, la pala chocó contra algo duro, despidiendo un sonido hueco. Nuestras miradas se cruzaron. Me agaché y me dispuse a extraer la tierra con las manos. Fuera lo que fuese, no podía arriesgarme a romperlo o dañarlo. Con cuidado saqué un bulto de forma rectangular envuelto en plástico. Tras quitar, muy despacio, aquel recubrimiento, apareció una nueva envoltura de papel de periódico. Al fin emergió la caja buscada. La caja de mis recuerdos. La caja rota. La caja que no debía de existir. Sin embargo su apariencia era impecable e Imhotep resplandecía.

—Dios mío. ¡Es increíble! —exclamé.

Los jeroglíficos estaban intactos, en perfecto estado de conservación. Sin duda, mi padre me hizo creer de niño que la caja había sido destruida, con el objeto de preservarla hasta que el momento justo y adecuado —ahora— llegara. En uno de sus laterales, un cierre metálico herrumbroso aguardaba, sin duda menos nervioso que yo, su apertura. Carmen me observaba, en silencio, con atención, dejándome oficiar el momento, cediéndome el protagonismo. Una ráfaga de viento surgió de la nada, arrastrando consigo un enjambre de hojarasca. Mientras me atravesaba, no pude si no preguntarme: «¿Qué estoy haciendo?». Pero la respuesta se hundió en las arenas movedizas de mis entrañas. Con delicadeza, toda la que me salió, abrí la tapa. Lo primero que salió a la luz fueron las cartulinas de colores, una azul y otra roja. Allí estaban dormidas y dobladas. Debajo, una especie de estuche de cuero, del tamaño de un libro, asomaba. Le pasé la azul a

Carmen.

Ésta debe ser la tuya —dijo, tras unos instantes, extendiéndome la cartulina.

Su mirada, tranquila y acogedora, reflejaba una ternura que contrastaba con el temblor que se había apoderado de mis manos. No estaba equivocada. Era la mía. Lo cierto era que no recordaba lo que había escrito. Mi desidia, mi indiferencia, lo había borrado de mis registros. Sin embargo cuando lo vi, retornó a mi memoria de inmediato. Mi mensaje era un dibujo. Una casa con garaje adosado, un árbol, una nube. Unos pájaros volando a la altura de un sol. Era la casa en la cual me había criado. Mi casa.

Sin mediar comentario alguno adicional tomé la segunda cartulina, la de color rojo. La desdoblé: «Te quiero», era el mensaje. Dos escuetas palabras que, desde el pasado, resonaban con fuerza en aquel presente también pasado ya. Se lo pasé a Carmen, quien, tras leerlo, me abrazó. Pero mis lágrimas no pudieron ser contenidas y toda mi angustia se desató. Acompasadamente, el viento dio paso a un aguacero que anegó mi llanto. Carmen, tomando mi brazo, soportando la enfurecida lluvia que yo ni siquiera notaba, me sacó, sin apurar el paso, de la huerta. Atrás quedó el agujero sin cubrir, guardado por una pala abandonada y flanqueado por un montoncito menguante de tierra, al pie del almendro.

Atrás quedé yo.

# XVIII

El tiempo había retrocedido y Antonio volvía a ser un niño. Junto a su amigo Pedro había ido a la chopera donde habían construido su última cabaña. Tan sólo unas cuantas piedras sobrepuestas coronadas por un entramado de ramas y hojarasca. Al llegar, una tremenda desilusión les esperaba. Su cabaña había sido destruida. ¿Quién podría haber cometido semejante infamia? Descorazonados, con la desesperación que puede acumularse a los diez años, trataron de reconstruirla. Fue un intento aciago, dado que las piedras habían sido dispersadas y las ramas de la techumbre destrozada. Su rabia y entusiasmo juvenil fueron vencidos por la noche. El sol se escondió y no podían continuar. Tan apagados como el astro que les había abandonado, derrotados, emprendieron el camino de vuelta a casa, no sin antes jurar venganza. El mundo estaba lleno de maldad. Sospechaban de los culpables y querían verlos cara a cara. En esos momentos estarían, previsiblemente, jugando todavía en la plaza. Exhaustos por el trabajo infructuoso realizado, jadeantes por el camino recorrido, enfurecidos e indignados, llegaron al lugar que perseguían. Allí estaban los infames y desalmados que habían sido capaces de tal cobardía. Amigos contra amigos. No decían nada, pero no les miraban a la cara. «¿Habéis sido vosotros?», preguntó Pedro sin mediar palabra. No hubo respuesta. «Habéis sido vosotros, ¿verdad?», insistía Pedro. Entonces el silencio les trajo la certeza de su culpabilidad. Así, sin defenderse, aquellos gallinas echaron a correr.

El momento requería su más absoluta concentración, pero Antonio apenas podía mantenerse entero. Su espíritu estaba irremediablemente minado, y las bocas demasiado grandes para ser tapadas. Su atención divagaba. Iba y venía; se perdía en el éter circundante y extradimensional. Su cuerpo aguantaba, pero su alma se quebraba. Era ajeno a la obra de teatro que él mismo había de representar. Muchas veces espectador, a veces protagonista, su principal atracción, su imán, no estaba en aquel escenario. Había trascendido hacía ya demasiado tiempo, más del que una vida terrena debería soportar. Semejante condena, penitencia eterna, no debería ser ni siquiera concebida. El ancla, acero y fuego, pesaba demasiado y tenía que esperar a que el suelo la expulsara, a que la cadena se oxidase y se rompiera. Hasta entonces había sido capaz de cercenar su imaginación, de contener su ilusión, su voluntad. Hasta entonces.

Andrés Arnaiz permanecía inmóvil. La pregunta del comandante había caído como una losa. Seguía de espaldas, lo cual impedía ver la expresión de su rostro. Sin embargo su silencio, su parálisis, eran esclarecedores. Diego aguardaba impertérrito; una estatua bajo la nieve. El capitán retornaba a la realidad. Un ruido distorsionado violentaba sus tímpanos. Eran voces procedentes del infierno, de su prisión.

«¿Conocía a Mary Edwards?»Aquella pregunta vagaba en el aire, chocando y rebotando en las paredes de la mansión, encendiendo el aire, extinguiendo el resto de sonidos. Antonio era ya consciente de la intensidad de aquellos momentos. Sin embargo, imitando a su compañero, estaba igualmente quieto y callado. El vacío se densificaba, la leña, sin atreverse a crepitar, moría en silencio en la chimenea.

—¿Debería? —dijo Andrés sin volverse.

—Limítese a contestar, por favor.

El tono de voz de Diego había cambiado por completo, abandonando la cumplida amabilidad inicial. Ahora era el comandante ejerciendo como tal.

—No —repuso, secamente, Andrés Arnaiz.

—Muy amable. Buenos días.

Antonio y Diego salieron. Andrés Arnaiz aún estuvo un rato más en la misma posición, de espaldas a la puerta. El capitán se giró y observó el interior de la casa por última vez. Andrés parecía petrificado, clavado en el firme. Súbitamente, como si hubiera sido espoleado por un hierro candente imaginario, comenzó a moverse, sumergiéndose en el interior, hasta desaparecer del campo de visión del capitán.

—¿Qué opina? —preguntó, sin mediar comentario alguno, el comandante.

—Que no ha dicho la verdad —respondió Antonio.

—Es evidente. ¿En qué parte?

—Me refiero a lo de Mary Edwards.

—Exacto, Antonio, exacto. El resto de lo que nos ha contado creo que, más o menos, en sentido estricto, era cierto.

—Una curiosidad: ¿por qué no le ha preguntado en ningún momento por la otra chica asesinada, por Blanca?

—No es porque se me haya olvidado, Antonio.

—Me lo puedo suponer —corroboró, ávido de información, el capitán.

—Ha sido un acto premeditado y deliberado. Digamos que formaba parte del interrogatorio. Aparte de esto, pienso que podemos extraer alguna conclusión adicional. Hemos de partir de la base de que Andrés

Arnaiz es, sin duda, una persona formada y con una inteligencia superior. Sin embargo el subconsciente humano es prácticamente imposible de reprimir completamente. De acuerdo con esto, por mucho que una persona se prepare con el máximo esmero un interrogatorio, previendo las preguntas más probables y trabajando las respuestas, siempre se escapa algo.

—El crimen perfecto no existe —recordó Antonio.

—Exactamente —asintió el comandante—. Volviendo al caso, desde el inicio de la conversación, Andrés Arnaiz ha estado interponiendo comentarios vagos e imprecisos hasta el momento que hemos abordado el tema de si Irene servía a alguien en particular. Ahí ha utilizado como escapatoria una doble negación.

— «No, en absoluto» —recordó, en voz alta, Antonio.

—Correcto. En un entorno mental carente de presión y autocontrol, lo normal y esperado habría sido una simple negación o, incluso, un leve movimiento de cabeza. Súbitamente ha pasado de la indefinición a una precisión innecesariamente reforzada. Esto podría significar dos cosas: que está mintiendo en la respuesta a esa pregunta en concreto o que pretende alejar su figura personal del objeto del interrogatorio.

—Esto es, que está intentando que le desvinculemos de Irene y, por lo tanto, de su asesinato.

—Para ser más exactos, es su subconsciente quien lo intenta. De ahí que esa respuesta en particular haya escapado al control autoimpuesto por parte del interrogado, de Andrés Arnaiz. Salvo ese lapsus, y con la excepción de lo que entiendo se imagina, ha sido capaz de manejar adecuadamente la situación. Dese cuenta que, por ejemplo, cuando ya casi al final le he preguntado si mantenía alguna relación especial con Irene, insinuando con claridad una posible vinculación sentimental, ha reaccionado impecablemente con una negación simple. «En absoluto», sin poner el «no» delante.

—¿Y lo de Blanca? —volvió a preguntar el capitán tras un gesto tenue de acuerdo.

—La razón de que no le haya preguntado por Blanca, cuando sería lo lógico y esperable, dado que él mismo había dejado la puerta abierta para ello, es que quería mantener su atención precisamente en esa ausencia, en esa, digamos, anomalía. Andrés Arnaiz ha tenido todo el tiempo sus sistemas de alerta ocupados en Blanca dejando un flanco al descubierto.

—Mary Edwards —apuntó Antonio.

—Así es. Mary Edwards. Cuando ha sido pronunciado este nombre no ha sabido reaccionar. Ni siquiera ha pretendido estar sorprendido o extrañado. Se ha sentido sobrepasado, desbordado. Desde luego, no se lo esperaba. Ha tenido que salir al paso de una manera claramente forzada, ocultando su rostro de nuestra vista. Habría estado bien haber

podido ver la cara que se le quedó, ¿verdad?

El capitán, con un gesto de asentimiento, mostró su aprobación. ¿Para qué mencionar que aquellos instantes habían sido de zozobra, casi de hundimiento, para él? ¿Cómo decirle que había estado pensado en otra cosa? ¿Cómo decir que su conciencia estaba siendo empujada fuera de su ser de forma irremediable? ¿Para qué?

—Por cierto, se ha dado cuenta de que son una familia de cazadores, ¿verdad?

—Sí —respondió, con seguridad, Antonio.

—¿Y de que es diestro?

—También.

—Lo tenemos —concluyó Diego.

Mientras subían la cuesta camino de la plaza Nueva, la mañana estaba a punto de ser enterrada. El sol, tímido, dejándose entrever a través de los velos algodonosos de las nubes, se aproximaba a su cenit. Diego caminaba despacio, dando pasos cortos y espaciados. Sin poder afirmar que estaba relajado, aparentaba complacencia, tranquilidad, pero de esa quietud que no se exterioriza, de esa paz que anida en el interior, de esa calma que endulza el espíritu.

—¿Recuerda la muchacha asesinada en Burgos en 1913? —rompió a hablar.

—¿El primer crimen, supuestamente, de nuestro, hasta ahora, Olvidado?

—Sí. Se llamaba Teresa Rosales.

Antonio palideció. Creyó entender, vislumbrar la terrible confesión.

—¿Rosales? ¿Como usted?

—Era mi hija.

Una banda de picazas estridentes sobrevoló sus cabezas, llevándose consigo las palabras que Antonio trataba de reunir. De repente, acababa de entender el exceso de celo, de implicación, la obsesión de su compañero por aquel caso, el cual, al margen de su especial truculencia, no habría de dejar de ser uno más, si bien de los destacados e importantes, para alguien de la experiencia y trayectoria del comandante Diego Rosales. Pero, al fin, se reveló la motivación oculta, la espuela. Aún no se había recuperado de la sorpresa cuando el comandante añadió:

—También conozco su historia, Antonio.

Y entonces la tierra se abrió, se resquebrajó bajo sus pies. Se desvaneció. Años que parecían siglos sin hablar con nadie de ello habían convertido su condena en algo íntimo y privado. No estaba en condiciones de compartirlo. No podía. Estaba amarrado a sus entrañas. ¿Cómo contar que su mujer y su hija, sus seres más queridos,

habían muerto por su culpa? ¿Cómo decir que habían sido asesinados delante de él? ¿Cómo explicar que no había hecho nada para salvarlas? Él había sido su ejecutor, su exterminador. Culpable de no hacer lo que tenía que haber hecho, culpable de no hacer ahora lo que tenía que hacer. Su única salida. Una decisión, una solución, ni honrosa ni reparadora, pero la única opción restante. ¿Por qué le faltaba la fuerza?, se preguntaba día y noche; días y noches. ¿Acaso había desaparecido, diluida en la sangre derramada de su mujer y su hija? ¿Acaso se la había arrebatado para siempre aquel malnacido? Aquel ser blasfemo cuyo nombre había desterrado de su memoria, con la esperanza vana y vaga, infantil e inconsciente, de que con él también su culpa hubiese sido expulsada. Aquel íncubo que había salido de la nada para destrozar su vida y atormentar su existencia.

Muchos de sus recuerdos habían sido amedrentados y desfigurados, sin embargo, aquél en particular permanecía incólume, adherido a su córtex. La tarde se acababa, y se disponía a abandonar su puesto en el cuartel de Valladolid. Había sido un día duro, de mucho trabajo, y estaba extenuado. Pensaba en ellas, en Martha y Jimena, en la cena preparada, la chimenea encendida, la calidez del hogar. El premio al final de la jornada. Su cielo en la tierra. Unos pasos precipitados, precedidos por unas voces alborotadas y en tono alto irrumpieron su ensueño. El sargento, sin detenerse ni a llamar ni a saludar, entró en el despacho. Irrumpió bañado en sudor, pálido como el mármol de una lápida. Le miraba con ojos desorbitados. «¿Qué ocurre sargento?», preguntó Antonio y no obtuvo respuesta. «¿Pasa algo, sargento?», repitió y comenzó a temer la respuesta. Con dificultades, el sargento logró sobreponerse. Un balbuceo inconexo abandonó a trompicones su boca. «Mi capitán… su casa… su familia… corra por favor.» Sin pedir más explicaciones Antonio salió de allí corriendo, espoleado por la certeza de la tragedia, huyendo hacia el cúmulo de nubarrones henchidos y negros que estaban posados sobre su casa. La tormenta estalló. Una cortina de acero y agua se interponía en su camino. Pero aquellas gotas de metal fundido rebotaban en su cuerpo. Una patrulla estaba apostada en la puerta. Un cabo, infructuosamente, intentó pararle explicándole que el operativo para intervenir ya estaba preparado para actuar. Pero los gritos de Jimena, el llanto de Martha, le llamaban, tiraban de él. Le cegaban. Le conducían hacia su holocausto. Aquel ser que de la nada procedía y hacia ella se fue, extinguió su día y encendió su noche, su oscuridad eterna. Revivir todo aquello hacía que su herida supurase aún más, y al final, un tan benévolo como involuntario mecanismo de defensa interior le rescataba cortocircuitando los hilos que transmitían tales pensamientos. Al menos durante un lapso de tiempo. Corto, muy corto.

¿Para qué hablar más? Antonio prefería que el silencio absorbiese sus penas. Compartir su dolor nunca había hecho que éste disminuyera. Diego no decía nada tampoco. Sus párpados, enrojecidos, se esforzaban en ocultar la película acuosa que cubría sus globos oculares. El viento apareció con tesón, sus silbidos tapando el vacío, su peso, dificultando sus pasos. Ambos compañeros, marionetas agónicas del destino, ascendían la cuesta arrastrando su vida consigo. Su fuerza, al límite, aún capaz de impulsarlos. Sus sueños, moribundos, a punto de ser fundidos. Su espíritu, esperando transcender, sujeto por una débil mordaza.

En la plaza, la gente se agolpaba al abrigo imaginario de los plátanos pelados cuyas ramas entrelazadas cubrirían de sombra, allá cuando la primavera amaneciese, el suelo en los meses venideros. Un grupo de salineros entraba en uno de los bares comentando animosamente los pormenores y anécdotas de sus respectivas jornadas. Su alegría contrastaba con la dureza de sus rasgos curtidos por el mineral y las interminables horas de trabajo a la intemperie. Antonio y Diego se unieron al grupo y entraron en el local. En el interior, una mezcla de humo y calor acogía a los clientes. La luz artificial, prematuramente encendida, rechazaba las tinieblas expelidas por el manto grisáceo de las nubes. El camarero se acercó sonriente.

—¿Qué va a ser?

—Dos aguardientes, por favor —contestó el comandante, sin pedir opinión a su compañero.

Un salinero veterano, apostado en el otro lado de la barra, hablaba de los viejos tiempos a sus jóvenes aprendices. Sus palabras olían a nostalgia, a dureza, a frío y sudor, a añoranza de otra época, a deseo y olvido. Sus oyentes se aplicaban con atención. Dejaban que la voz, alta y firme, del, para ellos, viejo, fluyera. Diego terminó de un trago su vaso y pidió otro. Antonio, sin mediar palabra, le imitó. «No debemos beber, supuestamente estamos de servicio», pensó, a posteriori, el capitán. Los parroquianos, aparentando no darse cuenta, lanzaban miradas furtivas a los dos representantes de la ley.

—Por fin —dijo, con calma, el comandante tras otras dos relampagueantes rondas—. Todo parece estar a punto de acabar.

—¡Que así sea! —celebró Antonio, alzando su vaso vacío.

El camarero interpretó que debía servir otros dos aguardientes. Un «ésta invita la casa» culminó su acción.

—Por cierto, se me había olvidado preguntárselo, Antonio. ¿Cómo es que habla inglés tan bien? Me fijé mientras estuvimos en Londres que se desenvolvía usted perfectamente.

—Mi mujer era irlandesa.

—¿De dónde?
—Listowel, en el condado de Kerry, en la costa oeste.
—De ahí la «h» de «Martha», ¿no?
El capitán asintió, sorprendido por la precisión del comentario. Solamente había estado una vez en Listowel, recordó. Justo antes de su boda con Martha, a quien había conocido en Burgos un año antes. Ella era una joven estudiante de Historia del Arte de visita. Él acababa de ingresar en el cuerpo y, desde el interior del café Salionca, donde acostumbraba a detenerse a disfrutar de un café en sus visitas a la capital, la vio pasar. Cautivado por su pálida belleza, no pudo olvidarla desde entonces. La fortuna hizo que, poco después, sus vidas se cruzaran y unieran. La misma fortuna que luego le arrebató todo.
—¿Y usted? —devolvió la pregunta el capitán.
—Suerte de hijo crecido en familia acomodada —repuso el comandante encogiéndose de hombros.
—¿Como los Arnaiz?
—Desde luego que no —sentenció Diego—. Tantos años, tanto sufrimiento… tantas lágrimas —continuó.
—Y ahora todo ha terminado.
—No, no ha terminado. Mi hija nunca volverá. Su ausencia persiste —repuso el comandante.
—Por lo menos se hará justicia —replicó Antonio.
Diego levantó su vaso en señal de asentimiento. El capitán aceptó el brindis.
—¿Qué hay de usted, Antonio?
Una sombra se posó sobre el rostro del capitán, quien perdió su mirada en el fondo de la barra, entre las docenas de botellas de diferentes formas y colores.
—¿De mí? Yo no existo.
Al igual que el viento que barre y azota el desierto, dejando nada tras su paso, la manifestación de Antonio inyectó en el ambiente una dosis alta de desazón. Diego, avivado por las palabras de su compañero, y escapando de la nebulosa etílica que estaba a punto de envolverle, optó por no continuar por esa vía, dado que temía las derivaciones hacia las cuales les podría conducir. Sorpresiva y, podría afirmarse, afortunadamente, una fulgurante silueta eclipsó tales tribulaciones. Antonio hizo una seña a su compañero. Andrés Arnaiz pasaba por delante de la puerta del bar. Caminaba, casi corría, muy deprisa.
—¿Adónde irá tan rápido?
Sin aguardar a la respuesta de su compañero, el comandante salió de la taberna. Antonio le imitó. Despreocupado de revelar sus intenciones, Diego siguió a Arnaiz. El capitán, en silencio, hizo lo propio. El perseguido tomó la cuesta que conducía al Ayuntamiento,

en cuya puerta se detuvo un momento, como si estuviese repasando o ensayando algo, para posteriormente entrar en el Consistorio. Diego, con determinación, le imitó. Antonio optó por quedarse a esperar en el exterior. Minutos después apareció por la puerta Andrés Arnaiz, tan presuroso como a la ida. Sus miradas se cruzaron, pero sólo la vista, ninguna palabra de escolta, ningún gesto. Antonio no se inmutó. ¿Qué más le daba? Cuando Arnaiz desapareció tras cruzar el arco que conducía de nuevo a la plaza, supuso que el comandante saldría de inmediato. Pero no fue así. Se decidió a entrar. Encontró a Diego conversando con el telegrafista municipal.

—¿Alguna novedad? —preguntó Antonio.

—Parece que Andrés Arnaiz acaba de poner un telegrama.

—¿A quién?

—Parece que es confidencial. El telegrafista no puede revelar ni el contenido ni el destinatario. Necesitamos una orden especial de Burgos, la cual, por cierto, acabo de solicitar. Espero tenerla mañana.

—¿Tenemos que esperar? ¿No hay ninguna otra posibilidad?

—No —repuso escuetamente el comandante—. El telegrafista únicamente cumple con su obligación. De todas las maneras no se preocupe, esto está resuelto ya —añadió, con una mueca de complacencia—. Es una simple cuestión de tiempo.

—¿Y si escapa?

—Vamos a ponerle bajo vigilancia de inmediato, con orden de intervención en el caso de que tratase de huir.

—Estupendo. ¿Volvemos al bar? —propuso el capitán, pinchado por los fuegos etílicos que retornaban.

—Si le parece bien, sugiero retomar nuestra celebración después de pasarnos por el cuartel. Necesito hablar con el sargento.

Los soportales que languidecían enfrente del ayuntamiento, ofrecieron refugio a los dos compañeros. El cielo volvió a enfurecer y explotó. La lluvia se hundía en las piedras del pavimento, extrayendo un fulgor plúmbeo de su superficie. El viento, afilado en las fraguas del cercano norte, aullaba con saña. Diego y Antonio, ignorando tales inclemencias, se dirigían al cuartel. Allí harían las últimas gestiones de un caso que parecía tocar a su fin. El culpable, el criminal, el asesino; aquel desalmado, escoria humana, sería detenido en los próximos días. La ley, sin ser reparadora, administraría justicia. «Así debía ser», corroboraba el comandante.

En el cuartel encontraron al sargento Marina departiendo con el cabo. Ambos, guarecidos de la lluvia dentro del portal, esgrimían sendos cigarrillos que apagaron precipitadamente. Tras los saludos reglamentarios, el sargento tomó su cuaderno de notas.

—Mi comandante, de acuerdo con sus instrucciones, continuamos investigando al señor alcalde. Tiene coartada para el asesinato de Irene. Eran las fiestas patronales y estuvo permanentemente acompañado por los vecinos de la localidad. Participó, además, en numerosos actos ese día. Hemos comprobado minuciosamente los tiempos y, pensamos, es imposible que haya sido él. En lo que respecta a Blanca todavía no hemos podido comprobarlo, dado que su requerimiento estricto de discreción y confidencialidad nos imposibilita realizar algunas averiguaciones. No obstante, estamos en ello y confiamos poder informarle al respecto a la mayor brevedad posible.

—Muchas gracias, sargento. En cualquier caso, creo que no va a ser necesario. Estamos convencidos de que es la misma persona quien asesinó a ambas chicas, por lo que si no mató a Irene, tampoco a Blanca. No obstante, manténgame informado de cualquier novedad. Buen trabajo.

—Muchas gracias. De acuerdo, así lo haré. He de confesar que me quedo más tranquilo. A pesar de que podía encajar en cierta manera en el perfil, por lo del nivel económico y su, digamos, relación con Blanca, Fermín es una buena persona —apostilló el sargento.

—Yo también lo pienso —dijo el comandante tras un gesto de asentimiento—. Por otra parte tengo otra tarea para usted. Ha de poner bajo estrecha vigilancia al señor Andrés Arnaiz.

—¿Cómo dice?

El sargento fue sorprendido y sacudido por el requerimiento de su comandante. El cabo, que había escuchado la orden, se estremeció. ¡Vigilar a un Arnaiz!

—Si he comprendido bien, me está pidiendo que vigile a uno de los Arnaiz —siguió el sargento, pretendiendo resaltar la relevancia de aquel apellido, tratando de llamar la atención sobre semejante idea disparatada, intentando asegurarse.

—Correcto, Marina. Manténgame, por favor, al corriente de cualquier movimiento que realice. En el caso de que vaya a salir del pueblo, ruego me avise de inmediato antes de que así lo haga.

Con un tan incrédulo como resignado «¡A sus órdenes!», el sargento Marina aceptó la tarea que acababan de encomendarle. Increíblemente, acababan de poner en el punto de mira a un miembro de la familia más acaudalada e influyente de la zona. «¡De la provincia!», apuntaba el sargento.

¡Qué mejor cosa que regresar al bar! Había sido una de esas jornadas que encandilaban al capitán, cortas e intensas. Sobre todo cortas. Cerrarla con la embriaguez del descanso, con el placer de la buena compañía, con el señuelo del alcohol, era más de lo que podía esperar.

La mañana siguiente despertó dolorida y áspera. Tras un frugal desayuno ingerido con desgana, el comandante y el capitán salieron a la calle vistiendo sus mejores galas. Perfecta e impecablemente pertrechados. Era un día especial. Atravesaron el arco de la plaza saludando a los vecinos que por allí deambulaban. Los comerciantes estaban montando sus puestos. Era día de mercado, día de fiesta parecía. Andrés Arnaiz, rodeado de un grupo de amigos charlaba tranquilamente junto al templete de los músicos. Les ofreció un cortés saludo. El comandante, secundado por Antonio, respondió con educación. Una voz llamando por detrás al comandante atrajo su atención. Era Miguel, el cabo, que se acercaba con un telegrama en la mano. Sin duda había llegado el momento. Diego tomó el mensaje y lo leyó. Segundos después palideció. Miró a Andrés Arnaiz. Volvió a leer, sus manos temblando, el papel. Miró de nuevo a Arnaiz, cuyos ojos de azul intenso destellaban. Éste sonrió de una manera especial, maligna le pareció a Antonio. El comandante dobló el papel y se lo pasó al capitán. Un texto corto, demoledor, aguardaba en su interior.

> Detenido el asesino de Irene Sanz y Blanca de la Fuente. Caso cerrado.

Pero Andrés Arnaiz sonreía.

Querida Martha:

Ya no puedo contarte nada más. Ya no puedo expresarte mis sentimientos. Ya no puedo declararte mi amor. El fuego ha consumido mis palabras. Un cansancio profundo se está apoderando de mi voluntad. Únicamente la ira, aquella que tú querrías que expulsara, me mantiene. Está dormida, latente, pero despierta cada vez que quiero parar y me empuja levemente, lo suficiente para seguir. ¡Ayúdame a desterrarla, por favor!

Jimena estaba todavía viva. Aquel ser despreciable —¿qué importancia tiene cómo se llamase o quién fuese? — mantenía el cuchillo en su cuello. Por encima de su cabeza asomaba el cañón de la pistola que acababa de quitarte la vida. Sonriendo de forma infame, tu asesino tiró el arma al suelo. Yo seguía inmóvil, paralizado, de la misma manera que si fuese un espectador ajeno a la tragedia.

«Suéltala. Es sólo una niña. Te lo ruego», supliqué, en lugar de disparar. Y ése fue mi último error. Tu asesino recibió mis palabras como un premio, como una recompensa, como un aliciente. Fijando su mirada en mí y riéndose, degolló a Jimena. Su sangre salía a chorros fundiéndose con la tuya. Aquel ser la soltó y nuestra niña cayó desplomada a sus pies. Entonces, y solamente entonces, fui capaz de reaccionar y disparé. Enloquecido vacié el cargador en su cabeza, hasta que la convertí en una masa informe de sesos, huesos y sangre. ¿Por qué no guardé una bala para mí?

Quiero ir con vosotras.

Quiero ir con vosotras.

Perdón, Martha.

# XIX

Aquel estuche de cuero se me antojaba enorme y lejano; custodiado por los atroces perros de Tíndalos cuanto menos. La mesa del despacho de mi padre había encogido. Carmen y yo, todavía calados hasta los huesos, observábamos cómo aquel paquete oscuro no dejaba de crecer, como en el cuento de Alicia. Un exceso de cautela se había apoderado de mí y actuaba como si hubiera de protegerme de una descarga eléctrica letal. Mis manos se negaban a tocar el estuche negro que, dormido, allí reposaba. Conducido por la inercia, mis brazos, cual autómata, comenzaron a moverse.

Pero como a menudo sucede en las películas, el inoportuno, pero inequívoco, timbre de la puerta, interrumpió la operación.

—¡Vaya por Dios! —protesté.

—Ya abro yo. —La voz de mi madre, a quien apenas habíamos saludado cuando llegamos empapados de agua de la huerta, seguida por el sonido acolchado de sus pasos, nos retuvo donde estábamos.

«Pero ¿de dónde venís? Secaros bien, por favor», infructuosamente nos había dicho hacía muy poco.

—Pero ¿quién puede ser a estas horas? —protesté de nuevo, obviando que, en absoluto, «estas horas» eran horas inusuales para que alguien llamase a la puerta.

—Rodrigo, ¿puedes venir, por favor? —dijo mi madre asomándose al despacho—. Pero ¿todavía no os habéis secado? —añadió, tratando de disimular una tan extraña como repentina y vaporosa contrariedad.

Tras aquella inesperada y enigmática reacción de mi madre, Carmen se disculpó y se fue al baño. Yo, sin mencionar palabra alguna, procedí a acompañarla hasta la puerta, donde un hombre de unos cincuenta años de edad, mediana estatura y pelo ralo esperaba envuelto en una gabardina beige.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, preguntaba por…

—Mi padre, ¿no? —interrumpí—. ¿Con quién tengo el placer de estar hablando?

—Inspector Donoso García.

Eso era lo que venía escrito en la placa que me mostró. Procedente de Valladolid, allí estaba, frente a la puerta de la casa, interesándose por mi padre. ¿Cómo actuar ahora? Desde luego el manual de *Veintisiete de maneras de comportarse cuando la policía pregunta por tu padre el asesino* no andaba a mano.

—Me temo que no va a poder ser —repliqué—. Acabamos de enterrar a mi padre.

Sorpresa, incredulidad y duda. Por ese orden, todas aquellas sensaciones atravesaron la faz del inspector. Sin duda descolocado por la inesperada noticia, se esforzaba en desempeñar su papel lo más honrosamente posible. Intuí que se debatía entre despedirse y encontrar la forma de proseguir. El escenario, aquel que sin duda tan concienzudamente había analizado y estudiado había desaparecido, habiendo sido reemplazado por otro completamente nuevo e incompatible. Me imaginé igualmente que no nos solicitaría certificado alguno al respecto. A un miembro de la policía no habría de resultarle difícil comprobar la veracidad de una defunción.

—Discúlpenme entonces. No era mi intención molestarles en un momento como éste —dijo, mientras guardaba su placa y se disponía a marcharse.

La melancolía despedida por la sonrisa esbozada por mi madre mientras observaba la maniobra de retirada del inspector, confundió mi buen criterio e hizo que, una vez más, mi boca batiese a mi cerebro.

—Señor Nodoso…

—Donoso —me corrigió.

—Señor Donoso.

—Usted dirá.

—¿De qué se trata?

—No se preocupe. No tiene importancia —respondió el inspector tras una breve y dubitativa pausa.

—Por favor.

Inconscientemente, quién sabe si movido por restos de mi pretérita inocencia, insistí en conocer el motivo de la visita del inspector. ¿Que fue un error? Seguro que sí, pero ¿qué importancia tiene eso ya? Al menos tuve el tacto y la habilidad de pedir a mi madre que se retirase, quien, sin duda gracias a la Providencia Divina, sin protesta ni recriminación alguna así lo hizo.

—¿Está seguro? —añadió el inspector acercándose de nuevo hacia mí.

—No veo por qué no habría de estarlo.

Sorprendentemente, la seguridad que mostraba era proporcional a las ganas que tenía de escuchar lo que el inspector tenía que decir. O a lo mejor era ese deseo el que equilibraba mis nervios. Quizá era mi propio destino quien me guiaba, y aquél era un peldaño más en mi descenso a los infiernos. El inspector estaba pensativo. Probablemente le asaltaban todo género de dudas, de valoraciones acerca de la conveniencia de acceder a mi petición, de referencias a su código deontológico. Una mezcla de todo seguramente.

—No se imagina nada, ¿verdad? —dijo, tras un leve asentimiento.
—No —mentí.
—Está bien. En realidad, para ser más precisos, venía a interrogar a su padre.
—¿Puedo saber el motivo?
—Por el asesinato de Elena Murillo y Patricia Ruiz.
—¿Cómo dice?
Una cosa es imaginar y otra enfrentarse a la realidad. Todo lo que llevaba viendo y averiguando hasta el momento tendría que haber eliminado en mí la sorpresa o extrañeza ante tales revelaciones, sin embargo, que las sospechas se transformasen en personas con nombres y apellidos, aquello era demasiado. Y, a pesar de todo, mi reacción hubo de ser sincera a tenor de la expresión de comprensión surgida en el inspector.
—Comprendo su sorpresa e, incluso, incredulidad. Sin embargo le aseguro que no estaría aquí de no tener motivos fundados para ello.
«¡Papá, papá! ¡Qué has hecho! —se quejaba, a escondidas, mi conciencia—. ¿Quién eres en realidad?»
—¿Me está diciendo que mi padre ha… matado a esas dos personas? —logré articular torpemente.
—No he dicho eso, señor…
—Rodrigo.
—Pues bien. Digamos que existen indicios consistentes que nos hacen suponer que su padre está…, estuvo, mejor dicho, implicado en los hechos que le he mencionado.
He de reconocer, aquí y ahora, que estaba totalmente vencido y sobrepasado. No tenía ni la más remota idea de qué responder o qué decir. El inspector me observaba y, creo, se estaba haciendo cargo de la situación. Me hablaba en un tono suave, condescendiente diría yo, sin presionarme.
—Por favor, necesito saber la verdad, por cruda que ésta sea.
—Créame, no lo necesita.
—Eso he de juzgarlo yo, ¿no cree?
—No, no lo veo así.
—Insisto.
—Qué quiere saber exactamente.
—Su opinión personal.
—¿Acerca de la implicación de su padre en los asesinatos de esas pobres chicas, los cuales, por cierto, fueron perpetrados en Salamanca y Valladolid respectivamente?
—Sí.
«No.»
—Pregúnteme entonces.
—¿Mató mi padre a esas chicas? —pregunté sin pensarlo, sin

evaluar las consecuencias.

El inspector me miró fijamente.

—Sí —repuso sin dudarlo.

Me había quedado solo en el marco de la puerta. Allí estaba, solo y desvalido, desde que el inspector se había marchado. Lo que me retenía fuera, a merced de las insensibles e insaciables inclemencias del tiempo, era el hecho de no saber qué contar a mi madre, quien sin duda me preguntaría acerca del porqué la policía buscaba a su marido. Trataba de pensar en algo, pero las puertas de la razón, para mí, permanecían cerradas. Al final me convencí de que únicamente la suerte y la intuición habrían de inspirarme.

Sin más, simplemente, entré en casa. Mi madre estaba, comprometida con un bizcocho a punto de ser horneado, en la cocina.

—Ya se ha ido, mamá.

—¿Qué quería?

—Nada importante… —intentaba pensar en algo al mismo tiempo que hablaba—. Era un asunto fiscal.

—Ya. Pero ¿por qué quería hablar con Ernesto? Que yo sepa no teníamos deudas…

—No, era un tema relacionado con Aparicio.

Un hálito de luz se encendió entre mis entumecidas meninges. Aparicio Fourquet era un socio que tuvo mi padre hace muchos años. El pobre hombre había muerto de una cirrosis hepática dos meses atrás. Lamentable echarle la culpa a un muerto, pero funcionó. Mi madre no me preguntó nada más. Se quedó convencida. O quiso que así fuera.

Ya cambiada, Carmen me estaba esperando. No había tocado el paquete y me miraba expectante. Sin esperar a que me lo preguntase, le relaté lo sucedido. Su reacción, la mejor posible y deseable. Ninguna. Se limitó a callar, a comprenderme. A apoyarme y sujetarme. Afortunadamente, nuestro tesoro captó de inmediato nuestra atención. Al verlo de cerca comprobamos que, en realidad, era un saquito atado por uno de sus extremos con un hilo muy resistente, del estilo de los sedales de pesca. Se lo cedí a Carmen para que fuese ella quien lo abriese. No pesaba mucho. Lo tomó en sus manos y procedió a manipularlo con suavidad. Desató el cierre y lo abrió. De su interior extrajo una especie de ladrillo parduzco, casi negro. Estaba limpio, pero por su aspecto denotaba ser una pieza muy antigua. De forma rectangular, del tamaño, aproximadamente, de un libro, sus lados estaban protegidos por una banda metálica cubierta de óxido. En

lo que supuestamente sería su cara superior, podía apreciarse un extraño símbolo. «Parece escritura cuneiforme», apuntó Carmen.

Así era. Escritura cuneiforme. Probablemente la forma de escritura más antigua conocida por la humanidad, debe su nombre a que, originalmente, se escribía sobre tablillas de arcilla húmeda utilizando un tallo vegetal biselado en forma de cuña. Los primeros en utilizarla fueron los Sumerios allá por el cuarto milenio antes de Cristo, y su uso fue ampliamente extendido por Mesopotamia posteriormente. Por supuesto, todo esto lo he ido aprendiendo con posterioridad. Cuando Carmen mencionó la palabra «cuneiforme», sin duda, me hubiese dado lo mismo que hubiese dicho «ortopédica», «quenya», «salicílica» o, incluso, «supercalifragilísticaespialidosa».

En apariencia, la tablilla, porque eso debía ser, atendiendo a las indagaciones que después realizamos, podría ser original. El símbolo, dado que eso, como ya he explicado, era para mí, podía perfectamente haberse efectuado del modo que se hacía hace cinco mil años. Giré aquel objeto en todas las direcciones posibles, escudriñando todas sus aristas, pero nada más llamó nuestra atención. Carmen tomó un paño blanco y lo pasó con cuidado por las superficies de la tablilla, pero aquel ideograma, luciendo con más brillo y engrandecido, permaneció solitario.

—¿Qué será esto? —hube de preguntarme.

—Es una tablilla de escritura del estilo de las empleadas por sumerios o asirios —aclaró Carmen.

—Primero símbolos egipcios, ahora sumerios… ¿Qué más? Doy por supuesto, por otra parte, que ambos están relacionados.

—Por supuesto —asintió Carmen.

—¿Qué hacemos ahora?

—Quizá podríamos acercarnos a la biblioteca y buscar algún libro, si lo tienen, de escritura cuneiforme. Se me ocurre.

—Podemos intentarlo, desde luego.

—¿No tienes la sensación de que algo, digamos, extraordinario, está a punto de suceder?

—¿Te parece poco extraordinario todo lo que ha ocurrido hasta ahora?

—No me hagas mucho caso, serán cosas mías… Es una extraña sensación…

¿Cómo no iba a hacer caso? Rara vez las percepciones y juicios de Carmen eran erróneos. Si bien, en esta ocasión, por lo que a mí respecta, probablemente poco o nada habría cambiado, dado que estaba resuelto a continuar.

¡En lo que a mí respecta! Ése es el problema. Mi temeridad y mi inconsciencia nublaron mi raciocinio. En ese momento, en ese preciso instante en el que el maravilloso sexto sentido de Carmen avisó, ahí,

debería haber continuado, dado que no pararía ya, el viaje yo solo. Pero no, no fue así. Una gota en el océano, sí, pero no una gota cualquiera. Más bien una perla; la más brillante de todas.

Las horas se habían desbandado y la noche había penetrado sigilosa. Iríamos al día siguiente a la biblioteca. Nos habíamos olvidado de mi madre, pero sin embargo allí estaba. Ésta apareció, delantal y cuchara en ristre, anunciándonos que había que cenar. «Muy buena idea —dijo, siempre oportuna, Carmen—. Te ayudo», remató. Yo asentí sonriendo, al tiempo que guardaba, sin ocultarla, la tablilla en uno de los cajones de la mesa de mi padre. Mi madre se dio cuenta perfectamente, sin embargo no hizo el menor comentario al respecto.

—¿Qué hay de cenar? —pregunté, punzado por una tan incipiente como poderosa sensación de hambre.

—¿Qué te apetece? —repuso mi madre, con todo su amor de madre.

—¿Un filete?

—Crudo, por favor —apuntó, socarrona, Carmen.

—Poco hecho, mamá.

Nos adelantamos a la mañana y tuvimos que esperar un buen rato a que abriesen la puerta de la biblioteca. Por fin —¿por qué tardaban tanto? — un empleado apareció y nos franqueó el paso. Los libros estaban en la primera planta. Allí buscamos a la persona encargada, a quien preguntamos por algún tratado de escritura cuneiforme. No había mucho pero, quizá, un antiguo ejemplar, que formaba parte de la colección donada en su día por la familia Rodrigálvarez, nos explicó, mientras nos acompañaba hacia uno de los estantes del fondo, podría servirnos. Se trataba del libro *Gramática asiria*, de A. H. Sayce; en concreto su segunda edición corregida y revisada de 1877. Tras agradecer la ayuda prestada, consultamos si tenían un lugar donde poder estudiarlo, dado que, habida cuenta su antigüedad y valor, no era posible sacarlo de allí. Nos condujeron a una sala especialmente reservada para la investigación, lo cual hizo que, por un momento, nos sintiésemos importantes. Pero eso sí, sólo por un instante.

El tratado gramatical abría con un vocabulario de palabras, un silabario, obtenidas de la transliteración de los valores fonéticos de los ideogramas cuneiformes del idioma acadio al asirio, y de este último al inglés. La versión en castellano era, obviamente, una traducción directa de las palabras inglesas. El resto del libro se dividía en capítulos ya dedicados a los sustantivos, verbos, pronombres y el resto de elementos estructurales que configuran cualquier lengua. Dado que no sabíamos por dónde comenzar, procedimos de la forma más simple. Carmen había copiado el símbolo en papel, por lo que nos pusimos a buscar algo parecido en la lista de palabras del inicio.



Nuestro ideograma se componía de ocho inscripciones en forma de cuña. Tres primeras a la izquierda que parecían flechitas apuntando a un rectángulo cuyos lados eran, igualmente, otras cuatro incisiones más alargadas, las cuales albergaban en su interior un símbolo hecho con el tallo utilizado para escribir sobre el barro, aplicando éste de forma completamente perpendicular a la tablilla, lo cual le había hecho adoptar la forma de un bumerán o de un pájaro.

Excesiva habría sido la suerte si hubiésemos dado con la coincidencia; además, en el poco tiempo que nuestra ansiedad nos reclamaba. Y dado que la realidad regula, indiferente, los deseos y la imaginación, no fue así. Al cabo de una larguísima hora nos dimos por vencidos. Encontramos muchos ideogramas similares, algunos, incluso, con partes idénticas, pero ninguno igual. Aquello era demasiado complicado para mentes profanas como las nuestras, incluyendo, sorpresivamente, la de mi novia. Ya estábamos saliendo de la biblioteca, descorazonados, cuando, de repente, Carmen reflexionó:

—A lo mejor Paco podría ayudarnos.

El citado personaje en realidad era el profesor Francisco Martínez, amigo de la familia desde hacía mucho tiempo. Era catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Valladolid. En la actualidad impartía clases en un posgrado de investigación de textos de la antigüedad clásica, y era un experto en lenguas muertas. Habitualmente se desplazaba un día a la semana a Soria para impartir su clase.

—¿Qué día es hoy? —continuó Carmen.

—Miércoles.

—¡Bingo!

Miré a Carmen demandando explicación.

—Paco está hoy aquí.

—Estupendo. ¿Podemos ir a verle ahora mismo?

—Podemos intentarlo, al menos.

Eran las diez y media de la mañana cuando nos dirigimos hacia el

campus. El viejo profesor impartía sus clases, por lo visto y para mi fortuna, por las mañanas. Mientras nos íbamos acercando, mis pensamientos se esforzaban en armar una justificación que amparara nuestra consulta. ¿Desde cuándo estábamos nosotros interesados en escritura cuneiforme? ¿Y en gramática Asiria? Por el silencio que cruzábamos, estaba seguro de que Carmen iba pensando exactamente lo mismo. «Espero que se le ocurra algo».

Preguntamos por el profesor nada más llegar. La suerte, siempre pequeñita y ramplona, destelló en esa ocasión. En pocos minutos estábamos en su despacho. Tras los intercambios de saludos y demás comentarios preceptivos, recortados hasta el mínimo admitido por cualquier manual de cortesía y relaciones públicas, el profesor nos preguntó si podía hacer algo por nosotros. «¿Tanto se nos nota?», pensé. Tras una lamentable sucesión de dudas y titubeos, Carmen respondió con un «Sí» nítido y claro. ¿Para qué complicarse?, debió asumir. Pero mi mayor sorpresa llegó cuando, simple y directamente, sin preliminares ni explicaciones, sacó la copia del ideograma y se la mostró.

—¿Puedes decirnos que significa esto?

El profesor tomó el papel, se puso sus gafas de lectura, y se sentó. Sobre la mesa de su despacho aquel símbolo yacía inescrutable a la luz del flexo cuyos rayos incidían directamente sobre él. Sin mediar palabra, inmerso en un silencio académico —sacro y santo para mí— inició su análisis. Mientras, Carmen hablaba, intentando bañar de naturalidad aquella extraña circunstancia, de nuestros infructuosos devaneos con el libro del tal Sayce. El profesor, ignorando aquellas explicaciones, por otra parte innecesarias, continuaba con su tarea. De vez en cuando se levantaba para consultar algún libro de su estantería. Carmen, al cabo de un rato, me imitó, y se limitó a esperar. Por fin el profesor, precedido por repetidos gestos de asentimiento, se dirigió a nosotros:

—¿De dónde habéis sacado esto?

—¿Es necesario que te respondamos a eso, Paco?

Era evidente que Carmen, ante la imposibilidad de engendrar una disculpa creíble, había optado por intentar no dar ninguna explicación, confiando que su amistad y la confianza mutua hicieran de aval. Y cosa curiosa, así fue.

—Por supuesto que me gustaría, no te voy a engañar, pero respeto tu decisión. No, para nada, Carmen —concluyó, guardando su inevitable y comprensible decepción.

Ambos estaban utilizando sus nombres de pila conscientemente. La complicidad estaba actuando en nuestro favor.

—En efecto es asirio, pero, veréis, no es extraño que no hayáis encontrado nada en el manual de Sayce, el cual, para vuestra

información, sigue estando entre los mejores, dado que este ideograma no existe. Por lo menos no está recogido en ningún tratado, para ser más exactos. Es algo extraordinario, sin duda alguna.

El profesor puso un especial énfasis en esta última frase, seguramente en un último intento de hacer cambiar de opinión a Carmen con respecto a la fuente del ideograma. Esfuerzo infructuoso borrado por el brochazo de palidez que cubrió nuestros rostros al unísono.

—Sin embargo, creo que sé lo que significa. Y eso es lo más extraño de todo —continuó el profesor, obviando nuestro silencio y desconcierto, haciéndonos una seña para que nos acercásemos—. Bien, podríamos decir que estamos ante una forma inusual de combinación de dos símbolos diferentes.

En este punto, abrió ante nosotros dos libros. Uno de ellos era el que nosotros habíamos visto en la biblioteca, el otro era una especie de diccionario. No pude ver su cubierta pero parecía bastante más moderno que el de Sayce, y contenía una lista de ideogramas cuneiformes así como su traducción directa al castellano.

—Podemos observar aquí, en la página 6 del manual de Sayce, este ideograma —prosiguió el profesor, señalando un grupo de caracteres cuneiformes concreto—. Es muy parecido al vuestro, con la salvedad de las inscripciones que están dentro del rectángulo. En el vuestro hay solamente una que tiene la forma, para entendernos, de las alas de un avión. En éste, sin embargo, son tres los caracteres; parecen como tres flechas, dos largas y una corta, dispuestas paralelamente a los lados más estrechos del rectángulo. Este grupo de tres caracteres significa «agua», y el ideograma completo «beber». En este otro caso —dijo, tomando el papel con la copia que había realizado Carmen— nos damos cuenta de la similitud con el anterior, como ya hemos visto, con la excepción de este carácter.

El profesor, ahora, centró su atención en el otro libro. Su dedo índice apuntaba hacia una reproducción ampliada del carácter con la forma de bumerán o alas de avión.

—¿Por lo tanto? —pregunté, dejándome vencer por la ansiedad.

—Pues esto es lo más extraordinario de todo. El significado de este carácter singular es «sangre» —repuso el profesor.

Esa palabra hizo que las piernas me temblasen. La botella con la sangre aparecida en el armario de mi padre, su viaje a Salamanca, la noticia del periódico, la extraña visita del inspector Donoso; todas esas imágenes desfilaron ante mí, teñidas de un rojo intenso. Mi respiración se aceleró y los latidos de mi corazón iniciaron un galope desenfrenado. El profesor percibió mi reacción y se quedo quieto, expectante, valorando si debía continuar su exposición, como si su habitual clase magistral hubiese sido interrumpida. Para bien o para

mal, Carmen, quien también se había dado cuenta de mi estado, conservó la calma.

—Continúa, por favor, Paco —dijo, al tiempo que tomaba mi mano.

—Pues bien —retomó el hilo el profesor, acompañado de un ademán de comprensión —Teniendo esto en cuenta, vuestro ideograma significaría «Beber sangre».

Carmen apretó con fuerza mi mano.

—Para ser más exactos: «Bebedor de sangre» —remató el profesor Martínez.

Y las tinieblas llegaron.

# XX

—¿«Evaristo el Manzanillo»?

El despacho del comandante Cainido, normalmente adormecido por el tedio diario, se vio sobresaltado por el grito descarnado de Diego. Antonio, sentado a su lado, no daba crédito a lo que estaban oyendo. El comandante, su comandante, se había levantado, expelido por la ira e indignación que le había capturado, nada más ver entrar a su colega Mariano Cainido.

Fue aquel telegrama entregado en la plaza de Poza de la Sal, a la vista de Andrés Arnaiz, el que había provocado el viaje urgente a Burgos. El comunicado anunciando que el autor de los crímenes de Irene Sanz y Blanca de la Fuente, y por ende de las otras dos chicas anteriores, una de las cuales era la propia hija del comandante, había sido detenido, teniendo delante a Andrés Arnaiz, el verdadero asesino, había perturbado, por no decir trastornado, al comandante. La reacción inicial, inmediata, de sorpresa, desconcierto y estupefacción, se tornó en ira y furia escasos segundos después. El Arnaiz, además, como si fuese consciente de lo que estaba sucediendo, como si fuese capaz de leer el contenido del telegrama, acentuó las marcas de su sonrisa, cuya vitalidad resaltaba con su pelo cano y cuerpo marchito. Diego clavaba su mirada en él, y sus ojos no podían contener las llamas del fuego que los abrasaba. ¿Qué broma era aquélla?

Sin poder dormir, la noche la pasó toda en blanco. Desde su habitación, Antonio pudo oír la puerta de Diego abrirse y cerrarse muchas veces. Sus pasos, sin rumbo ni puerto de destino, recorrían el pasillo, bajaban y subían las escaleras. Los pensamientos del capitán seguían, ciegos, al comandante. El alba, dormilona, mitigó las penurias nocturnas e hizo que la vigilia se mezclara con el día.

Los dos compañeros se encontraron en el restaurante. Ambos poseídos de ojeras y cansancio. El primero en llegar, el comandante, parecía otra persona. Su furor se había secado y el abatimiento había usurpado su lugar. Aparentaba estar completamente hundido y derrotado. La noche había desempeñado su labor minando el alma de Diego. El otro, el capitán, simplemente lucía desgastado, agotado. Su permanente apatía, su perenne desgana interna, le salvaguardaban de desilusiones y malas sorpresas terrenas. Ese mismo día irían a Burgos. Tomarían el coche de línea que salía pronto por la mañana. Diego

debía reprimir sus instintos y seguir los cauces reglamentarios. Con pocas ilusiones se repetía a sí mismo que podía, que forzosamente tenía que ser un error. Pero sus años, su trayectoria, su experiencia, saltaban burlones. No era cuestión de exigir una aclaración, se trataba de evitar un atropello, una barbaridad. Su hija, otras tres muchachas, habían sido salvajemente asesinadas. ¡Su hija! Su primavera, su alma, su vida; su razón de ser. No permitiría que su asesino, demonio exterminador, quedara impune. De ninguna manera. Bajo ningún concepto.

Tras un viaje corto —eterno—, escoltados por un paisaje negro e invisible, llegaron a Burgos. Al salir de la estación, el viento les recibió azotando los escasos retazos de piel que llevaban al descubierto. El cielo, amenazante, vestido con jirones grisáceos, enredaba sus brazos alrededor de los chapiteles de la catedral. La distancia hasta la comandancia provincial la recorrieron a pie, mezclándose entre los viandantes, quienes, curtidos por la costumbre, esquivaban los cuchillos afilados que emergían del aire. Antonio, se fijó en una pareja joven que paseaba a su bebé. «Sin duda se dirigirían al paseo del Espolón —adivinó—. Una familia normal», añoró.

La espera en el despacho del comandante Cainido había sido especialmente grave y densa. Diego golpeaba, repetida e inconscientemente, con la punta de su pie derecho en el suelo. Frente a ambos, la silla vacía de su anfitrión predecía lo que, en el fondo, esperaban y temían. Así había sido siempre. ¿En base a qué iba a ser ahora diferente?

Diego había leído con detalle el informe que le habían dejado acerca de la resolución del caso. Eran dos hojas escuálidas mecanografiadas por ambas caras, según pudo ver el capitán. Su rostro granítico, un remanso en medio de la tormenta, impedía la transmisión de reacción alguna. Cuando terminó, retornó al principio y comenzó a leer otra vez, esta vez en diagonal, como si necesitara asegurarse de que había leído todo, de que nada se le había escapado. Concluyó la lectura e introdujo las hojas en la carpeta. En ese preciso instante, la puerta se abrió y entró el comandante Cainido. La calma del comandante Rosales se fundió, y de su boca se escaparon los mayores improperios que podrían ser imaginados. Aquel estallido sorprendió, incluso, al capitán, quien, al igual que el otro comandante, dejó que la cólera se consumiese y esperó a su fin. El contenido del informe había, sin duda, dinamitado la paciencia y prestancia de Diego.

—¿Quién diablos es ese «Evaristo el Manzanillo»? ¿Estamos locos, o qué? —insistía.

—Tranquilízate, te lo ruego, Diego —repuso el comandante Cainido.

—¿Que me tranquilice? Pero ¿estás bien de la cabeza? —continuó

Diego, al borde de la desintegración.

—Seguro que el comandante tiene una explicación —apuntó Antonio.

—Pero ¡qué explicación puede haber para esto!

—Por favor —sugirió Antonio.

Diego, quizá sujeto por el respeto que sentía hacia su compañero, aquel que le estaba acompañando, fiel e incondicionalmente, en el último periplo de su desventura, hizo caso y se sentó de nuevo.

—Muchas gracias —dijo, entonces, el otro comandante.

—Mariano —comenzó Diego, ya en su papel, si bien sensiblemente enojado—. Ayer teníamos al culpable, al asesino, delante de nosotros, cuando recibimos esto —dijo lanzando sobre la mesa el telegrama, visiblemente arrugado, encima de la mesa—. Ahora, leyendo tu informe, me decís que el criminal es un tal… «Manzanillo». ¿Cómo quieres que reaccione?

—Quiero que seas consciente, en primer lugar, de que no es cosa mía, Diego. Todo esto viene del Gobierno Civil. Por lo que parece, alguien les avisó, ayer por la mañana, informando que un vagabundo estaba totalmente borracho en un bar de Oña diciendo que se lo había pasado muy bien en Poza con un par de «jovencitas», y que tras divertirse con ellas les había tenido que «enseñar quién mandaba allí».

—¿Quién dio el aviso? En el informe no se menciona ese detalle —preguntó Diego.

—No tengo esa información.

—¿Fue, quizá, por medio de un telegrama? —intervino el capitán, adoptando una actitud a caballo entre la seriedad de la situación y la ironía de la propia intencionalidad de la pregunta.

—Tampoco lo sé, capitán.

Las miradas de ambos comandantes se cruzaron. Una nube oscura descendió sobre la estancia, donde la luz a duras penas encontraba angostos recovecos por donde huir.

—El caso es que inmediatamente se comunicó el hecho al cuartel de Oña —prosiguió el comandante Cainido—. Encontraron al vagabundo en un bar cercano y le detuvieron.

—¿Se declaró culpable? —indagó Diego.

—No al principio. Sin embargo, tras un breve interrogatorio, firmó la confesión.

—¿Firmó? ¿Sabe escribir? —insistió Diego.

Tras unos momentos de titubeo, el comandante Cainido dejó, tras sacarla de uno de los cajones de su escritorio, otra hoja de papel mecanografiada sobre la mesa.

—Compruébalo tú mismo.

Diego, obviando el contenido del documento, fue directamente a la firma. En lugar de una rúbrica común, una huella digital daba la

conformidad.
—Supongo que el Manzanillo este, aparte de no saber escribir tampoco sabe leer, claro —dijo Diego.
La ausencia de respuesta por parte del comandante Cainido hizo que aquélla no fuera necesaria.
—¿Sabe este pobre hombre que el haber estampado aquí la huella de su dedo índice va a suponerle morir en el garrote vil? —continuó preguntando, presionando a su colega, Diego.
Mariano Cainido, comandante experimentado y amigo personal del igualmente comandante Diego Rosales, sabía que ni podía ni debía responder aquella pregunta. Tenía, cómo no, la respuesta, pero ¿cómo darla?
—¿Y cómo se supone que fueron los hechos? —prosiguió Diego, ayudando, involuntariamente, a pasar el trago a su compañero.
—Lo pone en el informe y en la propia confesión…
—Prefiero que me lo cuentes tú —agregó Diego depositando el documento de la confesión encima de la mesa, al lado del informe.
—Evaristo Sánchez, el Manzanillo, es un borrachín sin oficio ni beneficio conocido tanto en Poza de la Sal como en toda la comarca. Acostumbra a vagabundear de pueblo en pueblo buscando comida y vino. La gente suele ser caritativa y normalmente siempre saca algo.
—Por supuesto nunca se había comportado de manera violenta hasta ahora, me imagino —interpuso el capitán.
—No. No hay constancia de tal cosa.
—Qué casualidad que justo ahora se convierta en un monstruo —añadió el capitán.
—Y qué oportuno —corroboró Diego.
El comandante Cainido se esforzaba en seguir estrictamente el guión que le había tocado interpretar. No le resultaba sencillo, dado que enfrente tenía a uno de sus mejores compañeros y amigos. Sin embargo, era su deber y, además, no le quedaba más remedio habida cuenta su posición y responsabilidad.
—Si me lo permitís, continúo. En una de esas andanzas, Evaristo, con motivo de las fiestas patronales apareció por Poza de la Sal, seguro de tener fortuna y ser agraciado con más de una invitación en cualquiera de las cantinas de la villa. Por lo visto vio a Irene, quedó deslumbrado por su belleza, y la siguió. Vio que entraba en casa y, tras comprobar que estaba sola, entró en la vivienda de los Sanz. Una vez dentro, animado por su estado de embriaguez, pretendió propasarse con ella. Ante la negativa de ésta, tuvo que emplear la violencia para conseguir sus objetivos. Al final, el alcohol le provocó una enajenación mental que culminó en la orgía de carne y sangre que ya, desgraciadamente, conocen.
—¿Qué edad tiene Evaristo? —preguntó, completamente serio y,

aparentemente, relajado, Diego.

—Sesenta y cuatro años.

—¿Y con respecto a Blanca?

—Algo parecido. Se encaprichó de ella y, deseando rememorar su aventura, por definirlo de alguna manera, con Irene, decidió tomarla por la fuerza. Con respecto al resto de detalles, me temo que no es necesario que os los describa.

—Mariano —reclamó Diego.

—Dime.

—Mírame a los ojos y dime que te crees lo que nos estás contando.

—Diego, yo soy un mero transmisor. Tanto el informe como la confesión me han sido enviados tal y como os los he enseñado a vosotros. No te estoy ocultando nada —dijo y, tras un suspiro añadió—: Te doy mi palabra de honor.

—Te creo, Mariano. Y dices que todo esto viene del Gobierno Civil, ¿no?

—Sí.

—¿Altas esferas?

—Las más altas.

—Entiendo —asintió Diego.

—¿Y Evaristo accedió a firmar la confesión voluntariamente? ¿Puedo preguntar cómo se obtuvo esa confesión? —intervino el capitán.

—Es de suponer que, siendo, como parece, analfabeto, se siguió el protocolo establecido para estos casos, y que, por lo tanto, le sería leída en voz alta.

—Vamos, que ni siquiera han tenido necesidad de presionarle. ¿Qué le prometieron a cambio de poner su dedo en un «papel»? ¿Una botella de vino? ¡Por amor de Dios, Mariano! —exclamó Diego.

La incomodidad de la conversación prevalecía sobre la profesionalidad del comandante Cainido, quien no paraba de moverse, como si no encontrara la postura en la silla. A medida que las palabras y frases iban fluyendo, encontraba más dificultades en sostener la mirada de sus interlocutores, particularmente la de su amigo Diego. Se veía a sí mismo como uno de los intérpretes secundarios de una ópera bufa en la cual su parte del guión le había sido asignada tras haber sido previamente rechazada por todo el mundo.

—Déjalo estar, por favor. Te lo suplico como amigo —dijo el comandante Cainido a su colega.

—¿Tú lo harías en mi lugar?

—No.

Diego sonrió complacido. Hacía muchos años, casi tres décadas, que se conocían y sabía que ante una pregunta de este tipo la respuesta de su amigo sería sincera. La camaradería seguía siendo un sentimiento

compartido muy fuerte e intenso entre ellos.

—Por cierto, las chicas no fueron violadas. Ninguna lo fue —culminó Diego tras levantarse de su asiento.

Sin responder ni comentar nada, el comandante Cainido, observó que el capitán y Diego se marchaban. Justo antes de salir, ya con el pomo de la puerta en la mano, éste se volvió.

—Adiós, Mariano.

—¿Adiós?

—Adiós.

# XXI

Tras forzar una despedida de lo más artificial, salimos del despacho del profesor, el cual, prácticamente sin prestarnos más atención, se había quedado en su mesa enfrascado en el estudio de nuestro ideograma. «Bebedor de sangre»; otrora algo fantástico, puede que extravagante, a lo sumo curioso. Ahora, aterrador, paralizador de mi corazón, helador de mi propia sangre, en el caso de que ésta todavía fluya. Afortunadamente, aunque, en el fondo, qué más da, el viejo profesor no había insistido en lo relativo al origen del símbolo. Se veía que se moría de ganas por preguntárnoslo, sin embargo su carácter discreto y su sentido de la profesionalidad se lo habían impedido, una vez se percató y convenció de que evitaríamos responder. Con toda seguridad intentaría él mismo averiguarlo por sus propios medios, sin embargo, dudo que lograra descubrir nada.

Mucho mejor para él, por otra parte.

Deambulando sin rumbo por el parque de la Alameda de Cervantes, con la desazón del fracaso persiguiendo nuestra sombra, me decidí por huir hacia delante. Un paso hacia lo maldito, lo prohibido, hacia aquello que no existía, hacia lo innombrable. Me dispuse a romper el tabú familiar que, desde hacía muchos años, desde mi infancia, dormía en silencio en los rincones del olvido consciente y deliberado. Guiado por una en mí desconocida y recién nacida intuición, punzado por la áspera necesidad de continuar, pensé que podría existir la posibilidad de averiguar algo visitando al tío Emilio.

—¿Estoy escuchando lo que creo? —fue la reacción de Carmen tras atender a mi última idea.

No puedo enjuiciar su exaltación y rechazo a tal posibilidad, habida cuenta el currículo del tío Emilio, el hermano mayor de mi padre, quien llevaba encerrado en el Hospital Psiquiátrico de Logroño los últimos veinticinco años. Las causas, de lo más diversas y variopintas; sin embargo, lo que para nosotros, para mi familia, supuso haber traspasado el límite, fue haber atacado a su cuñada, a mi madre, con intención de matarla. Yo era muy pequeño y nunca fui puesto al corriente de los detalles de tan grueso suceso. Todo lo que sé es que fue mi propio padre quien impidió la agresión. Desconozco cómo lo hizo, cómo consiguió salvar a mi madre, pero esto es algo que siempre consideré secundario, dado que, era, sin duda alguna, la vida de mi

madre lo verdaderamente importante, y su sola preservación ocluyó mi, aventuré, irrelevante curiosidad. En algunas ocasiones pregunté cómo había ocurrido aquello de lo que no querían hablar, pero la respuesta, en todos los casos, se escurría. Era una cuestión que parecía haber sido borrada del subconsciente colectivo de la familia. Yo, como parte de ella, al final me dejé llevar y lo asumí de tal modo. La circunstancia de que mi tío fuese encerrado en un sanatorio psiquiátrico —probablemente de por vida, aseguraron— propició su olvido, esta vez, consciente.

Carmen conocía la historia, por lo que comprendo la expresión de horror que mi sugerencia le produjo. Yo, su novio, pretendía hablar con un monstruo, con aquel que había intentado matar a mi madre.

—Pero ¿a cuento de qué viene semejante estupidez? —repitió, ante mi escasamente convincente explicación.

—Mira, Carmen, todo esto, huelga decirte, es muy extraño. Son demasiadas cosas ocultas, excesivos secretos, al parecer, inconfesables. En realidad no tengo ni idea de lo que pasó aquel día, mejor dicho, aquella noche maldita. Solamente me contaron que el tío Emilio había atacado a mi madre, que mi padre le había reducido, y que la policía se lo había llevado. Cuando preguntaba qué había pasado, al principio me contestaban con un «son cosas de mayores». Posteriormente eludían la pregunta y evitaban responder, con o sin disculpas. Con los años, entendí que no debía sacar ese tema.

—Me estás asustando —confesó Carmen.

—Yo me estoy asustando también.

Y mi mirada se perdió en el cada vez más cercano horizonte oscuro y amenazador. La lluvia, que baña los cuerpos y purifica la tierra, en ocasiones malgasta sus vástagos en eriales muertos. Allá donde lo que crece nace de la putrefacción, del mal.

No precisé abundar en explicaciones adicionales. Carmen comprendió la dificultad que encontraba en expresar lo que podía pensar, lo que temía. Lo que pretendía expulsar de mi mente pero estaba anclado en lo más profundo de mi ser. Tomó mi brazo y se embarcó, cómo no, en aquel viaje. Mi compañera fiel.

Dado que aún quedaba tarde, y que la distancia no era muy larga, decidimos ir en ese mismo momento a Logroño. Haríamos lo posible por ver a mi tío aquel mismo día. Ni siquiera pasamos por casa. Fuimos directamente al garaje a por el coche y, con la copia del ideograma como único equipaje, emprendimos la ruta.

—¿Qué vamos a encontrarnos allí, Rodrigo? —preguntó, Carmen, con tristeza, mientras contemplaba los paisajes tendidos a los pies del puerto de Piqueras.

—No lo sé.

—¿Y qué vamos a preguntarle? ¿Qué vamos a decirle?

—No lo sé.

Mi agónica elocuencia era real. Cómo abordaría al denostado tío Emilio tras veinticinco años de infamia e inexistencia, era algo en lo que no había, ni siquiera, pensado. Afortunadamente, me consolé, llevaba a Carmen conmigo. Ella encontraría el camino.

El hospital todavía estaba abierto cuando llegamos. Por suerte, además, aún se permitían las últimas visitas. La persona de información tornó su apatía en excitación cuando pronuncié el nombre del interno al cual queríamos visitar. «Un momento, por favor —nos indicó, a la vez que descolgaba el teléfono—.Si no les importa esperar, el director les recibirá en unos minutos.» ¡El director! Desde luego el tío Emilio no debía de ser un personaje cualquiera. Apenas nos habíamos instalado en la sala de espera, yo apegado a una revista, interesantísima, de nombre *Psiquiatría y sociedad*, cuando entró un hombre trajeado de gris de mediana edad.

—¡Buenas tardes! Arturo Velásquez, director del centro —saludó efusivamente.

Tras responder al saludo y presentarnos, le explicamos el motivo de nuestra presencia.

—¿Saben que nadie ha visitado a Emilio durante estos veinticinco años? —nos informó.

No, no lo sabíamos. Esto implicaba que sería necesario inventar alguna excusa absurda con el objeto de justificar nuestra presencia. Mientras el director nos retrataba las excelencias del centro y lo bien cuidado que había sido tratado mi tío todo el tiempo, yo, escudado en una sonrisa de circunstancias, trabajaba clandestinamente en la construcción de una argumentación, si bien no creíble, que no fuese disparatada en exceso. Sin embargo, mis esfuerzos intelectuales parecía que iban a ser vanos, dado que el director estaba tan emocionado por el hecho de que su paciente más veterano fuese a ser, por fin, visitado, que toda su atención aparentaba centrarse en tan extraordinaria eventualidad.

—¿Quieren ver a Emilio ahora mismo?

—Si es posible —repuse.

—Por supuesto —aseguró, haciendo un además cortés con su mano izquierda invitándonos a salir de la sala de espera.

—¿Es… seguro? —intervino, entre dudas, Carmen.

—Sí, no tengan miedo. Emilio nunca ha vuelto a sufrir episodios como el que aquí le condujo. Ha mantenido, y mantiene, un comportamiento ejemplar a lo largo de todos estos años. Ni una queja, ni una protesta. Cualquiera en su lugar habría intentado revisar su caso, mejorar su situación, pero no él. Parece conforme con su vida,

con su destino.

«¿Cómo si no quisiera salir? ¿Cómo si temiese estar libre?», no pude reprimir sugerir para mis adentros.

—Además, está sedado —prosiguió el director.

—¿Le han sedado ahora por nosotros? —pregunté inocentemente.

—No, lo está de forma permanente —añadió, con gravedad y en tono de denuncia, me atrevería a decir.

—No comprendo. Acaba de decir que, si no estoy equivocada, siempre ha mantenido un comportamiento ejemplar —apuntó Carmen.

—Está usted en lo cierto. No obstante se le está aplicando un protocolo especial al respecto desde su ingreso. Se le aplican tranquilizantes de intensidad media continuamente.

—De ahí su comportamiento ejemplar, ¿no?

—No lo creo así.

—¿Entonces?

—Creo que es una medida innecesaria. El protocolo aplicado a Emilio, desde mi punto de vista, no se corresponde con la patología psiquiátrica del paciente. Podría estar controlado adecuadamente sin llegar a estos extremos. Es más —continuó el director—, de no haber sido por el informe psiquiátrico inicial, lo más probable es que no estuviese aquí desde hace ya mucho.

—¿A qué se refiere con eso? —indagué, sorprendido ante tamaña declaración.

—¿Mi opinión particular? —sugirió, y sin esperar a nuestro consentimiento, prosiguió—: No debería estar internado aquí.

—¿Cómo que no? —estallé—: ¿Y la agresión a mi madre?

—Si me permite, y ruego no se lo tome a mal, en su ficha está claramente indicado que la agresión no llegó a ser perpetrada.

—Claro que no. Afortunadamente lo detuvo su propio hermano —apreció Carmen.

—Ciertamente así fue, pero ese acto, por sí solo, no implica el internamiento en un centro como éste de por vida, créanme.

Tuve la impresión de que el director se estaba desahogando, de que había estado ciego y sordo ante lo que él pensaba era una injusticia, o un error, que no había, aunque lo hubiese deseado, podido, seguramente ni siquiera intentado, enmendar, y los remordimientos que esta negligencia, en parte alimentada por él mismo y por su dejación, le producían, estaban, entonces mismo, supurando.

—¿Qué hay del médico que realizó el informe inicial? ¿Sigue por aquí? —indagué.

—No, no está por aquí.

—¿Sería posible verle? —continuó Carmen, adelantándose a mis intenciones.

—Lo veo difícil. Murió hace dos años —repuso, lacónico, el director.

—Lo sentimos de veras —añadí, dando pie a que el director nos hablara de la causa de su muerte.

—No se preocupen, era ya muy mayor. Tenía cerca de noventa años. Murió, suele decirse, de causas naturales. Muchas gracias, de todas las maneras, por su interés.

—Eso quiere decir que prácticamente superaba los sesenta y cinco cuando emitió su informe… —indicó Carmen.

—Vamos, que estaba ya jubilado —sentencié.

—Efectivamente. Curioso, ¿verdad? —añadió, con malicia, el director.

¿Qué mejor respuesta que la nada cuando, o no se sabe, o no se debe responder? ¿Cómo decirle que, presumiblemente, mi padre habría sobornado a un médico retirado, o a punto de serlo, para que emitiese ese informe? ¿Cómo contarle que mi padre quería a su hermano encerrado y anulado para siempre? Y lo peor de todo: ¿cuál era el verdadero motivo que hizo que mi padre obrase de esa manera? ¿Por qué no se limitó a dejar actuar a la justicia? Al fin y al cabo, como precisa y acertadamente había subrayado el director del hospital, se trató de un intento de agresión únicamente.

—Además, por cierto, su padre, año tras año, como ya sabe —seguro que sabía que yo no lo sabía—, nos ha estado haciendo una generosa donación de fondos.

Cargo de conciencia o deber familiar. Mi padre había estado, hasta la fecha, sufragando los costes del internamiento de su hermano, de un encierro injustificado para todos menos para él. ¿Qué sucedería a partir de ahora?

—Pero, por favor —continuó el director—, les estoy entreteniendo. Han venido a ver a su tío, ¿verdad?

—¿Estará Emilio… suelto durante la visita? —apuntó, ligeramente nerviosa, Carmen.

—Claro que sí —respondió, precedido de una sonrisa de indulgencia, el director—. No tiene por qué preocuparse, se lo aseguro. No obstante, si lo prefieren, puedo pedir a un celador que esté presente.

Carmen asintió. Por su expresión, el director estaría pensando que habíamos visto demasiadas películas —¿quién no recuerda al doctor Hannibal Lecter atado y con la máscara-bozal puesta?. Pero, supuse, estaría acostumbrado a ese tipo de comentarios, por lo que, sin más, y tras explicarnos que era habitual la petición de vigilancia en las visitas, si bien el celador se quedaba o en la puerta o incluso fuera de la sala para permitir cierta privacidad, nos invitó a seguirle.

Al fondo de un pasillo largo, de un blanco aséptico, un cartel indicaba que habíamos llegado a la sala de las visitas. Una puerta, así mismo pintada de un color lechoso, a juego con las paredes y con una pequeña ventana rectangular con tapa en su parte superior, franqueaba la entrada a la estancia. Era una habitación amplia, derrochadoramente espaciosa, sin más ventanas que la propia de la puerta, y con una mesa sencilla y cuatro sillas como todo mobiliario. Nos sentamos y esperamos. No hablábamos entre nosotros. La expectación de encontrarnos con el tío Emilio absorbía nuestra atención. El director, al parecer, había ido en su busca, cual personaje importante, y nosotros reposábamos nuestros anhelos, temores y deseos, en aquello que habría de cruzar el umbral.

Acompañado de un cuidador, un anciano entró en la sala. Su impronta no se correspondía con lo que de su imagen había quedado reflejado en las pocas fotos que de él recordaba. Era el hermano mayor de mi padre, y como tal habría de ser considerado. Los años nos calcinaban a todos, incluyéndole a él. Especialmente a él, para ser más precisos. Sin embargo, mi perdido subconsciente probablemente estaría esperando a un hombre joven y vigoroso de mirada vesánica. El celador le acompañó hasta la mesa y, tras ofrecerle una de las sillas, se retiró hasta apostarse a un lado de la puerta. El tío Emilio se sentó y nos observó sin abrir la boca, sin emitir ningún sonido, sin mostrar emoción alguna. Lucía un aspecto general aseado, al margen de una decadencia física acentuada general. Su pelo, de un plateado intenso con ligeros brillos azul celeste, le cubría completamente las orejas, cayendo en cascada sobre sus hombros marchitos. Me fijé en sus ojos, también azules, al igual que la mayor parte de la familia, incluyéndome a mí mismo, los cuales, me imaginé que por el efecto de los tranquilizantes, parecían dormir. Los tres nos mirábamos. Sin saber cómo, me decidí a romper el fuego.

—Hola, tío Emilio.

—¿Eres Rodrigo?

Puede que el hecho de que fuese su único sobrino varón le ayudara a reconocerme. Aun así y con todo, su sorpresa, sus dudas, eran perfectamente lógicas. Yo me había dirigido a él como tío, cierto, pero tantos años de soledad… ¿Cómo no podría comprenderse que sus recuerdos hubieran sido emborronados?

—Sí, tío, soy yo —repuse, lo más afectuoso de lo que fui capaz.

—¿Y tu padre?

Aquella pregunta surcó el espacio cual dardo inesperado, como un rayo en un día luminoso.

—Murió.

—¿Cómo fue? —preguntó, revitalizándose instante a instante.

Una vez relatada la historia del accidente, mi tío pareció aceptar

con tranquilidad el suceso. Era como si, tras haber esperado otra respuesta, la proporcionada le hubiese servido, le hubiese sosegado.

—¿Quién es ella? —prosiguió con, supuse, cierta curiosidad.

—Es mi novia —contesté—. Carmen, te presento al tío Emilio.

Se dieron la mano, en un saludo, aparentemente, muy cordial, si no fuese porque él alargó ese formalismo más de lo esperable, de tal manera que Carmen hubo de ejercer toda su fuerza para soltarse de aquella garra. Ardua tarea cuando no se desea incomodar o cuando se quiere resolver una situación desagradable de forma imperceptible y limpia. Tras ese pequeño incidente, Carmen cambió su mano por la mía. Los dedos del tío Emilio, abandonados, quedaron repiqueteando, nerviosos, encima de la mesa por unos instantes. Yo, haciéndola ver que me había dado cuenta, miré y sonreí, furtivamente, a Carmen. Las pupilas de mi tío, por unos leves instantes, parecieron dilatarse.

—Bueno, ¿y a qué debo el honor? —inició mi tío.

Después de todo, lo más normal del mundo, ¿cómo no habría de mostrar una por completo fundada extrañeza, más que sorpresa, ante tan inesperada y sorprendente visita? En lo que mí respecta, me dejé llevar por la vía de los devaneos, perdiéndome en vueltas y más vueltas; en esta ocasión, además, sin contar con el soporte de Carmen, temporalmente anulada por la presencia y aura irradiada por mi tío.

—¿A qué habéis venido? —preguntó de nuevo directamente.

Había prescindido de toda cortesía. Al fin y al cabo yo era el hijo de quien le había encerrado de por vida. Rendido, hice una seña a Carmen para que me diera la copia del ideograma, quien extrajo el papel, doblado, de su bolso. Noté que el tío Emilio se impacientaba, que sus ojos comenzaban a desprenderse del entumecimiento que los aprisionaba. Se mesaba el pelo repetidamente con las manos, al tiempo que movía ligeramente la cabeza verticalmente, como si estuviese asintiendo. Al hacerlo me llamó poderosamente la atención la forma cargada de sus hombros, lo cual, inevitablemente, me llevó a recordar las palabras de mi madre sobre las supuestas transformaciones físicas de mi padre. Desdoblé la hoja y se la mostré.

—Hemos venido por esto, tío.

Sin duda reconoció el símbolo. Su expresión se tensó, la careta se cayó. La indiferencia fue devorada por una excitación atroz canalizada a través de todos los nervios faciales de su rostro. Sus brazos y piernas comenzaron a temblar. Sus ojos despertaron. El celador se percató del cambio y se acercó. Sin mirar atrás, el tío Emilio lo detuvo levantando su brazo, indicando que no pasaba nada. Aquél se quedó cerca hasta asegurarse de que, en efecto, todo iba bien. Cruzó su mirada con su interno, con mi tío, y pareció quedarse satisfecho, por lo que volvió a su posición junto a la entrada de la sala.

—Pobre sobrino mío —murmuró.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué pasa? —preguntaba yo atropelladamente.

No obtuve respuesta alguna. Mi tío aparentaba haber retornado a su estado inicial de laconismo e indiferencia.

—Lo has reconocido, ¿verdad? —insistí, señalando el ideograma.

—¿Dónde lo habéis encontrado?

—Está inscrito en una tablilla de arcilla.

—No es una tablilla —dijo, tras un suspiro compuesto a partes iguales por asentimiento y derrota—. Es una caja.

«¿Una caja? ¿Estábamos hablando de lo mismo?» Indudablemente sí. Era yo quien no comprendía.

—No entiendo nada, tío.

—Ya lo harás —terminó, cortante, él.

Tras su sentencia, el tío Emilio se levantó y se dirigió a la salida. Por lo visto había dado por terminada la entrevista. Cuando llegó a la puerta, de repente se volvió hacia nosotros y clavó su mirada en Carmen, sus ojos despidiendo llamas, sin rastro alguno del efecto de los sedantes. Con una rapidez y pericia impropia de alguien de su edad y condición empujó a su cuidador, quien cayó sobre el interruptor de la luz, situado junto al marco de la puerta. La oscuridad más completa se adueñó de la estancia. Lo siguiente que noté fue una ráfaga de viento rozarme. Algo pasó a mi lado a una velocidad vertiginosa. Luego el ruido de una silla al caer al suelo y un grito estridente. Después sonidos incongruentes, gruñidos animales, más chillidos, gorgoteos ahogados, que dejaron paso a un silencio atroz acompasado por las notas primigenias, abismales, de una bestia alimentándose.

El silbato del celador me sacó de mi estupefacción. Yo, envuelto en la negrura de la sala y sobrecogido por el terror, me había levantado pero no me había movido. Todo había sucedido demasiado rápido y mi capacidad de reacción había sido anulada por la sorpresa y el miedo. Pero lo peor fue cuando la luz volvió, cuando el dulce pánico de la noche fue expulsado por la claridad del amanecer. Sobre un inmenso charco de sangre dos cuerpos yacían, uno inerte, el otro, encima, moviéndose rítmicamente. El celador silbaba desesperadamente pidiendo ayuda sin atreverse a intervenir. Yo asistía estupefacto al espectáculo más horrendo del cual jamás había sido testigo. Porque eso es lo que verdaderamente hice, mirar. Aun a sabiendas de que no podía haber hecho nada para evitar la tragedia, nunca podré perdonarme mi pasividad, mi cobardía. Cierto es que fueron segundos, insignificantes fragmentos de tiempo, pero aun así no puedo refugiarme en la indulgencia. Fallé, eso es todo. Y mi

lamentable error costó la vida de lo que más quería.

Carmen yacía en el suelo embaldosado de la sala. A su alrededor un enorme charco de sangre, de un rojo intenso, extendiéndose hacia todos los lados. Su garganta, abierta y desgarrada hasta la tráquea, no cesaba de expeler sangre a borbotones. Mi tío, cual animal infame, estaba a cuatro patas sobre ella, agrandando con sus dientes la herida abierta por todo su cuello, al tiempo que comía y bebía de su carne y de su sangre. ¡La estaba devorando! Sus miembros ya habían dejado de moverse compulsivamente, su fuerza vital ya había sido extinguida.

Para cuando llegó la ayuda ya era demasiado tarde. Yo había conseguido sacudirme de encima el pavor que me mantenía sujeto y me había lanzado sobre mi tío, quien prácticamente ignorándome seguía alimentándose. Yo le golpeaba con todas mis fuerzas, pero el rostro bañado en sangre de Carmen, a escasos centímetros del mío me turbaba y confundía mis nervios, provocando que mis esfuerzos fuesen vanos. Anunciados por el ruido de la puerta al abrirse bruscamente, dos guardias de seguridad acudieron. Apartándome primero, lograron hacer que mi tío soltara, Dios me perdone, a su presa. Yo me había quedado sentado en el suelo cubierto de sangre; de la sangre de mi novia. Con la colaboración del celador, lograron sujetar contra la pared a mi tío, quien con la boca, dientes y rostro teñidos de rojo y tachonados de fragmentos de carne y cartílago, y una expresión completamente demencial, lanzó un grito salvaje y ensordecedor.

Carmen había muerto.

# XXII

*Ave maria, gratia plena. Maria, gratia plena. Maria, gratia plena*. Las notas del *Ave María* de Schubert deambulaban por el vestíbulo del Gobierno Civil de Burgos. La música, procedente del interior, endulzaba la sobriedad del edificio. A medida que se adentraban, los dos oficiales atraían la atención de los presentes. Andaban con determinación, guardando la distancia entre ellos, con pasos firmes y espaciados. Sus trajes de gala, impolutos, resplandecían bajo los rayos luminosos que atravesaban las vidrieras de las paredes. En la entrada habían preguntado por el Gobernador en persona. Las dudas del conserje, fueron resueltas tras serle mostradas las credenciales del comandante Rosales. Cruzaron el vestíbulo, dirigiéndose hacia las escaleras de mármol que, asentadas en el fondo de la planta baja, ascendían retorciéndose en dos ramales gemelos. En una mesita estaba el gramófono que sembraba de música la estancia. La regularidad de los giros del disco contrastaba con un entorno que parecía ralentizarse. Los movimientos de las personas, los objetos inanimados al ser desplazados, todo parecía estar embargado por una especie de pesadez que flotaba con el aire. *Ave, ave dominus. Dominus tecum. Benedicta tu in mulieribus.* La voz poderosa y templada de Enrico Caruso anulaba el resto de sonidos, insignificantes, circundantes. Nada más podía existir. En realidad todo menos él, que acababa de morir. El gran tenor se había ido, pero su voz permanecía, para siempre, acompañando al viento. Diego subía en primer lugar tras el ordenanza que les acompañaba. Antonio se dejaba llevar. Sus pensamientos, otra vez, habían trascendido y, en realidad, no le importaba demasiado, al menos no tanto como a su compañero, dónde terminaban las escaleras. Para él eran una parte más del camino, de aquel que debía terminar pero nunca acababa. «Martha, ¿dónde estás? ¿Jimena? Soy yo, papá.»

El despacho del Gobernador estaba en la primera planta. El ordenanza, les indicó que debían aguardar un momento. Don Gerardo Santocildes estaba reunido, pero no habría de tardar mucho. Se sentaron en un banco de madera enfrente de la puerta del despacho, al otro lado del pasillo. *Et benedictus, et benedictus fructus ventris. Ventris tuae, Jesus. Ave Maria*. Caruso ascendía, flotando, levitando como una hoja mecida por la brisa. Su timbre firme y dulce teñía de colores vivos la espera. El comandante, vestido con su uniforme de gala, estaba tranquilo, muy calmado, respirando acompasadamente.

Antonio, al verle así por la mañana, se había preguntado la razón de aquel cambio de atuendo. Pero algo, puede que una intuición fortuita, le aconsejó reservarse para sí cualquier comentario al respecto y hacer lo propio. «Jimena, no llores, ya voy.»

Diego permanecía callado, obviando su compañía. El capitán, a su lado, inmóvil y absorto. El graznido de los goznes de la puerta doble rescató a ambos de sus particulares ensimismamientos. Las dos hojas se abrieron despacio y un rayo de luz intenso, huyendo del despacho, se deslizó hacia fuera. *Ave Maria, Mater Dei. Ora pro nobis peccatoribus.* La música absorbía todos los ruidos, lanzando las líneas de su pentagrama cual tentáculos hambrientos. El capitán dirigió su vista hacia el hueco luminoso que se abría lentamente. Sus ojos seguían apagados, sus pupilas congeladas, sin brillo. El comandante se estiró levemente, dejando reposar sus brazos a ambos lados de su cuerpo. El haz luminoso, alimentado por el ordenanza que separaba las hojas de la puerta, se extendía y ensanchaba, recortando la figura de las dos personas que salían. «Vosotras sois el faro que me guía en la oscuridad.» Una sonrisa y una lágrima se posaron sobre el rostro de Antonio.

El Gobernador apareció en primer lugar departiendo amigablemente con otro hombre cuya figura estaba ensombrecida por el contraste luminoso. Diego se levantó de su asiento, presto y dispuesto para saludar. Antonio secundó el gesto poniéndose a su lado. *Ora pro nobis. Ora, ora pro nobis peccatoribus. Nunc et in hora mortis*. La puerta, accionada por el conserje se cerraba despacio, lentamente. El chorro de luz se estrechaba, se encogía de frío y estiraba sus brazos tratando de escapar por la cada vez más angosta abertura. Mientras, aquella silueta oculta iba desprendiéndose de la sombra que lo cubría. Paulatinamente sus rasgos comenzaban a discernirse. Pero a medida que esa cara se pintaba de color, la del comandante lo perdía.

Aquel hombre era Andrés Arnaiz.

*Et in hora mortis nostrae. Et in hora mortis nostrae*. El comandante, sin previo aviso, empujó a un lado con fuerza al capitán, quien, desprevenido y sorprendido, cayó al suelo. Arnaiz reconoció de inmediato a Diego pero, sobrepasado por la fugacidad de lo que estaba aconteciendo, así como si hubiese mirado a la medusa, quedó petrificado. Desde el suelo Antonio pudo ver cómo el comandante extraía su pistola y comenzaba a hacer fuego. Sonaron disparos, y los cuerpos del Gobernador y Andrés Arnaiz cayeron desplomados al suelo. Este último se arrastraba intentando escapar, dejando un reguero de sangre tras de sí. El sonido atronador de más disparos, procedentes de las armas de dos guardias, irrumpió desde la planta baja. El comandante fue alcanzado en la espalda y, tras doblar la rodilla, cayó también. Su mano derecha, aferrada a su arma. Pero su

fuerza ya se extinguía y los dedos se abrieron muertos. La pistola se deslizó, al igual que lo hacía su espíritu.

El capitán llegó a su lado. Pero cuando sus ojos se cruzaron, Antonio se dio cuenta de que la mirada de Diego se había nublado, de que su calor se disipaba. Nada podía hacer ya para socorrer a su compañero.

—Hasta la vista, amigo —dijo, con expresión serena, Diego.

—Nos vemos pronto —respondió Antonio, cerrado los párpados, ya inertes, del comandante.

*Et in hora mortis nostrae. Ave Maria.*

# XXIII

Estaba sentado en mi habitación. La tablilla, desafiante, reposando encima de la mesa, acompañando mi soledad, mi angustia, mi ruina. Carmen había muerto, me había dejado. Había sido asesinada de forma brutal. Había pagado con su vida el hecho de estar conmigo, de permanecer junto a mí hasta el fin, hasta su final. Y ahora yo, desamparado, debía enfrentarme a mi destino. ¡Cómo podía ser tan egoísta! Al fin y al cabo, yo estaba vivo. Eso sería lo normal, lo humano, cabría pensarse. Sin embargo, no era ése el sentimiento que afloraba en mí. Era más el terror sufrido por lo que podría venir, por lo que acechaba en el umbral, que la propia muerte. Y ese miedo, desgraciada y vergonzosamente, prevalecía sobre el dolor y la pena por el triste, injusto y horrible destino de Carmen.

El cadáver de Carmen había sido trasladado al depósito el mismo día del ataque, ya avanzada la noche. La policía, acompañada por un forense, había concluido su trabajo muy rápido, y es que no cabía duda alguna con respecto al relato de los hechos. Era la naturaleza, la raíz de los mismos, lo que se escapaba a cualquier atisbo de comprensión humana. Era la forma, no el resultado, lo que sobrecogía los ánimos y atenazaba las gargantas de los presentes. A mí me habían sacado del escenario de los hechos y, acompañado de un psicólogo, me habían llevado a otra sala. Por fortuna, aquello no se prolongó demasiado y pude irme de allí. Mientras salía pude asistir al traslado del cadáver de mi novia. Coincidí con los camilleros que la llevaban. Con mi mano acaricié el manto metálico que cubría sus restos mortales. «Perdón», fue lo único que fui capaz de decirle. Perdón por ser la causa de tu muerte, de tu desgracia.

El entierro, me dijeron, se celebraría una vez practicada la autopsia. Debía avisar a la familia y realizar los preparativos del funeral, pero al llegar a casa, fue otro el pensamiento que me invadió, relegando el trauma sufrido a un lamentable segundo plano. Solicité estar solo y me encerré en mi habitación. Mi madre y mi hermana se quedaron, llorando y hundidas, en el salón. Oía sus lamentos desde dentro, pero eran más intensos los latidos de mi corazón, los cuales parecían producir eco en el cajón donde habíamos guardado aquella tablilla: mi obsesión.

«No es una tablilla, es una caja.» Las palabras de mi tío viajaban por

mi cerebro. Tomé aquel objeto en mis manos y empecé a darle vueltas, a palparle. Un ladrillo de arcilla con los bordes recubiertos por una banda metálica. «Una caja.» Entonces debería haber una tapa, o al menos un cierre. Sin embargo toda la estructura parecía compacta, sin fisuras, huecos o nada que pudiese asemejarse a una cerradura. Orienté mi atención a la banda metálica protectora. Con una llave rasqué el óxido con la vana e infructuosa esperanza de encontrar algo. Por suerte —o por desgracia— advertí que la banda no estaba pegada a la tablilla. Ésta se movía levemente. Haciendo un poco más de fuerza, incrementando suavemente la presión, la holgura se hacía más grande. Por fin, la tablilla de arcilla se desprendió de la banda protectora, en la cual había estado encajada. Dejé a un lado la banda metálica y me centré en la tablilla. Los laterales, recién descubiertos, presentaban un color más claro que el resto. Una línea, trazada por la mitad, en sentido longitudinal, se destacaba. Al observarla de cerca, pude advertir que no era un trazo dibujado. Era una junta. Así que, simplemente, separé las dos partes. Efectivamente era una caja. El interior era un hueco muy pequeño. No mayor que el de una tarjeta de visita y de un centímetro de profundidad. En cualquier caso, suficiente para el contenido que albergaba. Una llave pequeña sin identificación. Además, de un tipo que ya había visto con anterioridad. Era la llave de una caja de seguridad.

Yo ya había acompañado a mi padre, en repetidas ocasiones, al banco donde tenía una caja de seguridad. Recuerdo que nos hacían pasar a una estancia blindada donde había una pared entera llena de cajas metálicas apiladas a modo de estanterías.

Una de las de abajo, no se me ha olvidado, era la nuestra, la número 113. Mi padre solía guardar documentos en ella. Desgraciadamente para mis nervios, la madrugada era aún joven y había de esperar al día siguiente para ir al banco.

Los sollozos de mi madre y mi hermana hacía rato que ya no se escuchaban. Habían respetado mi dolor y mis deseos dejándome tranquilo. Elisa, además, se había ofrecido a avisar a la familia de Carmen, lo cual se lo agradecí sinceramente. No me veía capaz de llamar a sus padres para comunicarles semejante noticia. Ellos tendrían ahora, también, que pagar por mi cobardía e inconsciencia por el resto de sus vidas. Una más de mis culpas, otra de mis cargas. Otra más, que no la peor, ni mucho menos.

Supuse que ambas se habrían acostado ya. Lo mejor que podría yo hacer, me dije, era imitarlas y descansar un poco, pero el agotamiento no era tan fuerte como para vencerme. Mi cuerpo, alimentado por un espíritu encendido, se resistía. Lo que restaba de noche lo pasé pegado a la ventana, viendo cómo la luna se desvanecía, esperando al amanecer. Lamentablemente no acerté a dejar mi mente en blanco y

mis neuronas se embarcaron en una carrera frenética sin meta aparente.

Cuando llegó la hora, sin desayunar —tampoco había cenado la noche anterior—, me apresuré al banco. El director me conocía, se acordaba de mí, con lo cual no tuvo ningún reparo en acompañarme a la sala blindada de las cajas de seguridad. Solicité que me facilitase la caja 113, pero, para mi sorpresa, no pude abrirla con la llave.

—A lo mejor es de la otra caja —sugirió el director de la sucursal, quien aún no había salido de la estancia blindada.

—¿Hay otra? —pregunté, totalmente sorprendido.

—Sí, la 115.

Ese número, ya ni me resultó curioso, correspondía con las tres últimas cifras de la clave del cheque que me había dejado mi padre en su testamento. Casualidad o no, no dejaba de ser indicativo.

—¿Quiere intentarlo?

—Por supuesto —repuse ansioso.

Esta vez, en vez de dármela directamente, depositó la caja en una mesa forrada de terciopelo. Como si estuviese seguro de que ahora sí que podría abrirla, me dejó solo sin esperar a comprobarlo. Introduje la llave en la cerradura y la giré sin encontrar resistencia mecánica. En efecto aquélla era la caja. Al abrirla, un sobre con mi nombre me estaba esperando. En su interior, una carta manuscrita firmada por mi padre. La letra era inconfundible. Eran varias hojas escritas por ambas caras y fechada dos semanas antes de su muerte. Me las guardé en el bolsillo y salí del banco. Deambulé un rato sin saber adónde ir, hasta que opté por entrar en una cafetería a leer la carta.

El establecimiento estaba prácticamente vacío y tras pedir un café, me senté a una de las mesas de la zona más apartada del lugar. Cuando el camarero me trajo la bebida y se fue, reuní el valor necesario y me dispuse a leer la carta de mi padre.

> Querido Rodrigo:
>
> Espero que llegues a leer esta carta. Lo deseo con todas mis fuerzas. Si es así, Dios haya tenido piedad, significará que yo ya he muerto.
>
> Es de suponer, además, que, tras el periplo que te ha llevado hasta aquí, camino que nunca he dudado recorrerías con éxito, tendrás muchísimas preguntas que te gustaría poder hacerme. Por desgracia, me temo, no hará falta que te las responda. Tú lo irás averiguando por ti mismo.
>
> Pero, antes de continuar, déjame pedirte perdón. Perdón por haberte hecho nacer, por haberte traído al mundo, por obligarte a existir. No por ti, sino por mí. Yo debería haber muerto nada más nacer. No debí consentir que esta estirpe abominable se perpetuase. Sin embargo, no puedo permitirme

abandonarme en la indulgencia del destino, de la predeterminación. Ni siquiera en que nuestra maldición es más poderosa que la razón, que la lógica, que nuestra propia existencia. Soy culpable de haber vivido lo suficiente para transmitir mi semilla maldita. La que ahora anida en tu interior.

Perdón también, sobre todas las cosas, por haberte apartado de mi lado en un intento fútil de impedir lo inevitable. Fue un acto, aunque meditado y deliberado, desesperado e inconsciente a la vez que irracional. Podemos escapar de la oscuridad, escondernos de ella incluso, pero siempre nos alcanza, siempre nos atrapa, y con su peso, nos aplasta. Pensar que por echarte de mi lado iba a impedir que tu herencia te poseyera, es algo, expresado con benevolencia, ridículo. Por lo que sé de ti, ahora, mientras escribo este mi auténtico testamento, me he visto forzado a admitir que semejante decisión, aquella que desolló mi corazón, ha sido del todo estéril.

Aunque no te lo hubieras imaginado, he seguido durante todo este tiempo tu vida, siempre alimentado con la misma esperanza, con el anhelo de que fuese normal, humana. Pero no, y aunque esta afirmación te parezca cruel e ignominiosa, es la realidad, y de nada sirve volver la espalda a la verdad. En cualquier caso ésta es una explicación que te debo y que espero al menos te sirva para entender lo que estás a punto de sufrir.

Cómo empezar se me hace increíblemente difícil. Probablemente, para tu desdicha, ya estarás intuyendo algo, si bien, la atrocidad que estoy a punto de revelarte es tan horrenda, tan blasfema, que el solo hecho de atisbar algún retazo de la misma te habrá supuesto, sin poder evitarlo, rechazarla de inmediato.

Si el simple ejercicio de plasmar en un papel lo que he de transmitirte es tan complicado, no lo ha sido menos el articular la forma de hacerte llegar hasta aquí. En especial teniendo en cuenta que sólo tú, únicamente tú, habías de hacerlo. No es ninguna broma. Esto ha de ser una de las máximas de tu vida, y en unos instantes entenderás la razón. Es mi deber ponerte al corriente de lo que va a venir, de lo que te va a acompañar a partir de ahora. Pero habrás de guardarlo para ti. Quedaría bien, hasta cierto punto, decir que es un secreto que has de proteger con tu propia vida. Pero, tal y como suele suceder, la imaginación no alcanza a la realidad y va a ser, debes creerme, exactamente al revés. Será este mismo secreto quien habrá de preservar tu existencia mortal, y digo esto porque espero y deseo que ahí concluya, que no trascienda con nosotros, que no se adhiera a tu alma. Además, y no menos importante, esta extrema discreción que te estoy pidiendo es estrictamente necesaria e imprescindible para aquellos que han de rodearte a lo largo de tu vida, para tus seres queridos. Sí, toda tu vida. Al igual que me ha sucedido a mí y a tu tío Emilio. Y antes a tu abuelo y a tu bisabuelo. Y de esta manera podría continuar hasta remontarnos, me temo, a los mismísimos orígenes del tiempo.

Pero no lo retrasemos más. La hora ha llegado para ti y de poco han de servir las lamentaciones. Como has podido experimentar, has tenido que volver a jugar a nuestro juego de las pistas, como en aquellas tardes de los viernes. ¡Qué poco podías imaginar que todo formaba parte de lo mismo! Estoy seguro de que éste ha sido uno de los más torpes intentos de la historia, pero no fui capaz de encontrar otra manera de afrontar semejante dilema. ¿Cómo podría asegurarme de poder transmitirte algo, sin saber a ciencia cierta si habría de hacerlo, pero garantizando que se haría si llegase a ser necesario? Sin duda alguna, he de admitir que esto suena, del todo, a locura o, siendo piadoso, a extravagancia. Ridiculez sería otro adjetivo de lo más

apropiado de no ser por la monstruosa realidad que se esconde detrás. En resumen, lo hice lo mejor que supe. Otra cosa más, que no, ni mucho menos, la más importante, que habrás de perdonarme.

En una ocasión alguien me dijo que para empezar a contar algo difícil, algo que con terquedad se nos resiste, no hay como comenzar por el principio. Que así sea entonces.

Evidentemente has llegado hasta el ideograma de la caja, aquella que pensabas había sido destrozada por un animal. Ese símbolo representa el origen de nuestra estirpe. Está escrito en asirio y se lee como «Damusatu», lo cual podría traducirse como «Bebedor de sangre». Y no, no estoy loco. Todo lo que tengo y podría haber tenido daría sin vacilar porque así fuera. Pero no puede ser. La realidad es la que es. Y en efecto, de ahí procedemos, de la antigua Mesopotamia, el país del Éufrates y el Tigris, el paraíso terrenal.

Pero en esta ocasión la noche más oscura se echó sobre la tierra de los dos ríos cubriendo el Edén con un manto de tinieblas.

El Imperio asirio fue especialmente cruel. Ejercían su dominio basándose exclusivamente en su poderío militar, sometiendo a los pueblos conquistados a unas condiciones de brutalidad extrema. Pero, incluso en ese entorno, nuestros innombrables antepasados superaban lo imaginable, lo que pueda ser descrito por cualquier lenguaje humano no corrompido.

Lo que nos distingue del resto de la humanidad es el ansia. Es algo único, más allá de cualquier leyenda para incautos. Desconocemos su causa u origen, pero es tan real como la propia tierra, tan vieja como el tiempo mismo. Es el ansia por la sangre humana; un deseo irrefrenable que nos ciega y enloquece, quemándonos por dentro, retorciendo nuestras entrañas, abrasando nuestras meninges. Cuando surge, crece con voracidad, y nada puede calmarla salvo la satisfacción de la necesidad, del apetito infame. Nos proporciona una potencia y agilidad extraordinaria mientras dura, cual bestias salvajes. Créeme, los vampiros nunca han existido; nosotros sí.

No se manifiesta en todos nosotros de igual manera o con intensidades similares, apareciendo únicamente en varones. El primer brote normalmente eclosiona a partir de los veinticinco o treinta años, y su virulencia se intensifica con la edad, alcanzando a partir de la madurez dimensiones de una violencia y salvajismo indescriptibles. No la padecen todos los hombres de nuestra familia, es algo que surge aleatoriamente. Sin embargo es posible identificar algunos de sus síntomas tempranamente, detectarla prematuramente, lo cual no hace que cambie nada, dado que el ansia no tiene cura, aunque, en condiciones normales, podría ponernos en guardia ante lo que se avecina y facilitarnos el tomar las decisiones. Pero esto no es posible, el ansia se defiende a sí misma, y elimina de nuestro cerebro cualquier idea o instinto que pueda suponer una amenaza para su existencia y desarrollo, reprimiendo y aniquilando cualquier tentativa de reacción o resistencia en su contra. Cómo funciona este mecanismo biológico es algo que no comprendo, pero te aseguro, por experiencia propia, que es así. Desgraciadamente, como ya te he comentado, tengo la certeza de que el ansia ya está creciendo en ti. Y éste es el motivo por el que ahora mismo estás leyendo esta mi última carta.

Son cuatro los síntomas principales. Normalmente el primero que se manifiesta, incluso años antes que el resto, y siempre previamente a la primera eclosión del ansia, es un desmedido y creciente gusto por la carne cada vez menos hecha, prácticamente cruda, el cual, por lo que sé, ya ha brotado en ti. El segundo supone una deformación de la parte superior de la

columna vertebral, cuyas vértebras superiores se arquean ligeramente produciendo un efecto de curvatura en la espalda que se va incrementando, en mayor o menor medida, con el paso de los años. Habitualmente se desarrolla a un ritmo bastante lento, imperceptible al principio. Comienza a exteriorizarse en forma de carga de hombros, acentuándose ésta paulatinamente hasta, ya en estadios avanzados, cuando vamos envejeciendo, provocar una verdadera deformación en nuestra espalda. Si me estuvieses viendo ahora, podrías comprobarlo por ti mismo. Recuerdas a tu abuelo, ¿verdad? ¡Qué encorvado va el pobre!, comentaban. ¡Quién podría imaginarse la verdadera razón! Sentí como si me atravesasen el corazón con un frío hielo cuando, si bien de forma incipiente, prácticamente inapreciable para quien no lo busca, pude advertir lo mismo en una fotografía tuya que me mostró tu madre no hace mucho. Es posible que ni siquiera tú te hayas dado cuenta, pero me temo, hijo mío, que ya estás condenado. Probablemente pensarás que soy un desalmado al contarte esto ahora. Y tienes razón, lo soy. Pero no por prevenirte, sino porque mi propia esencia, que la tuya también, no me permite ser de otra manera.

Pero ya te he pedido perdón, no tiene sentido insistir.

El tercer síntoma es el más visible y llamativo. El pelo se vuelve cano, de un blanco intenso, más que gris, con ligeros o prácticamente imperceptibles también, salvo que se esté al corriente de su existencia, brillos azulados en las puntas. Este cambio se produce fugazmente, en un espacio de tiempo muy corto. No diría que de la noche a la mañana, pero sí en unos pocos meses. Sin embargo no pasa de ser algo que pueda, a pesar de todo, ser considerado como normal. Son comunes las historias de personas a las que, tras experimentar un acontecimiento traumático, se les vuelve el pelo completamente blanco en una noche, algo que es mucho más radical.

Por último, la aparición de unas diminutas manchas de color, igualmente, azulado sobre la piel, habrán de certificar tu desgracia. Normalmente surgen de forma agrupada en zonas como el pecho, la espalda o las piernas. Afortunadamente, si es que algo en esto puede ser digno de así ser calificado, son fáciles de ocultar al estar en partes cubiertas por ropa de manera general y habitual por todo el mundo, lo cual evita sospechas por comportamientos o costumbres extrañas.

Todo esto unido produce un efecto o una sensación, denominada en términos comunes, de envejecimiento prematuro. Pero no es la primera vez que escuchas algún comentario de este tipo refiriéndose a alguien de nuestra familia, ¿verdad?

Por otra parte hemos de añadir las pesadillas que azotan nuestro descanso. Esto, sin ser algo concluyente y exclusivo, lo sufrimos todos. Hago esta salvedad dado que, sin ir más lejos, tu hermana, al igual que tú, las sufrís desde que erais pequeños, sin embargo Elisa no puede desarrollar el ansia. Habrán de ser, quién sabe, trazas o improntas de la misma.

La frecuencia de aparición de estos síntomas no es uniforme en el tiempo. Con la excepción del primero de ellos, lo de la carne, el resto puede surgir antes o después del primer brote del ansia. Podría aparecer, incluso, años después todos seguidos, como ha sido mi caso, o todos a la vez de forma previa, como sucedió con tu abuelo, por ejemplo.

Siguiendo con la historia, y retornando hacia nuestras raíces, los Damusatu pasamos unos cuantos siglos en Asiria prácticamente de incógnito, en los cuales nuestro nombre era susurrado con temor entre unas cuantas leyendas más, hasta que uno de los nuestros fue descubierto. Aquel suceso ocurrió en

Nínive, y, una vez repuestos del horror, los ciudadanos mataron a nuestro antepasado, un noble llamado Tiglat-Ishkun, y expulsaron a su familia, incluyendo en ella a su mujer y a sus dos hijos varones y a sus sirvientes, quienes tuvieron la fortuna, digámoslo de nuevo así, de no correr la misma suerte que el propio Tiglat-Ishkun. Aprovechando las migraciones de los llamados «Pueblos del Mar», y mezclándose con ellos, llegaron a Egipto durante el reinado de Ramsés III, lo cual nos sitúa en los albores del siglo XII a.C. En su nuevo país, la familia de Tiglat-Ishkun, en buena medida apoyada por los recursos que habían logrado salvar y traer desde Nínive, prosperó rápidamente al abrigo de la corte del faraón. Sabemos que al menos uno de los hijos de Tiglat-Ishkun desarrolló el ansia, lo cual hizo que la estirpe de los Damusatu se perpetuase. Además su privilegiada posición social ayudó a su protección, tapando sus actos y comprando silencios. Sin embargo tampoco pudo evitar que se empezase a hablar con horror de una especie de diablos que mataban doncellas y bebían su sangre. Porque no es válido cualquier tipo de sangre; y no me estoy refiriendo al grupo sanguíneo. Ha de ser, desconozco verdaderamente la razón, sangre de mujer joven. Me imagino que la psicología moderna podría proporcionar de las más variopintas fundamentaciones al respecto, condimentadas con tecnicismos incomprensibles. Sin embargo, y esto es lo importante, nada haría cambiar el resultado. Si te preguntas que por qué no se ha buscado una cura al respecto, te adelanto que no es cierto. De hecho, he de decirte ahora que ésta es una de las principales causas de nuestra ruina económica. Tu abuelo comprometió cantidades ingentes de dinero comprando y sobornando equipos científicos enteros de todo el mundo intentando descubrir soterradamente una cura para el ansia. Puedes imaginarte lo complicado que ha debido de ser, teniendo en cuenta la necesidad de ocultar el verdadero propósito de la investigación. Yo, en la medida de lo posible, traté de continuar la labor, hasta que nuestra situación financiera me obligó a cancelar todo. Lo peor, la ausencia total de resultados o de indicios de cómo continuar buscando. Quizá, ojalá así pueda ser, el futuro permita encontrarla.

Comoquiera que fuese, en aquel momento el rastro de nuestra familia se pierde en la historia, y no volvemos a tener constancia de ella, hasta ya el siglo VIII de nuestra era, casi dos mil años después. Entonces, varios portadores del ansia convivieron en el tiempo en la Capadocia, en la actual Turquía. Allí nuestra estirpe, desconozco las razones, gozó del máximo poder conocido por nuestra familia, hasta el punto de que prácticamente dejaron de ocultarse. De hecho, y aunque la moderna historiografía aporte otras explicaciones, nuestros antepasados fueron una de las principales causas de la construcción de las ciudades subterráneas, con las cuales la población pretendía, con mayor o menor fortuna, defenderse de nosotros. Pero a menudo, algunos de los nuestros, que por lo que parece organizaban sus cacerías en grupos, a modo de jaurías demenciales, conseguían entrar sembrando el pánico entre la pobre gente. Uno de los episodios más notables fue la huida y abandono de Derinkuyu, a través del túnel secreto de cerca de ocho kilómetros que comunicaba con la ciudad vecina de Kaymakli.

Aquí, de nuevo las tinieblas se ciernen sobre nosotros, y solamente susurradas referencias legendarias, como sería el caso del Wendigo de los bosques de Canadá, espíritu mitológico caníbal de los indios algonquinos, hacen de hilo conductor hacía épocas ya más recientes, donde nuestra familia apareció en el norte de España, tras uno de los episodios más dramáticos de

nuestra historia, el cual, además, ha condicionado en buena medida nuestro comportamiento posterior. Hemos de situarnos en la noche del 23 al 24 de agosto de 1572 en París, durante la tristemente conocida como la Matanza de San Bartolomé, perpetrada durante el reinado de Carlos IX de Francia y su madre Catalina de Médicis. Siendo diversas las interpretaciones que la historia ha elucubrado para explicar el asesinato de diez mil protestantes Hugonotes, la realidad es que uno de los capitanes del almirante Coligny, el líder de los Hugonotes, era uno de los nuestros. En un momento determinado, ciertos rumores que apuntaban a un ser diabólico y a doncellas que desaparecían comenzaron a circular entre los habitantes de los arrabales de París. En una ocasión nuestro antepasado fue sorprendido acechando a su siguiente víctima. Un nutrido grupo de personas se apresuró a darle caza y fue perseguido hasta que logró llegar al campamento de los Hugonotes a las afueras de la ciudad. Ésta fue la chispa que sirvió de pretexto a Catalina de Médicis y a Carlos IX para dar la orden que desencadenó la masacre. Nuestro antepasado, el capitán Roger de Saint Girons, logró escapar con vida acompañado de un puñado de sus hombres y fue capaz, días después, con la inestimable ayuda de unos cuantos acertados sobornos, de cruzar la frontera y entrar en España. Una vez a salvo, Roger de Saint Girons entendió que era necesario extremar las precauciones con el objeto de evitar la repetición de sucesos como el de la noche de San Bartolomé. No tanto por nosotros mismos si no por los inocentes, que podrían ser condenados a pagar las consecuencia. Sería, por lo tanto, primordial mantener nuestra doble vida en el anonimato, ajena a aquellos que nos rodean e invisible para el resto de la comunidad que nos acoge. De esta manera se fue estableciendo una suerte de código por el cual, cuando el ansia apretase de manera insoportable, se debería saciar fuera de nuestro entorno. En otro lugar, otra ciudad, otro país. Donde fuera, con tal de que fuese lejos de casa. El hecho de que el ansia no aparece de repente con su máxima intensidad, si no que, por el contrario, va creciendo en intensidad paulatinamente, nos da tiempo a planificar nuestras, por definirlas de alguna manera, incursiones. Un descuido, nunca olvides esto, podría acarrear trágicas consecuencias sobre tus seres más queridos o, como le sucedió a nuestro antepasado Roger de Saint Girons, sobre, en aquella ocasión, miles de personas inocentes. No tengo la menor duda de que nuestra naturaleza, nuestra alma, es maligna, pero, al menos, hemos de intentar hacer todo lo posible para, siendo plenamente conscientes de que no seremos capaces de eliminarlo, reducir al máximo el impacto de nuestra maldición sobre los demás seres humanos.

Tras cerca de un siglo de oscuridad y ausencia de noticias, a mediados del siglo XVII nos emparentamos con los marqueses de Poza en virtud de un matrimonio afortunado. Desde entonces, nosotros, los Arnaiz, dejamos de ser una simple familia más o menos pudiente, para pasar a codearnos con la nobleza, asentándonos, como ya sabes, en Poza de la Sal, al norte de Burgos. Esto, puedes comprender, ha posibilitado nuestra, planteémoslo así, supervivencia hasta ahora. Siempre la posición y el dinero. Así ha sido hasta ahora.

Los portadores del ansia no siempre nos hemos comportado de la misma forma. La intensidad de su manifestación depende de cada uno. Al margen del detalle de la edad, que ya te he explicado, la propia naturaleza del individuo puede actuar como catalizador o como atenuante, si bien nunca como represor. Los ha habido especialmente crueles, como tu tatarabuelo Serafín, o

compasivos y torturados, como su hijo Andrés Arnaiz, tu bisabuelo, aquel a quien dispararon en Burgos, el mismo que una vez que había satisfecho su ardor, su necesidad, inmediatamente sufría de manera terrible por lo que había hecho. Solía cerrar los ojos o cubrir el rostro de sus víctimas. Normalmente observaba, oculto y embozado de negro, el funeral de sus víctimas. Rezaba por ellas. El caso de tu bisabuelo fue especialmente dramático. Aparte de sus terribles remordimientos, sus ataques de ansia eran de una intensidad desmesurada, y puede que por esta circunstancia, o por el hecho de que fuera especialmente descuidado, estuvo a punto de ser descubierto. Solamente las influencias, malas artes y algún que otro soborno le libraron de ser detenido.

Ya te he explicado que el ansia vela por sí misma, asegurando su pervivencia, obligándonos a nosotros, los Arnaiz, a continuar, a seguir viviendo nuestra verdadera penitencia. Tu abuelo Avelino fue excepcionalmente poco activo, permitiendo que su mujer, mi madre, Leonor, muriera ignorante de todo esto. No ocurrió así con uno de sus hijos, mi hermano Emilio, cuyos frenéticos y continuados episodios de ansia culminaron en un intento de atacar a tu madre, a mi propia esposa. Afortunadamente pude impedirlo y, tras una serie de manipulaciones y, cómo no, otra vez, sobornos, logré encerrarle en un sanatorio psiquiátrico de por vida. Allí ha estado confinado y permanentemente sedado. Y así tiene que seguir, completamente aislado del mundo. No lo olvides nunca. Era tal el poder de manifestación de su ansia que no bastaba con ser drogado. Precisaba estar aislado de cualquier estímulo. La simple presencia de una mujer joven a su alcance podría ser el detonante de la más feroz de las reacciones. Incluso sus cuidadores personales en el sanatorio han de ser, invariablemente, hombres. Pero una parte de esta historia, aunque no lo principal, ya la conocías.

En cuanto a mí, yo he sido uno de tantos nosotros. Si más o menos cruel y perverso, no he de ser yo quien lo juzgue. Puedo decirte que intenté, sin éxito, calmar mi ansia con otras cosas, incluyendo sangre de animales. Hice todo lo posible, Dios es testigo de ello. Pero este tipo de sed solamente se satisface de una forma: con sangre humana. Y, como ya sabes, ésta ha de ser, insisto, sangre de mujer joven. Sin embargo, no fui capaz de aislar del sufrimiento a tu madre, a la cual he amado con locura, lo mismo que a tu hermana y a ti. Los últimos años, cuando el ansia comenzaba a azotarme, cada vez con mayor frecuencia y fuerza, me iba de viaje. Tenía que alejarme. Su seguridad era sagrada y siempre tenía en mente el intento de ataque de Emilio a tu madre. ¿Podía garantizarme a mí mismo que nunca lo haría yo? No me atrevía a responder, pero solamente la existencia de la propia posibilidad me desesperaba.

Resistí todo lo que pude. Luché con toda mi alma, pero al final sucumbí. No existe excusa para mi debilidad, tan mísera como mi abominable esencia, pero ninguno de los nuestros, que se sepa, lo ha logrado jamás. Tarde o temprano el ansia nos somete y tiraniza. Yo caí tres veces. Segué tres vidas humanas inocentes. ¡Qué perdón puedo solicitar! ¿A quién? ¿A sus respectivos padres? ¿Qué podría decir? ¿Que no lo pude evitar? Consuelo vacío, inútil, que nada ha de reparar.

Ahora ya estoy muerto. Es como debo estar, convertido en polvo. Incapaz de hacer más daño del que ya he hecho a lo largo de toda mi existencia maldita.

He de admitir que son numerosas las ocasiones, cada vez más, en las que he intentado quitarme la vida, pero siempre ha vencido el ansia. En el último momento me obligaba a rectificar. Pensé entonces que mi salvación, quizá, podría llegar en forma de accidente de tráfico. Parecía lo más sencillo. Lanzarme de frente contra un camión o tirarme por un precipicio. Pero siempre me vi forzado a evitarlo a tiempo. Mi única esperanza es que alguna vez la técnica falle y un reventón o avería mecánica imprevista me lleve a la libertad. Y si estás ahora leyendo esto, tal y como deseo, es probable que así haya sido, dado que no se me ocurre otra manera de burlar al ansia.

Las otras opciones que me quedan si no tengo éxito son terribles. Continuar viviendo como una bestia o terminar en la cárcel, con lo que esto último supondría para vosotros. La escasez de recursos económicos ha producido que no haya podido borrar los rastros adecuadamente y hay un inspector de policía que creo que me ha descubierto ya, si bien solamente ha sido capaz de conectar dos de mis tres asesinatos. No puedo permitir que esto suceda. Tengo que ser capaz de poner fin a esta pesadilla. Aunque sé que no tengo derecho a pedir ayuda a Dios, quizá él mismo, apiadándose de los que me rodean, de mis próximas víctimas, así lo haga.

Siempre he intentado preservarte al margen de todo esto, hijo mío. Cuando a la vuelta de un viaje a Salamanca, durante el cual maté por primera vez, me convencí de que tú también desarrollarías el ansia, tomé entonces, como ya te he dicho, la decisión de echarte de mi lado. Esto no evitó tu desarrollo, pero sin embargo contribuyó a mitigar los efectos en ambos. Dos individuos desarrolladores no pueden estar juntos, dado que, de ser así, la intensidad del ansia se multiplica en ambos. Recuerda lo que ocurrió con tu tío Emilio y lo que me hubiera sucedido a mí de no haberle puesto remedio tras el ataque a tu madre. Ten esto muy presente, hijo mío, de llegarte el caso.

El cheque que habéis recibido tu hermana y tú es todo el dinero que nos quedaba. El estado de la empresa ya lo conoces, no obstante me he ocupado y asegurado de que tu madre pueda vivir holgadamente el resto de su vida. Quiero que sepas, además, que tuve la tentación de asignarte más dinero que a Elisa, pero no habría sido en absoluto justo, y ni ella ni Aurora lo habrían comprendido. Ya he causado suficiente mal, y si he de dejar este mundo no habrá de ser sembrando la semilla del odio y el rencor entre vosotros. Por otra parte, tampoco habría supuesto ninguna diferencia decisiva para ti, dado que, mucho me temo, sería una cantidad mucho mayor la necesaria para poder vivir como nuestros antepasados, o incluso como yo mismo. Hasta en esto he sido una desgracia para ti.

Desde que eras un niño temí que esto iba a suceder. De ahí, también lo sabes ya, lo de la caja enterrada y el juego de las pistas. Lo del cuadro fue mucho más reciente. Lo encargué cuando supe que el final, de una manera u otra —la dulce muerte o la amarga cárcel— se acercaba, se precipitaba. Y así ha tenido que ser.

Ésta es la historia de la familia, Rodrigo. Te acabo de contar todo lo que sé. Seguramente habrá más descendientes de los Damusatu por el mundo. Quién lo sabe. Pero nosotros ya tenemos suficiente con lo nuestro. Si estás a tiempo todavía, piensa, por favor, en todo lo que te he contado a la hora de tener descendencia.

Supongo que te estarás preguntando que por qué no te he contado esto directamente. No tengo respuesta para pregunta tan simple. Así de triste y lamentable. Sea por el temor a traspasarte semejante carga, sea por la

indolencia surgida de la falsa esperanza de estar equivocado y que tú quedes al margen y no desarrolles el ansia, o sea, sencillamente, por mera cobardía, la realidad es que opté por dejarte las pistas, aquellas que únicamente tú podrías ser capaz de descifrar, y escribir esta carta, al igual que mi padre hizo con sus hijos y, quién sabe, puede que mi abuelo con él.

Siempre te he querido, Rodrigo y, allá dondequiera que esté, te seguiré queriendo. Por favor, recuérdame como lo que también fui, como tu padre.

ERNESTO

Nada más terminar de leer aquella carta, una súbita náusea surgió desde lo más profundo de mi estómago. Apenas tuve tiempo de recoger los papeles y, ante la mirada atónita del camarero, alcanzar el baño para vomitar. Tras ello, mientras me lavaba la cara, me miré en el espejo. Mi pelo, sudoroso, parecía adherirse al cuero cabelludo. Ineludiblemente me fijé en su color y quise ver unas canas incipientes tiñendo de plata las sienes. Nunca me había dado cuenta pero mis hombros sobresalían ligeramente de la espalda. Histérico, me desabroché la camisa, que se resistía pegándose a la piel, en busca de unas manchas azuladas que no encontré ¿Estaba mi padre en lo cierto? ¿Había comenzado el cambio ya?

# Noticias

*Diario de Burgos*, 22 de noviembre de 1921

EL GOBERNADOR CIVIL DE BURGOS ASESINADO

En el día de ayer, el Excelentísimo señor don Gerardo Santocildes Arnaiz, Gobernador Civil de Burgos, fue asesinado a la salida de su despacho de trabajo. El autor de los hechos, el Comandante de la Guardia Civil, Diego Rosales Avezar, disparó a bocajarro contra el Gobernador y su acompañante, el señor don Andrés Arnaiz Osorio, familiar suyo, quien resultó también herido. Se desconocen las causas del ataque.

El atacante, que segundos después fue abatido por los disparos de la policía de guardia, estaba esperando, al parecer sentado en un banco y acompañado por un capitán del cuerpo, frente al despacho del señor Santocildes, a ser recibido por éste en audiencia. De acuerdo con los testigos presenciales, cuando el Gobernador y su familiar salieron, el comandante Rosales, sin mediar palabra ni advertencia alguna, sacó su arma reglamentaria y comenzó a disparar, alcanzando de muerte al Gobernador en el cráneo y en el pecho. El señor don Andrés Arnaiz fue herido de gravedad en el hombro y en el abdomen, pero, tras ser rápidamente atendido por los servicios médicos de urgencia, y trasladado al Hospital Provincial, su vida, de acuerdo con los servicios facultativos, no corre peligro.

*Diario de Burgos*, 23 de noviembre de 1921

SUICIDIO EN LA PENSIÓN EL CASTELLAR DE LA CALLE LAÍN CALVO

El Capitán de la Guardia Civil, Antonio Rodríguez Eristel, testigo presencial del asesinato del Gobernador Civil de Burgos al estar acompañando en el momento de los hechos al autor de los disparos, el comandante Diego Rosales, con quien trabajó en la investigación de las chicas asesinadas en Poza de la Sal que concluyó recientemente con la detención de Evaristo Sánchez «el Manzanillo», fue encontrado sin vida en la pensión El Castellar, sita en el número 12 de la céntrica calle burgalesa de Laín Calvo. Al parecer, la dueña de la pensión, doña Pilar García, se extrañó de que su huésped no saliera de la habitación

a la hora del almuerzo, con lo cual procedió a llamarle. Ante la falta de respuesta, según su declaración, y teniendo la seguridad de que el inquilino no había salido, decidió abrir la puerta con la llave maestra. Acompañada de una persona del servicio, entró en la habitación y encontró al capitán Antonio Rodríguez ahorcado.

En su declaración, doña Pilar ha mencionado el hecho de que la habitación del fallecido estaba en completo desorden, con varias botellas de licor vacías a la vista. La policía ha señalado el suicidio como la causa de la muerte.

# Epílogo

La nieve cubre por completo la Alameda de Cervantes. Toda la ciudad luce el mismo manto invernal. Sin duda, es la época en la que más bonita me parece Soria. Mis huellas quedan marcadas, mancillando los caminos inmaculados del parque. A pesar de la temperatura gélida, el fuego que va creciendo en mi interior me hace sudar. Es una llama que muerde mis entrañas y hierve mi sangre. Noto cómo mis sienes se inflaman tras cada latido de mi corazón. Este ardor desconocido cada día es más intenso y mordaz. Sé lo que me pide, pero yo me resisto y aguanto sus punzadas candentes. Sin embargo, ahora lo veo, tengo el convencimiento de que no siempre va a ser así. Tarde o temprano las débiles murallas serán socavadas y se derrumbarán. Esto es el ansia; carne que llama a carne, sangre que llama a sangre.

El dolor es inconcebible, inhumano. Y no se apaga. Cada hora, cada día que pasa, hiere más. Al principio era únicamente una extraña sensación de incomodidad que no fui capaz de identificar. Un hormigueo que surgió, súbitamente, una mañana mientras regresaba de visitar la tumba de mi padre. Llegaba a casa cuando me fijé en una chica que estaba mirando un escaparate. No recuerdo cómo era o cómo vestía. Si era alta o baja. Si era atractiva o no. Pero algo se despertó en mi interior. No podía dejar de mirarla, aunque no la veía. Cuando, sin percatarse de mi presencia, la chica desapareció por la esquina de la calle, tuve el deseo de seguirla, de acecharla. En ese instante mi ser consciente retornó y me di cuenta de que había estado cerca de perder el control. Nervioso y asustado, aceleré el paso y llegué a casa abrigado por una inquietud más temida que desconocida. Desde entonces, esa sensación no ha cesado de crecer y ni siquiera el aislamiento, con la esperanza de que la ausencia de estímulos exteriores mitigase este ardor, esta ansia, ha logrado contenerla. Me he apartado de mi familia. No contesto las llamadas de mi hermana, no abro tan siquiera la puerta de mi apartamento, y las veces que nos hemos cruzado por la calle, escasas y fortuitas, pretendo no darme cuenta, finjo no conocerla. Las súplicas de mis sobrinos, pretendiendo asegurarse de que les oigo, laceran mis entrañas pero sigo adelante, ignorando a aquellos a quienes más quiero. Mi pobre madre pasea a veces por delante de mi casa, el refugio de la bestia, pero no hace nada por llamar mi atención. Es como si me estuviese diciendo «Si me necesitas aquí estoy». Ve en mí a su marido, a mi padre. A la desgracia y el horror.

Por qué me he quedado en Soria, por qué no volví a Burgos, por qué he despreciado la casa donde nací para irme a esta cueva infecta, es algo que desconozco. Quizá es el ancla a mi vida, el calor de mis raíces, mi cordón umbilical. Pero tengo la certeza de que pronto habré de cortarlo e irme a otro lugar. ¿Adónde? No lo sé. Habrá de ser allá donde mi infortunio me guie.

Mi rendición acecha. El momento está próximo, muy cerca. Ojalá el destino se apiade de mí y me sea concedida una existencia muy corta. Imploro a la eternidad que me devore y convierta en pesadillas mi presencia mortal. Ruego, éste es ahora ya mi único anhelo, mi última esperanza, que sea únicamente mi cuerpo el maldito y mi alma pueda ser salvada.

**1921**. El cuerpo de Irene Sanz Martín aparece desangrado en el salón de su casa con los miembros separados del cuerpo. Se trata de una auténtica carnicería. Antonio Rodríguez, capitán de la Guardia Civil, nunca había visto nada parecido, pero deberá hacerse cargo de la investigación junto al comandante Diego Rosales, enviado desde Burgos.
**Actualidad**. Nacido en el seno de una familia acomodada, Rodrigo apenas ha necesitado trabajar. Prometido con Carmen, se encuentra de vacaciones en Suiza cuando recibe una llamada de su hermana: su padre, Ernesto, está muy grave. Cuando llegan a Soria ya es demasiado tarde: el hombre ha fallecido en un accidente de coche, dejando atrás un comportamiento extraño y cada vez más taciturno cuya causa Rodrigo habrá de desvelar a través de las pistas dejadas por su padre.

**El relato de ambos sucesos se combina magistralmente con la serie epistolar que enmarca la novela. La investigación policial, la historia de Rodrigo y su padre y las cartas de desconocido remitente conforman un telar complejo y sombrío que encierra un misterio aún más oscuro.**



**Un asesinato brutal, una investigación policial, un secreto familiar… Un apasionante thriller narrado a tres tiempos cuyo misterio ahonda en los recovecos más tenebrosos del alma humana.**

**Juan Carlos Martínez Barrio** nació en Poza de la Sal (Burgos), en 1965. Es licenciado en ciencias económicas y empresariales por la Universidad de Valladolid. Tras varios años deambulando por diferentes lugares de la geografía española, actualmente reside en Burgos. Es autor de *El Libro de los Sueños* y *La noche sobre los dos ríos*.

Edición en formato digital: junio de 2016


Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan
Fotografía de portada: © Rachel K. Turner / Alamy Stock Photo



ISBN: 978-84-663-3447-1

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

# Índice

